

A woman with dark hair in a bun, wearing a red, off-the-shoulder, long-sleeved dress with a full skirt, is shown in profile, looking to the right. She is standing in a room with a light-colored wall and a decorative vase on a shelf in the background.

HEATHER BOYD

USA TODAY BESTSELLING AUTHOR

PÍCAROS DISTINGUIDOS



Seducida en secreto

SEDUCIDA EN SECRETO

PÍCAROS DISTINGUIDOS

LIBRO DIECIOCHO



HEATHER BOYD

HEATHER-BOYD.COM

ÍNDICE

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Epílogo](#)

[Acerca del Autor](#)

Derechos de autor © 2025 by Heather Boyd
Edición en español

Reservados todos los derechos. Este libro o cualquier parte del mismo no puede reproducirse ni utilizarse de ninguna manera sin el permiso expreso por escrito del editor, excepto para el uso de citas breves en una reseña de un libro.

Este libro electrónico tiene licencia para su disfrute personal únicamente. Este libro electrónico no puede revenderse ni regalarse a otras personas. Si está leyendo este libro y no lo compró, o no lo compró para su uso exclusivo, devuélvalo y compre su propia copia. Gracias por respetar el arduo trabajo de este autor.

Este libro es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor o se utilizan en broma. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, eventos o lugares es pura coincidencia.

CAPÍTULO 1



AGOSTO DE 1816

Hill Street, Londres

Charlotte Waters se quejaba y maldecía —en voz baja, por supuesto—, pero era inútil. Iban a llegar tarde porque sus padres solo se apresuraban cuando les convenía. Ahora corría el peligro de perderse el anuncio más importante de la temporada... y de su vida.

Papá se colocó el sombrero sobre su cabello gris acerado con gran ceremonia.

—Bueno, creo que estoy listo para salir. ¿Qué hay de usted, señora Waters?

—Siento que he olvidado algo —murmuró mamá, mirando a su alrededor y palpándose los costados.

—No has olvidado nada, mamá —le aseguró Charlotte, tratando de no poner los ojos en blanco mientras colocaba un brazo detrás de la espalda de su madre. En una ocasión, su madre había zarpado sin Charlotte, su única hija, y sin su equipaje. No había vuelto a por el equipaje —y Charlotte— hasta casi un mes después. Decir que Charlotte era olvidada por sus padres la mayor parte del tiempo era quedarse corto. Había aprendido a cuidar de sí misma por las malas —. Debemos irnos.

Madre dio un paso hacia la puerta, pero padre, desafortunadamente, no lo hizo.

—Dígame, señora Waters, ¿tuvo tiempo de leer el correo esta mañana? —preguntó—. Había una carta enviada por el Duque de Falconbridge. La dejé junto a su silla hace un rato.

—En efecto, la vi, señor Waters —respondió mamá—. Es una idea intrigante volver y examinar lo que vimos por primera vez a través de la lente de una larga experiencia. Nuestra primera colaboración fue donde todo comenzó para nosotros.

—Ha descrito una empresa bien financiada, para variar —dijo papá con una risita encantada y ojos brillantes—. No habría medias tintas ni penurias cuando se viaja con los recursos ilimitados de un par. No como la primera vez, ¿eh? Casi tuvimos que cargar nuestros propios baúles por el desierto aquel primer año.

Charlotte se apretó contra el costado de su madre, esperando moverla por puro peso corporal. Desafortunadamente, mamá era bastante alta y tenía un excelente tono muscular, por lo que se resistió inicialmente.

Pero Charlotte perseveró y logró maniobrar a su madre hasta el escalón superior.

—No hay un momento que perder.

—Sí, hay mucho que hacer —le aseguró su madre, volviéndose para acariciar la mejilla de Charlotte. Podría haber sido entrañable si la atención completa de mamá hubiera permanecido en

Charlotte por más de un instante. Se volvió hacia padre, quien afortunadamente las había seguido afuera—. Creo que no podría llegar en mejor momento para nosotros —respondió mamá.

Charlotte agarró a ambos padres de la mano y los arrastró escalones abajo tan rápido como pudo mientras continuaban su conversación. El carruaje llevaba media hora esperando para llevarlos al corazón de Londres. Charlotte obligó a su padre a entrar primero en el carruaje, y luego su madre lo siguió, por supuesto.

Solo entonces Charlotte se acomodó en el carruaje y dio la orden de partir.

Si Charlotte dejaba que su padre le diera instrucciones al cochero, podrían quedarse sentados frente a la casa durante una semana mientras sus padres debatían qué caminos tomar para llegar a su destino. A su padre le encantaba escuchar el sonido de su propia voz, y mamá adoraba debatir sobre cualquier tema. Lo único en lo que siempre estaban de acuerdo de inmediato era en la importancia de su trabajo traduciendo textos históricos oscuros. Su obsesión por la historia de lugares remotos superaba su interés por cualquier cosa cercana.

Mientras sus padres continuaban su conversación sobre la carta de Falconbridge y su trabajo, Charlotte los ignoró y se esforzó por calmar su corazón acelerado. Este podría ser el día más terrible de su vida, y sus padres no tenían idea de su ansiedad. Se rumoreaba que era el día en que se anunciaría oficialmente una fecha de boda muy importante, con la publicación de las amonestaciones para un matrimonio arreglado.

La crema y nata del *ton* podría asistir hoy.

Pero solo una persona importaba. Un hombre. Y no cualquier hombre. El conde del que Charlotte estaba enamorada en vano. Quería una última y larga mirada a Lord Hurlston como soltero antes de que diera el paso fatal hacia convertirse en un hombre casado.

La publicación de las amonestaciones lo haría *oficialmente* inalcanzable para siempre.

Aunque Hurlston difícilmente podía ser consciente de su existencia, Charlotte estaba decidida a estar allí para apoyarlo hoy. No se casaba por dinero o amor, bueno, quizás el dinero estaba involucrado aunque ella no conocía los detalles. Estaba cumpliendo con su deber para complacer a su familia en un matrimonio arreglado mucho antes de que ella lo conociera.

Charlotte se rebelaba en silencio contra eso, como siempre lo había hecho cuando consideraba su futuro. No era justo. Nadie podía amar o admirar a Lord Hurlston más que ella. Pero no había tenido la oportunidad de demostrarle su valía y nunca podría hacerlo. Lord Hurlston había estado comprometido desde la infancia con la hija de una familia vecina: Elizabeth Mayflower.

Un nombre encantador, y se decía que también era hermosa. No es que Charlotte la hubiera visto aún. De hecho, pocos en la sociedad lo habían hecho. Hurlston había mantenido a su novia en el campo durante años en espera de su matrimonio. Pero él era una figura permanente en la sociedad y continuaba frecuentando las diversiones del *ton* como un soltero despreocupado.

Pero no por mucho tiempo. Si las amonestaciones se leían hoy, se casaría en un mes. Así que hoy Charlotte debía tragar este último trago amargo y luego intentar dejar atrás su admiración sin esperanza por el hombre inalcanzable.

Primero, Charlotte presenciaria la publicación de las amonestaciones con una sonrisa en el rostro. Le desearía toda la felicidad si se acercaba lo suficiente para decirle unas palabras. No había sido partícipe de ninguna discusión real sobre la boda, pero las flores de pared cotilleaban, por lo que sabía que era vital que asistiera a la iglesia hoy.

Miró por la ventana, ansiosa de que su carruaje no se detuviera por nada. Tenía que verlo... *Winston*. Charlotte no tenía reparos en admirarlo desde lejos mientras no estuviera casado. Podría ser su última oportunidad de hacerlo sin sentir culpa. Por supuesto, él pasaría las

próximas semanas escoltando a su novia por la ciudad, pendiente de cada una de sus palabras y acciones. Incluso podría estar tan ocupado que nunca volvieran a hablar.

Para marcar la ocasión, si llegaba a suceder, pasaría el resto del día lamentando un amor que nunca podría ser.

Charlotte se giró para mirar a sus padres, dándose cuenta de que se habían quedado en silencio. Eso solo ocurría cuando llegaban a un acuerdo.

—¿Qué es lo tan importante sobre la carta de Falconbridge?

—Mi querida hija, me desespera tu mente voluble —su padre frunció los labios en señal de desaprobación—. Se te dijo que Falconbridge se ha ofrecido a financiar nuestra próxima expedición.

—Sí, dentro de dos años —respondió ella. La discusión sobre otro viaje a África había comenzado antes de su regreso a Londres y se había desatado entre sus inquietos padres todos los días desde entonces.

—No. Antes de eso. Se han comprometido fondos para un viaje antes de que llegue el invierno. No tiene sentido perder el tiempo aquí en Londres cuando podríamos estar haciendo algo útil.

Charlotte los miró boquiabierta, conmovida.

—Pero ¡prometieron quedarse en Londres hasta que me casara!

Mamá chasqueó la lengua.

—No chilles. El trabajo de tu padre es importante.

Charlotte se aferró al asiento.

—¿Y mi vida no lo es?

Al comienzo de la temporada, sus padres habían prometido a regañadientes permanecer en Londres hasta que ella se casara. Le habían prometido dos temporadas consecutivas. Otra expedición significaba renunciar a su sueño de tener un hogar y seguridad, empacar sus pertenencias, despedirse de sus amigos y dejar atrás a Hurlston también. No es que él notara su ausencia. Pero ella sentiría la suya, y la de todos los demás.

Charlotte podría haber disfrutado viajar cuando era más joven, sin saber lo que se perdía. Ahora estaba ansiosa por encontrar un marido y formar una familia. Había soñado toda su vida con tener un lugar al que llamar hogar. Un sitio donde pudiera quedarse más de unos pocos meses. Tener los mismos amigos año tras año y un marido amoroso al que besar y con quien hablar.

Una mirada a los rostros cerrados y labios apretados de sus padres le dijo todo lo que necesitaba saber. Podía discutir hasta ponerse azul, gritar hasta lastimarse la garganta, llorar hasta quedarse sin lágrimas... pero ellos habían decidido irse ahora en lugar de esperar a que se casara.

Se llevarían a Charlotte con ellos, le gustara o no.

Temía que nunca quisieran volver a Inglaterra, ¿y dónde la dejaría eso a ella? Varada en algún puerto lejano, una solterona firmemente colocada en el estante, con sus recuerdos de salones de baile, cenas y bailes desvaneciéndose lentamente.

Sus padres nunca se habían sentido cómodos en Inglaterra. Conformarse con las estrictas reglas y expectativas de la sociedad de entablar conversación les irritaba, pero a Charlotte le complacía mucho. No pensaban nada en arrastrarla a una naturaleza salvaje llena de criaturas peligrosas con dientes afilados. El único peligro aquí era un pícaro con la ruina en mente.

Y ninguno había considerado a Charlotte para eso todavía.

Dejó escapar un suspiro frustrado.

—Déjenme quedarme. Por favor. Costaría muy poco mi alojamiento y comida aquí.

Madre suspiró, pero fue Padre quien habló para poner fin a la discusión.

—Basta, hija. Tu lugar está con nosotros.

Charlotte deseaba desesperadamente una vida establecida en Inglaterra. Nunca la tendría si dejaba que sus padres la arrastraran de un lado a otro.

La iglesia de St. George apareció de repente a la vista, y la imagen de sus altas agujas oscureció aún más su corazón. Nunca podría tener una vida con Lord Hurlston como su esposo —siempre lo había sabido—, pero gracias a la obsesión egoísta de sus padres, podría verse privada de cualquier vida en Inglaterra.

Charlotte se humedeció los labios, tratando de borrar la tristeza de su corazón. Normalmente disfrutaba salir a mezclarse con la sociedad. Pero las noticias de sus padres eran un doble golpe a su habitual optimismo.

Se bajó del carruaje antes que sus padres y esperó, golpeando el suelo con el pie impaciente a que se unieran a ella en los escalones. Su único consuelo al venir a un lugar de culto era que aquí, no hablarían de cabezas encogidas ni de monos sacrificados envueltos en hojas asándose en las brasas de un hoyo a sus pies. Ese tipo de cocina pagana dejaba a la mayoría de las anfitrionas sin aliento o desmayándose por completo. ¿Era de extrañar que últimamente las invitaciones fueran escasas?

Aquí en la iglesia, la *alta sociedad* siempre estaba en exhibición y en su mejor comportamiento, al igual que sus padres. Podría haber una o dos matronas de rostro severo sentadas junto a un joven caballero con aspecto verdoso, descontentos de andar en público tan temprano en el día. Pero era el lugar para observar familias más grandes que la suya. Todo el mundo sonreía y adulaba en los bailes. Aquí en la iglesia, no tanto.

En la iglesia, sus padres estarían bendecidamente callados, y dejarían a Charlotte con su recién descubierta miseria durante al menos media hora.

El servicio ya había comenzado cuando se apresuraron a encontrar un banco con espacio para tres.

Charlotte buscó ansiosamente el rostro familiar de Hurlston antes de sentarse en el duro banco. Él estaba sentado en su banco habitual, con los ojos bajos sobre un libro de oraciones. Aunque la distancia entre ellos era grande, fácilmente podía imaginar sus largas pestañas oscuras descansando espesas sobre sus mejillas y sus dedos acariciando la encuadernación de cuero de su tomo como solían hacerlo. Su nariz aristocrática estaba perfectamente formada, sus labios tenían la forma justa. También era inteligente, y tenía una voz encantadora para las lecturas, con la que ella se había estremecido toda una gloriosa noche en compañía de conocidos mutuos.

También era un bailarín excelente. El movimiento de sus largas extremidades musculosas había sido una fuente de fascinación interminable desde el lugar de Charlotte sentada entre las solteronas. Hurlston era un hombre hecho para inspirar el desmayo de una dama. Qué afortunadas debían haber sido sus amantes pasadas para merecer su atención íntima en sus lechos.

Charlotte había tenido la suerte de bailar con él algunas veces durante la última temporada. Un amigo mutuo lo había convencido de hacerlo, por supuesto, pero Dios mío, había sido glorioso estar por fin en sus brazos.

De repente, una sonrisa curvó sus labios, y miró directamente a una mujer a su derecha. Charlotte no reconoció a la dama, pero temió que fuera su futura esposa, Elizabeth.

Charlotte bajó rápidamente la mirada a su libro de himnos, luchando contra la tristeza omnipresente que venía con pensamientos de él casándose con otra. Hurlston nunca podría saber

que ella lo admiraba, pero entonces, todas las damas de la sociedad también lo hacían. Todas sabían que estaba comprometido desde hacía tiempo para casarse con su Elizabeth.

El vicario hizo una pausa y luego dio la noticia a la congregación, anunciando el inminente matrimonio de Lord Hurlston y Elizabeth Mayflower con gran placer. La pareja se volvió hacia todos y asintió en agradecimiento cuando estalló el aplauso.

Por primera vez, Charlotte pudo ver claramente a su competencia.

Tan hermosa, su futura novia. Su Elizabeth: una mujer perfecta con largo cabello rubio, peinado en tirabuzones alrededor de un rostro pálido. Ojos modestamente bajos, salvo por el ocasional destello verde cuando miraba a Hurlston. La mujer no tenía ningún defecto que Charlotte pudiera detectar desde esta distancia. Se forzó a sonreír, pero su alma se sentía marchitarse ante la poco halagadora comparación con sus propias medidas bien redondeadas.

Charlotte se llevó las manos a su revuelto estómago y se armó de valor para sobrellevar esta pérdida con toda la gracia posible. Nunca había tenido realmente la oportunidad de competir con alguien así por el afecto de Lord Hurlston. ¿Por qué había esperado alguna vez que él se diera cuenta de su error? Una joven tímida y una don nadie con padres excéntricos serían una pobre esposa para un conde popular.

Charlotte dejó que el resto del sermón fluyera sobre ella sin escucharlo realmente. No había consuelo en la religión. Cuando el servicio llegó a su fin, todos se pusieron de pie. Charlotte se demoró, queriendo esperar hasta lo más tarde posible para levantar la cara.

Mientras los futuros novios avanzaban por el pasillo aceptando felicitaciones, rayos de sol golpearon sus cabezas, y la vista hizo que muchos suspiraran en voz alta. Hurlston sería un hombre felizmente casado. Simplemente no podía ser de otra manera.

Hurlston pasó junto a ella sin siquiera mirarla de reojo y desapareció por la puerta. Charlotte se tocó la mejilla, descubriendo que estaba mojada por lágrimas que no se había dado cuenta de que había estado derramando todo el tiempo. Rezó para que nadie notara su angustia, o si lo hacían, que nunca le preguntaran al respecto.

—Bueno, eso es todo entonces —murmuró para sí misma finalmente y se puso de pie por fin.

Esta vez, no necesitó instar a sus padres hacia la puerta. De hecho, parecían tener bastante prisa por volver a casa. Charlotte arrastró los pies, incapaz de sentir ningún entusiasmo por el hogar o el futuro. Nadie intentó retrasarla en el camino de salida tampoco. ¿Por qué lo harían? Era solo una joven tímida. Una de las muchas desafortunadas figuras en bailes y fiestas, invitada para hacer número pero raramente buscada. Como una lámpara o una palmera en maceta que disimula un rincón feo.

En la calle, frente a la iglesia, estaban Aurora Hillcrest y la antes Eugenia Hillcrest, ahora la señora Berringer. Quería acercarse a ellas, pero todas estaban reunidas alrededor de Hurlston, siendo presentadas a su futura novia.

Charlotte estaba a punto de sugerir a sus padres que deberían acercarse a sus amigas cuando de repente sonó la risa de Lord Hurlston, firme y encantada.

Se estremeció ante el sonido. ¿Cómo podía buscar unirse a sus amigas cuando probablemente estaban hablando de lo acertado de su emparejamiento en ese momento?

Él estaba tan feliz hoy, y ella estaba con el corazón roto. Era mejor que nadie se diera cuenta. Charlotte se alejó de él, siguiendo a sus padres.

—Hermoso sermón —dijo cuando los alcanzó.

El gran carruaje de Lord Hurlston apareció frente a las escaleras de la iglesia, y él ayudó a su novia y a su anciana madre a entrar. Se unió a ellas rápidamente y, una vez sentado, miró por la ventana a todos. Por un fugaz momento, sus miradas se encontraron y se mantuvieron... y luego

se alejó.

Madre le dio un codazo.

—Ahora que tu padre y yo finalmente hemos acordado una fecha para nuestra partida, podemos comenzar a hacer nuestros preparativos.

Ella los miró, sorprendida.

—¿Cuándo decidieron eso?

—Justo ahora. ¿No estabas escuchando otra vez? Nos vamos el veinticinco de agosto.

No, no había estado escuchando en absoluto. Había estado demasiado ocupada captando un último vistazo de su verdadero amor dejándola atrás. Charlotte hizo un cálculo rápido en su cabeza.

—¡Pero eso es apenas dentro de tres semanas! ¿Cómo voy a encontrar un marido en tres semanas?

Madre chasqueó la lengua.

—Has tenido cinco meses sin un solo pretendiente pidiendo tu mano.

Charlotte miró rápidamente a su alrededor para asegurarse de que nadie hubiera escuchado ese comentario de su madre.

—Pero quiero casarme.

—Entonces tienes tres semanas para encontrar un marido, y si no te casas en ese tiempo, también espero que vengas con nosotros... sin una sola palabra de queja —exigió su padre.

—Pero...

—El tiempo y la marea, hija. El tiempo y la marea.

Charlotte podría haber puesto los ojos en blanco de no ser por el pánico que la asaltó. Tenía tres semanas para encontrar y casarse con un marido.

Imposible.

CAPÍTULO 2



—GRACIAS A TODOS POR estar aquí con nosotros esta noche mientras comenzamos nuestro camino hacia el matrimonio —dijo Winston Bell, conde de Hurlston y futuro esposo, mirando alrededor de la mesa del comedor de su casa en Hanover Square, donde su familia y amigos permanecían al final de una larga cena. Bajó la mirada hacia Elizabeth y tomó su mano entre las suyas—. Creo que todos estarán de acuerdo en que soy un tipo afortunado por haber encontrado a alguien tan especial para unirse a mi familia.

—Destinados el uno para el otro desde la cuna —proclamó el señor Mayflower con voz resonante, con las manos cruzadas sobre su abultado vientre. El hombre estaba indudablemente feliz, y se notaba en cada palabra que había pronunciado desde que comenzó la cena hacía unas horas.

—Olvide eso —lo interrumpió Winston, intentando hacerlo callar. Estaba tratando de encontrar las palabras adecuadas para expresar su aprecio por Elizabeth y el futuro que compartirían juntos.

—Todos sabemos que eres un presumido de primera hoy, Hurlston —gritó Scarsdale—. ¿Por qué no lo dejas así?

Winston se rio. Quizás ya había dicho suficiente. Las mejillas de Elizabeth ya estaban rojas de vergüenza otra vez.

—Supongo que habrá otras cenas donde pueda ensalzar las virtudes de mi futura esposa.

Madre se levantó y le susurró:

—Creo que es hora de que las damas dejemos a los caballeros con su oporto y sus puros. Algunos caballeros están olvidando sus modales.

Winston asintió.

—Como usted prefiera.

—Señoras, si me siguen —Madre alejó a Elizabeth de él—. El té nos espera en el salón.

Sin embargo, Winston necesitaba hablar con Elizabeth esa noche. Como el señor Mayflower parecía finalmente distraído con la conversación, era el momento perfecto para escabullirse con su hija. Apartó a su hermano.

—Peter, ¿podrías sustituirme un momento?

—Por supuesto.

Winston salió al vestíbulo y encontró a Elizabeth esperándolo allí.

—Ven conmigo —le instó, dirigiéndola hacia su estudio, donde podrían estar a solas. Los encerró y fue inmediatamente a su escritorio—. Creo que encontrarás mi oferta aceptable —

murmuró mientras le entregaba un fajo de papeles a su futura esposa—. El contrato de matrimonio original no era justo contigo. Tu padre fue terriblemente miope.

—A padre solo le importaba la conexión con una gran familia, no mis necesidades —Elizabeth tomó los papeles de su mano y se dio la vuelta para leer su nuevo acuerdo a la luz de las velas.

Su acuerdo de compromiso no podía ser alterado, pero aún se podía hacer otro contrato con Elizabeth. Winston pensó que había sido más que justo al mejorar los términos de su contrato matrimonial. Diez mil libras para Elizabeth, uso exclusivo de una propiedad en Bath y un nuevo carruaje de viaje para su uso exclusivo, que se entregaría después de su matrimonio.

El contrato de matrimonio original que sus padres habían firmado le otorgaba a Elizabeth un título, pero poco más allá de responsabilidades. Ahora, con su corrección largamente esperada, Elizabeth tendría dinero propio al casarse, una consideración que, según había oído, las novias rara vez obtenían después de que se hubiera firmado un contrato matrimonial hacía más de una década.

Winston quería ser un buen esposo. Justo y generoso con su esposa. Su matrimonio estaba arreglado, pero siempre consideraría sus necesidades.

—Tu padre arregló el mejor partido que pudo para ti en ese momento.

—También lo hizo el tuyo —murmuró ella, con los ojos brillando de irritación.

—Sí, pero muchas cosas han cambiado desde entonces —murmuró Winston, esperando que no cayeran en otra disputa. Los términos del contrato matrimonial habían sido un punto constante de irritación entre ellos durante años. Al casarse, Winston se convertiría en heredero de la casa ancestral de Elizabeth y todas las tierras que la rodeaban, ya que Mayflower no tenía un heredero varón. Un aumento de cien acres de buenos pastos de cultivo a las propias posesiones familiares de setecientos acres.

—Es insufrible cómo ya se pavonea diciéndole a todo el mundo que estará emparentado con el Conde de Hurlston —se quejó ella.

—Será la verdad —respondió Winston, pero un sabor amargo se estaba formando en su boca. A pesar de su larga asociación, a Winston no le agradaba particularmente la costumbre del padre de Elizabeth de aprovecharse de su conexión. Harold Mayflower era un pomposo charlatán a veces también. Ahora mismo, probablemente estaba ensalzando las virtudes de las propiedades de Hurlston como si fueran suyas. Tenían poco en común excepto Elizabeth y, por el bien de la paz entre las familias, Winston pasaba por alto muchas de las extravagantes jactancias del Sr. Mayflower. Afortunadamente, después de la boda, Winston aún tendría motivos para estar en Londres más que en el campo.

En menos de un mes, antes de que llegara el invierno, Winston y Elizabeth serían por fin marido y mujer. —Nuestro matrimonio lo hará feliz.

—Supongo que debe ser así —murmuró ella, y luego se apresuró alrededor de su escritorio para firmar los papeles.

Winston estudió a su futura esposa desde la distancia. Mechones pálidos y perfectamente rizados, piel sin una sola imperfección. Había una atemporalidad en su belleza que pocos podían igualar. Y sin embargo, no se sentía ni un poco conmovido por ella. Supuso que el deseo fuera de la alcoba era en gran medida innecesario en un matrimonio concertado como el suyo.

—¿Cuándo puedo esperar los fondos?

—Cinco mil libras estarán disponibles el día que nos casemos. Todo lo que tienes que hacer es presentar ese documento a mi banquero, y el dinero será tuyo para hacer lo que quieras. No me importa en qué lo gastes.

—¿Cinco mil? —Agitó los papeles hacia él—. ¡Esto promete diez! Me has engañado, igual que tu padre hizo con el mío.

Él levantó ambas manos. Elizabeth claramente seguía cansada después de su viaje a Londres, y cuando estaba cansada, a menudo reaccionaba de forma exagerada ante la más mínima cosa. Había sido un largo día, después de todo, y asumió que ella no había leído cada palabra del documento. —Como discutimos antes, el resto es tuyo tras la llegada segura de mi heredero. Mi padre hizo esto con mi madre, aunque su generosidad no fue tan grande como la mía.

—Solo dos hijos sobrevivieron. Tú y Peter. —Elizabeth sacudió la cabeza, con la mandíbula apretada—. Cien libras por cabeza fue todo lo que *ella* recibió.

—Sí, y no olvides su fidelidad y amor duraderos como parte del trato. —Suspiró—. Las cien libras eran un mero pago simbólico para ellos. Pero la colmó de regalos durante todos los años de su matrimonio, te lo aseguro. Solía decir que madre era el verdadero tesoro en su matrimonio de todos modos. Así como tú serás el mío. Puedes acumular cuentas por toda la ciudad si quieres antes de la boda y las saldaré sin cuestionarlas.

Elizabeth se levantó abruptamente del escritorio. —Me alegrará ver Bath de nuevo.

Winston hizo una mueca. —Hay un asunto de mi heredero que discutir.

Los ojos de ella se agrandaron. —¿Tan pronto?

Winston se removió inquieto. Debía compartir la cama de Elizabeth para conseguir su heredero y ninguno de los dos se hacía más joven. —Me habría gustado hablar sobre la intimidad entre nosotros antes de que se leyeran las amonestaciones, pero hubo pocas oportunidades para una conversación tan personal con tu padre rondando por ahí.

Ella lo miró con una expresión alarmada.

—Por el amor de Dios, no pienses que voy a abalanzarme sobre ti después de todos estos años —se pasó los dedos por el pelo—. Quiero hablar sobre tener hijos. Cómo procederemos y demás cuando nos casemos. Por favor, siéntate para que podamos discutirlo tranquilamente.

Le indicó una silla y él se sentó a su lado, incómodo. —Jamás me impondría a la fuerza —juró—. Tus deseos son importantes y nada más tiene que cambiar entre nosotros.

Ella apartó la mirada, y él pudo ver cómo un rubor le teñía las mejillas de un intenso color rojo.

—Es algo que debemos hacer —le recordó—. Poco después de casarnos.

Ella asintió varias veces, mostrando su acuerdo silencioso con su sugerencia.

Él le tendió la mano, pidiéndole que confiara en él. Finalmente lo hizo, pero encontró sus dedos fríos. —Será incómodo, lo sé. Nos conocemos de toda la vida.

—Sí.

—Pero saldremos adelante, igual que lo hicimos con nuestro primer beso —se inclinó hacia ella, sonriendo ante el recuerdo—. Aquello sí que fue incómodo, ¿verdad?

Ella se puso tensa. —Estaba aterrorizada de que mi padre te encontrara conmigo y me declarara libertina.

—Yo estaba ansioso y no consideré el daño que podría hacer a tu reputación en aquel entonces —su relación nunca había sido física. Le había besado la mano muchas veces en Navidad y en su cumpleaños, y una vez logró reclamar sus labios en un largo beso. Pero se había sentido extraño, y ella había rechazado sus intentos de quedarse a solas desde entonces. Ahora que estaban a punto de casarse, ya no tenía que preocuparse de que su padre los encontrara juntos y besándose—. Los días de mantener una estricta propiedad pronto quedarán atrás —prometió.

Ella se encogió de hombros. —Algunas preocupaciones nunca abandonan a una dama.

—Cierto. Pero juré el mes pasado cuando vine a verte que nunca te daría motivos de

preocupación.

Winston había ido a verla para ofrecerle una salida del matrimonio, si ese era el deseo de su corazón, pero recibió la seguridad de que convertirse en su condesa era lo que realmente quería.

Así que ahora era el momento de continuar con el resto de su vida juntos. Ahora podían besarse en cualquier momento que tuvieran la oportunidad. Podría hacer que compartir la cama en su noche de bodas fuera más fácil si se familiarizaban más el uno con el otro de antemano.

Había empezado a inclinarse para besarle la mejilla cuando Elizabeth se levantó de repente. —Ha sido un día largo y seguro que hay invitados esperándonos. Tu madre se estará preguntando dónde estoy.

—Le dije que quería hablar contigo a solas esta noche y le pareció una buena idea —le informó, un poco decepcionado de que se hubiera levantado tan rápido—. Ve si debes. Yo volveré con los caballeros y nos reuniremos con vosotras en breve.

—Muy bien —murmuró, antes de salir apresuradamente de la habitación.

Cuando estuvo seguro de que ella se había alejado lo suficiente como para no oírlo, Winston dejó escapar un fuerte gemido. Las conversaciones con Elizabeth sobre acostarse con ella lo habían puesto inusualmente tenso. Se apresuró a servirse una copa y decidió sentarse en su escritorio un momento para ordenar sus pensamientos antes de volver con los demás.

La idea del matrimonio lo llenaba de una mezcla de emoción y absoluto pavor. No era que no le gustara Elizabeth. La admiraba, conocía su pasado y su naturaleza tan bien como la suya propia. Pero no la amaba.

A pesar de eso, su acuerdo, el dinero y la libertad que le prometía, contribuirían en gran medida a suavizar cualquier irritación futura entre ellos. Su padre había sido bastante estricto con sus gastos a lo largo de los años, y ella había llegado a resentirlo por sus formas tacañas.

Winston revolvió los papeles, contento de tener un asunto más resuelto. Los guardó en el cajón del escritorio para ocuparse de ellos a primera hora de la mañana siguiente. Su abogado pensaba que estaba loco por malgastar dinero en una esposa cuando no lo necesitaba.

Oyó un paso en la puerta.

—¿Se ha ido?

—Creía que habías aceptado ocupar mi lugar, hermano.

—Mayflower se ha hecho cargo de nuevo de los procedimientos, así que vine a ver qué estabas tramando.

—Como puedes ver —murmuró—, siempre hay mucho que hacer.

Lord Peter Bell, el hermano menor de Winston por diez años, frunció el ceño.

—Siempre trabajando. Ya no eres divertido.

Winston negó con la cabeza. Él era el mayor y sus días de holgazanear con amigos habían quedado atrás.

—Estoy cumpliendo con mi deber, por supuesto.

—¿Deber? —se burló—. ¿Es lo único en lo que puedes pensar? ¿Incluso esta noche?

—Es importante —prometió—. Especialmente esta noche.

El matrimonio era un asunto serio.

—Deberías estar ahí fuera bebiendo con tus amigos, no dejando que Mayflower mande.

—Me reuniré con todos en un momento.

Cerró el cajón con llave y escondió la llave en su lugar habitual, y discretamente estudió a su hermano. Peter Bell era más robusto donde Winston era delgado. A Peter le encantaba beber y disfrutaba de la buena comida en exceso. De cabello más oscuro que Winston, y lo mantenía largo solo para irritar a su madre. Peter sonreía constantemente, le encantaba bromear, pero

apenas podía quedarse quieto el tiempo suficiente para aprender. Sería un terrible conde con responsabilidades.

Winston era más estudioso y había heredado el título de su padre en los últimos dos años, aunque trataba de encontrar formas de hacer frente a la presión adicional. Montaba a caballo todos los días para hacer ejercicio y despejar su mente, visitaba el club de boxeo de Gentleman Jackson una vez por semana para mantener una figura esbelta y desahogar cualquier frustración que oscureciera su estado de ánimo. Disfrutaba de la sociedad londinense, encontraba gran placer en observar los juegos que otros representaban en sus vidas amorosas, y adoraba a su familia... a su madre, incluso a su pícaro hermano, aunque estuviera demasiado ocupado para *jugar* de la manera en que Peter aún esperaba que lo hiciera.

La vida sería bastante aburrida sin su hermano recordándole constantemente que no se obsesionara con aumentar la fortuna familiar.

—¿Qué estás haciendo realmente aquí?

—¿Está mal que quiera pasar tiempo con mi hermano?

—Me has estado evitando durante semanas —le recordó Winston—. Desde que me negué a comprarte ese faetón que te gustaba.

Peter se sentó de repente, con las manos colgando entre las rodillas.

—¿Te sientes diferente? ¿Entras en pánico? Ahora que estás a punto de encadenarte. Puedo cubrirtte mientras escapas. Tal vez huir al continente.

—No.

Peter siempre había dejado claro que tenía una baja opinión de los matrimonios arreglados, especialmente el de Winston con Elizabeth. Pensaba que la idea de que estuvieran juntos era absurda y lo decía a menudo.

Peter enganchó una pierna sobre el brazo de la silla y luego la segunda se unió a la primera.

—¿Cómo estaba el ánimo de tu futura novia cuando hablaste con ella a solas esta noche? ¿Era una señorita apropiada o fue más valiente de lo habitual y te dejó hacerle el amor?

Winston sonrió forzosamente, fingiendo divertirse con la pregunta en lugar de revelar la incomodidad que sentía.

—Su estado de ánimo esta noche, o cualquier otra noche, no es realmente asunto tuyo, y te recordaré por última vez que seas respetuoso con ella.

Peter se rió suavemente.

—Supongo que ahora que casi es de la familia, será mejor que me porte bien con ella o me arriesgo a que me envíen a mi habitación sin cenar.

Winston frunció el ceño.

—Preferiría que no le ofrecieras ningún afecto falso a mi futura esposa. Es casi tu hermana.

La sonrisa de Peter desapareció.

—Nunca pedí una hermana.

Winston hizo una mueca. A Peter nunca le había gustado Elizabeth. La pareja nunca se había llevado bien a pesar de todos los años que habían pasado codeándose. Eran vecinos y había sido imposible que se evitaran.

—Te habrías visto cargado con una hermana sin importar con quién me casara —dijo en voz baja.

—Podría haber sido cualquiera menos ella —se quejó Peter, poniéndose de pie de golpe—. Todavía hay tiempo para librarte de la obligación o incluso huir de ella. No la amas.

—Basta —cuadró los hombros, enojado porque incluso ahora, Peter seguía sin aceptar cómo debían ser las cosas, justo esta noche de todas las noches—. Vete. Encuentra algo con qué

entretenerte en lugar de molestarme con tus propias dudas. Pero no quiero enterarme de que gastaste más de tu asignación antes de que llegue tu cumpleaños. Te lo dije, no pagaré ninguna deuda más allá de esa suma sin importar qué.

—Puño apretado —murmuró Peter entre dientes y luego ofreció una falsa sonrisa—. Me haré escaso y te dejaré disfrutar de la poca libertad que te queda.

—Estaré ocupado mañana —murmuró Winston. Tenía la intención de pasar la mañana con su futura esposa—. Te veré en la cena. Tengo un horario completo mañana. ¿Qué harás con tu día?

—No tengo idea. Algo divertido y enérgico. Sin planear. Espontáneo. ¿Recuerdas cómo era eso? Hacer algo completamente impredecible. Salir solo simplemente porque podías.

—Buenas noches, hermano —respondió, ignorando la pulla de que se había vuelto rutinario—. Intenta no iniciar un motín antes del amanecer.

Winston se puso de pie, se ajustó el chaleco y vio partir a su hermano con el corazón apesadumbrado. Peter siempre podía decir justo lo correcto para meterse bajo su piel, pero Winston definitivamente era demasiado mayor para perseguirlo por la casa y ponerlo de cabeza, como lo había hecho cuando Peter era niño. Aunque podría hacer eso con su propio hijo algún día pronto.

Ese pensamiento lo animó momentáneamente.

Pero el nerviosismo lo invadió ante la idea de acostarse con su novia. El matrimonio y las mujeres seguían siendo lo gran desconocido para él.

Winston regresó paseando al salón donde sus amigos seguían bebiendo y fumando sus puros, y se unió a la conversación.

Tenía una buena vida. Aunque no fuera la gran aventura impredecible que Peter anhelaba.

CAPÍTULO 3



CHARLOTTE SE CUBRIÓ la boca y gritó.

Se sintió tonta, pero sus amigas Aurora y Eugenia le habían asegurado que expresar sus frustraciones en voz alta le haría mucho bien a sus nervios. Se recompuso cuando terminó y miró a su alrededor con culpabilidad, esperando que nadie importante hubiera estado cerca para escuchar su arrebató.

La sociedad, resignada, vio que seguía adelante sin el más mínimo interés en lo que ella había estado haciendo.

—¿Te ayuda en algo, querida? —preguntó Aurora Hillcrest, con el rostro lleno de preocupación y esperanza.

Charlotte bajó las manos de su boca lentamente.

—Sí, y eso fue tan impropio de mí que puede que tenga que hacerlo de nuevo algún día pronto.

Aurora rio suavemente.

—Nadie te oyó ni se dio cuenta.

—Ni siquiera fuiste demasiado ruidosa —prometió la señora Eugenia Berringer con una suave risa propia—. Ahora vayamos al grano.

Charlotte realmente tenía las mejores amigas. Habían respondido a su mensaje de pánico la noche anterior, sugiriendo reunirse a primera hora para poder hablar en privado lejos de oídos indiscretos y, probablemente, de la desaprobación. Aunque le prometieron que todo estaría bien si expresaba su pánico reprimido para empezar a sentirse tranquila, la ansiedad permanecía.

Estaba preocupada.

—*Necesito* tomar el control de mi propia vida y dejar de esperar que el destino me entregue al marido perfecto. No existe.

Eugenia hizo una mueca.

—Aún hay esperanza de que puedas casarte por amor.

—Me gustaría creerlo, pero los hechos me miran a la cara. Mis padres exigen que me case o me vaya con ellos. Tengo exactamente tres semanas para lograrlo. Es hora de que deje de esperar a que un apuesto príncipe me salve. ¡Probablemente tendré que salvarme a mí misma, y a él también!

—Con solo tres semanas para el cortejo, lo más probable es que tengas que casarte mediante licencia especial.

Charlotte no tenía el lujo de perder el tiempo en un cortejo apropiado. Necesitaba un marido

ahora.

—Tengo mis propios fondos para pagar una licencia especial si mi potencial marido duda en soltar el dinero para ello, pero ¿cómo se arregla una?

—Thaddeus estaría encantado de explicártelo, si decides confiar en él —sugirió Eugenia—. Tiene experiencia de primera mano con el proceso de solicitud cuando nos casamos. Puede que lo veamos esta mañana también. Salió temprano para ir a montar con el duque.

—Oh. —Charlotte giró cuando unos caballos pasaron tronando por Rotten Row, observando a cada jinete por turno. No había planeado revelar su desesperada situación más allá de sus amigas más cercanas. Pero Eugenia estaba casada ahora, y sospechaba que ella y el señor Berringer guardaban pocos secretos entre sí. Bien podría confiar en él también, supuso. Siempre había sido amable con ella—. Bien, hablaré con él sobre esto, aunque más tarde cuando lo necesite. Y, entonces, todo lo que necesito ahora son los nombres de posibles esposos.

—Bueno, ya hemos descartado a Pinner y Brandestock y algunos otros. ¿Por qué no Lord Sullivan? Aún está soltero —señaló Aurora mientras paseaban un poco más bajo la atenta mirada del *ton*.

Charlotte hizo girar su sombrilla detrás de su cabeza y consideró al hombre mencionado. Era un conde y un caballero. Podría estar peor, pero... —Lord Sullivan es bastante agradable, supongo, pero no creo que yo sea lo que él busca en una esposa. Hemos bailado, pero nunca he notado que me mire con algo más que cortés consideración.

—Nadie más parece pensar que son lo que él busca tampoco —refunfuñó Aurora—. De todos modos, vale la pena considerarlo. En caso de apuro.

Eugenia suspiró. —Pocos saben realmente el tipo de cónyuge que necesitan.

Charlotte sonrió. —Hiciste la elección correcta con el señor Berringer, Eugenia. Es fácil ver que ambos están felizmente casados.

—Lo estoy —concordó Eugenia—. Pero no nos distraigamos de nuestra misión. Hoy, mañana y por cuantos días sean necesarios, nuestro enfoque es encontrarte un buen hombre para casarte.

—Gracias. —Charlotte exhaló un profundo suspiro. Si tan solo sus padres hubieran tenido tanto interés en su futuro como sus amigas, se habría casado hace mucho tiempo.

Aurora sonrió. —Cuéntanos qué tipo de hombre realmente sueñas, Charlotte. Y nada de medias verdades, querida.

Charlotte cerró su sombrilla cuando se movieron bajo unos árboles y la usó como bastón, clavando la punta en el suelo. Nunca le diría la verdad a nadie más que a sus amigas más cercanas. Pero siempre tendría que mantener sus sentimientos por Lord Hurlston para sí misma. No tenía sentido mencionarlo ahora. —Alto, pero no tan alto que sea incómodo besarlo.

—Me alegra ver que has pensado en lo esencial —murmuró Eugenia con una sonrisa encantada.

Ella se rio. —Es tu culpa si piensas que esa es una consideración demasiado descarada.

—Para nada descarada. Este es un hombre al que vas a besar por el resto de tu vida. ¿Deberías tener dolor de cuello durante toda ella?

Todas rieron juntas.

—Preferiría que no. Quiero besar a mi marido de vez en cuando.

—¿Tenías el corazón puesto en casarte con un lord?

Su mente inmediatamente se dirigió a cierto conde no disponible. —No.

—¿Qué tal alguien menos importante pero aún prominente? Un abogado o incluso un banquero adinerado te asegurarían una vida muy cómoda aquí en Inglaterra.

—Estoy interesada en cualquiera que me acepte a estas alturas. Difícilmente puedo ser exigente, ¿verdad? No busco un matrimonio por amor. No hay tiempo para dudar y esperar que el amor aparezca mágicamente antes de la fecha de partida de mis padres...

Eugenia la interrumpió. —Charlotte, será una alianza más fría de lo que habíamos esperado para ti. ¿Estás segura de que no hay otra manera de que te quedes?

—No. Fueron bastante claros. —Se armó de valor—. Estoy segura de que no quiero pasar seis meses en un barco con goteras, solo para enfrentarme a años de vida dura con apenas un atisbo de civilización a mi alrededor —respondió con firmeza—. El matrimonio siempre fue mi primera opción para mi vida. Un hogar y una familia. Niños jugando a mis pies durante un largo invierno inglés y un marido amable ansioso por hablar conmigo y besarme. Dama de compañía o institutriz eran la segunda y tercera opción, pero mis padres no quieren oír hablar de ninguna de las dos.

Aurora abrazó fuertemente a Charlotte contra su costado. —Ni soñaría con dejarte ir como institutriz si se puede evitar. Aunque ser dama de compañía tampoco está exento de dificultades, debo advertirte. Probablemente te enfrentarías a sinvergüenzas lascivos sin intenciones honorables en ese papel. A mí me pasó. Un marido es lo que debes tener, sin duda.

Eugenia se mordió el labio. —El matrimonio es para siempre. Pero hacer una mala elección podría ser peor que el futuro actual de Charlotte. El hombre que elija para casarse también debe ser digno de ella, no lo olvidemos. Tendrá que vivir con él el resto de su vida. Y no olvides que debe darle la bienvenida a su lecho si han de tener hijos.

Las mejillas de Charlotte se encendieron. Había lidiado con insectos arrastrándose en su cama, serpientes en sus botas y techos con goteras durante años. Vivir con miedo todo el tiempo era desagradable. Un marido inglés que apenas conociera y no amara podría ser mucho más fácil para sus nervios, especialmente si era amable y del tipo hogareño.

—¿Sabéis que he pasado tres cuartas partes de mi vida viviendo fuera de Inglaterra? Cada vez que hemos regresado, he tenido que hacer nuevos amigos otra vez porque todos los que conocía habían seguido adelante con sus vidas mientras yo estaba fuera —suspiró—. Mi falta de familia y conexiones nunca ha ayudado a mi atractivo. Ciertamente, las tendencias intelectuales de mis padres tampoco. No puedo ser exigente. Cualquiera me vendría bien a estas alturas.

Aurora suspiró. —¿Es cierto que tus padres una vez pasaron una noche leyendo en la biblioteca del Duque de Exeter en lugar de asistir a la cena en la que eran los invitados de honor?

—Eso es cierto. Yo tenía catorce años, emocionada por estar en casa de nuevo, y ellos lo arruinaron. Su Gracia se jactó de haber adquirido un raro conjunto de manuscritos antes de que se sirviera el primer plato —confesó y se cubrió momentáneamente el rostro al recordar la vergüenza—. Prácticamente salieron corriendo de la mesa, dejándome a mí para que presentara sus disculpas. Y esa ni siquiera fue la noche más embarazosa que pasé con ellos.

—Estoy segura de que él no volverá a cometer ese error —prometió Eugenia—. Me contó la anécdota con gran diversión, así que no se ofendió.

—Puede que sea el único que no lo esté. Cualquiera que afirme conocer a mis padres también debería saber que su capacidad de atención para las personas y la conversación, especialmente al regresar a Inglaterra, es ridículamente corta hasta el punto de la grosería. Apenas puedo lograr que me noten a *mí*, y siempre estoy con ellos.

—¿Por qué no te dejaron atrás con familiares o te pusieron en un internado, ya que parecen bastante desinteresados en criarte?

Se encogió de hombros. —Les pregunté eso una vez, ¿y sabéis qué pasó? Me dijeron que contara hasta cinco, porque había alzado la voz para llamar su atención. Cuando repetí mi

pregunta con voz más calmada, alegaron que querían mostrarme el mundo y luego inmediatamente volvieron a su trabajo.

—Muchos envidiarían tu experiencia mundial.

—Pero no me mostraron el mundo. Me abandonaron en él, y al cuidado de sirvientes indiferentes. Cuando fui mayor, tuve que contratar mis propias acompañantes y nunca se quedaban mucho tiempo. No me molesté en reemplazar a la última.

Charlotte realmente no sabía por qué sus padres la mantenían a su lado ahora que era mayor, más allá de la comodidad de tener a alguien que gestionara su hogar y se asegurara de que sus baúles no se perdieran en sus viajes. Cualquier sirviente pagado podría haber hecho eso por ellos. Ella no era especial para ellos de ninguna manera, sino familiar. Como una manta gastada o una sombrilla de confianza.

Empezaron a caminar de nuevo. Aurora entrelazó sus brazos y atrajo a Charlotte cerca de su costado, probablemente en un intento de animarla. Charlotte solía ser mejor ocultando su resentimiento hacia sus padres, pero de vez en cuando simplemente brotaba en un torrente. —Lo siento. No debería haberte dicho nada de eso.

—Tonterías. Puedes contarnos cualquier cosa y es bueno saber cómo te sientes realmente sobre las cosas —Aurora de repente se rio—. Nuestra gran aventura fue el viaje a Londres, y debe parecer muy menor comparada con tus viajes más amplios. Nuestra próxima aventura será una visita a la finca campestre de Lord Wharton.

—Sí, ya falta poco —murmuró Eugenia.

—Con gusto cargaría vuestro equipaje —ofreció Charlotte—. Tenía tantas ganas de ver la finca de Lord Wharton. He oído tanto sobre ella en los últimos meses.

—Ojalá pudiéramos ofrecernos a ir contigo —murmuró Eugenia—. Le rompería el corazón al duque si Thaddeus dejara el país.

—Yo no me ofrecería a ir contigo —admitió Aurora, y de repente saludó efusivamente a un caballo y jinete que pasó tronando—. Hay demasiadas cosas de mi gusto aquí mismo en Londres.

Aunque el jinete había pasado a toda velocidad, Charlotte pudo notar fácilmente que se había percatado del interés de Aurora. Ese tipo de comprensión masculina nunca había sucedido con Charlotte y probablemente nunca sucedería. No estaba amargada por ser ignorada por los solteros y los sinvergüenzas. Bueno, tal vez solo un poco.

No era horrible. Solo más baja y redonda que la mayoría de sus amigas.

Charlotte se volvió para mirar el panorama de Hyde Park y suspiró profundamente. —Lamentaré la pérdida de estas vistas si me veo obligada a marcharme.

—Entonces haremos todo lo que esté en nuestro poder para ayudarte a quedarte en Londres con nosotras, incluso si tenemos que acogerte y esconderte en los áticos —decidió Eugenia.

—No, nunca quiero ser una carga para mis amigas —bajó la mirada al suelo, con las mejillas ardiendo de vergüenza por lo tentador que de repente sonaba estar escondida en un ático—. Pero gracias desde el fondo de mi corazón. Significa mucho que me lo ofrezcáis.

Eugenia la abrazó brevemente. —Temía que dijeras eso. Siempre será una opción, sin embargo. Hay un baile esta noche. Hablaré con la Duquesa de Exeter para que te añada a nuestro grupo. Te recogeremos después de las nueve de camino allí.

—Realmente aprecio cualquier ayuda que podáis darme. No puedo esperar ninguna asistencia de mis padres.

Charlotte levantó la mano para rozarse la nuca y luego miró rápidamente alrededor en busca de alguna fuente de peligro. La última vez que había sentido tal sensación de presagio fue en presencia de un tigre hambriento.

Dirigió su mirada hacia los céspedes verdes donde otros paseaban, buscando cualquier fuente de peligro en esa dirección. Todo lo que podía ver era un par de caballos siendo montados a toda velocidad a través de los céspedes verdes, serpenteando entre las parejas y causando caos y protestas entre los miembros de la sociedad.

Charlotte entrecerró los ojos al mirarlos, intentando sin éxito identificar quiénes podrían ser. —¿No se supone que los jinetes deben mantenerse en el camino y no en los césped? —preguntó a sus acompañantes.

—Así es.

Apuntó con la punta de su sombrilla hacia los jinetes que se acercaban. —Esos hombres son bastante groseros entonces. Espero que se mantengan alejados de nosotros.

—Supongo que los echarán antes de que lastimen a alguien —dijo Aurora, levantando la mano para observarlos un momento también.

—¡Eh, esposa mía!

Todas se giraron cuando Thaddeus Berringer se bajó de su caballo sudoroso y lo condujo fuera de la pista apresuradamente para encontrarse con ellas. No dudó en besar a su esposa apasionadamente allí mismo frente a todos.

Aurora tomó las riendas de su montura y se dedicó a mimar a la gran bestia.

Charlotte también se dio la vuelta para seguir vigilando a aquellos jinetes que cabalgaban temerariamente, dando privacidad a la pareja recién casada.

Para su gran sorpresa, los jinetes estaban mucho más cerca ahora. —¿Qué están haciendo?

De repente, los jinetes se detuvieron, parecieron consultarse entre sí, y luego señalaron, aparentemente, directamente a Charlotte y su grupo. Sus ojos se abrieron de par en par cuando se lanzaron directamente hacia su lugar sombreado.

Sin embargo, entre Charlotte y los jinetes, un caballero y una dama mayor paseaban del brazo.

Y no eran conscientes del peligro que se dirigía hacia sus espaldas.

Jadeó al reconocer a Lord Hurlston, con su anciana madre a su lado. Les gritó una advertencia, pero Hurlston malinterpretó y simplemente le devolvió el saludo.

—¡No! —gritó, mientras los jinetes se abalanzaban sobre la pareja.

Estaban casi sobre ellos cuando Charlotte reaccionó con un instinto perfeccionado por sus viajes a lugares peligrosos. Desplegó su sombrilla y la empujó frente a ella mientras corría directamente hacia el conde y el peligro. Una vez pasados, hizo girar la sombrilla, esperando que el patrón giratorio pudiera asustar a un animal fácilmente asustadizo como un caballo.

Lord Hurlston y su madre gritaron cuando los jinetes pasaron tronando. Tan cerca, Charlotte pudo oler el sudor de los caballos y sentir el viento de su paso arrastrando sus largas faldas.

Y luego se habían ido. Volando a través del césped y saliendo completamente de Hyde Park, sin mirar atrás ni una sola vez ni gritar una disculpa.

Charlotte cerró su sombrilla de golpe y se esforzó por normalizar su respiración, vigilando atentamente por si los jinetes regresaban. Pero la emoción del peligro evitado por poco permaneció con ella, y pronto se instaló la preocupación. Miró detrás de ella para asegurarse de que todos estuvieran a salvo y que no hubiera otros caballos cargando hacia ellos incluso ahora. —Creo que se han ido.

De repente, Charlotte fue girada por un par de fuertes manos masculinas en sus hombros. —¿En qué demonios estabas pensando?

Parpadeó mirando a Lord Hurlston, quien parecía estar furioso. —¿Que en qué estaba pensando?

Su ceño se profundizó, y la sacudió una vez, suavemente. —¿No tienes sentido común? ¡Podrías haber sido aplastada!

—Al menos esta vez solo fueron caballos y no un elefante malhumorado como la última vez —bromeó con un encogimiento de hombros y una risa nerviosa.

Nadie se rió con ella, y miró a su alrededor.

La pobre Lady Hurlston, sin embargo, se llevó una mano enguantada a la garganta y su rostro estaba extremadamente pálido. Temiendo que la mujer estuviera a punto de desmayarse, Charlotte se zafó del agarre del conde y corrió a su lado. —¿Se encuentra bien, milady?

—¡No estoy nada bien! —exclamó Lady Hurlston, aferrándose con fuerza a la mano de Charlotte—. Me habrían atropellado y matado de no ser por usted. ¿Quiénes eran?

Charlotte sintió que la mujer mayor temblaba y miró a su alrededor en busca de un asiento. Pero, por supuesto, no había ningún lugar cercano en Hyde Park donde sentar a una dama de su distinción. No podía pedirle que se sentara en el suelo contra un árbol. En su lugar, Charlotte solo pudo apretar las manos de la dama entre las suyas. —No tengo idea, pero estoy segura de que se han ido, milady. Ahora está a salvo.

—Mi hijo podría haber muerto —sollozó Lady Hurlston.

Temiendo que un colapso completo o un desmayo fueran inminentes, Charlotte se arriesgó a poner un brazo alrededor de la espalda de la mujer para sostenerla. —Está tan entero y apuesto como siempre —le prometió.

Charlotte instó a la condesa a acercarse a su hijo.

El señor Berringer estaba de pie junto a Hurlston ahora y tenía las manos en las caderas, mirando a lo lejos. —¡Malditos idiotas! El parque necesita vigilancia.

Lord Hurlston estuvo de acuerdo y captó la mirada de Charlotte. —No puedo creer que una pareja de jinetes casi nos arrollara en Hyde Park. Deberían haber estado en el paseo. ¿Alguien los reconoció?

Todos negaron con la cabeza.

—Lo siento. Nunca pude ver bien sus rostros —se disculpó Charlotte—. Se movían demasiado rápido.

—Probablemente alguna apuesta ridícula por ganar —decidió Berringer, agitando el puño hacia la nada.

—Sí, supongo que podría haber sido algún tipo de apuesta —concordó Charlotte rápidamente—. Debieron querer ver a cuántas personas podían ofender en menos de diez minutos.

—¿Diez? —preguntó Hurlston.

—Los vi dando vueltas alrededor de las parejas en el parque no hace mucho. Cruzando el césped por donde cualquiera paseaba —le contó—. Como la mayoría de la gente, usted no pareció darse cuenta de ellos hasta que casi estaban encima de ustedes dos.

Probablemente era lo más largo que había hablado con Lord Hurlston sobre algo que no implicara mencionar el clima. Miró a su madre, que ahora parecía mucho más calmada, y sonrió.

Hurlston se quitó el sombrero y arrastró los pies. —Pensé que era simplemente un trueno.

Charlotte no pudo evitar reírse, pero rápidamente lo sofocó.

Él frunció el ceño y se volvió a poner el sombrero. —¿Qué tiene eso de gracioso?

—Oh, nada. —Miró al cielo despejado y luego sonrió a Lady Hurlston, que aún parecía contenta con el apoyo físico de Charlotte. Al menos la dama ya no temblaba de miedo—. Solo estaba pensando en el clima en ese momento. Es un día hermoso para dar un paseo, por lo demás.

Hurlston miró hacia el cielo casi sin nubes sobre el parque e hizo una mueca. —Era una

suposición razonable de mi parte.

—Por supuesto, milord —le aseguró rápidamente, aunque era difícil no sonreír ante el hecho de que un conde se estuviera defendiendo ante ella. Por fin estaba teniendo una conversación con él. Una lástima que fuera demasiado tarde para hacerle algún bien.

Hurlston extendió la mano hacia su madre. —¿Madre?

Charlotte dejó caer su brazo de la espalda de la mujer mayor.

—Vaya con el agradable paseo que me prometiste que tendríamos —dijo Lady Hurlston con voz temblorosa—. Debería haber confiado en mis instintos y haberme quedado en casa.

—Esto no volverá a ocurrir —prometió él, mirando de reojo a Charlotte.

—Oh, estoy segura de que Lord Hurlston tiene razón —añadió Charlotte con una sonrisa tranquilizadora—. Todo el mundo suele comportarse de la mejor manera en Hyde Park a esta hora del día.

—Maldita forma peligrosa de montar a caballo —volvió a refunfuñar Berringer, antes de dar una palmada en el hombro a Hurlston—. Bueno, parece que se han ido, pero deberíamos estar atentos por si esos locos vuelven.

Charlotte asintió.

—Creo que es mejor que volvamos a nuestro carruaje y nos dirijamos a casa —murmuró Eugenia, mirando a Charlotte y asintiendo con vigor. Charlotte entendió que eso significaba que continuarían su conversación más tarde—. ¿Le gustaría caminar con nosotras, Lady Hurlston?

La dama hizo un gesto hacia Charlotte. —Estaré encantada, y puede que nunca deje de vista a esta valiente jovencita, así que, ¿alguien podría presentarnos?

Charlotte miró a Eugenia, pero fue Lord Hurlston quien hizo las presentaciones, usando su nombre completo y mencionando también a sus padres.

Charlotte hizo rápidamente una reverencia.

—Es un placer conocerla —dijo la dama, pero luego frunció el ceño—. Su rostro me resulta familiar. ¿Quizás conozco a su madre?

Charlotte asintió. Lady Hurlston y su madre habían nacido el mismo año. Lo sabía por haber estudiado el nobiliario durante su primera temporada abortada, cuando su interés por Lord Hurlston estaba en su primer apogeo. —Tal vez debutaron juntas. El nombre de soltera de mi madre era Olivia Hemdale.

Su rostro se iluminó. —Así fue, aunque hace muchos años que no hablo con Olivia. Espero que su madre goce de buena salud. Siempre presumía de tener una constitución robusta.

—Sí, en efecto, está muy bien —aseguró Charlotte—. Mis padres viajan a menudo, así que no es de extrañar que no hayan intercambiado palabras en los últimos años.

—Los padres de la señorita Waters son notoriamente difíciles de atrapar para conversar, mamá —murmuró Lord Hurlston—. Nunca menciones adiciones a nuestra biblioteca en su presencia o te abandonarán al instante.

Charlotte hizo una mueca.

Pero la dama asintió. —¿Es por sus aventuras que te encuentraste con elefantes descontentos?

—En efecto, desafortunadamente. —Miró a Lord Hurlston. Su madre estaba bastante alterada—. ¿Caminarán ambos con nosotras, milord? Puede haber seguridad en los números mayores.

—Parece una idea sensata. —Hurlston asintió—. ¿Estás lista, mamá?

—Por supuesto que sí. Nunca debí haberte dejado convencerme de salir de la casa de la ciudad —murmuró suavemente para él.

Charlotte hizo una mueca. Sabía bastante sobre la madre de Lord Hurlston, por supuesto. A la sociedad le encantaba chismorrear sobre excéntricos como sus padres, y reclusos como parecía

haberse vuelto su madre en los últimos años. Se decía que Lady Hurlston estaba profundamente afectada por la pérdida de su esposo hace dos años. Se había mantenido mayormente aislada esta temporada, evitando las diversiones habituales de Londres por la tranquilidad del hogar. Pero siempre viajaba a donde fuera su hijo mayor.

Comenzaron a caminar, volviendo por donde habían venido, y sorprendentemente Charlotte terminó con Lord Hurlston a su otro lado.

—Estoy en deuda contigo por la oportuna advertencia —murmuró en voz baja después de unos pasos—. Gracias.

—No tiene importancia, milord.

—No podría pensar eso. No estaba prestando atención, y debería haberlo hecho.

—Hyde Park puede ser un lugar tan peligroso como cualquier otro en el mundo —le aseguró—. Todos debemos hacer lo posible por cuidarnos mutuamente.

—¿Eso es lo que aprendiste mientras viajabas, espantando elefantes con solo esa frágil sombrilla que llevas?

Ella lo miró lentamente.

—Vale la pena nunca dar por sentada la seguridad en ningún lugar, milord. Uno debe usar lo que tenga a mano, ya sea en Hyde Park, en un salón de baile o en la selva. Las sombrillas son útiles en muchas situaciones, no solo con las bestias.

—Lo tendré en cuenta.

—Bien.

Él frunció el ceño.

—Confío en que nunca hayas tenido que intentar defenderte de salvajes o canallas con esa cosa.

—Pesca en aguas poco profundas —respondió ella con una sonrisa tensa. Charlotte *había* disparado con una pistola a los pies de un salvaje una vez. No era necesario que nadie supiera esa parte de su pasado. ¿Era de extrañar que nunca quisiera volver a esa vida?

Cuando llegaron al carruaje, se hizo señas al de Lord Hurlston para que se detuviera detrás del carruaje de los Berringer. Aunque Lord Hurlston instó a su madre hacia el suyo, la anciana se plantó y se volvió hacia Charlotte.

—Deben venir a tomar el té, y traiga a su madre también —dijo—. Como dijo mi hijo, estamos eternamente en deuda con usted.

—Es muy amable de su parte, pero le aseguro que no tiene ninguna obligación conmigo —prometió, sonrojándose intensamente. Aunque el honor de la invitación era grande, las posibilidades de que su madre socializara con alguien a punto de abandonar el país eran escasas.

—Le debemos una gran deuda —aseguró Lord Hurlston—. Debe venir a tomar el té, incluso si su madre tiene otros planes para ese día.

Charlotte dio su acuerdo a regañadientes y murmuró una despedida a la mujer mayor cuando finalmente accedió a irse.

Charlotte siguió a los demás hacia el carruaje de los Berringer, sintiéndose aún inquieta. El peligro la dejaba sintiéndose descolocada. El Sr. Berringer subió a su caballo, con la intención de seguirlos a casa. Cuando llegó el momento de entrar en el carruaje, Lord Hurlston estaba de repente al lado de Charlotte nuevamente.

Casi se desmayó cuando sus dedos se cerraron con fuerza sobre su codo.

—Cualquier cosa —susurró.

—¿Cualquier cosa? —Lo miró con confusión aturdida. A solo centímetros de distancia pero oh, tan fuera de su alcance. Sus sentidos nadaron momentáneamente con la emoción de su

presencia.

Su mirada se suavizó mientras le apretaba el codo un poco más fuerte. —Te concederé cualquier favor que esté en mi poder otorgar.

Ella sacudió la cabeza para romper el hechizo que él había lanzado sobre ella. Lo que quería de él, nunca podría tenerlo. Debía contentarse con la ocasional sonrisa en su dirección en los años venideros. —No hay nada que puedas darme —insistió antes de entrar en el carruaje.

Charlotte exhaló un suspiro cuando él desapareció de su vista al cerrarse la puerta. No era justo que finalmente se hubiera fijado en ella *después* de haber anunciado su intención de hacer un enlace perfecto con otra persona.

CAPÍTULO 4



WINSTON ACOMPAÑÓ A SU madre al interior de su casa y suspiró aliviado cuando la puerta se cerró tras ellos. —Aquí estamos, mamá. Por fin en casa.

—Y no un minuto antes —murmuró la madre.

Winston ya había superado el susto de casi ser atropellado y ahora se sentía indignado al respecto. Nunca antes había estado en peligro por dar un simple paseo. Su madre podría haber resultado herida. Sus amigos y Charlotte Waters también.

—¿Tienes tiempo para entretener a un viejo amigo? —sugirió una voz de la nada.

Winston se dio la vuelta sorprendido y encontró a Lucien Hunt, un vecino del campo, de pie justo dentro de la puerta abierta de la biblioteca con una copa de vino en la mano.

Winston se quedó boquiabierto. —¡Dios mío! ¿Qué demonios haces en Londres, Hunt?

Hunt sonrió y se apresuró a estrecharle la mano. —He venido a ofrecer mis felicitaciones a ti y a tu hermosa futura novia, por supuesto. Tengo entendido que por fin se ha fijado una fecha. Tenía que venir a ver por mí mismo si era cierto, y parece que los rumores son verdad.

—En efecto, lo son. Se ha fijado una fecha, pero no tenías que venir hasta aquí para felicitarnos —dijo Winston. Lucien Hunt era la última persona que esperaba que viajara hasta la capital solo para ofrecer sus mejores deseos por su matrimonio—. La boda no es hasta dentro de unas semanas.

Hunt inclinó la cabeza. —También tenía otros asuntos que atender en Londres.

—Oh, por supuesto —murmuró Winston.

—Lady Hurlston, qué maravilloso volver a verla —dijo Hunt, tomando la mano de mamá entre las suyas y besando el aire sobre ella—. Ha pasado mucho tiempo, mi señora.

—Así es —respondió ella con una sonrisa afectuosa para su vecino.

Hunt se dio la vuelta antes de que Winston pudiera preguntarle qué asuntos le habían traído a Londres, porque Elizabeth estaba bajando las escaleras.

—Ahí está la radiante novia —exclamó Hunt—. ¿Cómo está usted, señorita Elizabeth?

—Muy bien, señor Hunt. No esperaba verlo hasta dentro de unas semanas —dijo ella, sus mejillas tornándose rosadas mientras Hunt tomaba su mano enguantada y besaba el aire sobre ella.

—¿Por qué no pasamos todos al salón? —sugirió Winston, moviéndose para reclamar la mano de Elizabeth—. ¿Vamos?

Lucien ofreció su brazo a la madre. —¿Nos acompaña, mi querida señora? Permítame decirle también lo bien que se ve hoy. Londres claramente le sienta bien a usted y a su futura nuera.

Nunca las he visto tan radiantes como hoy.

Winston cruzó una mirada con su amigo. —Estoy seguro de que la perspectiva de tu propio matrimonio pondrá un brillo en tus mejillas también, Hunt —bromeó.

—Ah, dudo mucho que me case ahora —advirtió Lucien, acomodando a la madre en una silla y reclamando un sillón para sí mismo—. ¿Quién me querría?

Elizabeth hizo una mueca de dolor. —Lady Hurlston, ¿pido que nos traigan el té?

—Por favor, hazlo —asintió la madre con una suave sonrisa hacia la futura esposa de Winston mientras hacía sonar la campanilla. La madre dirigió su atención hacia el vecino—. Señor Hunt, ciertamente es una gran sorpresa tenerlo con nosotros en Londres en esta época del año.

—O en cualquier año, para el caso —murmuró Winston—. Empezaba a pensar que nunca volverías.

—Bueno, Hurlston aquí me ha molestado lo suficiente y ahora aquí estoy. —Clavó una sonrisa burlona en Winston—. Vamos. ¿Qué noticias emocionantes tienes para compartir con un pobre soltero de campo? Supongo que has ahuyentado al joven Peter con tus modos de tórtolo enamorado.

Lucien Hunt siempre los había molestado sobre su largo compromiso en términos que incomodaban a Winston. Y parecía que continuaría haciéndolo incluso ahora que se había anunciado la boda. —Peter aparecerá tarde o temprano, estoy seguro. Aparte de la lectura de las amonestaciones, no te has perdido de mucho más.

La madre chasqueó la lengua.

—No, nada en absoluto —advirtió Winston a su madre. Había decidido en el camino de regreso no mencionar a nadie el día tan ajetreado que él y su madre habían soportado. No tenía sentido preocupar a Elizabeth también.

Elizabeth se aclaró la garganta. —¿Cuándo llegó a la ciudad, señor Hunt?

—Justo esta mañana. Me estoy hospedando en el Hotel Long's, en New Bond Street, a menos que tengan espacio para otro invitado.

—Por supuesto que lo tengo —prometió Winston después de un momento de consideración. Pero estaba molesto. Hunt le había dejado muy hábilmente sin otra opción que aceptar alojarlo o parecer descortés. La casa de la ciudad en Londres tenía espacio suficiente para alojar a una docena más de amigos del campo y Hunt se había quedado con Winston antes. Aunque entretener a sus vecinos no era como Winston había planeado pasar las semanas previas a su boda.

—Cuanto más, mejor —acordó Elizabeth con una sonrisa forzada.

Por un momento, Winston se preguntó si debería haberla consultado sobre el asunto de alojar a Hunt. Pero Hunt y Elizabeth generalmente se llevaban bastante bien cuando estaban en el campo. No podía imaginar que fuera una molestia para ella ahora.

Elizabeth dirigió hábilmente la conversación de un tema a otro mientras esperaban que llegara el té. Cuando apareció un lacayo con una pesada bandeja de té, Elizabeth se apresuró a captar la mirada del sirviente. —Prepare una habitación de invitados para el señor Hunt.

El hombre pareció confundido por un momento y miró a la madre de Winston en busca de instrucciones.

—Sí, por favor, prepare una habitación para el señor Hunt —murmuró la madre, formándose un pequeño ceño en su frente.

Elizabeth notó el ceño fruncido también. —Perdóneme, mi señora. Pero Hurlston me dijo que me sintiera como en casa. Espero que mis ocasionales peticiones no le molesten demasiado antes

de que se celebre la boda.

—Por supuesto que no, querida. Ya te considero mi hija. Puedes hacer lo que quieras aquí.

—Gracias —murmuró Elizabeth antes de volverse hacia su invitado—. ¿Qué noticias nos trae de casa, señor Hunt?

—Solo has estado fuera una semana —respondió Lucien, riendo—. Pero sé algo que te divertirá.

Lucien comenzó a susurrarle al oído algún chisme local.

A Winston no le interesaban mucho los chismes y se volvió hacia su madre para susurrarle: —No hay necesidad de hablar de esta mañana, mamá. Solo fue un poco de emoción, pronto olvidada.

—Eso espero.

Winston sonrió ante el rostro preocupado de su madre. —No te preocupes por lo de hoy. No pudo haber sido intencional. Como sugirió la señorita Waters, lo más probable es que fuera alguna apuesta ridícula llevada a cabo en público. Sin duda se dieron cuenta del daño que casi habían causado y huyeron rápidamente para evitar cualquier desagrado por sus acciones.

Madre aún se mordía el labio preocupada. —Si no fuera por esa valiente chica, podría haberte perdido.

Mujer. Charlotte Waters no era ninguna niña. Era una bonita *distracción*, además. —Un poco de conversación ahora le hará mucho bien a tus nervios, estoy seguro.

—Puede que tengas razón —concedió ella.

Winston suspiró. Si la dejaba sola, mamá probablemente alimentaría su preocupación por un peligro futuro durante todo el día.

Papá había sido mucho mejor para sacar a madre de sus tristezas que él. Pero ahora él era el cabeza de familia, y al menos ella dejaría la finca de campo con él, aunque aún no abrazara su viudez ni un regreso completo a la sociedad.

Hunt también podía ser bastante adulator, y madre solía responder bien a eso. Era una lástima que Lucien no tuviera suerte con las damas de su edad. A este paso, parecía destinado a permanecer soltero para siempre. —¿Cómo fue tu viaje desde casa, Hunt?

—Abarrotado —se quejó Lucien—. Pero ese es el destino de quienes deben viajar en transportes públicos. Un carruaje privado debe ser muchísimo más agradable.

—Tendremos que encontrarte una heredera para que te cases mientras estés en Londres y así podrás permitirte un fino carruaje propio para viajar —sugirió Winston guiñando un ojo a su amigo.

—No le tomes el pelo con el matrimonio, Hurlston —espetó Elizabeth—. No cuando el señor Hunt acaba de llegar a la ciudad.

Winston no se sorprendió demasiado por la repentina reprimenda de Elizabeth. Solía reaccionar de forma exagerada cada vez que surgía el tema de los emparejamientos y los matrimonios en la conversación con cualquiera. —Solo estaba bromeando con él, como él siempre ha hecho conmigo a lo largo de los años.

—Hurlston puede burlarse de mí —prometió Hunt, dando palmaditas distraídamente a la mano de Elizabeth que descansaba en el brazo de su silla—. ¿Qué más podríamos esperar sino un intento de casamentero por parte del hombre que se casará con la belleza más codiciada del distrito?

Elizabeth se sonrojó.

—Eres muy amable —murmuró.

—Es un éxito que no merezco pero que atesoraré todos los días de mi vida —añadió Winston

con una sonrisa gentil para su futura esposa.

—Echo desesperadamente de menos la serenidad del campo —dijo Elizabeth de repente.

—Todo el mundo echa de menos el campo cuando está en Londres, y Londres cuando está en el campo —soltó Mamá.

—Sé que Hurlston prefiere Londres a cualquier otro lugar donde pueda estar —bromeó Lucien.

—Al igual que tú eres aficionado al contenido de las bodegas ajenas —observó Winston.

—Hablando de bodegas, ¿cuándo podrías volver al campo para que pueda visitar la tuya de nuevo? —preguntó Hunt arqueando una ceja.

—No tengo planes inmediatos de viajar. —Sonrió a su vecino—. Como decía antes, mientras estés aquí, debo presentarte, ayudarte a causar una buena impresión en algunas familias notables. Nunca se sabe lo que puede pasar.

La madre se aclaró la garganta.

—Si me disculpan, creo que debería retirarme a mis aposentos para atender una correspondencia largamente postergada.

Lucien se levantó y acompañó a Mamá hasta la puerta, susurrándole algo que la hizo reír antes de que desaparecieran de la vista.

—Hurlston, cuando salgas esta tarde, llévate a Hunt contigo —murmuró Elizabeth.

Winston la miró sorprendido.

—Nunca dije que fuera a ir a ninguna parte.

—Por supuesto que ibas a salir. No hace falta que cambies tu rutina habitual por mi culpa. Tengo a tu madre para hacerme compañía y una casa de ciudad que aprender a dirigir. Mi padre también exigirá mi compañía. Siempre vas a tu club los miércoles y cenas allí más tarde con tus amigos, ¿no?

—Normalmente, sí. —Winston aún no había discutido su rutina con Elizabeth. De hecho, era algo que esperaba discutir con ella ese mismo día. Quería asegurarse de que sus agendas coincidieran en las semanas previas a la boda—. Acompañarte por la ciudad es el privilegio de un futuro marido. Tenía ganas de mostrarte los lugares de interés.

—Pero ahora que Hunt ha venido a la ciudad, y se va a quedar, no puedes ignorarlo. Como dijiste anoche, nada tiene que cambiar porque vaya a casarme contigo —murmuró ella—. Tengo suficiente para mantenerme ocupada.

¿Acaso no quería pasar tiempo con él antes de la boda? Pero entonces oyó a Hunt silbando mientras regresaba. Y con él cerca, Winston no podía hacer esa pregunta en voz alta. Y no sería apropiado discutir delante de un testigo. Winston había prometido ser un marido fácil.

—Muy bien. Lo que sea para hacerte feliz, querida.

Sonrió rápidamente. —Bien —Se puso de pie—. Ahora, se espera que acompañe a mi padre en una salida cuando regrese de su cabalgata matutina. Que tenga un buen día, milord. Señor Hunt, hablaré con usted más tarde.

Salió apresuradamente de la habitación antes de que él pudiera siquiera despedirse.

—Puedo orientarme por Londres por mi cuenta, ¿sabes? —le aseguró Lucien—. Si tienes otros planes para hoy, puedo...

—No, no. No había hecho grandes planes para el día —prometió. Al menos no ahora. Tendría que dejarle claro a Elizabeth que estaba a su disposición antes y después de la boda—. Entonces, ¿cuánto tiempo pensabas quedarte en la ciudad?

—Mientras no estorbe, hasta la boda.

—Nunca estorbarías —prometió Winston, aunque no estaba seguro de que fuera cierto.

Tendría que ser incluido en todas las cenas, diversiones o salidas a partir de ahora. Aunque también podría ser una buena compañía para su madre, en ocasiones—. Bueno, supongo que será mejor que te lleve a dar una vuelta.

—Aprecio mucho tu sacrificio por mí —Lucien se puso de pie.

—Será mi bodega la que se sacrifique cuanto más tiempo te quedes en Londres —bromeó—. Podemos salir ahora si quieres. Solo me despediré rápidamente.

Lucien rio suavemente. —Oh, claro, ve a pedirle permiso a tu madre para salir de casa sin ella.

Winston frunció el ceño y salió de la habitación enfadado por las constantes burlas de Lucien. Era un buen hijo al complacer a su madre, para que supiera dónde estaría.

Primero fue a la habitación de Elizabeth y llamó. Cuando ella le indicó que entrara, Winston se deslizó dentro para encontrarla sola. Estaba de pie con una fina camisa, el cabello suelto alrededor de su rostro y hombros mientras se quitaba una media de la pierna. Winston nunca había visto a una mujer, y menos a Elizabeth, en tal estado de desnudez antes y se quedó paralizado, sin saber qué hacer.

Elizabeth levantó la mirada, vio que era él quien estaba allí, y luego tiró del edredón de la cama para cubrir su casi desnudez. —¿Qué haces en mis aposentos?

Él se acercó lentamente. Necesitaban superar esta incomodidad inicial antes de convertirse en marido y mujer, ¿no? Le sonrió con suavidad. —Vine a decirte que Lucien y yo hemos decidido salir.

—Ya lo sabía.

—Inmediatamente —Entrecerró los ojos mirándola y luego miró detrás de él—. ¿Quién pensaste que llamaba a tu puerta?

—Mi doncella, por supuesto —dijo mientras echaba su cabello hacia atrás sobre su hombro—. Fue a buscar una plancha para rizarme el pelo. La espero de vuelta en cualquier momento.

—Ah, bueno. Me temo que me has pillado a mí en su lugar —Se acercó aún más, ya que ella no le había pedido que se fuera. Observó el hombro blanco y cremoso que se asomaba por encima del edredón que ella apretaba contra su pecho—. ¿Tienes idea de lo hermosa que eres?

Elizabeth negó con la cabeza.

—Debes anunciarte antes de irrumpir en mis aposentos.

—No irrumpí. Dijiste que entrara.

—Eso era para mi doncella.

—Ah, qué lástima —dijo él—. Pero me alegro de tener otro momento para hablar contigo a solas. Sabes, deberíamos decidir cómo nos saludamos y nos despedimos frente a los demás. Fue un poco extraño que mi futura esposa se marchara sin ceremonias hace un momento. Sentí que debería haber hecho algo diferente, incluso con Hunt allí observándonos.

—Adiós, mi lord —dijo Elizabeth, haciendo una reverencia como solía hacer cuando eran más jóvenes. Últimamente, sin embargo, se había limitado a asentir como su igual. Él había pensado que era una señal de madurez en su relación. Quizás aún les quedaba camino por recorrer—. ¿No podemos prescindir de las formalidades cuando estamos solos?

Él le tomó el rostro, levantándole la barbilla para ver mejor su expresión. Tenía las mejillas sonrosadas y los ojos grandes y brillantes. Desafortunadamente, ella no mantenía su mirada. ¿Por vergüenza? ¿Incomodidad? Ambos sentían eso... solo que ella no entendía que su inexperiencia igualaba la de ella.

—En privado, me gustaría despedirme de ti con un beso, como siempre hacían mis padres cuando estaban casados. Y si hay compañía, me gustaría al menos tomar tus dedos y tal vez

besar el dorso de tu mano.

Inclinó la cabeza lentamente y dejó que sus labios rozaran los de ella. Un beso diminuto. El primero desde su llegada a la ciudad y la lectura de las amonestaciones.

Le habría gustado robar otro, pero Elizabeth retrocedió rápidamente al oír un fuerte golpe en la puerta.

—Debe ser la doncella que ha vuelto —susurró ella—. No me gustaría que los sirvientes nos vieran juntos así y murmuraran. Por favor, retírate usando la puerta de conexión a la habitación de huéspedes contigua a la mía.

—Sí, por supuesto. —A Winston no le gustaba ser despedido, pero ¿qué opción tenía?—. Te veré en la cena más tarde entonces.

Ella asintió.

—Hasta esta noche.

Él usó la puerta de conexión para entrar en la cámara vacía y cubierta de sábanas de al lado. Y después de escuchar atentamente cualquier ruido en el pasillo, se deslizó hasta sus propios aposentos para cambiarse.

Pero una vez solo en la privacidad de su habitación, bajó la mirada. La tela que cubría su entrepierna había permanecido obstinadamente inmóvil cuando había besado a Elizabeth. Ciertamente, no había sido un gran beso. Pensándolo bien, ni siquiera se había excitado un poco al verla apenas vestida.

Alzó el rostro hacia el techo, confundido por ello. Siempre había esperado que cuando llegara el momento, estaría ansioso por Elizabeth. Listo para hacer el amor en un abrir y cerrar de ojos, como tantos otros hombres afirmaban estar con sus esposas o amantes. Pero hasta ahora, su cuerpo estaba completamente indiferente.

Aunque, claro, Elizabeth había estado más sobresaltada que acogedora hace un momento. Esta noche, después de la cena, esperaba que las cosas fueran mejor cuando, con suerte, compartieran un beso de buenas noches más largo.

Sin embargo, mientras se dirigía a su vestidor, se preguntó si habría algo malo en él. No tenía los mismos impulsos que otros hombres parecían tener para saciar su lujuria sin ninguna vacilación.

También seguía siendo virgen, lo cual era incómodo a su edad.

Se cambió y luego fue a tocar la puerta cerrada de su madre.

—Adelante, Winston.

Asomó la cabeza por la puerta y encontró a Mamá, no descansando en su cama, sino sentada junto a la ventana mirando hacia afuera.

—¿Cómo sabías que era yo?

—Una mujer reconoce los pasos de aquellos a quienes ama.

Cruzó la habitación para besar su mejilla.

—Vine a decirte que voy a salir.

—¿Adónde llevas a Elizabeth? No al parque, espero.

—No voy a salir con ella, sino con Lucien.

—Me sorprende que Elizabeth te deje ir sin ella —le reprendió Madre—. No lo permitiría si le hubieras contado sobre nuestra terrible mañana.

—No hay necesidad de preocupar a nadie, y fue idea suya que llevara a Hunt, ya que su padre vendrá pronto a buscarla. Seguro estaré en casa a tiempo para cenar contigo y los Mayflower, y ahora Lucien también, supongo.

Mamá asintió.

—Ten cuidado.

—¿Intentarás dormir, Madre?

—¿Cómo podría, cuando ahora estarás fuera de casa?

No caería en la trampa y cambiaría sus planes para mantenerla feliz.

—Hasta luego.

—Acabo de terminar de escribir una carta, invitando a la señorita Waters a almorzar conmigo. Si puedes dedicar algo de tiempo, me gustaría que te unieras a nosotras para agradecerle personalmente otra vez por salvar tu vida.

—Ya le he dado las gracias. —Asintió—. Estaré encantado de hablar con ella de nuevo, pero debo consultarlo con Elizabeth, en caso de que nos haya comprometido en otro lugar.

Madre entrecerró los ojos.

—Eres un buen hombre al considerar a tu futura esposa antes de hacer planes conmigo.

—Siempre haré lo posible por acomodar las necesidades de ambas.

Madre asintió.

—Sabes, me agradó bastante la señorita Waters, aunque se parezca mucho a su madre.

Winston no podía verlo. La señora Waters no tenía nada de la calidez o los modales encantadores de su hija.

—La señora Waters debe haber sido muy diferente cuando era más joven, entonces.

—En apariencia más que en naturaleza. Olivia era una mujer muy capaz, y Charlotte muy parecida, sospecho, aunque parece que ha intentado ocultar su ingenio detrás de una disposición sonriente. Quiero ayudarla. Debería estar casada.

Winston se pasó una mano por el pelo.

—Sí, supongo que tiene edad suficiente.

—Más que suficiente. —Mamá frunció el ceño, sin embargo—. ¿Hay algo poco decoroso que deba saber sobre su reputación antes de enviar esta invitación?

—No —prometió Winston—. Es tan amable y dulce como parece. Una excelente bailarina. Tiene una risa que... —Hizo una mueca, recordando el sonido musical y distractivo desde los laterales en incontables bailes y cenas durante la última temporada—. Bueno, tiene un excelente sentido del humor.

—Entonces, ¿te gusta?

—Yo, eh... sí, supongo que sí, aunque no la conozco muy bien, por supuesto.

Mamá sonrió radiante.

—Bien. Porque creo que la convertiré en mi favorita hasta que se case.

—Madre —advirtió él—. Charlotte Waters no puede ser tu mascota.

—¿Por qué no? Con una madre como la suya, tan absorta en sus propios intereses, y que la ha arrastrado Dios sabe dónde, debe haber sido muy descuidada durante su crianza. Y yo nunca tuve una hija a la que mimar.

Winston suspiró. El único pesar de su madre era no haber tenido una hija que viviera más allá de la infancia. Winston no recordaba cómo se veían sus hermanas, pero su madre aún hablaba de ellas a menudo. Su edad, lo que deberían haber estado haciendo en cualquier momento de sus vidas. Las experiencias que nunca tendrían. Su madre pasaba mucho tiempo en el pasado.

—Ahora tendrás a Elizabeth para mimar.

—No es lo mismo —su madre asintió lentamente—. Estoy segura de que la señorita Waters debe tener una dote de un tamaño decente. Por qué sigue soltera es un misterio. Es bastante bonita.

Sí, ciertamente lo era. Winston sacudió la cabeza. Bonita y divertida. Esa risa suya le hacía

sonreír.

—Es tímida con los hombres —Winston sacudió la cabeza, tratando de alejar los pensamientos sobre ella—. No deberías preocuparte.

—Dudo que sea tímida con alguien o algo en absoluto después de lo que hizo hoy. Vaya, Charlotte es muy parecida a cómo era su madre cuando éramos niñas. Independiente y fuerte. Con una disposición maternal que su madre carece por completo, estoy segura. Odiaría que se casara mal. ¿Te importaría pedirle a tu hermano que se una a nosotros para almorzar cuando lo veas?

Las alarmas se dispararon en la cabeza de Winston.

—Ella no es para Peter.

—Estarán acompañados en todo momento.

Toda la ansiedad que Winston poseía se puso en alerta, sintiendo el peligro. Peter era un libertino, aunque su madre nunca lo creería.

—Madre, no creo que Peter y la señorita Waters congenien en absoluto.

Su madre se rió suavemente.

—No como esposa para él. Qué sugerencia tan absurda. Pero él conoce muy bien las circunstancias de otros solteros. Si le prestara un poco de atención, podría llevar a un romance floreciente para ella con alguien más.

—Yo conozco a los solteros —se quejó—. Puedo hacer todas las presentaciones que ella pueda necesitar.

Su madre hizo un gesto con la mano para descartar su sugerencia.

—Todos tus amigos están casados o a punto de casarse o son unos sinvergüenzas. ¿Qué ayuda podrías ser posiblemente para alguien como la señorita Waters? Ella da sin pensar en su propio avance o seguridad.

—Madre, apenas pasaste diez minutos en su compañía. ¿Cómo pudiste haber concluido todo eso sobre ella?

—A veces solo se necesita un momento para conocer el corazón de alguien, hijo mío.

Reflexionó sobre esa declaración. Winston no podía discutir la creencia de su madre de que Charlotte podría ser una gema rara aún por descubrir. Era una compañía inusualmente agradable y eso la hacía peligrosa para él. Pero la señorita Waters *había* sido valiente hoy. Una señal de su corazón desinteresado y bondadoso. Y su madre tenía razón hasta cierto punto. Estaba bien situada para asegurarse de que Charlotte llamara la atención de cualquier soltero en busca de esposa que pudieran conocer.

Pero la idea de Charlotte como proyecto de mamá, casada con alguien recomendado por Peter, le sentaba mal. Charlotte necesitaba un hombre especial que apreciara su personalidad alegre... y sus curvas.

Winston hizo una mueca, apartando rápidamente esa imagen de su cabeza.

No, sabía que no debería notar que la señorita Waters tenía curvas tentadoras, o pechos voluptuosos y llenos que últimamente amenazaban con derramarse de sus vestidos de noche en los bailes.

No, no debía recordar que su risa soleada siempre le alegraba el ánimo... especialmente cuando estaba a punto de casarse con Elizabeth.

Volvió sus pensamientos al plan de su madre de entrometerse en la vida de Charlotte. Quizás pensar en alguien más sería bueno para mamá. Seguramente lo peor que podría pasar sería un día de boda para Charlotte.

Y si algo, o alguien, captaba la atención de mamá, eso tenía que estar bien para él. Estaba

seguro de que Charlotte no esperaría más atención de su madre de la que fuera apropiada.

CAPÍTULO 5



CHARLOTTE HABÍA SONREÍDO y asentido toda la noche hasta que le dolía la cara por la tensión de fingir que se estaba divirtiendo. Y tendría que sonreír mucho más si quería conseguir un marido en menos de tres semanas. —Esa es una opinión interesante, señor Lawrence.

—Le aseguro que no hay nada más delicioso que comer helado a primera hora de la tarde — echó un vistazo a los pequeños platos de comida dispuestos frente a Charlotte en el comedor de su tía con ojo aprobador. A medida que avanzaba la cena, se hizo evidente que el señor Lawrence consideraba que ella debía probar todo lo que le pusieran delante esa noche.

Charlotte ya había comido demasiado. Había venido a bailar, conversar y tentar, no realmente a comer hasta enfermar. Desafortunadamente, el señor Lawrence seguía instándola a dar un bocado más. Era hora de poner el pie firme y pasar a otro caballero. Quizás alguien menos interesado en sus hábitos alimenticios.

—Lo siento, no podría comer ni un bocado más —protestó, mirando con anhelo hacia Eugenia y Aurora, que rondaban no muy lejos. Eugenia actuaba como su carabina, pero Aurora siempre estaba a su lado para darle apoyo moral—. Pero por favor, transmita mis felicitaciones a su tía. Todo estaba delicioso esta noche.

Los ojos del señor Lawrence se apartaron de los suyos con reluctante aceptación. —Ciertamente le hablaré de usted.

—Oh, me temo que mi querida amiga desea hablar conmigo ahora —comenzó a levantarse de su silla—. ¿Me disculpa, señor?

El señor Lawrence levantó su corpulencia de la silla con un gemido e hizo una reverencia. —Por supuesto. Ha sido un placer.

—Para mí también —prometió. Charlotte se retiró rápidamente al confort de otras mujeres, con la mano en el vientre.

Aurora capturó su brazo inmediatamente. —¿Y bien?

—Creo que está buscando a alguien a quien alimentar más que a una mujer para casarse. Temo que voy a devolver si veo una rebanada más de jamón. Dios mío, distráeme para que no lo haga.

Aurora hizo una mueca que la hizo reír y, para su alivio, también eructó, lo suficiente como para darle un poco de respiro a su estómago.

—Es de admirar que sea un hombre que no se preocupa demasiado por el tamaño de la cintura de una mujer —observó Aurora.

—Oh, está interesado. Cuanto más grande, mejor, sospecho —Charlotte miró hacia el salón

de baile con menos entusiasmo del que debería tener. Luchaba contra una necesidad desesperada de escapar a algún lugar tranquilo y estar sola. Pero no podía hacer eso. No si quería conseguir un marido en el poco tiempo que le habían concedido. Tenía un propósito al estar aquí esta noche. La duquesa de Exeter se había interesado amablemente en ella y había sido tan cálida y entusiasta sobre su participación en una noche de salida—. ¿Quién sigue?

Aurora se puso de puntillas para mirar alrededor. —¿Te han presentado a Lord Somner?

—Sí, creo que en mi primera temporada.

—Está allá con el señor Berringer y compañía —dijo Aurora radiante—. Vamos a ver si te recuerda.

Charlotte se rio cuando fue arrastrada hacia el salón de baile.

Se detuvieron abruptamente y Aurora hizo un puchero. —Oh, maldición, se ha movido y ya no puedo verlo. No importa, lo encontraremos eventualmente.

Charlotte volvió a reírse. Nunca antes había cazado un marido de esta manera y parecía más fácil tener una cómplice a su lado para hacerlo. —Dudo que me recuerde, pero por supuesto espero que lo haga.

Aurora le guiñó un ojo. —Nos aseguraremos de que nunca te olvide después de renovar tu amistad con él esta noche.

Aurora Hillcrest era una fuerza a tener en cuenta. Al ritmo que iban, Charlotte estaba segura de que sería presentada de nuevo a casi todos los menores de cuarenta años antes del amanecer. Sin embargo, de repente se le ocurrió una idea y apartó a Aurora. —No puedo agradecerte lo suficiente por todo lo que estás haciendo para ayudarme esta noche, pero solo quiero dejar claro que no quiero comprometerme en un matrimonio apresurado.

Aurora sonrió radiante. —Estoy de acuerdo. Se hará todo lo posible para mantener tu impecable reputación y dignidad.

Charlotte miró a su alrededor rápidamente, notando una ausencia. —¿Dónde se ha ido Eugenia?

—¿Ves a su marido por alguna parte del salón de baile ahora?

Ella miró alrededor. —No.

—Entonces es probable que ahí sea donde haya desaparecido. Siempre están haciendo eso, ahora que están casados, y también antes, sospecho. No es que los culpe. Están enamorados —Aurora rio suavemente, sus ojos iluminándose de placer ante la idea—. Así que, veamos a quién más han invitado esta noche con quien podamos renovar tu amistad. Debemos aprovechar mientras tus nervios aguanten.

Charlotte fue arrastrada por el perímetro del salón de baile, y sonrió y saludó a todos los que conocía y a todos con quienes Aurora tenía un conocimiento pasajero. —Nuestro objetivo esta noche es recordarle a todos que eres muy bonita, inteligente y aún soltera. Y tienes una buena dote. Tus padres son académicos respetados.

—¿Respetados dónde? —murmuró Charlotte—. Apenas están en la lista de invitados de nadie últimamente.

—Las personas que no se ven, o que no son particularmente habladores, simplemente son menos deseables en una cena que otros. Estoy segura de que tus padres tendrían mucho que decir a personas que compartieran un interés común.

—Nadie parece hacerlo nunca —se quejó Charlotte—. Son mis padres y debo quererlos de alguna manera, supongo, pero no son un activo que pueda usar para hacer que un matrimonio conmigo sea más deseable.

Aurora le dio unas palmaditas en la mano. —Lo entiendo. Oh, mira. Lord Sullivan está aquí.

Está al otro lado de la sala hablando con Lord Hurlston.

Charlotte había visto a Hurlston en el momento en que llegó, pero se había dado la vuelta resueltamente. Ya no podía admirarlo, y trataba de no hacerlo a cada momento. Sin embargo, a pesar de su próximo matrimonio, todavía soñaba tontamente con él. Un hombre ya comprometido no querría besarla.

—Te dije que no iba a perseguir a Lord Sullivan, ¿recuerdas? —le recordó Charlotte a Aurora una vez más.

—Nunca está de más ser minuciosa —murmuró Aurora—. Sonríe ahora; viene hacia aquí.

Miró alrededor y vio que tanto Lord Sullivan como Lord Hurlston se dirigían hacia ellas.

Aunque sonrió a Lord Sullivan, este parecía tener ojos solo para Aurora.

—¿Cómo está usted esta noche?

—Muy bien, mi lord —respondió Aurora—. Estoy segura de que recuerda a mi querida amiga, la señorita Waters.

—Por supuesto que sí —Lord Sullivan hizo una reverencia—. Un placer volver a verla.

Pero su atención volvió inmediatamente a Aurora, la verdadera belleza de la noche. Y no era la primera vez que Charlotte detectaba una preferencia por parte de él hacia su querida amiga. Charlotte tenía la sospecha, aunque estaba segura de que Aurora negaría la idea, de que el interés de Lord Sullivan por Aurora era genuino.

Aurora, por supuesto, seguía ofreciéndolo a otras mujeres.

Charlotte levantó la mirada y encontró a Lord Hurlston estudiándola con una pequeña sonrisa. Como de costumbre, lucía muy apuesto con su chaqueta y pantalones negros, y un sencillo alfiler dorado sujetando su corbatín. Su atención fluctuaba entre Aurora y Lord Sullivan, y su expresión también reflejaba un rastro de anticipación.

—Buenas noches, mi lord —murmuró ella, prefiriendo que él no interrumpiera a la otra pareja. Si existía la posibilidad de un romance entre Aurora y Lord Sullivan, Charlotte no quería interponerse en su camino.

Su sonrisa se ensanchó.

—Ciertamente son buenas noches, señorita Waters.

Aunque breve, el saludo de Lord Hurlston llenó a Charlotte de un placer tan desesperado que se estremeció. Él sabía su nombre, y realmente parecía complacido de verla. Oh, cómo odiaba que fuera a casarse con otra.

Esta noche, el sutil aroma de su colonia tentaba sus fosas nasales mientras él se acercaba discretamente para susurrar:

—¿Qué cree que está pasando allí?

—¿Dónde, mi lord?

Sus ojos se desviaron hacia donde sus amigos conversaban profundamente y sus ojos brillaron con buen humor.

Charlotte esperaba que fuera un romance en ciernes, pero no quería arruinarlo hablando de ello con nadie.

—No tengo idea de qué está hablando.

—Estoy seguro de que eso no puede ser cierto —su tono era burlón—. Pero por favor, guarde sus propias conclusiones. Lejos de mí querer entrometerme en la opinión de una dama. Estoy seguro de que tiene muchas.

Charlotte frunció el ceño, insegura de si la estaban acusando de ser una entrometida o no.

—Solo quería decir que usted es más observadora que la mayoría —sonrió y luego preguntó—: ¿Por casualidad ha hablado con mi futura esposa esta noche o sabe dónde podría encontrarla?

Ella negó con la cabeza, consternada por la pregunta. Por supuesto, eso era todo lo que realmente buscaría de ella.

—No la he visto ni he tenido el honor de que me la presenten, mi lord.

Parpadeó lentamente, como si no fuera consciente de ese hecho. —Bien, entonces rectificaré eso tan pronto como la oportunidad lo permita. ¿Qué bailes tiene comprometidos?

Ella desvió la mirada. Había conocido y hablado con muchos invitados aquí, pero ninguno había expresado interés en sacarla a bailar. Aurora, en comparación, había recibido numerosas invitaciones para bailar esta noche.

Hasta ahora, no había tenido ni una sola propuesta, ni pretendientes. Ningún interés real del sexo opuesto, excepto por alguna que otra mirada lasciva de libertinos que no podían tener interés en el matrimonio. Tenía una dote decente, pero cuando una mujer tenía padres tan excéntricos como los suyos, bueno... sus posibilidades de hacer un gran matrimonio debían dejarse de lado.

Charlotte era baja, de formas redondeadas por más que intentara lo contrario, y a sus veintiún años ya se la consideraba una florera. No era de extrañar que no hubiera encontrado marido sin la ayuda de sus padres o sus conexiones. Había debutado tarde en sociedad a los diecinueve para su primera temporada, y solo había regresado a Londres para su segunda temporada este año.

Pero si quería evitar viajar al extranjero de nuevo, tendría que esforzarse un poco más. Estaba desesperada por quedarse en Inglaterra. Aquí era donde pertenecía.

—No tengo ningún baile comprometido esta noche —dijo, echando un vistazo por encima del ancho hombro del conde, con la esperanza de ver a algún caballero disponible acercándose. Desafortunadamente, no había ninguno a la vista, y estaban anunciando el inicio de un baile. Miró al conde, deseando por primera vez en su vida que se marchara.

—Eso es... —Su mirada era comprensiva, aunque pareció tomarse mucho tiempo para buscar las palabras adecuadas para continuar. Los caballeros no hacían cola para bailar con ella. Había que persuadirlos para que lo hicieran, y solo si alguien que la apreciaba intercedía por ella.

—No se preocupe —le aseguró.

—Iba a decir que es *decepcionante* oír eso.

—No le dé importancia, milord. Me he convertido en una experta observadora de las diversiones de la alta sociedad.

—Eso nunca debería ser el caso para una dama tan hermosa como usted —Tragó saliva tan pronto como las palabras salieron de su boca y apartó la mirada.

Ella luchó por no sonreír ante el inesperado cumplido. Lord Hurlston acababa de llamarla hermosa, y eso la hizo sentir un poco mejor. Estaba segura de que no había tenido la intención de halagarla, lo que explicaba el rubor que ahora le cubría las mejillas.

Lord Sullivan convenció a Aurora de bailar con él, y ella hizo una mueca cuando su amiga fue conducida a la pista. Con Aurora ausente, Charlotte tendría que buscar a Eugenia para que hiciera de carabina mientras durara el baile.

—Señorita Waters —dijo Hurlston muy quedamente—. Si no tiene objeción, me pregunto si le gustaría bailar este set conmigo.

Ella rio suavemente, pero también se sonrojó. —¿Acaso el señor Berringer lo ha persuadido para que me invite a bailar de nuevo?

Él se rio. —No, estoy de humor para bailar, pero Elizabeth no aparece por ninguna parte.

Hizo una mueca ante la noticia. Quedar en segundo lugar después de su futura esposa le dolía. Y si bailaba con Lord Hurlston esta noche, eso significaba un baile menos disponible para bailar con un soltero elegible. Pero como nadie le había pedido bailar aún, seguramente un baile

perdido no podría arruinar sus oportunidades con alguien más después. Además, estar en la pista de baile significaba que otros podrían notar que era una pareja muy grácil. Ser baja de estatura tenía desventajas claras en un salón de baile lleno. La gente tendía a mirar por encima de su cabeza y no verla. En la pista de baile sería vista.

—Gracias, milord. Sería un honor bailar con usted —dijo Charlotte rápidamente antes de que cambiara de opinión. Extendió su mano, luchando contra la emoción cuando Hurlston le apretó los dedos con fuerza para guiarla a la pista de baile.

Los acordes de un vals de repente llenaron la sala, y ella le sonrió encantada. Hurlston rara vez bailaba, pero era evidente que le gustaba y lo hacía bien. Era un doble placer especial para ella ser una de las pocas parejas con las que bailaba. Atesoraría el recuerdo por el resto de sus días, o al menos hasta que su corazón fuera reclamado por alguien que pudiera amarla de vuelta.

Se acercaron el uno al otro, y ella encajó cómodamente en sus brazos, con el corazón acelerado. Sus labios estaban a la altura del ancho pecho de él. Charlotte se esforzó por calmar su emoción con dificultad. La colonia que llevaba era tremendamente distrayente, y la mano que él colocó en la parte alta de su espalda parecía muy cálida.

Empezaron a bailar y, después de unas cuantas vueltas en un silencio agradable, Hurlston se aclaró la garganta.

—Perdone mi atrevimiento, pero quería agradecerle el consuelo que le dio a mi madre. No ha parado de cantar sus alabanzas desde que llegamos a casa sanos y salvos. Me alegra mucho saber que aceptó su invitación para almorzar con ella.

Charlotte echó un vistazo por encima del hombro de él para ver si alguien había notado que estaban bailando juntos. Hasta ahora, la sociedad estaba más interesada en todos los demás.

—Su madre fue muy amable al invitarme, y yo estaba feliz de ofrecer cualquier apoyo que necesitara.

—¿No estaba asustada en absoluto?

—Lo estaba por usted —admitió ella suavemente.

—Gracias —los dedos de Hurlston se flexionaron sobre su espalda, quizás inconscientemente instándola a acercarse más.

Charlotte luchó por no hundirse en sus brazos mientras el calor de su mano se extendía por su espalda alta. El rubor que le calentaba las mejillas surgió con fuerza, lo cual al menos podía atribuir al esfuerzo del baile.

—Ya me lo ha agradecido lo suficiente.

—Su rápido pensamiento salvó nuestras vidas —dijo él, apretando su agarre un poco más con cada vuelta—. Los nervios de mi madre se han vuelto delicados. Es más sensible a los sobresaltos y las situaciones desagradables de lo que solía ser. Sus palabras tranquilizadoras y su actitud protectora contribuyeron en gran medida a calmarla de una manera que a menudo me cuesta lograr. Está ansiosa por conocerla mejor.

—Mis acciones podrían haber salvado la vida de cualquiera de nosotros, milord —replicó ella—. Si no hubiera estado ya al tanto de los jinetes que se dirigían hacia nosotros, podría haber pensado que era un trueno también, y la situación podría haberse vuelto fatal para cualquiera de nosotros.

—Aun así, te debo una —dijo en un susurro—. Dime, ¿de verdad no hay nada que necesites?

La sonrisa en su rostro se desvaneció. ¿Además de un beso suyo? ¿Una noche en sus brazos? Alguna vez pensó que podría renunciar a su virtud por una noche con el inalcanzable conde. Pero... tenía su orgullo. Enderezó su postura, recordando dolorosamente que ya no podía fantasear con él. —No.

—Bueno, si cambias de opinión, házmelo saber —dijo él, pareciendo tragar saliva—. Eres una joven atractiva. El matrimonio debe estar en tu mente. Si alguna vez puedo presentarte a algún soltero elegible, encuentra la manera de hacérmelo saber.

Charlotte cerró los ojos, herida por su aparentemente generosa oferta. Era amable de su parte, pero no podía permitir seriamente que el hombre al que aún amaba en secreto la ayudara a encontrar un esposo por el que quizás nunca sentiría nada.

Con esa realización firmemente en mente, decidió allí mismo que probablemente debería casarse con alguien que no conociera a Lord Hurlston. —Mi lord, debo declinar.

—¿Por qué?

Por mil razones y todas demasiado vergonzosas para compartir con él. Su baile llegó a su fin, y ella abrió los ojos lentamente para ver que se había formado un ceño fruncido en su rostro.

Hizo una reverencia. —Gracias por el baile, mi lord. Espero que encuentre pronto a la señorita Mayflower y disfrute de un baile apropiado. —Hizo una segunda reverencia, ansiosa por escapar de él y volver con sus verdaderas amigas para compartir la noticia de su cambio de corazón. Había que hacer un ajuste en sus requisitos para un posible pretendiente. El hombre con el que se casara no podía tener título, y por lo tanto ningún amigo cercano de Lord Hurlston le serviría. Sería demasiado doloroso estar cerca de él si sus caminos se cruzaran con demasiada frecuencia en sociedad.

—El placer fue todo mío —prometió Hurlston, haciendo una profunda reverencia.

Se quedaron de pie uno frente al otro incómodamente después, y luego ella se recordó a sí misma y huyó de él. Sin embargo, miró por encima del hombro y vio que el escape podría no ser inmediato. Hurlston la seguía, a un paso más lento, hacia su círculo mutuo de amigos.

Se separaron, él dirigiéndose hacia el señor Berringer y Lord Sullivan en un lado del grupo parloteante. Charlotte se dirigió hacia el consuelo de Eugenia y Aurora en el otro, consciente de que él la observaba.

Aurora se inclinó cerca para susurrarle al oído. —Te veías encantadora bailando con Lord Hurlston. Como se sabe que es tan exigente, estoy segura de que todos notaron el honor que recibiste.

—Tal vez eso me beneficie —respondió, aunque el pensamiento no le trajo alegría real. Su momento más feliz había sido disminuido por la oferta de Lord Hurlston de ayudarla a encontrar un marido que lo reemplazara en sus afectos.

—Estoy segura de que lo hará. Yo... —comenzó Aurora, pero fue interrumpida cuando un caballero vino a llevársela para unirse a otro grupo que se estaba formando. Otros también se fueron, y después de unos momentos, se encontró de pie junto a Lord Hurlston nuevamente.

Y no sabía qué decirle. El hombre que amaba. El hombre que había adorado desde lejos desde la primera vez que lo vio en su primera temporada siempre pertenecería a otra mujer.

Winston se giró ligeramente, acercándose más a su lado. —Perdona la pregunta directa, pero ¿eres una de esas mujeres que nunca pretenden casarse?

Charlotte se erizó. —Deseo casarme tanto como cualquier dama. —Quizás incluso más ahora. Estaba contando los días hasta la partida de sus padres de Inglaterra con un creciente temor en su corazón de que no tendría más opción que irse con ellos—. Pero realmente no necesito su ayuda.

Él inhaló bruscamente, finalmente notando su énfasis. —Todos necesitan ayuda para encontrar la pareja adecuada. Mi madre ha expresado interés en tu futuro. Estoy seguro de que abordará el tema del matrimonio contigo mañana durante el almuerzo.

Ella cerró los ojos y apretó la mandíbula con frustración. ¿Acaso todo Londres se

compadecía del estado de solterona de Charlotte?

Abrió los ojos lentamente. Hurlston parecía estar esperando una respuesta, así que se la dio, sin censura. —Nunca dije que no buscaría la opinión de mis amigos más cercanos y confidentes —declaró, molesta con su mera presencia. La nobleza tenía mucha más facilidad para formar alianzas y hacer matrimonios socialmente aceptables. El amor ni siquiera estaba involucrado la mitad de las veces. Tal era el caso de Lord Hurlston y su futura novia, también—. ¿Qué sabría usted sobre hacer una buena elección? Estuvo comprometido durante años y solo ahora se está arrastrando al altar.

Eso pareció hacerlo dudar porque sus mejillas se oscurecieron y su mandíbula se tensó momentáneamente. El silencio no duró mucho. —No necesité ayuda de nadie para cumplir con mi deber.

Deber.

—Un matrimonio debería significar más para usted que un deber. —Charlotte forzó una sonrisa. Había escuchado los chismes, oído a sus amigos bromear sobre los interminables retrasos de Hurlston para fijar una fecha de boda. Pero ahora estaba a semanas de casarse, y aún creía que ser un esposo era un deber.

Y entonces vio a su *Elizabeth* deslizándose por la sala del brazo de un hombre seguramente lo suficientemente mayor como para ser su padre. La mujer era verdaderamente hermosa de una manera que Charlotte nunca podría ser. Se movía por la sociedad con un evidente aire de fría superioridad, también. —Sí, debe ser usted un hombre muy obediente para verse obligado a casarse con Elizabeth. Por cierto, su futura esposa está allí del brazo de su padre, creo, mirando a todos por encima del hombro. Discúlpeme, milord. Ha profesado suficiente gratitud a una indigna flor de pared para apaciguar su conciencia. Por favor, no vuelva a pensar en mí nunca más.

Charlotte se volvió hacia Eugenia y susurró que se dirigía al tocador antes de decir algo más. Necesitaba calmarse antes de que alguien notara que estaba de mal humor. Las mujeres con mal carácter eran bastante poco atractivas.

CAPÍTULO 6



WINSTON SE MARAVILLÓ de que alguien tan pequeña pudiera haberlo dejado literalmente de rodillas con tan pocas palabras. Charlotte Waters huyó de él enfurecida, y él se había merecido esa reprimenda. ¿Qué sabía él del cortejo cuando nunca había tenido que molestarse con ello?

Debería haberse mordido la lengua y no haber intentado imponer su oferta de ayuda a una mujer con tan ligero conocimiento de su familia. Ella no se sintió halagada por su preocupación ni por su deseo de ayudarla a encontrar el partido adecuado. Se había ofendido de que él pensara que necesitaba ayuda en absoluto.

Sí, estaba en su poder presentarle más solteros de los que ella pudiera imaginar que existían. Pero si no quería su ayuda, que así fuera. No necesitaba que le golpearan la cabeza para aprender a morderse la lengua en su presencia.

Olvidaría la obligación que sentía que debía saldar con ella por la advertencia que había gritado y la valentía de sus acciones en Hyde Park. Había sido una reacción desinteresada e instintiva, nada más. La preocupación que había mostrado por los frágiles nervios de su madre después parecía genuina, pero ¿qué sabía él realmente sobre Charlotte Waters? Muy poco en realidad. Y como ella había dicho, cualquiera de ellos podría haber sido atropellado por los cascos de los caballos.

Se obligó a sonreír, tratando de olvidar a la dama que había molestado... con cierta dificultad, descubrió. —Noche cálida —murmuró para nadie en particular, metiendo el dedo bajo el cuello para contrarrestar su incomodidad.

Winston escudriñó el salón de baile, descubriendo que Elizabeth y su padre habían desaparecido de nuevo. No estaban bailando. Quizás no lo habían visto y habían ido juntos a la sala de juegos.

Ya era hora de que se uniera a ellos en lugar de buscar la compañía de una dama relegada que no quería hablar con él.

Salió del salón de baile con paso despreocupado, aceptando felicitaciones por su próximo matrimonio de aquellos con quienes se cruzaba, escuchando elogios para Elizabeth también, como había ocurrido toda la noche. Su novia había impresionado a todos los que conocía hasta ahora.

Excepto... la señorita Waters no parecía estar impresionada con Elizabeth. Se había quejado de que Elizabeth había mirado a todos por encima del hombro. Sí, Elizabeth era reservada y no estaba acostumbrada a moverse entre grandes multitudes. Quizás una vez que se las presentara, Charlotte Waters podría descubrir que tenían mucho en común y le caería bien.

Frunció el ceño. No es que la buena opinión de Charlotte sobre Elizabeth fuera vital. Pero se moverían en los mismos círculos con más frecuencia después de que se casaran.

La sala de juegos estaba abarrotada. Algunos de sus amigos ya estaban inmersos en una partida en una mesa, y pasó junto a ellos, buscando a Elizabeth. La encontró y, sorprendentemente, Lucien Hunt estaba ahora detrás de ella, en lugar de su padre.

Hunt y Elizabeth estaban tan concentrados en su juego que ninguno de los dos se percató de que él se detuvo a plena vista de la mesa. Elizabeth tenía los ojos entrecerrados, señal de intensa concentración, pero el rostro de Hunt revelaba un gran interés en el resultado también. El juego parecía ir bien. Esperando un buen desenlace, comenzó a rodear la mesa, listo para felicitar a Elizabeth cuando llegara el momento.

Pero entonces volvió a ver a Charlotte de espaldas a él. Le estaban presentando a un caballero excepcionalmente alto al otro lado de donde él se encontraba. Ella le sonreía y asentía con la cabeza, claramente de acuerdo con todo lo que él decía.

Charlotte era tan menuda que debería tener dolor de cuello.

Su mano se elevó entonces y se frotó el esbelto cuello, desordenando algunos mechones de su lustroso cabello oscuro. Él los vio acomodarse sobre su hombro redondeado y dejó escapar un profundo suspiro de envidia. Debería arreglar las cosas con Charlotte y lo haría esta noche si pudiera.

Se dirigió hacia ella, y Charlotte miró por encima del hombro hacia él. Una pequeña sonrisa apareció en sus labios y Winston tropezó, enredándose con sus propios pies. Manos invisibles se extendieron para ayudarlo a enderezarse y agradeció a quienes lo rodeaban.

Pero cuando levantó la vista y buscó a Charlotte, ella desaparecía por la puerta de la sala de juegos con el caballero alto, camino al salón de baile.

La siguió y se sintió a la vez complacido y decepcionado al verla en brazos de otro caballero. Supuso que no tendría oportunidad de hablar con ella por un tiempo.

Se volvió entonces para buscar a Elizabeth, recordando por qué había venido a la sala de juegos en primer lugar. Elizabeth ya no estaba en las mesas, ni en la sala. Hunt tampoco.

Winston se apresuró a buscarla de nuevo, reprochándose por haberse distraído con una dama poco popular.

La pareja acababa de unirse al padre de Elizabeth en una mesa para cenar.

Mientras Hunt la ayudaba a sentarse en una silla en una mesa dispuesta a un lado de la sala, levantó la mirada y se encontró con la de Winston con una expresión inexpresiva.

Mayflower lo notó entonces y le hizo señas para que se acercara.

—Hurlston —lo llamó el padre de Elizabeth—. Venga y únase a nosotros.

Hunt sonrió.

—Ahí está usted al fin, Hurlston. Pensé que nos había abandonado completamente por la compañía de sus otros amigos.

—En absoluto —prometió.

Elizabeth aceptó el té de un sirviente.

—¿Quién era ella?

—¿Quién?

Elizabeth enderezó la espalda y bebió su té sin mirarlo.

Hunt chasqueó la lengua mientras se acercaba y lo llevaba aparte.

—He hecho lo mejor que he podido, pero me temo que ha ofendido a su futura esposa esta noche. Ella esperaba bailar con usted, y usted eligió a otra dama. Mala jugada, viejo amigo —lo reprendió Hunt.

Winston frunció el ceño.

—No pude encontrar a Elizabeth durante los dos primeros bailes.

—Bueno, ella lo vio susurrando y luego bailando con una desconocida para ella, y le dije que no podía significar nada serio, por supuesto.

—Por supuesto que no significó nada.

—Oh, te creo —convino Hunt, mirando por encima del hombro a Elizabeth—. Pero te dejaré que le expliques los detalles del romance a ella.

Hunt le dio una palmada en el hombro a Winston y luego se esfumó.

Winston se alisó el chaleco y tomó asiento frente a Elizabeth, indignado por lo que injustamente se le había acusado. No había ningún *romance* que explicar. No había hecho nada malo esta noche al bailar con otra mujer. —¿Dónde has estado toda la noche?

Elizabeth lo estudió con frialdad por encima de su taza de té. —Con mi padre, por supuesto, y entreteniendo a tu amigo. Algo en lo que tú deberías haber pensado.

Él arqueó una ceja. —Habría estado con todos ustedes... si hubiera podido encontrarlos —replicó.

Elizabeth lo miró fijamente. —Al menos *él* quiere hacerme compañía. Tú desapareciste en cuanto llegamos.

—Vamos, hija —la reprendió el Sr. Mayflower—. No te corresponde cuestionar a Hurlston por algo tan insignificante. Es un hombre importante. Un conde.

Winston se inclinó hacia adelante, ignorando a su futuro suegro. —Lo que sea que sospechas de mí, simplemente no es cierto.

—Entonces, ¿por qué la pregunta que te hice sigue sin respuesta?

No le gustaba el tono de esta conversación. Había sido fiel a Elizabeth toda su vida. —La dama con la que bailé es amiga de amigos mutuos. Su nombre es la señorita Charlotte Waters.

—¿Por qué no la has mencionado antes en tus cartas?

Frunció el ceño. —Nunca ha habido nada en particular que contarte sobre ella.

Eso provocó una risa amarga de ella y un suspiro del Sr. Mayflower. —Tus cartas están siempre llenas de innumerables recuerdos de bailes y fiestas a las que asististe, y siempre me atormentas con los nombres de mis rivales por tus afectos.

Miró a Elizabeth, confundido. Nunca había hecho tal cosa a sabiendas, pero sí le escribía cada vez que estaba en Londres. —Te hablo de otras mujeres anticipándome a tu llegada a Londres para conocerlas. Para que estuvieras preparada y conocieras a personas importantes de la sociedad. Charlotte Waters es una joven tímida.

Elizabeth alzó las cejas. —Es invitada del Duque y la Duquesa de Exeter, e incluso asistió a la iglesia el día que se leyeron las amonestaciones anunciando nuestro matrimonio.

Él parpadeó. —¿Lo hizo?

—Y lloró por ello, también.

Winston se reclinó, atónito por la acusación. —Seguramente no.

Elizabeth lo miró con algo parecido a la lástima. —Reconozco la miseria demasiado bien en el rostro de una mujer, incluso si *tú* no le das importancia a un corazón roto.

Se inclinó hacia adelante de nuevo. Esto se estaba volviendo ridículo. —Bueno, no vi nada inusual en su comportamiento ese día, ni ningún otro día, durante todo el tiempo que la he conocido.

—¿Y cuánto tiempo hace de eso? —Elizabeth miró alrededor del salón comedor ante la repentina afluencia de invitados con una expresión agria—. Es fácil ver que eres el favorito entre las mujeres de la sociedad. Te observan con la esperanza de atraer tu atención.

—Las mujeres me miran como siempre lo han hecho. Nunca he fingido no estar comprometido contigo —argumentó Winston.

—Perdone a mi hija, Hurlston. El traslado a la ciudad ha alterado sus sentidos —dijo Mayflower, descartando el asunto—. Está imaginando problemas donde no existen, justo como su madre solía hacer. ¿Qué les parece si todos olvidamos el malentendido de esta noche y disfrutamos de la fiesta?

Winston no estaba dispuesto a dejar el asunto así. No permitiría que tal suposición ridícula continuara. —Conocí a la señorita Waters y a sus padres hace años, pero no conozco bien a la hija, por eso nunca la he mencionado.

Elizabeth arqueó una ceja. —Tengo entendido que almorzará con tu madre.

—Madre organizó eso, no yo —prometió él—. Lamento que madre no te haya consultado sobre el almuerzo. Estoy seguro de que lo hará después de que nos casemos.

—La señorita Waters y yo no nos conocemos —murmuró Elizabeth, levantando un poco la nariz.

—Bueno, entonces estaré encantado de organizar una presentación esta noche, y así verás que tus sospechas sobre su corazón roto, como lo llamas, son completamente infundadas.

—Eso no será necesario, Hurlston —dijo ella, limpiándose los labios con una servilleta—. Es simplemente una florero, como dijiste, con un enamoramiento lamentable hacia alguien muy por encima de ella. No es nadie que valga la pena conocer, como dices. Estoy segura de que si le dices a tu madre que rompa la conexión, lo hará.

Él no tenía intención de decirle nada de eso a su madre, pero quizás era mejor guardárselo para sí mismo. Elizabeth y Charlotte no tenían realmente necesidad de ser presentadas. No creía que fuera una amistad que beneficiara a una mujer de naturaleza más dulce como Charlotte Waters. Sintiéndose un poco desleal hacia Elizabeth, Winston se puso de pie y le ofreció su brazo. —¿Bailamos ahora?

Después de un momento, Elizabeth asintió y se levantó también. Enroscó su brazo alrededor del suyo, y él se dio cuenta de que quizás ella había estado celosa de que hubiera prestado tanta atención a Charlotte Waters. Hizo una mueca.

Dejaron a su padre para que se entretuviera solo y regresaron al salón de baile.

Desafortunadamente, en su camino hacia la pista de baile, donde se estaba formando un grupo, descubrió que estaba buscando a Charlotte por todas partes entre la multitud. Ya no estaba sentada entre las floreros ni de pie con amigos comunes.

Y tampoco estaba bailando.

¿Adónde había desaparecido ahora?

Winston bailó con Elizabeth, tratando de sacudirse una extraña sensación en su corazón. La decepción y la confusión lo llenaron cuando pensó en la ausencia de Charlotte. Pero, ¿por qué debería importarle si ella se estaba haciendo escasa a propósito?

Era solo una amiga de un amigo.

Nadie importante, como le había hecho creer a Elizabeth.

Y sin embargo... no podía quitarse de encima la sensación de que debía buscarla y hacer las paces de todos modos.

Cuando terminó su baile, acompañó a Elizabeth hacia sus amigos. Charlotte seguía ausente, así que se aseguró de que Elizabeth estuviera lo suficientemente distraída antes de llevar a la señora Berringer aparte para intercambiar unas palabras en privado.

—Parece que a su grupo le falta una persona. Espero que no haya ocurrido nada grave.

—Una circunstancia desafortunada. La señorita Waters desarrolló un dolor de cabeza y se ha

ido temprano a casa.

—Lamento oír eso —murmuró.

Estaba preocupado por Charlotte y, al mismo tiempo, exasperado con ella. Sospechaba que en realidad no había tenido dolor de cabeza, sino que buscaba evitar más conversaciones con él esa noche marchándose temprano. Bueno, ella asistiría pronto a un almuerzo con su madre. Él planeaba estar allí para aclarar las cosas entre ellos de una vez por todas, y también para presentarle a Elizabeth. Maldita sea si iba a permitir que una esposa le dictara con quién podía hablar en un baile.

Si quería ser amigo de una chica tímida, lo sería sin duda. No había nada malo en Charlotte. Era dulce, vivaz y su risa le hacía sonreír.

Elizabeth tiró de su manga de repente.

—Siento que me está dando una migraña. ¿Te importaría si me fuera temprano? No tienes que venir, por supuesto.

—En realidad, estaré encantado de dar por terminada la noche —miró a sus amigos y les deseó buenas noches, ofreciendo su brazo a Elizabeth.

Juntos se dirigieron hacia la puerta, recogiendo a su padre por el camino. Mayflower intentó que se quedaran, pero Winston ya había tomado su decisión. Si Charlotte se había ido, él no tenía razón para quedarse.

Sacudió la cabeza, molesto consigo mismo por seguir pensando en Charlotte.

Si *Elizabeth* quería irse, él no tenía razón para quedarse y ya estaba deseando no haber salido esta noche. A estas alturas de su vida, tan cerca de la boda, no debería estar preocupándose por otras mujeres.

—Enviaré a un lacayo para avisarle a Hunt que nos vamos.

—No es necesario —murmuró Elizabeth—. Hunt viene detrás de nosotros.

Winston se giró para ver que era cierto. Hunt venía detrás, con una sonrisa burlona y una copa vacía en la mano. Se la entregó a un lacayo mientras salían por la puerta.

Winston subió al carruaje y Hunt lo siguió, cerrando la puerta.

—Siento que tu noche de salida se haya acertado, Hunt.

—Estoy feliz de irme. He visto todo lo que me interesaba por una noche.

Winston asintió.

—Sí, en efecto.

En el carruaje, Elizabeth apoyó la cabeza contra los cojines de terciopelo durante todo el trayecto a casa. Una vez allí, le deseó a Winston buenas noches rápidamente y desapareció escaleras arriba, al igual que su padre un momento después.

—¿Qué tal una copa para antes de dormir? —preguntó Hunt inmediatamente, una vez que se quedaron solos.

—Sí, ¿por qué no? —Pero quizás más tarde llamaría a la puerta de Elizabeth para asegurarse de que aún estuviera en buenos términos con él y tuviera todo lo necesario para aliviar su jaqueca.

Sirvió dos whiskies y se sentó junto al fuego para estudiar a su viejo amigo a la luz de las llamas.

—¿Y bien? ¿Cómo has disfrutado la velada?

—Mmm, no es precisamente mi idea de diversión —murmuró Hunt, haciendo girar el whisky en su vaso—. Un montón de pedantes charlatanes, si me lo preguntas.

—Pienso exactamente lo mismo a menudo. —Rió brevemente—. Deberías oír el alboroto que se arma en el parlamento algunos días. Ensobercedor y repetitivo. Hay muchos allí que no

aman nada más que el sonido de su propia voz.

—Entonces, ¿por qué quedarte?

—Es mi deber dedicar mi vida a la prosperidad de mi gente y del país en general.

—Deber —arrastró Hunt, muy parecido a como lo hacía Peter cuando chocaban por su preocupación con los asuntos de ser un conde—. No olvides que pronto tendrás una esposa también. Nada debería significar más para ti que su felicidad.

Entrecerró los ojos mirando a Hunt.

—La felicidad de la futura Lady Hurlston está en primer plano en mi mente en todo momento, te lo aseguro.

—¿Es así?

Winston puso los pies sobre la mesa baja entre ellos y dejó escapar un pesado suspiro. La noche no había salido en absoluto como él había planeado.

—Sí, de verdad. Ella significa el mundo para mí.

—No siempre me ha parecido así —dijo Hunt lentamente—. E incluso ahora parece que una cara bonita y un escote prominente aún pueden llamar tu atención.

—Mi cabeza gira —bromeó— en cualquier dirección que desee.

Hunt frunció los labios, sin embargo.

—Espero que así sea, por tu bien. Elizabeth no va a perdonar las indiscreciones tan fácilmente como podrían hacerlo algunas mujeres.

—Ah, oí que habíais vuelto —dijo Mamá al entrar en la habitación. Miró alrededor y un destello de desaprobación apareció en su mirada al ver los pies de Winston sobre la mesa—. No anticipé que volveríais tan temprano y cené sin vosotros.

—No te preocupes, Mamá —sonrió—. Elizabeth ha sufrido una jaqueca y se ha ido a sus aposentos a descansar. Hunt y yo solo estamos tomando una copa antes de dormir.

—Lamento oír que se ha visto afectada. Una jaqueca nunca es agradable. —Madre tomó asiento—. ¿Cómo estuvo la velada?

—Sumamente agradable —prometió Winston.

—Sí, de hecho. Bastante maravillosa —concordó Hunt con suavidad mientras sonreía—. Y has llegado justo a tiempo para escuchar sobre los planes hechos para mañana —dijo.

—¿Qué planes serían esos?

Hunt dejó su vaso a un lado.

—Elizabeth ha solicitado mi compañía para una expedición con su padre. Espero que no te importe mi ausencia. Parece que será un día muy largo fuera, de hecho.

Winston no había oído nada de esto por parte del señor Mayflower o Elizabeth aún, pero no le sorprendía que Elizabeth planeara ir de compras. Le había dado permiso para enviarle las facturas. Sin embargo, que llevara a Hunt con ella no le sentaba bien. ¿Por qué no iba Mamá con ellos también? ¿O le habían preguntado y se había negado a ir debido a que Charlotte se reuniría con ella para almorzar? —Puedo estar disponible.

Hunt hizo una mueca. —Eso dificultará que Elizabeth compre un regalo sorpresa de boda para el novio, ¿no crees?

—Ah, sí, supongo que sí —concordó Winston. No esperaba un regalo de novio de nadie, pero estaba conmovido—. Me quedaré —ofreció rápidamente.

—Excelente —Hunt se terminó el resto de su whisky y se despidió.

Mamá frunció el ceño después de que Hunt se fuera y luego se dirigió a Winston con otra mirada de desaprobación. —Aun así podrías haber pasado un día con tu prometida.

—No podría arruinar la sorpresa que Elizabeth tiene para mí.

Mamá bajó la mirada hacia sus manos. —Tienes suerte de que quiera darte algo. La evitaste durante tanto tiempo.

Winston gruñó para sus adentros. Podría haber dejado claro que *Elizabeth* era la razón por la que su matrimonio se había retrasado tanto tiempo, pero ¿de qué serviría eso, aparte de causar fricción entre ambas? En su lugar, dio una respuesta diferente que ella podría aceptar. —Elizabeth tiene una vena de independencia de una milla de ancho. Si quiere el consejo de Hunt sobre un regalo para mí, esa es su elección. Él conoce bien mis gustos.

Mamá asintió. —Estoy segura de que querrá tu compañía todo el tiempo cuando estén casados. Querrá solo a su marido cuando esté esperando a tu hijo, también.

Él negó con la cabeza. —Espero que no. Nuestro matrimonio no pretende ser una jaula dorada para ella. Tiene sus propias amistades en casa y le gusta mucho Bath. Planea visitarlo después de que nos casemos, por cierto.

Mamá frunció el ceño. —Bath es para los viejos y enfermos.

—Nunca te habría exigido que la acompañaras allí —bromeó.

—Menos mal —Mamá rio suavemente. Su aversión por Bath era bien conocida y de larga data. Padre había ido allí a probar las aguas como remedio para la gota, y Madre solo lo había acompañado a regañadientes para asegurarse de que se cuidara adecuadamente.

Se frotó la mano en la rodilla. —Winston, recibí una nota peculiar de la señorita Waters esta noche y no sé qué pensar. Como sabes, había aceptado mi invitación para almorzar, pero esta noche, justo antes de que regresaras, recibí una nota diciendo que no vendrá después de todo.

—Me dijeron que también dejó el baile de esta noche con una jaqueca.

Madre pareció sorprendida. —¿Ella también? Espero que no haya una enfermedad circulando.

—Estoy seguro de que no la hay —prometió con una suave risa—. Madre, siempre te preocupas demasiado por todos nosotros.

—¿No es ese el deber de una mujer? ¿Cómo te sientes tú?

Entonces, él se rio de todo corazón.

—Gozo de excelente salud, mamá. Como siempre.

—¿Qué hay de Peter? No lo he visto en días.

—No tengo idea, ya que tampoco lo he visto. De hecho, no desde poco después de la llegada de Elizabeth.

Madre frunció los labios.

—Ese muchacho va directo a los problemas, con la forma en que se comporta.

—Madre, ya es un hombre adulto.

—Con una herencia prevista que debería haberse retrasado hasta que cumpliera treinta años. Por lo menos.

—¿Treinta? Padre nunca habría sido tan mezquino como para cortarle las alas durante tanto tiempo —cuando Madre se hinchó, él habló rápidamente—. Sé que quieres proteger a Peter con todo tu corazón, pero es hora de soltar las riendas. Su cumpleaños se acerca, y entonces recibirá la suma completa que Padre le legó. Debemos tener fe en sus habilidades para manejar su propia vida.

Mamá se calmó.

—Siempre has sido un buen hermano para él.

—Todavía ocasionalmente pienso en retorcerle el cuello —confesó con una sonrisa que esperaba que Madre encontrara graciosa—. Confía en él.

—Supongo que no tengo otra opción ahora. Se ha vuelto tan distante y reservado. Entrando y

saliendo de la casa a todas horas. Al menos espero que siga confiando en ti. Me preocupa el grupo con el que debe estar juntándose. ¿Quiénes son estos amigos suyos? ¿Por qué nunca se unen a nosotros para cenar?

—Peter confía en mí cuando necesita una segunda opinión —prometió Winston. Pero eso no había sido frecuente últimamente. Winston realmente no sabía en qué andaba su hermano ya. Era algo de lo que quería hablar con su hermano cuando la boda quedara atrás. Peter podría no gustar de Elizabeth, y estar evitando el hogar para evitarla, pero aún tenía familia que lo amaba y quería verlo.

Mamá cubrió un bostezo con su mano.

—Creo que dormiré hasta tarde mañana.

—Te veré en el almuerzo —le dijo—. Elizabeth va a salir de todos modos, así que estaré en mi estudio por la mañana y me uniré a ti más tarde.

—Muy bien. Haré que la cocinera prepare tus platos favoritos —prometió Mamá, pero entonces suspiró—. Estaba tan ilusionada con escuchar sobre sus viajes.

Ese "sus" se refería a *Charlotte*.

Mamá salió de la habitación, pareciendo desorientada y completamente decepcionada por la negativa de Charlotte a venir. Ahora había otra persona a la que le gustaría estrangular. Charlotte no tenía razón para desairar a Mamá cuando su disputa era con él.

Winston se pasó una mano por el cabello. Realmente la había fastidiado con ella esta noche, si pensaba que debía evitar a su madre por un desacuerdo tan leve. Pero, por otro lado, estaba acostumbrado a discutir con Elizabeth, quien rara vez se guardaba algo cuando tenía la oportunidad de expresar su opinión.

No estaba seguro de cómo podría arreglar las cosas entre Charlotte y su madre, o si debería intentarlo. Elizabeth tenía una idea ridícula de que Charlotte estaba desconsolada, lo cual no podía estar más lejos de la verdad. Quizás sería prudente dejar el asunto en paz, pero le daba vueltas en la cabeza mientras estaba sentado solo bebiendo su whisky.

¿Podría ser cierto que ella lo admiraba, como afirmaba Elizabeth? ¿Había llorado por el anuncio de su compromiso?

Nunca había notado nada impropio en ella, excepto sus ocasionales sonrojos y su pecho agitado. Pero muchas jóvenes, vírgenes, se sonrojaban alrededor de los solteros aunque llevaran vestidos con escotes tan bajos que ofrecían una vista generosa a cualquier hombre.

Charlotte tenía unos pechos bonitos. Le gustaría...

—¿Ya se han ido todos a dormir?

Winston se sobresaltó y abrió los ojos cuando su hermano se deslizó en la habitación, silencioso como un ratón. ¿Cuándo había aprendido su hermano a moverse tan sigilosamente? Durante años le había estado diciendo que dejara de hacer tanto ruido al caminar.

Peter parecía un poco desaliñado esta noche y con una mirada salvaje. —Sí. Incluso Hunt se ha hartado de mi licor y se ha ido a la cama. ¿Qué estás haciendo?

—Por fin voy a tomar una copa. ¿Hunt dejó algo para mí? —Peter se apresuró hacia el aparador con las licorerías y, al encontrarlas llenas, se sirvió un vaso de whisky. Se bebió el primer vaso de un trago y se detuvo para rellenarlo—. Necesitas tener una conversación seria con tu futura esposa, hermano. Aún no estás casado con ella, y no permitiré que me mande a la cama, sin importar la hora que sea.

—¿Qué?

Peter tomó otro trago. —Hace un momento, estaba buscando algo para beber en tus aposentos y cuando salí al pasillo, me encontré con Elizabeth. Me echó la bronca por invadir tus

habitaciones como si no tuviera derecho a deambular por los pasillos de mi propia casa.

Winston negó con la cabeza. —*Son* mis aposentos, y era mi whisky el que pretendías beber, hermano.

Peter se puso las manos en las caderas. —Oh, ¿así que ahora compartir una copa de vez en cuando conmigo también te molesta?

—No, no me molesta, pero nunca antes había tenido una futura esposa bajo mi techo hasta esta semana. Debes haberla asustado terriblemente.

Peter se bebió lo que quedaba en su vaso. —Bueno, ella no debería andar por los pasillos superiores en camisón en plena noche. ¡Verla así me quitó diez años de vida del susto!

Winston frunció el ceño. —Tiene jaqueca, y tu alboroto debe haberla molestado. Será mejor que vaya a suavizar las cosas.

—Sí, ve corriendo —dijo Peter dejándose caer descuidadamente en una silla—. Mejor tú que...

—Por el amor de Dios, déjalo estar, Peter. —Se puso de pie y miró fijamente a su hermano—. Hay muchos más licores escondidos por la casa. Bebe lo que quieras, pero de ahora en adelante, te sugiero que te mantengas alejado de mis aposentos privados.

—Bien. —La mandíbula de Peter se tensó obstinadamente—. ¿Cuánto tiempo se espera que se quede Hunt?

—No lo sé realmente. Unas semanas, supongo, al menos. ¿Te está molestando otra vez con lo de ser el repuesto? Ya te dije que simplemente lo ignores.

Peter se encogió de hombros y bajó la mirada.

—¿No te parece extraño que haya venido a la ciudad ahora?

—Dijo que tenía negocios en la ciudad. Es nuestro invitado porque yo también le pedí que se quedara. Pero dudo que logre quedarse mucho más allá de la boda.

—Bien. Tampoco quiero verlo a él paseando por los pasillos en camisón de nuevo.

—¿Cuándo fue eso?

—Justo ahora. Salió de su habitación para mirar y reírse mientras Elizabeth me hacía pedazos con esa lengua estridente suya. Los dos siempre se ponen del lado del otro, sin importar lo que yo diga para defender mi inocencia.

—La mayoría de las veces mientes hasta cierto punto, hermano. Todo el mundo lo sabe, incluso Hunt.

Peter se puso de pie de un salto.

—Bueno, no me quedará aquí para ser difamado.

—Oh, no seas tan condenadamente sensible. Solo estaba bromeando contigo.

—A mí me parece que es así. —Peter negó con la cabeza y se dirigió a la puerta—. Sabía que ya no me querías cerca.

—Eso no es cierto. Vuelve.

Peter no lo hizo.

Winston se hundió en una silla, pero se negó a ir tras su hermano. Fue una triste revelación descubrir que, después de dos años de adaptación, Peter aún le guardaba rencor por haberse convertido en conde tras la muerte de su padre. Winston habría dado cualquier cosa en el mundo por devolver a su padre a la vida. Pero eso no era posible. Todo lo que podía hacer era tratar de estar a la altura de las expectativas que su padre tenía para su vida y esperar que, de alguna manera, Peter pudiera perdonarlo por algo que estaba totalmente fuera de su control.

CAPÍTULO 7



—SEÑOR McCARRICK, es usted muy amable —murmuró Charlotte, sujetando su sombrero favorito de carruaje mientras doblaban la esquina enfrentando una fuerte brisa.

—No, no. Soy un hombre que dice lo que piensa, y la forma en que la luz del sol resalta los reflejos de su cabello es extraordinaria.

Él no estaba diciendo que Charlotte fuera extraordinaria. Solo el color de su cabello. Hasta ahora, había elogiado sus zapatos, su ridículo de tamaño modesto y la robustez de la sombrilla que llevaba consigo para su salida a Hyde Park. Ella no disfrutaba exactamente viajar en un faetón de asiento alto, pero difícilmente podía quejarse. Por fin había conseguido algo de interés.

El señor McCarrick era un conocido de negocios del señor Berringer, y este último los había presentado esa misma mañana. Era una lástima que no hubiera sido invitado al baile de anoche, pero el señor McCarrick había pedido inmediatamente llevarla a pasear esa tarde. Ella se había sentido muy halagada por su gran interés en verla más.

Pero esta no era exactamente la hora de moda para un paseo en carruaje. De hecho, probablemente llegaban una hora antes para unirse a la *alta sociedad* en una tarde de admirar los elegantes equipajes y compañías de los demás, y hacerse cumplidos.

Tendría que explicarle algunas cosas sobre el motivo de la hora de moda al joven, si lograba hacerlo entrar en razón.

Su nombre de pila era Taylor, había descubierto.

Taylor McCarrick era un joven afable de una familia trabajadora de Londres. No poseía ni una gran fortuna ni una belleza excepcional. Trabajaba en la ciudad en un banco con el que el Duque de Exeter tenía negocios y vestía apropiadamente para su posición en la vida. Y hasta ahora parecía genuinamente interesado en ella.

Cuando pasó de largo el desvío hacia Hyde Park, ella miró por encima del hombro con consternación.

—¿No íbamos a entrar al parque?

—Al parque y alrededor de él. No soporto cómo la aristocracia se amontona a la misma hora todos los días para mirarse unos a otros.

—Por eso lo llaman la hora de moda, pero eso es a las cinco en punto, no a las cuatro de la tarde —le informó ella—. Que es la hora actual. El paseo debería estar casi desierto si volvemos.

—Bueno, no es asunto de nadie si llevo a una dama en mi carruaje, ni cuánto tiempo está ella ahí —murmuró él—. No soporto a los chismosos. No sé cómo lo aguanta Berringer. Borearemos el perímetro y nos perderemos el ridículo desfile de la *alta sociedad* por una buena

milla.

—Oh —Charlotte se sintió desanimada. No era todos los días que la invitaban a pasear en un día soleado desde la ventajosa posición de un faetón de asiento alto como este. Y dado que en realidad no iban a entrar al parque, era muy poco probable que ahora le pidiera dar un paseo de su brazo. Acarició la sombrilla a su lado, decepcionada de que nadie vería el bonito diseño de su última adquisición.

—Estás decepcionada —observó él después de un momento.

—Sí, un poco. Pero supongo que es mi culpa por haber malinterpretado tus intenciones para nuestra salida de hoy —admitió ella.

—Es mejor así —le aseguró—. Podremos hablar con más facilidad sin que nadie escuche nuestra conversación. Tenemos mucho de qué hablar, y entiendo que no tienes mucho tiempo disponible.

—¿Oh?

—Berringer me advirtió que no perdiera ni un momento, ya que probablemente te irías pronto de Londres.

La consternación la invadió. No había querido hacer un gran alboroto sobre la urgencia de su situación hasta que fuera necesario.

—Oh, ¿te dijo que me iba?

—Sí, pensó que era mejor explicar la situación antes de que saliéramos hoy. Antes de que las cosas fueran demasiado lejos. Debo admitir que cuando nos presentaron, sentí urgencia por conocerte más. Difícilmente podría visitarte en Egipto, ¿no?

—Mis padres se dirigen a África, en realidad.

—Aún más lejos —murmuró, demostrando que no tenía idea de geografía ni de viajes—. Tienes mi simpatía. Puedo entender por qué estás tan desesperada por encontrar pareja.

Aunque él tenía razón sobre la urgencia de su situación, Charlotte se molestó un poco por su comentario al respecto. Era un hombre directo. Los hombres directos solían pisotear las emociones de los demás sin darse cuenta.

—Tengo muchos amigos en Londres, y me gustaría quedarme aquí para vivir mi vida también. La aventura es la pasión de mis padres, no la mía. Pero no considerarán separarse de mí a menos que me case. A mí también me gustaría casarme.

—¿Siempre has viajado con ellos?

—Sí.

—Entonces deben quererte mucho —el señor McCarrick saludó con la cabeza a un carruaje que pasaba—. Cargar con una niña por el mundo no debe haber sido tarea fácil. Tengo seis hermanos, y descubrirás de primera mano lo agotador que puede ser tener tantos cuando los conozcas.

—¿Seis? —tragó saliva. ¿Acaso el señor McCarrick había decidido presentarla a su familia ya?—. Me gustan los niños —Charlotte deseaba tener los suyos propios.

—Bien. Es un espacio ajustado en nuestro alojamiento actual, pero si llegara a casarme con una dama que posea una dote del tamaño de la suya, estoy seguro de que pronto encontraríamos un lugar más amplio para acomodarnos todos.

Charlotte tragó saliva con dificultad. Él ya estaba planeando su futuro con una dote como la suya. No perdía tiempo en declarar su interés. Pero ella no estaba segura si era ella o su dote disponible lo que más le convenía. —¿Puedo ser tan atrevida como para preguntar dónde vive exactamente, señor?

—Mi hogar está cerca de Lincoln Fields, encima de una sombrerería. Es un lugar acogedor.

Nada parecido a lo que debe estar acostumbrada en Mayfair, eso sí. Mi viejo padre tiene la habitación más pequeña para él solo con vista a la calle, los niños y yo la más grande en la parte trasera. Hay una especie de cocina y un cuarto de baño junto a ella en el medio, debajo de la escalera.

Charlotte asimiló esa descripción, dándose cuenta rápidamente de que el alojamiento del Sr. McCarrick era considerablemente más pequeño que un solo piso de su actual hogar con sus padres. —Ya veo. ¿Sabe el Sr. Berringer dónde vive usted?

—No estoy seguro de que alguna vez haya surgido en la conversación —dijo McCarrick lentamente—. El banco paga un salario decente por el trabajo que hago, sin embargo. Estoy seguro de que ascenderé en el escalafón en cualquier momento.

Ella tragó su decepción por la situación de él lo mejor que pudo. El Sr. McCarrick no era exactamente el pretendiente que había esperado. Ni siquiera estaba segura de que su padre aceptaría a un caballero de clase trabajadora en la familia. Pero si descubría que le gustaba lo suficiente el Sr. McCarrick como para considerar casarse con él, convencería a sus padres de que se adaptaría a sus circunstancias actuales y persuadiría al Sr. McCarrick para que buscara un ascenso en su carrera lo más rápido posible. Con suerte, mudándose a una casa más cerca de Mayfair y de sus amigos.

Miró su rostro, tratando de decidir si sentía algo por él todavía. Era un hombre sencillo y práctico. Sin embargo, no hacía que su corazón se acelerara. Volvió a mirar hacia adelante. —No pude evitar notar que no mencionó a su madre o a familiares mayores. ¿Tiene muchos parientes?

—Mamá se fugó después de que nació mi último hermano. Mis primos viven abajo, detrás de la sombrerería que también dirigen. Todos ayudamos en la tienda. Se esperaría que usted también lo hiciera de vez en cuando.

Charlotte miró sus manos. Había adornado sus propios sombreros, pero nunca había sobresalido en el arte. No lo suficiente como para hacer el trabajo para clientes que pagan. —No vengo de una familia numerosa. Solo somos mis padres y yo. ¿Asiste a los salones de baile durante la temporada?

—Oh, sí. Vamos todos cada trimestre. Es una noche estupenda para todos nosotros viajando juntos. Los pequeños especialmente la disfrutan y siempre terminan dormidos donde pueden en el camino de vuelta.

—¿Le tiene cariño a su familia?

—¿Acaso no es así para todos?

—Algunos quieren a sus familias más que otros —dijo ella con cautela, sin creerlo realmente—. Yo vengo de una familia bastante pequeña.

—Debe ser por eso que eres tan callada y tímida —bromeó él—. En una familia grande tienes que gritar para que te escuchen.

Ella gritaba a veces, pero solo para atraer brevemente la atención de sus padres de sus polvorientos libros, y luego la reprendían por ello. La vida y la familia del Sr. McCarrick sonaban muy diferentes a la suya. ¿Le gustaría? ¿Cuidar de seis hermanos del Sr. McCarrick y también de un padre? ¿Trabajar en una sombrerería de vez en cuando? Ciertamente no era la vida que había esperado para sí misma. Un gran paso hacia abajo en importancia para ella, también. Esperaba que no resultara ser un paso demasiado grande.

Sin embargo, apreciaba la franqueza del Sr. McCarrick. Parecía ser un hombre honesto.

—Berringer mencionó que tu padre y tu madre eran...

Charlotte cerró los ojos brevemente y terminó su frase cuando las palabras parecieron fallarle.

—Excéntricos.

—Aficionados a los libros —sugirió él.

—Sí —dijo ella arrastrando las palabras—. Lo son. Aficionados a los libros y excéntricos. No hay cura, me temo.

El Sr. McCarrick se rio.

—Me gusta leer. Frecuento una biblioteca de préstamo cuando tengo fondos de sobra. He pasado muchas noches leyendo en voz alta para todos antes de dormir.

—La elección de libros de mis padres ciertamente me ayudó a dormir mientras crecía —suspiró ella—. Aburridos como ver secarse la pintura. Debo ser igualmente honesta con usted, Sr. McCarrick. Mis padres son más que un poco excéntricos, me temo —admitió Charlotte, haciendo una mueca—. Están cegados a todo excepto a sus propios intereses. Siempre lo han estado.

—Los hombres aficionados a los libros, los historiadores y los exploradores *están* cegados. Todas las familias tienen sus rarezas —se rio él—. Tome mi propia familia. Tengo un tío en el campo que jura que podría adivinar la ubicación de agua dulce usando dos gallinas.

—Eso habría sido útil en mi tercera expedición a un desierto. Teníamos que forrar hoyos arenosos con lona y por la mañana, apenas había suficiente agua para saciar nuestra sed.

Él se rio.

—Realmente eres una aventurera experimentada para conocer tal truco para recoger agua solo del aire.

—Por necesidad, no por elección, se lo aseguro. La aventura se me impuso, quisiera o no. Nunca tuve edad para negarme a viajar si mi padre lo ordenaba. Aún no la tengo.

—Entonces, ¿realmente sería feliz quedándose en Inglaterra? —Cuando Charlotte asintió, él continuó—: Siempre he deseado viajar a la costa, pero con los pequeños a mi cargo, es un sueño que probablemente nunca se hará realidad a menos que me case bien.

—Ya veo —murmuró ella de la manera más neutral posible. El mar albergaba barcos que la alejarían de Inglaterra. No tenía ningún interés en visitar un puerto nunca más.

—Tendrá que contarme sus historias para que pueda compartirlas con mi familia —pidió él, mirándola con una ceja arqueada.

Ella tenía años de experiencias difíciles de poner en palabras. Pero finalmente había conocido a un hombre interesado en escuchar lo que tenía que decir. —Haré lo posible por compartir solo las más emocionantes.

El señor McCarrick sonrió y giró el carruaje hacia el sur en dirección a Green Park. Era una zona que ella raramente había visitado, y miró a su alrededor con avidez, absorbiendo las nuevas vistas. —Qué parecido es esto a Hyde Park.

—No tan parecido. —El señor McCarrick azuzó repentinamente las riendas para hacer que el caballo acelerara—. Obviamente, lo frecuenta una clase más baja de criminales, así que será mejor no demorarnos.

Ella miró alrededor. —¿Cómo sabe que hay criminales aquí?

—No mire.

—Yo... —Y entonces Charlotte vio a cuatro hombres peleando en el borde de Green Park, mientras un quinto, con el sombrero calado hasta los ojos, observaba desde detrás de un árbol distante.

Uno de los que peleaban tropezó y cayó; sus agresores se le echaron encima inmediatamente. Lo pateaban con sus toscas botas. Su sombrero salió volando de su cabeza mientras intentaba protegerse, y Charlotte lo reconoció al instante. —¡Detenga el carruaje!

—Difícilmente creo que...

—¡No, deténgase! —Charlotte se levantó a pesar de que estaban en movimiento y era peligroso. Sus faldas podrían engancharse en las ruedas, pero estaba más allá de preocuparse por eso—. ¡Detenga el carruaje ahora mismo! Tenemos que ayudarlo.

—No quiero ponerla en peligro.

—Me pondré *yo misma* en peligro. ¡Ese es Lord Hurlston en el suelo!

Agarró su sombrilla y recogió sus faldas preparándose para lanzarse fuera del faetón en movimiento, si era necesario. Afortunadamente, el señor McCarrick entró en razón y detuvo bruscamente los caballos no muy lejos de donde Lord Hurlston había caído.

Charlotte no perdió tiempo. Se apresuró a trepar sobre las largas piernas del señor McCarrick y saltó sin ayuda a la calzada. Aterrizó bien y luego se lanzó hacia Green Park, sin importarle las consecuencias de su loca carrera.

Estaban lastimando a Winston.

Se abalanzó sobre sus atacantes, blandiendo salvajemente su sombrilla, y asestó un golpe resonante en la cabeza del primer tipo que encontró antes de pasar al siguiente.

Rugieron indignados, pero su ataque sorpresa le dio a Winston la oportunidad de ponerse de pie. Parecía sin aliento y con obvio dolor. Se sujetó las costillas con un brazo por un momento, y luego también pasó al ataque, golpeando a dos de sus agresores.

Charlotte continuó con sus pinchazos y golpes al tercer hombre hasta que este agarró la punta de su sombrilla.

—¡Suelta mi sombrilla, perro miserable! —Entonces lo pinchó con toda la fuerza que pudo. La punta de su sombrilla estaba bien afilada y aparentemente lo suficientemente puntiaguda como para causar una herida en la piel. Una mancha roja brillante apareció en la camisa del hombre y este soltó una maldición repugnante.

Ella retrocedió unos pasos, evaluando su situación mientras el hombre examinaba su herida. No estaba sin aliento, y su oponente estaba herido y obviamente enojado. Sin saber qué haría a continuación, Charlotte plantó los pies. Su oponente la miró amenazadoramente.

Por el rabillo del ojo, vio a Winston derribar a uno de los agresores. Ahora le iba mejor ya que las probabilidades estaban más a su favor.

Charlotte hizo girar su sombrilla y golpeó al otro atacante de Winston en la parte posterior de la cabeza.

Su propio oponente herido retrocedió rápidamente fuera de su alcance, arrastrando al segundo hombre con él. El tercero dio media vuelta y huyó sin necesidad de que lo incitaran.

Charlotte los vio alejarse apresuradamente, con la sangre bombeando salvajemente por sus venas. —¡Cobardes! Eso les enseñará a no tener modales de caballeros y a atacar tres contra uno —se quejó.

Winston también agitó su puño en su dirección. —¡La peor falta de deportividad que he visto jamás! ¿No es así, Charlotte?

—La peor —respondió ella, volviéndose para sonreírle. Escaneó el parque de nuevo, buscando al quinto hombre. Pero también había desaparecido. Se volvió hacia el conde—. ¿Estás bien, Winston?

—Nunca mejor. —Pero entonces Winston hizo una mueca de dolor, sus brazos se enroscaron alrededor de sus costillas.

Charlotte corrió hacia él. —¡Estás herido!

—Magullado —levantó la mirada hacia ella desde debajo de su largo flequillo—. Siempre me consideraré afortunado de que mi agresor no llevara una sombrilla tan letal como la suya. No

habría tenido ninguna oportunidad.

—*¡Señorita Waters!*

Se giró para encontrar al señor McCarrick de pie justo detrás de Winston, mirándola como si nunca la hubiera visto antes. También tuvo la sensación de que no era la primera vez que la llamaba por su nombre.

El señor McCarrick se acercó a grandes zancadas, la agarró del brazo e intentó apartarla del conde.

—Debo insistir en que nos vayamos de este lugar ahora mismo.

—Sí, por supuesto. Debemos enviar a Lord Hurlston a su casa de inmediato. No podemos esperar a las autoridades —se movió bajo el brazo de Winston para sostener su peso mientras él se enderezaba lentamente—. ¿Dónde está su carruaje, milord?

—Vine caminando.

—Bueno, eso no fue sensato.

Winston soltó una media risa que se convirtió en un gemido de dolor.

—Ahora que me lo señala, veo el error de mis acciones.

Ella le sonrió, pero no pudo evitar notar que su apuesto rostro estaba completamente arruinado, lo que le partió el corazón. Uno de los ojos de Winston se estaba hinchando, su nariz goteaba sangre sobre una corbata que alguna vez fue inmaculada, y se inclinaba hacia un lado como un marinero bajo la influencia de demasiado ron.

—Lo llevaremos directamente a casa.

—Señorita Waters, debo hablar con usted inmediatamente —anunció el señor McCarrick.

Ella levantó la mirada para ver una expresión de severa desaprobación en el rostro del señor McCarrick. Se tomó un momento para considerar lo que estaba haciendo. Cómo podría haber parecido a otra persona más preocupada por las apariencias de lo que ella lo estaba en ese momento.

Había luchado junto a Winston con una sombrilla, haciendo sangrar al menos a uno de sus atacantes, y ahora se estaba colgando de la cintura del conde en caso de que estuviera peor de lo que aparentaba y se cayera. No era nada que no hubiera hecho antes en sus aventuras con sus padres con un compañero de viaje herido... pero quizás no era algo que debiera hacer en Inglaterra.

—Está herido y necesita nuestra ayuda.

—Esto es ciertamente angustiante, sin embargo, creo que estará de acuerdo conmigo en que... Ella interrumpió al joven.

—Si tiene dificultades para prestar ayuda a un miembro de la aristocracia, me temo que no tendremos nada más que decirnos después de esto.

—Charlotte —advirtió Winston.

—Silencio. No te abandonaré —Miró a su antiguo pretendiente con resignación. McCarrick claramente desaprobaba su comportamiento. Pero luego se encogió de hombros, finalmente colocándose al otro lado de Winston, y pasó un brazo alrededor del conde.

Se arrastraron hasta el carruaje de McCarrick, que este había dejado atado a un árbol, y escucharon gemir a Winston mientras subía al asiento elevado del cochero. —Oh, cómo escuece.

Charlotte trepó a continuación y apoyó suavemente su oído en el pecho de Winston, escuchando su respiración dificultosa. Era imposible saber si sus costillas habían perforado un pulmón. Por ahora, parecía respirar lo suficientemente bien. —Debes ver a un médico pronto —Giró con cuidado el rostro maltratado de él hacia el suyo—. ¿Tienes mucha dificultad para respirar?

Winston la miró fijamente y luego sus dedos se elevaron para tocar también el rostro de ella. —Esa no es la dificultad que tengo.

Charlotte frunció el ceño. —¿Cuál es la otra dificultad? ¿Cómo puedo ayudar?

Él bajó la mano y miró hacia otro lado. —Llévame a casa —susurró.

Charlotte miró hacia abajo a McCarrick, quien aún no había tomado asiento en el carruaje. —Deberíamos irnos, señor, antes de que piensen en volver a por él.

El señor McCarrick trepó para sentarse junto a ella. Era un ajuste apretado acomodar a los tres en el estrecho asiento, con ella apretujada en el medio, casi sobre el muslo de cada hombre.

Hurlston se inclinó alarmanamente lejos de ella en la primera curva, y Charlotte hizo un rápido movimiento para agarrar su pierna y evitar que se cayera. —Agárrate —le susurró.

McCarrick gruñó de nuevo. —Entonces, ¿qué tan bien conoce usted a este hombre, señorita Waters?

—Oh, no mucho —le aseguró, volviendo a poner sus manos recatadamente sobre su regazo tan pronto como volvieron a conducir en línea recta—. Es un amigo de mis amigos. Apenas hemos hablado.

—Parecía hace un momento que usted y él eran algo más que eso —murmuró, casi entre dientes.

—Yo ayudaría a cualquiera en la misma situación —le aseguró. Pero quizás no con tanto vigor si fuera otra persona. No había pensado en su propia seguridad desde el momento en que vio a Winston bajo ataque. Esos hombres fácilmente podrían haber sacado un cuchillo y cortado su garganta. Se estremeció. Ella misma podría haber resultado herida. Sin embargo, no había pensado en nada más que en salvar a Winston del daño.

Winston gemía frecuentemente mientras ganaban velocidad y el carruaje comenzaba a sacudirlos y hacerlos rebotar con cada cambio de dirección.

—Esto no puede ser —se volvió hacia el señor McCarrick—. ¿Podría tomar las próximas esquinas muy despacio, por favor? Me temo que podría tener costillas rotas.

—¿Qué sabe usted sobre el cuidado de huesos rotos? —preguntó McCarrick.

—He tratado mi buena parte de percances —admitió ella.

—Es demasiado modesta. Probablemente haya visto más percances que cualquiera en Londres, si la mitad de las historias que he oído sobre sus viajes con sus padres son ciertas —añadió Winston con voz tensa.

Ella lo miró sorprendida por esa declaración. ¿Qué habría oído sobre ella? ¿Y era esa la razón por la que los hombres nunca buscaban su compañía?

Pero apartó esas preguntas al notar lo pálido que se había puesto el rostro de Winston, y que ahora también brillaba de sudor. Hurgó en el bolsillo de su abrigo, encontrando su pañuelo justo sobre su corazón. Se lo tendió. —Muérdalo. Le ayudará a soportar el dolor.

Él la miró —con la mirada que le quedaba, porque uno de sus ojos parecía haberse hinchado casi por completo para entonces. Usó el pañuelo para secarse la frente en su lugar. —No debería haberse puesto en peligro por mi causa otra vez —se quejó.

—¿Habría preferido que hubieran logrado despojarlo de todo lo de valor? —preguntó ella, retorciéndose las manos, sin saber qué más podía hacer por él.

Winston metió el pañuelo de vuelta en el bolsillo de su abrigo y le mostró un fajo de billetes de otro bolsillo. —No me quitaron nada. Estaban demasiado ocupados con sus puños y pies. Al menos hasta que usted llegó. Estuvo magnífica, por cierto. Una verdadera tigresa.

Ella ignoró su elogio, pensando seriamente en el hecho de que había logrado, dos veces en una semana, salvar a Winston del peligro. Por supuesto, esta vez estaba gravemente herido, pero

¿cuáles eran las probabilidades de que sucediera al azar dos veces?

Inaudito.

Él gimió cuando llegaron a su plaza y de repente se aferró al brazo de ella. —Necesito bajar de este carruaje antes de devolver todo.

—No hará tal cosa —le ordenó. Le agarró la mano con fuerza. Su impresionante mansión londinense se alzaba justo delante—. Ya casi estamos en casa, se lo prometo.

McCarrick se detuvo frente a la gran casa de Winston y saltó. Ayudó a Charlotte a bajar a la acera, y Winston casi se desplomó, cayendo prácticamente encima de ella en su inelegante descenso.

McCarrick, en lugar de Charlotte, pasó un brazo por la espalda de Winston y lo condujo hasta la puerta de su propia casa, dando una patada en lugar de llamar.

Charlotte los siguió al interior tan pronto como el mayordomo entreabrió la puerta. Ya había estado antes en la casa de Hurlston, una sola vez. Su despacho estaba a la derecha, y el salón a la izquierda. —A la derecha, señor McCarrick —decidió Charlotte. Él estaría más cómodo en su propia cámara privada. Seguramente habría licor allí también, para aliviar su dolor.

Un mayordomo alterado los siguió hasta el despacho de Winston, balbuceando una exigencia por saber quiénes eran y qué le habían hecho a lord Hurlston.

—Esa no es nuestra historia para contar —informó al sirviente angustiado—. Su señoría le explicará lo que necesite saber más tarde. —Charlotte se quitó los guantes—. Por ahora, necesitaremos vendas largas, agua tibia y paños suaves. Rápido, hombre. Su amo está agonizando mientras usted vacila.

El mayordomo salió corriendo mientras McCarrick ayudaba a Hurlston a sentarse en un sofá de cuero y se apartaba.

Charlotte se inclinó sobre Winston. —Déjame ver tu cara ahora —murmuró.

Winston levantó la mirada lentamente mientras se acomodaba en el asiento con un gemido. Su ojo derecho se había hinchado por completo, y su nariz aún corría el peligro de gotear sangre sobre su corbatín. Ella presionó suavemente su pañuelo contra su nariz, haciendo una mueca cuando Winston siseó de dolor incluso con esa leve presión.

—Lo siento —susurró.

—¿Quiénes son ustedes? ¿Qué están haciendo en las cámaras privadas de mi hijo?

Charlotte se volvió para enfrentar la mirada furiosa de la estimada madre de Winston. Al darse cuenta de que estaba bloqueando la vista de la dama, Charlotte rápidamente se hizo a un lado. —Su hijo ha sido herido, mi lady.

La mujer se apresuró hacia adelante con un gemido aterrorizado. —¡Oh, mi dulce niño! ¿Qué te han hecho?

—Estoy bien, mamá —prometió Hurlston, tratando de evitar las manos de su madre mientras comenzaban a cerrarse sobre su rostro maltratado—. Estoy bien. No hay necesidad de preocuparse.

—Primero esos jinetes, y ahora esto —sollozó—. ¿Quién te hizo esto? Dímelo.

—No lo sé —admitió, tomando las manos de su madre y consolándola—. Pero ya están lejos ahora.

Charlotte retrocedió hacia la puerta donde esperaba el señor McCarrick, para darles privacidad.

—¿Podría tener esa palabra con usted ahora, señorita Waters?

Ella se mordió el labio inferior y asintió. —Sí, estoy a su disposición.

Él se dirigió al pasillo y Charlotte lo siguió, suponiendo que estaba a punto de hablar muy

francamente, sin duda.

Él se dio la vuelta, con los ojos ardiendo. —Usted conoce a ese hombre demasiado bien. No me mienta.

No le debía a McCarrick nada más que gratitud por su ayuda para poner a Winston a salvo. —Por supuesto que lo conozco. Es el conde de Hurlston, una figura popular en la sociedad londinense. Gracias por ayudarlo.

—¿Es tan popular que todos usan su nombre de pila en lugar de su título, o eso es solo usted?

—Fue mi suposición —admitió ella—. Me gusta el nombre.

—Y el hombre también, al parecer.

No podía responder a eso honestamente. —Hice lo que creí correcto, aunque usted no esté de acuerdo conmigo.

—¿Acaso se molestó en pedir mi opinión antes de lanzarse y poner en peligro su preciosa vida?

—No es así como me criaron, señor. No había tiempo que perder. Me he cuidado sola, he tomado mis propias decisiones, desde que tengo memoria. Tenía que hacerlo.

—Bueno, cuando se case conmigo, le aconsejo que empiece a escuchar a su marido. Será mi responsabilidad protegerla de las desagradables realidades de la vida.

Ella estudió a McCarrick. Era un buen hombre y quería tratarla de una manera con la que siempre había soñado que un hombre pudiera hacerlo. Pero ella no estaba hecha para no hacer nada. No cuando alguien que le importaba estaba en peligro. —Gracias por el agradable paseo de hoy, señor McCarrick. Podré encontrar mi camino a casa desde aquí.

—No me iré sin usted. ¡Piense en su reputación!

—Lord Hurlston está comprometido y no representa ningún peligro para mí, y su madre está aquí ahora, así que estoy debidamente acompañada.

—Los hombres que lo atacaron conocen su rostro —le advirtió—. La llevaré a casa y hablaré con sus padres sobre el peligro en el que insensatamente se puso.

Charlotte suspiró. Preferiría que no intentara hablar con sus padres. Cuando lo hiciera, descubriría cuán indiferentes eran sus padres respecto a su bienestar. Seguramente saldría corriendo entonces.

Pero mientras consideraba su imponente demostración de mal genio, se dio cuenta de que quería que hiciera exactamente eso. Que se desanimara por la actitud de sus padres. Después de todo, no podía considerar casarse con McCarrick. No sería feliz con un hombre así.

CAPÍTULO 8



MAMÁ ESTABA FUERA de sí a pesar de las garantías de Winston, y se volvió inmediatamente hacia Charlotte cuando la joven regresó para mirarlo con tan tierna preocupación.

Charlotte, su inesperada salvadora.

Otra vez.

—Mi señora, sospecho que no ha sufrido ningún daño grave —tranquilizó Charlotte.

Por lo poco que podía ver a través de su visión disminuida, Mamá solo se sintió algo aliviada por las palabras de Charlotte.

—Usted estaba allí.

—Solo lo traje a casa —admitió ella, restando importancia a su rescate—. El señor McCarrick y yo pasábamos por casualidad en coche y vimos...

—Ella vio que me había caído —terminó Winston con firmeza. No podía permitir que Charlotte se embarcara en una larga descripción de su altercado de hoy. Eso no le haría ningún bien a los nervios de Madre—. Qué torpe fui. Fue solo un poco de mala suerte que aterrizara de bruces.

Mamá frunció el ceño, claramente sospechando de su explicación. Pero no había forma de que soportara la verdad. Una mentira era un acto de bondad para sus nervios en este momento.

—Sí, se cayó hacia adelante —concordó Charlotte apresuradamente—. Tropezó y cayó. Directo contra el tronco de un árbol —confesó y luego hizo una mueca.

Dios mío, Winston tendría que vivir con esa mentira por el resto de su vida. Podía imaginar fácilmente las burlas que sufriría por ello también.

—Mamá, ¿podrías hacerme un favor? —preguntó rápidamente—. Esperaba reunirme con mi banquero aquí más tarde esta noche. Dado mi accidente, ¿serías tan amable de enviar a un sirviente a Jacobs e Hijos y solicitar un retraso de unos días para nuestra cita? Por favor. Preferiría que no me vieran así.

—Sí, por supuesto —accedió Madre, asintiendo rápidamente, pero permaneció allí, retorciéndose las manos—. Oh, ojalá Elizabeth no estuviera todavía fuera. Sería un gran consuelo para ti.

La sonrisa de Charlotte se volvió tensa y apartó ligeramente a Mamá de él.

—Estaré encantada de quedarme con su hijo hasta que regrese.

—Ambos lo haremos —dijo el acompañante masculino de Charlotte en un tono severo.

—Oh, gracias a los dos —exclamó Mamá—. Sí, yo... volveré enseguida.

Cuando Madre se fue de nuevo, Winston se apresuró a explicar por qué mintió.

—No le hará ningún bien escuchar lo que realmente me sucedió —Winston miró al hombre que estaba justo detrás de Charlotte—. Creo que no nos han presentado, señor.

—Taylor McCarrick. Soy un conocido de la señorita Waters —dijo lentamente—. Y usted es...

—Este es Winston Bell, el Conde de Hurlston —dijo Charlotte rápidamente, presentándolos adecuadamente.

El apretón de manos de McCarrick fue demasiado firme e hizo que Winston se estremeciera de dolor.

—Tenga cuidado con él —exclamó Charlotte, apresurándose a sacar su maltratada mano del agarre de McCarrick. Él aún llevaba guantes, que ella le quitó cuidadosamente. Mientras le daba vuelta a sus manos, Winston se sintió aliviado al ver que no había sangre ni cortes en sus nudillos. Aunque le dolían.

Winston retiró las manos a su regazo y se acomodó más cómodamente en la chaise longue. Pero se arrepintió de haberse movido siquiera un poco. El viaje en carruaje había sido una tortura. Se sentía mucho mejor en la silla suave cerca del suelo. Menos distancia para caer si volvían las náuseas y el mareo lo asaltaba de nuevo. —No puedo agradecerle lo suficiente por su ayuda, señor McCarrick. Casi me atrapan.

—Era lo correcto —respondió Charlotte por McCarrick mientras el ama de llaves y un par de doncellas entraban apresuradamente, con los brazos llenos.

Charlotte se hizo cargo de los sirvientes y comenzó a dar órdenes en voz baja sobre qué debía colocarse dónde alrededor de Winston. Claramente, Charlotte lo había engañado. Podía actuar como una ratoncita tímida en los eventos sociales, pero parecía ser una mujer decidida en todas partes. Hoy estaba agradecido por ello, aunque todavía no podía creer con qué entusiasmo había acudido en su defensa, golpeando a un atacante con solo una sombrilla en la mano.

No podía quitarse la sensación de que ya lo había hecho antes en sus viajes. Además, parecía estar completamente tranquila con su despliegue de violencia. Algo que difícilmente podía reprocharle cuando había sido en su beneficio.

El ama de llaves se acercó con un puñado de tela de muselina manchada de rojo que llevaba el olor de la sangre. —Necesitaremos aplicar bistec en ambos ojos, milord.

—Sí, pensé que diría eso. —Ya no podía ver por el derecho, y lo que podía ver por el izquierdo se estaba volviendo muy estrecho.

Detrás del ama de llaves, Charlotte y su amigo masculino mantenían otra discusión susurrada. Se esforzó por escuchar sus palabras por encima de los siguientes murmullos de su ama de llaves, pero entonces el tipo, McCarrick, salió de la habitación a grandes zancadas, dejando a Charlotte atrás, con la cabeza gacha.

El ama de llaves eligió ese momento para dejar caer bistec frío sobre el rostro levantado de Winston. Él soltó una maldición horrible por la sorpresa, el frío y el nuevo dolor infligido.

Charlotte, y sabía que era ella por el ligero toque en su hombro, susurró desde cerca y el ligero aroma a cítricos que siempre llevaba. —Aquí, déjeme hacerlo.

—Se manchará las manos de sangre —advirtió el ama de llaves.

—Claramente nunca se ha sentado a cenar con los Maasai de África —reflexionó Charlotte—. Carne poco hecha en cada comida. Ni un cuchillo a la vista ni un tenedor. Yo haré esto mientras usted busca ungüento para su labio cortado.

Winston levantó los dedos hacia su rostro, notando por primera vez cómo su labio se hinchaba y le dolía cuando lo tocaba.

Charlotte apartó suavemente sus dedos de la herida sin decir una palabra.

—Como guste —accedió el ama de llaves—. Veré qué está retrasando a mi señora.

—Gracias.

Winston se tensó cuando la carne fría se movió sobre su piel. Pero ahora la presión era más ligera y más soportable. —¿Es más fácil de soportar así, milord?

—El ama de llaves podría haberlo hecho —se quejó.

—Lo sé. Pero quería un momento para hablar con usted a solas y pensé que esta podría ser mi única oportunidad.

Sintió las faldas de ella rozar el interior de sus muslos y se tensó. —¿Qué más hay que discutir?

—Sobre mi sospecha de que alguien está intentando acabar con usted.

Él apartó la mano de ella que sostenía la carne para mirarla sorprendido. Ella estaba inclinada sobre él, frunciendo el ceño con un nivel de preocupación que solo su madre podría igualar. Estaba tan cerca que probablemente podría contar cada una de sus pestañas. Tragó saliva con dificultad, sobrecogido por un deseo inesperado gracias a su proximidad y al roce inocente de sus piernas contra las suyas. —Solo estoy teniendo una racha de mala suerte.

Charlotte volvió a colocar la carne en el lado derecho de su rostro, dejando su ojo izquierdo descubierto por el momento. —Podría haber muerto hoy.

—Pero no fue así —su pulso se aceleró mientras levantaba una mano para rozar el muslo de ella. Por un momento, imaginó a Charlotte desnuda sobre él, a punto de hacer el amor. Sacudió la cabeza para disipar un encuentro que nunca podría ser. Dejó caer su mano sobre su regazo—. Usted me salvó, ¿recuerda?

—De nuevo. Winston, no puedo quitarme la sensación de que alguien busca hacerle daño.

Notó otra vez el uso repetido de su nombre de pila por parte de ella, pero no la reprendería por el desliz en el decoro. Hoy había sido agredido, y Charlotte había estado profundamente involucrada. Podría estar lo suficientemente alterada como para haber olvidado por completo la propiedad. —Querían mis objetos de valor.

—Si quisieran sus objetos de valor, lo habrían inmovilizado mientras el tercer hombre registraba sus bolsillos. No lo habrían pateado una y otra y otra vez.

Hizo una mueca al saber que ella había visto eso. Charlotte podría tener razón sobre la brutalidad excesiva del ataque para un simple robo, pero difícilmente podía estar de acuerdo en que la agresión hubiera sido planeada de alguna manera. Había estado solo en el parque por un capricho. —Fue un robo frustrado y a esos tipos les gusta golpear primero a sus víctimas. De todos modos, ¿qué experiencia tiene usted en comprender la mente de un criminal?

—Más de la que quisiera —advirtió, mordiéndose el labio.

Eso no sonaba agradable. —¿Qué sucedió?

—Una desagradable experiencia. Una de tantas —negó con la cabeza como para alejar el recuerdo—. Soy una viajera experimentada, milord. Aprendí a protegerme en mis viajes desde muy joven. A pelear, si es necesario. A entregar objetos de valor si hace falta. A correr si me superan en número villanos o matones. Usted debería haber corrido al primer signo de problema, y realmente no debería andar solo más, milord. No es seguro.

Tomó una profunda respiración, lo lamentó al instante cuando sus costillas protestaron, y se forzó a sonreír. Era amable de su parte preocuparse tanto por él, pero solo había sido mala suerte que lo hubieran elegido hoy. Raramente iba a algún lugar sin un carruaje y sirvientes acompañándolo. Solo había salido hoy solo para demostrar que su hermano se equivocaba al decir que era demasiado predecible. —Aprecio su preocupación, pero estoy seguro de que se equivoca sobre la naturaleza del altercado de hoy.

—Ataque —volvió a morderse el labio mientras giraba la carne cruda para que el lado más frío enfriara ahora su piel—. ¿Y si no me equivoco y alguien realmente quiere hacerle daño?

—Entonces supongo que se demostrará que tiene razón.

Ella lo miró con el ceño fruncido. —Preferiría saber que vives en perfecta salud. Prométeme que tomarás en serio el asunto de tu seguridad.

—Señorita Waters —la reprendió él—. Agradezco su ayuda hoy, pero hay un límite para el alboroto que puedo soportar. —Le quitó la carne de la mano y se puso de pie, ignorando cómo protestaban diferentes partes de su anatomía ante el estiramiento. Era hora de poner fin a las especulaciones de la señorita Waters antes de que su madre regresara y tomara en serio cualquier cosa que Charlotte pudiera decir. Bajó la mirada hacia su rostro levantado y una punzada de anhelo lo atravesó. Tenía los ojos más amables y perdió la noción del tiempo mientras los miraba fijamente. Podría ahogarse en ellos, y en ella, si no tuviera cuidado. Si hubiera sido cualquier otro día, incluso podría haberla besado. Pero no podía. Era casi un hombre casado—. Gracias por su ayuda y su preocupación, pero ahora puedo cuidarme solo.

Ella dio un paso atrás, pero luego hizo algo extraordinario. Algo que ninguna otra dama de su conocimiento se había atrevido a hacer. Le agitó el dedo. —¡Más te vale estar en perfecta salud cuando te vuelva a ver o si no...!

Se dio la vuelta para lavarse las manos y habló en voz baja con el ama de llaves que regresaba. Cuando salió de la habitación, con la sombrilla apretada en su pequeña mano y la barbilla en alto, él habría sonreído de no ser porque le dolería demasiado.

Dejó escapar un suspiro frustrado. ¿Cómo podía una mujer tan excepcionalmente compleja haber permanecido inadvertida entre las flores de pared? ¿Por qué él tampoco le había prestado más atención? Podría haber...

Winston gimió. *Mujeres*. Nunca las entendería mientras viviera.

Se acercó a la ventana. Charlotte estaba siendo ayudada a subir al faetón del señor McCarrick afuera, y tenía que decir que ninguno de los dos parecía complacido de estar juntos ahora.

Solo entonces se dio cuenta de que probablemente había interrumpido su salida. Y si McCarrick realmente había estado cortejando a Charlotte, habían intercambiado duras palabras sobre él. El tipo debió haberse sorprendido por la ferocidad de las acciones de Charlotte hoy.

Winston hizo una mueca. Claramente, Charlotte no había necesitado su ayuda para conocer solteros. Si se hubiera mantenido al margen, ella aún podría estar en la gracia de McCarrick. Temía que ese ya no fuera el caso y era enteramente su culpa.

El ama de llaves apareció a su lado entonces y lo condujo de vuelta a una silla, obligándolo a sentarse. —Perdóneme, mi lord, pero debo insistir en que descanse. —El ama de llaves le tomó la mano y examinó sus nudillos—. La joven dama tenía razón, ¿verdad? Ha recibido una buena paliza hoy y no quiere admitir que está sufriendo mucho dolor. ¿Debo llamar a su médico?

—No. Solo necesito descansar.

—La joven temía que se hubiera dañado las costillas, mi lord. ¿Le cuesta respirar?

—Al principio sí —admitió tímidamente—. Pero ahora que estoy sentado de nuevo, me resulta más fácil.

—Me pidió que lo vigilara de cerca durante los próximos días. —El ama de llaves sonrió—. Supongo que no le agradará, pero debe descansar si quiere sanar adecuadamente. Asignaré a un lacayo para que ayude a su ayuda de cámara y para que le traiga todo lo que necesite, incluida toda la bebida que requiera para aliviar el dolor.

El ama de llaves nunca solía ser tan mandona. Asintió a regañadientes porque *estaba* un poco maltrecho. Charlotte había leído muy bien la situación y sus sentimientos. —Prometo descansar.

—Gracias, milord —suspiró el ama de llaves—. ¿Quiere que mande llamar a la señorita Mayflower?

—No —dijo rápidamente. Prefería que Elizabeth no se asustara y volviera corriendo a casa para preocuparse por su estado.

Llegó un lacayo con un vaso alto y lo llenó de licor. Winston se bebió el ofrecimiento de un trago y luego se recostó en una silla con la carne cruda sobre ambos ojos mientras el alcohol actuaba para amortiguar el dolor.

—Perdone si me extralimito, milord, pero pensé que debería saber... su madre está llorando en las escaleras justo fuera de la habitación.

Temía que alguien le dijera eso sobre ella. Descubrió un ojo y se encontró con la mirada preocupada del lacayo. —¿Podrías susurrarle que me he quedado dormido y sugerir que no se me moleste durante unas horas?

El lacayo asintió rápidamente, amablemente le rellenó el vaso, dejó una licorera al lado y se disculpó en voz baja para entregar su mensaje.

Su madre sollozó fuertemente una vez y luego pareció que la acompañaron escaleras arriba. Volvería cuando se hubiera recompuesto. Nunca se le había dado muy bien cuando él se lesionaba en el pasado. Como aquella vez que se quemó todo el pelo de un brazo intentando recuperar un sombrero nuevo que Peter había arrojado a las llamas. Aquella vez sufrió un mes de mimos y Peter estuvo encerrado en su habitación durante todo un mes, aunque Winston había prometido que había sido un accidente.

Winston permaneció allí sentado solo durante lo que debió ser media hora, sin que nadie le molestara mientras revivía el asalto en el parque, frotándose el pulgar sobre el pesado anillo de sello en su mano izquierda mientras recordaba cada golpe que había dado y recibido.

Era extraño que sus agresores no se hubieran llevado nada de su dinero o sus objetos de valor. Llevaba encima un buen número de billetes y monedas también. Se palpó el pecho donde descansaba el grueso fajo y jugueteó con la pesada cadena de su reloj de bolsillo. ¿Por qué no le habían robado nada de valor si eran ladrones despiadados?

Para hacer esa pregunta, tendría que encontrar a esos hombres de nuevo, y no tenía ganas de hacerlo todavía.

Charlotte podría tener razón en que algo estaba roto, después de todo.

Mujer inteligente.

Feroz.

Obstinada... y terriblemente *atractiva*.

Suspiró con disgusto hacia sí mismo. Incluso golpeado y magullado, no podía explicar por qué solo Charlotte Waters despertaba la lujuria en él. Y su mano en su muslo... Dios mío, eso se había sentido tan bien y mejor que no volviera a suceder.

—¿No es un poco temprano para estar durmiendo la mona, hermano? —gritó Peter con fuerza—. Realmente te estás volviendo igual que padre al necesitar una siesta tan temprano por la tarde.

Winston casi saltó de su asiento, sobresaltado por la interrupción de sus pensamientos tan cerca. Debía haberse quedado dormido pensando en la suave mano de Charlotte acariciando su muslo.

—Cállese ya, Lord Peter. ¿No ve que su hermano se merece todo el trago que pueda tomar hoy? —siseó el ama de llaves—. Ha habido tanto alboroto que no se lo puede imaginar.

Winston se quitó la carne de la cara y se giró para encontrar a su hermano bloqueado por el ama de llaves en la puerta. —Déjale pasar —pidió Winston al encontrarse con la mirada

sorprendida de su hermano—. No hay motivo de alarma. Sobreviviré.

Peter se apresuró alrededor de la silla para examinar su rostro. —¿Qué demonios te ha pasado? ¿Te duele?

—Me duele un poco —admitió, evitando responder sobre el origen de sus heridas actuales. También comprobó que su madre no se hubiera colado en la habitación mientras dormía—. Por lo que debe saber Madre, me caí.

—¿Cuántas veces? ¿Treinta? —Peter se sentó enfrente, observando su cara—. Dime que los apresaron.

—No. Se escaparon. —Winston frunció el ceño—. ¿Por qué crees que había más de uno?

—Bueno, puedo imaginar fácilmente que eres más que rival para un solo agresor, hermano. Todas esas horas en el gimnasio de Gentleman Jackson deberían haber servido contra uno.

Difícilmente podía atribuirse el mérito de su defensa hoy. Se había creído perdido hasta que Charlotte se lanzó temerariamente a la refriega. Ni siquiera el señor McCarrick se había remangado para intentar salvarlo. El hombre se había quedado atrás sujetando su caballo y carruaje, como debería haber hecho Charlotte. —Sí, bueno. Me las arreglé —murmuró, decidiendo que era mejor para la reputación de Charlotte omitir su participación en todo aquello.

—Bueno, dondequiera que estén, espero que tengan tan mal aspecto como tú. No es una vista agradable, tu cara.

Winston no era particularmente vanidoso sobre su apariencia, pero si Peter describía su rostro de manera tan negativa, se estremeció al pensar lo que Charlotte habría pensado cuando se inclinó sobre él y atendió sus heridas. Con tanta ternura. Como si realmente se preocupara por él.

Le debía a Charlotte el haberle salvado la vida por segunda vez. Por poner en riesgo su seguridad y reputación por él una vez más. Eso se estaba convirtiendo en un hábito suyo. ¿Cómo podría pagarle esta vez? Unas palabras de elogio, cuando se sintiera mejor, apenas parecían suficientes después de todo lo que había hecho por él hoy.

Intentaría pensar en algo adecuado mientras descansaba. Quizás le enviaría un regalo. Algo no demasiado caro que pudiera atraer atención indeseada. Algo pequeño y personal. Como la sombrilla que siempre llevaba. Sí, eso es lo que podría hacer. Comprar una sombrilla de repuesto en caso de que la suya se hubiera dañado hoy durante la pelea. Realmente había golpeado bien a esos hombres con la actual.

De hecho, había quedado bastante impresionado por eso.

Que el cielo ayude al rufián que intentara robar su virtud. Miró a su hermano. —¿Qué haces en casa a esta hora?

Los labios de Peter se apretaron. —Íbamos a cenar.

—Ah, sí, bueno. Me olvidé de eso, y dadas las circunstancias, no estoy en condiciones de una cena apropiada esta noche.

—Entonces me iré.

—Podrías quedarte.

Peter miró hacia la puerta con una expresión agria en el rostro. —No, solo estaré estorbando.

—Dime, Hurlston, ¿has visto a Mayflower por aquí? —preguntó Hunt, entrando en la habitación mientras miraba la botella de vino que llevaba en las manos—. Estoy seguro de que apreciará probar esta cosecha.

—Aún no ha regresado —le informó Winston a Hunt, preguntándose cuándo levantaría la mirada.

Cuando lo hizo, Hunt se quedó paralizado y se quedó mirando el rostro de Winston. Luego se acercó. —Que me lleve el diablo.

—En efecto.

Hunt retrocedió. —¿Me atrevo a preguntar qué ha pasado?

—Se cayó —le dijo Peter a Hunt en un tono frío y mortal.

Hunt negó con la cabeza. —Siempre fue un patoso de niño. Pensé que lo había superado. Ten más cuidado, viejo amigo. Eres el cabeza de familia.

Peter frunció el ceño ante ese comentario.

Winston hizo una mueca y luego miró a Hunt entornando su único ojo bueno. —Creía que habías salido con los Mayflower.

—Así fue por un rato, pero vi algo que quería y los dejé a su aire. ¿Quieres un poco de esto?

—No.

—Yo me la quedaré —exigió Peter, arrebatándole la botella a Hunt para examinar la etiqueta—. Esta es de la colección privada de padre.

Una expresión de horror cruzó el rostro de Hunt. —¿Lo era? No tenía ni idea. Lo siento muchísimo. Solo pensé que a Mayflower le gustaría compartir una copa si ya hubiera regresado.

Peter olió cuidadosamente la botella abierta. —Me parece que está bien, pero para estar seguros, se la llevaré al mayordomo. Es su deber abrir todas las botellas de la colección de padre para asegurarse de que sean seguras para consumir.

—Por supuesto. No queríamos que nadie se enfermara por la colección personal de vinos de Hurlston —murmuró Hunt, llenándose un vaso de licor mientras Peter salía de la habitación a grandes zancadas—. Está de un humor excelente. ¿Qué le pasa hoy?

—No tengo ni idea —murmuró Winston.

—¿No seguirá enfadado porque te negaste a comprarle ese faetón, verdad? —preguntó Hunt en voz baja—. ¿O es por lo otro? ¿Tu ascenso al título de tu padre sigue molestándole? Ha estado de morros por eso desde que murió tu padre.

—Él no se pone de morros —aseguró Winston a su amigo.

—Lo hace, y tú también lo sabes —advirtió Hunt—. Además, se ha vuelto tan amargado en los últimos dos años que apenas sé qué pensar.

Winston se enderezó. ¿Peter estaba amargado? Ciertamente ya no era el hermano que una vez fue. —Estoy seguro de que pronto entrará en razón.

Más le valía.

CAPÍTULO 9



—¿CÓMO te fue con el señor McCarrick el otro día? —preguntó Aurora—. No has dicho una palabra sobre él desde que llegamos.

Bueno, ¿quién podría culparme?

El señor McCarrick le había dado una lección sobre el decoro ayer durante el trayecto de regreso desde la casa de Lord Hurlston. No creía que ella debiera haberse involucrado en los problemas de Winston, ni defendiéndolo vigorosamente ni preocupándose por sus heridas después. Su amenaza de hablar con sus padres había sido en vano. Cuando llegaron a su casa, ya estaba harto de ella y se marchó sin mirar atrás.

La falta de compasión del señor McCarrick hacia otro ser humano era exactamente la razón por la que esperaba no volver a verlo nunca. Había tomado la precaución de decirles a los sirvientes que no estaría en casa para él si alguna vez se atrevía a volver.

La compasión no se podía enseñar. Se sentía. Hasta los huesos.

Echó un vistazo a Hyde Park ahora, observando la escena familiar pero sin sentir nada que temer hoy. —¿Quién queda por considerar?

Aurora se puso frente a ella. —McCarrick venía muy recomendado y tenía buenas perspectivas de ascenso en su profesión. Ese era uno de tus requisitos. Dime qué pasó con él.

Charlotte no sentía que pudiera mencionar lo que realmente había sucedido aquel día desastroso. Especialmente en lo que concernía a los problemas de Lord Hurlston. No hasta que supiera que el conde estaba hablando de ello primero. No lo había visto en días. Su papel en su rescate sería mal visto por muchos, particularmente por posibles pretendientes similares al señor McCarrick.

Pensó en su breve salida con McCarrick, tratando de encontrar una excusa razonable para descartarlo que Aurora aceptara sin cuestionamientos. —A McCarrick le desagradaba Hyde Park. De hecho, me llevó alrededor del perímetro, sin intención de entrar para el paseo, y reveló un desdén por la alta sociedad que resultaba bastante ofensivo de escuchar.

—El *ton* es un gusto adquirido —le recordó Aurora—. Y no es fácil sentirse cómodo entre los miembros verdaderamente acaudalados de la aristocracia.

—Nunca he aspirado a ser la mujer más popular de ninguna sala, pero he reclamado mi pequeño rincón y no lo cederé fácilmente.

—Entonces quizás deberías apuntar más alto para un esposo otra vez —sugirió Aurora—. Me gustaría verte convertida en popular a través de un buen matrimonio. Las mujeres de la sociedad se beneficiarían de seguir tu ejemplo más amable de cómo comportarse.

No si la hubieran visto defender a Lord Hurlston en Green Park a principios de semana. A las mujeres de la sociedad se les enseñaba a no esforzarse demasiado vigorosamente. Quizás ella podría ser útil a la sociedad cambiando las expectativas. Sonrió a Aurora, imaginando una sala llena de mujeres aprendiendo a defenderse con sus sombrillas. —¿Por qué no cambiar el mundo? Ambas podríamos esforzarnos por marcar la diferencia.

Aurora rio con ganas entonces. —¡Cielos, no con mi ejemplo! No tengo suerte en el amor, y no le desearía esa pobre perspectiva a nadie, ni siquiera a mis peores enemigos.

—No tengo suerte en el amor tampoco. Y quizás tengas razón en que debería apuntar un poco más alto para asegurarme de que nunca me priven de la oportunidad de ver a mis amigos por causa de con quién me case.

Un par de caballos pasaron tronando por el paseo, y Charlotte envidió la facilidad con la que la dama cabalgaba al trote. Charlotte era competente sobre el lomo de un camello, pero no de un caballo, desafortunadamente. Los caballos se sentían insubstanciales y peligrosos en comparación.

—Ah, ahí está la señorita Elizabeth Mayflower saliendo temprano otra vez.

Charlotte se dio la vuelta rápidamente con la esperanza de ver a Lord Hurlston finalmente emergido de su casa, donde suponía que había estado descansando los últimos días. Parecía un poco pronto para que estuviera fuera y paseando por Hyde Park de nuevo, y tremendamente imprudente dados sus temores por su seguridad. ¿Y si lo atacaban aquí otra vez? —¿Dónde?

—A caballo, querida —dijo Aurora, y la giró para que viera el par de caballos galopando a toda velocidad por Rotten Row.

Charlotte se cubrió los ojos y entrecerró la mirada hacia un par de espaldas que se alejaban. Una dama y un hombre, cabalgando rápido. Entrecerró los ojos hacia el hombre, en particular. —¿No es Lord Hurlston quien va con ella, verdad?

—No, ciertamente no lo era —murmuró Aurora—. Tengo la sensación de que la dama prefiere salir sin él la mayoría de las veces.

—¿Por qué dices eso?

—Observación personal. Lord Hurlston ha declinado unirse a sus amigos durante varios días seguidos, pero su futura novia se la ve por todas partes. Apenas he visto a Hurlston y a su novia juntos desde que se anunció la fecha de la boda.

Eso era un alivio escucharlo, dadas sus heridas. Se alegraba de que estuviera siendo sensato manteniéndose alejado de los caballos. Pero deseaba desesperadamente saber cómo progresaba su recuperación. Esperó un momento para ver si Aurora mencionaba haber oído que Hurlston había sido atacado por matones y cuando no lo hizo, la curiosidad pudo más que su lengua. —¿Te parece extraño? Me refiero a que Hurlston no se deje ver por la ciudad.

Aurora se encogió de hombros. —Que Hurlston esté a punto de casarse me parece extraño. Seguía esperando oír que el compromiso se había cancelado hasta que se leyeron las amonestaciones.

Charlotte asintió. Ella también había esperado eso, pero no había oído ningún rumor de que Winston albergara dudas sobre su inminente matrimonio. Y como no había rumores sobre que hubiera sido atacado en Green Park, tenía que suponer que sus heridas habían sido menos graves de lo que le habían parecido al principio. Pero, ¿por qué Elizabeth no estaba con él? —Siempre pensé que Hurlston sería un buen marido.

—Sí, pero ¿en un matrimonio arreglado? Es un asunto tan draconiano, y ya es obvio que no va a ser un matrimonio por amor.

—¿Por qué dices eso?

—Esta es la tercera mañana en otros tantos días que he visto a la señorita Mayflower salir con ese caballero en particular.

Charlotte no había podido ver bien al hombre, solo su espalda mientras se alejaba cabalgando. —Tal vez sea un mozo de cuadra cabalgando con ella.

—¿En un caballo tan fino? No lo creo. Es un caballero nacido para la silla de montar —advirtió Aurora—. Quizás sea su amante.

Charlotte jadeó sorprendida. —No digas eso.

—¿Por qué no? La mitad de los matrimonios de la *alta sociedad* terminan así de todos modos. Un amorío por aquí, una familia secreta por allá. Si no hay amor en el matrimonio desde el principio, marido y mujer inevitablemente viven vidas separadas poco después de dar el sí. Entre la aristocracia, es algo perdonable que un esposo tenga una amante querida.

Charlotte parpadeó.

—No puedo imaginarlo haciéndole eso a su esposa.

—Siempre piensas lo mejor de todos, pero sin duda Hurlston es como cualquier otro hombre. Un pícaro en el fondo. Si llegara a enamorarse perdidamente de una dama que no fuera su esposa, creo que movería cielo y tierra para mantenerla como amante.

El estómago de Charlotte se anudó. Hacía tiempo que había aceptado perder a Winston ante una esposa, pero la idea de que pudiera tomar una amante poco después del matrimonio, y amar a esa mujer en su lugar, le rompería el corazón.

—Espero que pueda amar a su esposa, si no ahora, más adelante. Compadecería a la amante, mantenida a un lado como un sucio secretito.

—He descubierto que a la mayoría de las esposas no les importa un comino los escandalosos amoríos de sus maridos. Los exhiben abiertamente en los eventos sociales.

—Sí —reconoció Charlotte—. Lo he notado las pocas veces que he asistido a la ópera.

Charlotte exhaló un suspiro. *Amor*. Un ideal elusivo. Pero cuadró los hombros. Tenía preocupaciones más apremiantes que la falta de afecto en su propia vida.

—Ahora, volvamos al asunto de asegurarme de quedarme en Inglaterra. Cuéntame todo lo que sepas sobre Lord Sullivan.

—¿Lord Sullivan? —Aurora pareció sorprendida—. Pero pensé que no te interesaba.

—Bueno, si quiero casarme con un hombre con dinero de sobra y aprecio por la alta sociedad, sería una buena elección como marido. Como has dicho antes, aún ama a su difunta esposa, y aunque quizás nunca me ame a mí, imagino que sería un esposo considerado y no me avergonzaría tomando una amante. Es bastante apuesto.

—Aburrido como una ostra —advirtió Aurora.

—Huele bien.

Aurora contuvo el aliento.

—¿Sueles ir por ahí oliendo a los caballeros?

—Por supuesto, y tú también lo haces —bromeó—. He visto cómo inhalas profundamente cada vez que se acerca a ti.

Aurora se quedó boquiabierta.

—No hago eso.

Charlotte entrelazó su brazo con el de Aurora.

—Creo que te gusta más de lo que quieres admitir.

—Definitivamente no me gusta de esa manera —protestó Aurora—. Inhalo porque estoy planeando mi escape de su tediosa conversación.

—Y aun así te busca en cada baile para bailar, y tú bailas con él. —Charlotte rio suavemente

—. Está bien. Nunca le diría a nadie si te gustara. Hay hombres peores a los que admirar. —Asintió hacia una pareja casada que pasaba junto a ellas—. ¿Lord Loftus?

—Demasiado viejo para ti. —Aurora se acercó—. No te permitiré perder tu inocencia con un viejo arrugado que apesta a ginebra.

—¿Lord Holloway, entonces?

—Se espera que anuncie su compromiso con una heredera cualquier día —le recordó Aurora—. Ya lo sabías.

—No puedo competir con una heredera de su gran fortuna —concedió Charlotte.

—No deberías tener que hacerlo.

Inhaló y se dio la vuelta, mirando a lo largo del parque. A lo lejos, apenas podía ver las primeras de las mejores casas aristocráticas. Algunas de las familias más antiguas de Inglaterra vivían cerca del parque, y ese pensamiento le dio un nuevo soltero a considerar.

—Lord Preston Bain.

—No —dijo Aurora con voz decididamente firme.

—Lo invitan a todas partes. Tiene una casa en la ciudad con vista al parque no muy lejos de aquí. ¿Cómo no se me había ocurrido antes?

—¿Porque es un borracho empedernido?

Charlotte se encogió de hombros.

—Quizás un poco tosco.

—Bebe hasta perder el conocimiento en casi todos los bailes.

—Sí, admito que la última vez que lo vi también estaba bebiendo de una petaca —dijo lentamente—. Pero la embriaguez es su único vicio hasta donde he oído. No tiene una amante a largo plazo —añadió—. Y tampoco está comprometido.

—No te sirve de nada. Cuando un hombre bebe tanto, es probable que no pueda estar a la altura de la ocasión para ser un esposo cumplidor en la cama.

Charlotte suspiró. Quizás tendría que renunciar a los placeres nocturnos en su lecho matrimonial, pero esperaba que no. ¿De qué otra manera podría tener una verdadera familia propia si no tenía relaciones íntimas? Sin embargo, a pesar de los desafíos, no se desanimó en considerar a Lord Preston Bain.

Un marido con un desafortunado hábito de beber no era del todo repulsivo. Nunca había oído hablar de violencia en él, pero sí era más frecuente verlo al final de las veladas siendo llevado a su carruaje por un par de sirvientes mientras dormía, ajeno a su traslado. —La falta de interés en las mujeres y amantes es en realidad un punto a su favor. Tendría menos competencia para llamar su atención. No podría ser más perfecto para mis necesidades en este momento. Además, tiende a quedarse en Londres todo el año.

—Se dice que es sumamente rico —concedió Aurora—. No es que se requiera un exceso de fondos para tus necesidades.

Charlotte se mordió el labio por un momento, pero ya había decidido embarcarse en una renovación de su relación. —Quizás se abstenga de beber lo suficiente para engendrar un heredero.

Aurora se quedó boquiabierta. —No puedes hablar en serio.

Charlotte se encogió de hombros, luchando contra un rubor. —¿Qué otras opciones tengo?

Aurora suspiró. —Ninguna.

—Al menos si lo dejas con sus propias indulgencias, probablemente me dejará con las mías.

Aurora la miró con algo parecido al asombro escrito en todo su rostro. —¿Estás planeando tomar un amante al casarte, Charlotte?

Ella se rio ante la mera idea. Los hombres no la consideraban de esa manera. —Por Dios, no. Solo quise decir que podría mantener su casa como me gustara, esperar criar a nuestros hijos con poca interferencia de su parte y ver a mis amigos tan a menudo como quisiera.

—Realmente vas en serio.

—Lo estoy. Nunca me casaré por amor, así que bien puedo obtener lo que quiero de la unión. Será como un gran perro peludo después de una buena comida.

—Mientras tú no seas la comida —advirtió Aurora—. ¿Le dirás de qué se trata? ¿Por qué quieres casarte con él?

—Sí, tengo la intención de ser completamente honesta sobre mi situación y espero que le guste lo que oiga. Vamos. Quiero verlo hoy.

Se dio la vuelta, dirigiéndose hacia la entrada del parque, casi arrastrando a Aurora en su prisa. Habían caminado mucho hoy, dejando el carruaje y los sirvientes en la entrada sur del parque. Podría ser tan sencillo como cruzar la calle, subir los escalones de la casa del hombre y llamar a su puerta.

Se detuvieron justo fuera del parque, y Charlotte miró hacia arriba. Siempre había admirado la ubicación de su casa en la ciudad, lo que era otra ventaja de casarse con él. Pero ¿se atrevería a cruzar la calle para poner un pie en su puerta y conocerlo?

En ese momento, un gran carruaje se alejó de Hyde Park.

—Ahí está —Charlotte se apresuró a seguir el carruaje, con los ojos fijos en las ventanas oscurecidas con la esperanza de captar la mirada de Lord Bain si miraba hacia afuera. El carruaje avanzaba lentamente por la calle, dejando caballeros a su paso.

—Diría que Bain ha tenido una larga noche de bebida con sus amigos. Ven, Charlotte —instó Aurora, tirando de su brazo para llevarla de vuelta a Hyde Park—. Podría ser mejor acercarse a él cuando tenga la cabeza más despejada. El comienzo de un baile debería ser lo suficientemente temprano para que no esté ebrio cuando hables con él.

Charlotte no se iba a dejar disuadir. —Nunca lo he visto realmente durante el día. ¿Quizás esté sobrio ahora?

—Es poco probable.

Cuando el carruaje se detuvo por completo frente a una casa de aspecto imponente, los mozos de cuadra bajaron a la calle y se adelantaron para atender a los caballos.

La parte trasera del carruaje quedó desatendida. Esta era su oportunidad de aprender más sobre él sin que lo supiera. Respiró hondo. —Es ahora o nunca.

Charlotte se apresuró hacia la parte trasera del carruaje y se escondió allí, escuchando a quienquiera que estuviera hablando dentro.

—Te conseguiré el dinero —dijo Winston de repente.

Charlotte parpadeó completamente sorprendida al oír la voz de Winston desde dentro. Nunca había sabido que ambos se relacionaran.

—Todo, y nada de correr a tu hermano para pagar tu deuda.

¿Hermano?

Charlotte respiró con alivio inmediato. No era Winston quien hablaba en el carruaje, sino probablemente su hermano menor, Lord Peter Bell. No tenía idea de que sonaran tan similares, pero entonces no había estado cerca de Lord Peter en mucho tiempo. Normalmente evitaba los eventos de la alta sociedad a los que asistía su hermano. Se preguntó si serían muy parecidos en otros aspectos también.

—Puedo pagar mis propias cuentas —afirmó Peter.

Charlotte se arriesgó a echar un vistazo alrededor del carruaje y luego miró hacia atrás a

Aurora. Su amiga se había detenido a corta distancia, fingiendo quitarse una piedra del zapato.

Mientras Charlotte escuchaba la conversación que se desarrollaba dentro del carruaje, descubrió que Lord Peter le debía dinero a Lord Bain, y pronto se dio cuenta de que cuanto más escuchaba, menos creía que Lord Peter fuera capaz de hacer un reembolso completo a tiempo.

—A menos que quieras que nuestros asuntos se hagan públicos, volverás aquí en tres días con mi dinero —exigió Lord Bain. Charlotte notó que no había rastro de arrastre en su voz de borracho—. Todo. Ahora lárgate. Ya he visto demasiado de ti sin obtener ninguna satisfacción.

—Te conseguiré el dinero —prometió Peter de nuevo y luego salió disparado del carruaje, corriendo calle abajo, pasando junto a Aurora como si el diablo le pisara los talones.

La partida de Lord Peter fue seguida por una carcajada masculina desde el carruaje. —¿Viste su cara? —Bain se rio de nuevo—. Cachorro llorón. Si cree que el título de su hermano lo protegerá, no hay mayor idiota en Londres.

—Sí, mi lord. Estoy seguro de que está aterrorizado de desagradarle de nuevo.

—Dios, me encanta lo crédulos que pueden ser los hombres y mujeres jóvenes —continuó Lord Bain.

—Es el juego que usted juega con la sociedad, mi lord.

—Encuentro mis diversiones donde puedo. Ahora date prisa y búscame una potranca para calentar mi regazo. Quizás una morena, o tres. Tengo el baile más tedioso al que asistir esta noche, y necesitaré prepararme para eso también.

Charlotte se alejó apresuradamente del carruaje sin mirar atrás. Agarró el brazo de Aurora y la apartó de Lord Bain.

Aurora no se quejó. —¿Qué escuchaste que te ha puesto tan pálida?

—No es un simple borracho —advirtió—. Es otro demonio, como todos los demás canallas.

Charlotte correría la voz entre sus amigas entre las flores de pared para asegurarse de que nunca más pensarán que Lord Bain era un simple borracho.

CAPÍTULO 10



WINSTON SE ABRAZÓ las costillas mientras se enderezaba para guardar su pluma. Había pasado su primera media jornada en el escritorio después de tres días de holgazanería, que era todo lo que se había sentido capaz de hacer cuando bajó tambaleándose las escaleras en busca del desayuno esa mañana.

La hinchazón de sus ojos había desaparecido casi por completo, pero el dolor extraño que sentía en su cuerpo persistía. Sus costillas no estaban rotas, pero las habían vendado firmemente aquella primera noche, y cada día desde entonces. Aún dudaba en enfrentarse a su caballo o a cualquier esfuerzo serio.

Afortunadamente, Elizabeth no había hecho demasiadas preguntas sobre sus lesiones. Había estado bien ocupada aprendiendo sobre el funcionamiento de la casa de Londres y haciendo compañía a su padre y a la madre de Winston mientras él se recuperaba.

—Ah, aquí estás —dijo Lucien Hunt mientras entraba en el despacho de Winston sin llamar—. Te he estado buscando por todas partes.

—Pues aquí me tienes —Winston se recostó—. ¿En qué puedo ayudarte?

—Diciéndome adiós —pidió.

Winston se puso de pie y rodeó el escritorio. —¿Te vas?

Hunt sonrió. —Tengo otros asuntos que atender además de ver cómo tu cara vuelve a la normalidad.

Acomplejado, Winston se llevó la mano a la mejilla donde persistían los últimos moretones. —Estoy casi curado.

—Excelente. Sin duda pronto estarás por ahí de nuevo y disfrutando a tope.

—Eso espero.

—Bien. Ahora realmente debo irme. Tengo un largo viaje por delante y la diligencia no espera a nadie.

—Eso es cierto. Pero... ¿y si te llevaras mi calesa de viaje? Será un viaje de vuelta más rápido y muchísimo menos abarrotado en mi carruaje.

—¿Harías eso por mí? ¿Prestarme tu propio carruaje?

—Por supuesto. Siempre estoy más que feliz de ayudar a un amigo en necesidad.

Hunt inclinó la cabeza. —Eso es muy generoso de tu parte. Creo que aceptaré.

—Bien —Winston se dirigió a la puerta para buscar a su mayordomo y hacer los arreglos. Volvió con Hunt al estudio casi diez minutos después y lo encontró sentado frente a su escritorio—. Siento haberte hecho esperar. El carruaje debería estar listo en un momento. Confío en que

ya te hayas despedido de mi madre y de los Mayflower.

—Naturalmente.

Winston señaló el aparador. —¿Te apetece una copa mientras esperamos?

—Mejor no. Es un largo viaje el que debo hacer —Hunt extendió su mano—. Si no te importa, me despediré de ti ahora y saldré por los establos. Pero nos veremos pronto.

—Cuídate, Hunt. Te acompañaré a la salida.

—No hace falta. Sé a dónde ir —sugirió Hunt, pero Winston no lo permitió. Acompañó a su amigo hasta la puerta trasera.

Hunt cruzó el patio empedrado hacia los establos, con el sombrero bajo un brazo y un pequeño maletín bajo el otro. Era extraño ver a Hunt irse sin oírle hacer una última broma. Hunt había estado un poco apagado los últimos días que habían pasado juntos. Winston solo podía esperar que esa seriedad continuara a su regreso a la ciudad para la boda.

Winston volvió sobre sus pasos y regresó a su estudio, pero encontró a su hermano hurgando entre los papeles que había dejado esparcidos sobre su escritorio.

—¿Qué estás haciendo, Peter?

Su hermano se giró de un salto, sobresaltado por la pregunta de Winston. Se llevó la mano al pecho y frunció el ceño.

—¿Qué haces tú aquí abajo, asustándome de muerte? —se quejó Peter—. Pensé que aún estarías en la cama.

—No. Ya he tenido suficientes mimos —prometió—. Llevo horas aquí.

Peter miró hacia la puerta.

—¿Anda mamá por ahí? ¿Y Elizabeth?

—¿Es por eso que te escabulles en mis aposentos privados? ¿Las estás evitando? Elizabeth ha salido con su padre y mamá anda por algún lugar de la casa.

—No me digas que Elizabeth está de compras a tu cuenta otra vez. Te dejará en bancarrota si no tienes cuidado —se quejó Peter—. Lleva haciéndolo todos los días desde que se publicaron las amonestaciones. Y ni siquiera es tu esposa todavía.

Winston se encogió de hombros.

—Puedo permitirme perfectamente el gasto adicional, y estoy feliz de pagarlo. Me han dicho que es bastante común tener gastos elevados en los primeros años de matrimonio.

—Aún no estás casado con ella. —Peter dio unos golpecitos a los papeles sobre el escritorio—. Parece que estás bien forrado. ¿Comprando otra propiedad, veo? No está lejos de aquí. ¿Para qué es?

—No es asunto tuyo —respondió, fingiendo que la compra era un asunto insignificante.

Peter se rio.

—¿Planeas instalar a tu amante a una distancia cómoda de casa?

—No tengo una amante, ni planeo tenerla —le dijo a Peter con brusquedad—. Una esposa será suficiente.

Su hermano hizo un sonido ahogado. Winston reanudó la tarea de ordenar los largos y complicados documentos legales, ignorando el impulso de defender su intención de honrar sus próximos votos matrimoniales por el resto de su vida.

Apiló los papeles en una pila ordenada y se recostó con un suspiro.

Peter Bell, que hoy cumplía veintiún años, nunca entendería el sacrificio y el deber, ni la profunda necesidad de Winston de cuidar a su familia. No había nada que no sacrificaría por ellos. Levantó la mirada hacia su hermano y sonrió.

—Por cierto, feliz cumpleaños.

Peter se removió inquieto.

—Gracias.

—Tengo un regalo para ti, pero aún no está listo para entregártelo.

—No esperaba nada.

—Tonterías. A todo el mundo le gusta recibir un regalo en su cumpleaños. Te gustará lo que he encontrado para ti —prometió Winston. Le había comprado una casa de ciudad a su hermano. La propiedad sería perfecta para un joven soltero con pocas responsabilidades. Quizás un poco pequeña, pero manejable para un joven con una herencia modesta si no despilfarraba todo su dinero en el juego—. Antes te encantaba tener a la familia reunida para una fiesta.

—Eso fue hace mucho tiempo —Peter lo miró—. Soy mayor y ya no quiero que se haga tanto alboroto por mi cumpleaños.

Winston suspiró.

—Hablando de hacerse mayor —miró el reloj de la repisa—. ¿No tienes una reunión con nuestro abogado hoy en su despacho?

—Oh, a Woolsey no le importará si llego tarde. Ganará su paga de todos modos.

—Es una reunión importante, Peter.

—No entiendo por qué no podría celebrarse aquí.

Porque aquí, Peter siempre se sentiría como un segundo hijo. Su herencia seguramente era menor que la que Winston había recibido. Podría sentirse avergonzado o menospreciado por la cantidad menor que iba a recibir. Necesitaba hacer esto por su cuenta.

Winston tocó la campanilla que estaba en la esquina de su escritorio de caoba. Cuando apareció un lacayo, dijo:

—Que traigan el carruaje de mi hermano.

—Mejor el faetón —pidió Peter en su lugar con una sonrisa burlona.

—Traed el carruaje de la ciudad y daos prisa —repitió Winston, manteniéndose firme ante la contradicción de su hermano. Caminó hacia la puerta y la cerró antes de enfrentarse a su hermano—. Te agradecería que no intentaras cambiar mis órdenes delante de los sirvientes nunca más.

—Un faetón es el carruaje de un joven —se quejó.

—El faetón no se compró para tu uso, sino para Elizabeth y para mí. No debes sacarlo nunca, ¿entendido?

Peter frunció el ceño.

—No tendría que suplicar para pedir prestado el tuyo si tuviera uno propio.

—Lo que compres después de reunirte con el abogado hoy será decisión exclusivamente tuya —le recordó Winston. Padre había descrito solo en términos generales las disposiciones hechas para el futuro de Peter. Desafortunadamente, no le había dejado a su hijo menor ninguna propiedad de valor significativo. Por eso Winston había comprado otra casa de ciudad en Londres que realmente no necesitaba para regalarla a Peter. Winston planeaba sorprender a su hermano con el regalo de vivir allí indefinidamente, libre de cargas—. Espero con ansias escuchar cómo te fue en tu reunión esta noche.

—Saldré esta noche —le informó Peter—. Mis amigos han planeado algo especial para mí.

Winston se sintió decepcionado al oír que no cenarían juntos una noche más. Había esperado tener algunas cenas familiares más antes de que Peter se fuera por su propio camino completamente.

—No vuelvas tambaleándote y cantando al amanecer. Despertarás a Madre —le advirtió.

—Sí, no queríamos alborotar las plumas de la vieja gallina.

Winston le dio un golpecito a su hermano en la parte posterior de la cabeza. —Ya te he dicho antes que no hables de nuestra madre en esos términos.

—Eres igual que ella. Ya no tienes sentido del humor.

—Ridiculizar a la mujer que nos dio la vida no es motivo de risa —le advirtió. Winston a veces se desesperaba por su hermano—. Tu carruaje debería estar listo. Vete ya.

Peter se puso de pie, alisándose el cabello como si estuviera nervioso. —¿Qué puedo esperar?

Winston negó con la cabeza. —No estuve al tanto de los detalles. Seguro que todo será muy estándar. Lee todo cuidadosamente y asegúrate de entender lo que padre te ha ofrecido antes de aceptar un solo centavo. Puede que haya condiciones.

Las había habido para Winston. No intentar romper su compromiso le ganaría dos mil libras adicionales en el año en que se casara. Dinero que había decidido pasar a su esposa en un futuro cercano.

Peter frunció el ceño. —Tú siempre entiendes este tipo de cosas mejor que yo.

—Si se trata de las propiedades de los Hurlston, sí. Pero tu asunto de hoy no tiene nada que ver con el título o la propiedad.

—Por supuesto —murmuró Peter—. ¿Por qué te interesaría ya algo que me afecte a mí?

—Me interesa, pero eres un joven más inteligente de lo que te das crédito. Lo resolverás.

Con un sutil empujón, Winston impulsó a Peter a marcharse. Una hora con el bufete legal de la familia, revisando su herencia, con suerte le daría una idea de su futuro y sus opciones. Peter probablemente necesitaría una carrera si quería hacer algo grande de sí mismo, algo más allá de la herencia de un segundo hijo. No podía pasarse la vida holgazaneando en Hurlston House o en la finca del campo. Empapándose de ginebra y dallando con mujeres sin rumbo para siempre. Cuanto antes se asentara su hermano en su propia vida, mejor.

—¿Crees que estará bien? —preguntó mamá, acercándose por detrás.

Winston se volvió con una sonrisa. —Por supuesto. Peter es un Bell, después de todo. Todos nacimos en una gran familia, y ninguno de nosotros ha fallado jamás en superar todas las expectativas —dijo, citando una frase muy usada en su familia. Había tíos, hijos menores y primos que se habían convertido en hombres de distinción a lo largo de los años.

—Sí, pero... es un muchacho tan inocente.

Winston apenas logró contenerse de poner los ojos en blanco. Su madre estaba ciega a la verdadera naturaleza de su hijo menor. Lord Peter Bell no era un joven inocente. Había tomado a su primera amante a los catorce años. Su padre había arreglado una visita a un burdel para él y lo había animado a otras indulgencias temerarias, enseñándole a apostar, hasta el día en que repentinamente murió de un ataque al corazón. —¿Había algo que quisieras?

—Yo... —Se encogió de hombros—. Supongo que no. ¿Deberías estar fuera de la cama?

Caminó hacia ella y sonrió. —Me he recuperado por completo de mi caída, madre.

—Me alegra oírlo. He estado tan preocupada.

Le besó la frente. —Sano y salvo de nuevo —prometió.

Podría haber sido una ligera exageración. Aún no le apetecía montar a caballo ni hacer nada demasiado extenuante. No asistiría al gimnasio de Gentleman Jackson durante un buen tiempo ni bailarían si podía evitarlo. Había planeado quedarse en casa, trabajar en su escritorio y leer en compañía de Elizabeth. —¿Qué tal una taza de té?

Su madre se animó y se apresuró a tirar de una campanilla para llamar a un sirviente. —Podemos hablar sobre la cena de esta noche para el cumpleaños de tu hermano.

Winston la condujo al salón, pidiendo a un sirviente que trajera el té tan pronto como

apareció. —Vamos a posponer la cena unos días. Peter no sabe cuándo volverá y va a salir con amigos.

El rostro de ella se entristeció.

—Ya es adulto, mamá. Las cenas familiares ya no le atraen.

—Podría haber esperado un año más para eso —se quejó ella—. O al menos hasta que tuviera nietos para hacer saltar sobre mis rodillas en su lugar.

—Es mejor que no nos interpongamos en su camino ahora —sugirió Winston—. Hablemos de otra cosa.

—Podríamos hablar de tu boda —dijo ella.

Winston gimió. —Madre, por favor. Pasas de un extremo al otro. ¿No deberías tener esta conversación con Elizabeth?

—Últimamente nunca está por aquí —murmuró—. No debería sorprenderte que quiera saber si seréis felices juntos. Tu padre y yo nos casamos a tu edad. Tú naciste en nuestro primer año de matrimonio.

Winston fijó la mirada en el rostro sonriente de su madre. —Sin ánimo de ser indiscreto, madre, pero fue porque te dejó embarazada de mí que os casasteis tan jóvenes —murmuró—. Tu padre planeaba disparar a papá por el insulto a tu honor. Fue pura suerte que se convirtiera en conde poco después, cuando su hermano falleció inesperadamente. Tu rápido matrimonio con un miembro de la nobleza permitió que la brecha familiar se cerrara.

Su madre descartó el viejo escándalo con un gesto de la mano como si no importara. —Él siempre me amó.

A su madre le gustaba reescribir su propia historia de vez en cuando. —Con el tiempo, pero al principio no estaba nada contento de casarse.

Ella sonrió con cierta suficiencia. —Al final cambió de opinión y eso es lo único que importa.

Winston se rio. Su madre había sido una persona insoportablemente feliz hasta que su padre les fue arrebatado. Aún veía destellos de aquella mujer de vez en cuando. Pero no a menudo. Le alegraba verla hablar del pasado con tanta facilidad hoy. —Nunca tuvo oportunidad de resistirse a alguien tan encantadora como tú.

Su madre se sonrojó. —Algún día sentirás lo mismo por Elizabeth. Ella es realmente perfecta para ti.

Perfecta, sí, tal vez lo era. ¿Pero para él? Winston se removió, luchando contra una duda persistente. Él y Elizabeth aún no tenían una relación cercana. Se conocían bien después de años de encuentros y conversaciones, pero no podía decir que sintiera mucho por ella todavía. Suponía que con el tiempo se volverían más cercanos. Pero eso sería después de hacerle el amor, probablemente. Después de que se casaran.

Desafortunadamente, la fecha de su boda aún estaba algo lejos.

Su madre se volvió hacia él.

—Recibí una nota de Lady Cartwright esta mañana. Dijo que había oído que Elizabeth solo esperaba estar en Londres unos días después de que os caséis. ¿Por qué no me avisaste de que ibais a dejar la ciudad casi de inmediato?

Él parpadeó sorprendido.

—No me informaron de ningún plan de viaje, mamá.

El rostro de ella decayó.

—Oh, cielos. ¿He echado a perder la sorpresa de Elizabeth sobre un viaje de bodas?

Habían hablado sobre la necesidad de permanecer juntos, pero aún no habían discutido dónde

pasarían las primeras semanas de vida matrimonial. Quizás un viaje a Bath no era mala idea. Significaría que tendrían mucha más privacidad de la que tenían aquí con su familia alrededor.

Winston tomó la mano de su madre y la apretó con fuerza. A su madre le encantaban tanto las sorpresas y odiaría haber arruinado una destinada a él.

—Puedo fingir que no lo sé por el bien de Elizabeth.

—¿Lo harías? Ya sabes cómo puede ser. Siempre un poco quisquillosa sobre que yo te diga lo que hace con su tiempo.

Él se quedó boquiabierto.

—¿Hay algo que debería saber?

—No, por supuesto que no. Estoy segura de que ya te ha dicho todo lo que necesitas saber, y si no lo ha hecho aún, lo hará. ¿En quién más debería confiar una mujer si no es en el hombre que será su esposo?

Elizabeth *era* una persona reservada, se guardaba muchas cosas para sí misma. Claramente, también era así con su madre.

Su madre suspiró.

—Supongo que saldrás después de nuestro té, ¿no? Ahora que te sientes mejor.

—No había planeado ir a ningún lado hoy —estudió a su madre. Mamá debería salir más ella misma—. ¿Qué ibas a hacer hoy?

—Oh, no lo sé. Bordar, quizás.

Él hizo una mueca. Eso sonaba a lo que había hecho ayer.

—¿Y si salimos juntos en lugar de quedarnos en casa?

Ella sonrió con evidente deleite ante la invitación.

—¿Adónde podemos ir?

—Olvidémonos del té y vayamos a tomar helados a Gunter's —hizo girar a mamá, sonriendo—. Después de eso... A donde sea. A todas partes. ¿Por qué no vas a cambiarte y te pones un vestido bonito, coges una capa por si refresca, y me dejas sorprenderte con una aventura improvisada?

Se sorprendería a sí mismo también, si podía ocurrírsele algo divertido con tan poco tiempo.

—De acuerdo. Vuelvo enseguida.

Mamá se apresuró a salir, claramente ansiosa por la distracción de una salida. Ahora, todo lo que Winston tenía que hacer era pensar en una buena excursión en el tiempo que le tomaría a ella regresar. Nada que fuera demasiado extenuante, por supuesto, debido a sus costillas. Si Madre veía que sufría, lo obligaría a llevarla de vuelta a casa de inmediato.

Así que tenía que ser algo seguro y privado.

En interiores.

Charlotte querría que fuera cauteloso.

Frunció el ceño.

Charlotte.

La pequeña mujer se filtró de nuevo en sus pensamientos inmediatos, y admitió que casi nunca se había ido. ¿Estaba realmente en peligro o era su advertencia el producto de la imaginación demasiado activa de una mojigata? No había tropezado con ningún otro peligro desde entonces. Aunque tampoco había salido en los últimos días. Sin embargo, no podía pasar toda su vida escondido en su casa de la ciudad, solo por si acaso ella tuviera razón. Era hora de aventurarse a salir de nuevo.

Pero sería cauteloso, se aseguraría de estar siempre en guardia ante el peligro. Y cuando viera a Charlotte de nuevo, le informaría que el único peligro para su salud era su dulce sonrisa y su

suave caricia.

Echó la cabeza hacia atrás y gimió mirando al techo. Realmente *tenía* que dejar de pensar en ella. Era casi un hombre casado.

CAPÍTULO 11



CHARLOTTE OFRECIÓ UNA sonrisa amable al hombre grande y musculoso que bloqueaba su entrada al Real Gran Parque Zoológico Nacional.

—¿Cuánto cuesta ver a las bestias hoy, señor?

A su lado, Aurora se enroscaba un mechón de pelo en el dedo y sonreía coquetamente al hombre con la esperanza de entrar gratis. Era un truco que Aurora solía emplear con gran éxito, pero no hoy.

El hombre extendió la mano.

—Dos chelines para damas tan hermosas como ustedes.

Charlotte entregó de inmediato las pocas monedas, impresionada de que estuvieran pagando menos que la tarifa de entrada completa habitual para los visitantes.

—Muchas gracias, señor.

—¿Puedo interesarlas en un tour por este magnífico establecimiento por un chelín más? —preguntó después de guardar la moneda. Su mirada se deslizó hacia Aurora—. Tendrán una aventura como nunca antes conmigo como su guía.

Charlotte entrecerró los ojos mirando al individuo. Tenía una sonrisa cautivadora y podría haber sido interesante hablar con él sobre los animales, pero estaba prestando demasiada atención a Aurora, y no le gustaba su presunción.

—No será necesario —respondió Charlotte con rigidez, agarrando firmemente el brazo de Aurora—. Conozco bien a los animales.

Aurora se dejó apartar de la tentación, pero miró por encima del hombro al hombre mientras se alejaban.

—Habla por ti —se quejó Aurora—. ¿Por qué nos fuimos tan rápido? Era interesante, de una manera tosca.

—No es el hombre adecuado para ti, querida —le recordó a su amiga—. Lo único que ese hombre tenía en mente acabaría en tu ruina.

Su amiga se volvió resueltamente hacia la sala de la casa de fieras.

—Sí, supongo que tienes razón. Un hombre así no estaría dispuesto a casarse con una dama que conociera aquí. Y debe conocer a muchas más mujeres crédulas que nosotras para ser tan atrevido.

—¡Exactamente!

Charlotte conocía bien el lugar por visitas anteriores y le mostró a Aurora, que era la primera vez que lo visitaba, el camino a seguir. La casa de fieras albergaba bestias de tierras extranjeras

en jaulas y las alimentaba cada noche. A esta hora del día, la mayoría debería estar durmiendo plácidamente con el estómago lleno. Esa era la única razón por la que Charlotte había accedido a traer a su amiga hoy. No quería ver al león devorar nada que una vez hubiera vivido y respirado.

—Charlotte, huele mal —se quejó Aurora antes de que hubieran visto siquiera un solo animal, llevándose un pañuelo perfumado a la nariz.

—Así es el olor de las bestias enjauladas —le advirtió—. Será peor más adentro. —Charlotte cuadró los hombros—. Los leones vienen primero; los monos chillones están alojados arriba.

Llevó a Aurora a ver los leones para terminar con esa parte primero. A Charlotte no le gustaban los leones. Una leona abrió un ojo somnoliento, estudiándolas. Bostezó, mostrando unos dientes extremadamente afilados. Charlotte se estremeció.

Aurora los miró fijamente.

—Oh —dijo finalmente.

—Ahora entiendes por qué no me hace gracia encontrarme con uno corriendo libremente por mi tienda de campaña de nuevo.

—Sí, entiendo tu punto —Aurora le agarró el brazo con fuerza—. Te quedarás en Inglaterra aunque tenga que esconderte bajo mi cama para mantenerte a salvo de semejante criatura. —Aurora miró más allá por la pared y señaló—. ¿Qué es eso?

—Un leopardo. Un cazador hábil en la naturaleza y muy difícil de ver de noche, por supuesto, debido a su color y hábitos de acecho. Nunca los oirás ni los verás venir.

Aurora se apartó rápidamente. —¡Hay pájaros!

Y eran un grupo triste y lamentable, atrapados en sus pequeñas jaulas. No tenían espacio para volar como podrían hacerlo en libertad. —Son más hermosos en su entorno natural —admitió Charlotte, extendiendo una rama de semillas hacia un loro para ver si picoteaba. Su ofrenda fue ignorada. Probablemente la pobre criatura había sido sobrealimentada todo el día.

Aurora estiró el cuello y miró alrededor. —¿Dónde está el elefante?

Charlotte había esperado que Aurora no quisiera ver ese animal en particular de inmediato. Pero esa era la verdadera razón por la que estaban aquí. —Lo llaman Chune, y está alojado en otra cámara.

—¿Podemos ir a verlo?

—Por supuesto que podemos. —Se dirigieron fuera de la primera cámara. Uno de los leones rugió cuando pasaron, y Charlotte se estremeció.

Chune era una gran bestia atrapada tras pesadas rejas de hierro, con una gruesa cadena atornillada alrededor de su tobillo. Su piel gris parecía opaca a sus ojos, y por supuesto, apestaba a almizcle. También se balanceaba de un lado a otro en su jaula. Inquieto, impaciente, anhelando ser libre, muy probablemente. —No deberíamos acercarnos demasiado.

—No iba a sugerirlo.

—¿Ves su trompa? Es lo suficientemente fuerte como para cargar árboles caídos, ¿sabes? Pero son animales muy peligrosos. Podría atraparte con su trompa, levantarte, y no tendrías ninguna posibilidad de escapar si te arrojara a un lado.

—Pero si tuvieras una sombrilla a mano para asustarlo, eso podría ayudar, ¿no? —preguntó una dama detrás de ellas.

Charlotte se giró lentamente y descubrió que Lord Hurlston y su madre estaban dispuestos a ver al elefante también. Hizo una reverencia rápidamente, y Aurora hizo lo mismo. —Mi lord. Mi lady. Qué agradable sorpresa encontrarlos a ambos de paseo.

La dama señaló a su hijo. —Hurlston me convenció de salir a hacer turismo y aquí estamos.

Charlotte asintió. —Eso es muy amable de su parte. ¿Llevan mucho tiempo aquí?

—Acabamos de llegar —dijo Hurlston arrastrando las palabras, mirando más allá de ella hacia el elefante sin encontrarse con su mirada.

Charlotte se estremeció ante su tono. Su madre, sin embargo, se acercó. —Supongo que no estaba exagerando sobre enfrentarse a elefantes descontentos, querida —preguntó la dama—. Parece decididamente incómoda estando aquí hoy.

—Sí. Supongo que lo estoy —admitió, pero su mirada se desvió hacia donde estaba Lord Hurlston. Él también parecía incómodo—. Chune, aquí, ese es su nombre, si no lo sabían, es una bestia grande y fuerte y no está hecho para la inactividad. Pasar su tiempo en interiores, enjaulado en un área tan pequeña como esta, no puede ser bueno para su temperamento. Necesita una ocupación y más espacio para moverse.

—Mi hermano y Chune tienen mucho en común entonces —comentó Hurlston con sequedad. Rodeó a Charlotte y se acercó a los barrotes. Más cerca de lo que Charlotte se sentía cómoda. Ella mantuvo la vista fija en Chune.

—¿Qué le dan de comer? —preguntó Hurlston.

—Condes incautos —advirtió Charlotte.

Hurlston se volvió para mirarla entonces y arqueó una ceja. —¿En serio? —dijo con sorna.

Ella tragó saliva. Algo andaba mal con el conde hoy. El hombre amable con el que se había acostumbrado a encontrarse por la ciudad había desaparecido, y en su lugar estaba... bueno... otro miembro altivo del *ton* sin paciencia para intercambiar cortesías con alguien por debajo de él.

Se humedeció los labios y se volvió hacia la dama mayor, que estaba preguntando a Aurora por el bienestar de amigos comunes.

Mientras la pareja hablaba, se arriesgó a echar un vistazo a Hurlston, solo para encontrarlo mirándola fijamente. Su mirada se alejó lentamente, y él giró sobre sus talones para pasear hasta el otro extremo de la cámara, lejos de ellas. Lejos de *ella*.

Pero Charlotte suspiró aliviada al verlo moverse con tanta facilidad. Se veía mucho mejor que la última vez que lo había visto, cuando se sujetaba las costillas. Cuando regresó, Charlotte se movió para interceptarlo. —¿Cómo se siente hoy, milord?

—Recuperado —dijo secamente.

—Me alegra oírlo. He estado muy preocupada por usted.

—No debería haberse molestado —la reprendió.

—No fue molestia. En absoluto.

Miró a Lady Hurlston y Aurora para comprobar que aún estaban ocupadas y no le prestaban atención. —¿Han encontrado a los hombres que lo atacaron?

—No —dijo Hurlston.

Ella negó con la cabeza. —Esperaba que los Runners hubieran encontrado a alguno de ellos a estas alturas.

Hurlston se quitó una mota de polvo de la manga. —No los han encontrado porque no molesté a los Runners con ese incidente insignificante.

Charlotte lo miró boquiabierto. —¿Insignificante?

—No sufrí ningún daño duradero salvo la vergüenza de ser opacado por una joven que debería haber sabido comportarse mejor —dijo nuevamente con sorna—. Y nadie en la sociedad debe enterarse de ese incidente.

—No saldrá de mis labios —prometió Charlotte, pero entonces se dio cuenta de que había una dura reprimenda en su pequeño discurso—. ¿Opacado?

—No debería involucrarse en asuntos que es mejor dejar a los hombres.

Ella lo miró boquiabierto, indignada por su actitud. —Si no hubiera intervenido, su cuerpo

habría sido encontrado en ese césped no diez minutos después de que pasáramos por ese lugar. Tenía la impresión de que usted estaba agradecido por mi ayuda.

—Malinterpretó la profundidad de mi gratitud —dijo él.

Charlotte parpadeó, su temperamento llegando al punto de ebullición. —Pensar que perdí mi tiempo preocupándome por usted —siseó—. Debería haberlo dejado allí, como el señor McCarrick quería hacer desde el principio. En realidad, no debería haberme molestado con ninguno de los dos.

—Bueno, no me culpe si ha ahuyentado a su pretendiente.

Charlotte apretó la mandíbula y, por pura fuerza de voluntad, evitó pisotear —probablemente el pie de él— por un estrecho margen. —Veo que no nos queda nada más que decir sobre el asunto.

—Nada en absoluto.

Ella asintió, inspiró bruscamente y sonrió. Pero era simplemente un mostrar los dientes, como a veces hacían los monos cuando se sentían amenazados. No significaba que aceptara sus comentarios como un hecho. Estaba segura de que el placer tampoco se reflejaba en sus ojos, porque él de repente dio un paso atrás.

El conde era un desagradecido, idiota, horrible, terrible, desagradecido... Se detuvo al darse cuenta de que se estaba repitiendo a sí misma y recordó que de todos modos no debía importarle.

Era un hombre comprometido.

¿Qué importaba la repentina pérdida de su gratitud? ¿Qué razón tenía para seguir preocupándose por él?

Ya no había ninguna, y si quería ponerla en su lugar, bueno, hoy lo había logrado. Había empezado a pensar que podrían haberse hecho amigos. *Tonta, tonta Charlotte.*

Si así era como trataba a una dama que solo quería ayudarlo, entonces esperaba que volvieran a ser extraños el uno para el otro de inmediato.

Charlotte regresó junto a Aurora y puso a su amiga entre ellos. A Lady Hurlston, le dijo: —Disculpenos, mi lady. Aún tenemos mucho que ver.

—Lo sé. Su querida amiga me acaba de contar sus planes y me ha invitado a unirme a ambas para el recorrido, y luego a tomar el té. Espero que no le importe que haya aceptado.

—Madre —dijo Hurlston en un tono áspero—. Pensé que pasaríamos el día juntos.

—Oh, no finjas que preferirías no estar en otro lugar. Hoy es tu noche para visitar tu club con amigos. Te oí refunfuñar cuando entramos, también. La señorita Hillcrest se ha ofrecido a compartir su pequeña aventura, y me gustaría unirme a ellas. Siempre estás intentando que salga y ahora ¿te quejas?

Hurlston miró solo a Aurora cuando habló. —Si no le molesta su compañía.

—No habría hecho la sugerencia si fuera una imposición, mi lord. Vamos a visitar a Lady Wharton después de esto para tomar el té. Le agradecerá ver otro rostro amistoso.

—Tenemos mucho de qué hablar, también —prometió la madre—. Aún no he tenido la oportunidad de contarle nuestros planes para tu próxima boda.

—Sí. Eso es cierto —concedió él. Su mirada se dirigió a Charlotte y se desvió de nuevo—. ¿Te veré en casa entonces, mamá?

—Espero que sea tarde. Disfruta el resto del día sin mí, hijo mío.

—Haré lo mejor que pueda —dijo Hurlston lentamente. Asintió a su madre, luego su mirada se elevó hacia Charlotte—. Cuídela bien.

Charlotte asintió y, por lo demás, ignoró su partida.

Lady Hurlston dejó escapar un suspiro. —No sé qué le ha pasado hoy. Un minuto está riendo

y al siguiente tan amargado. Normalmente no es tan temperamental. No creo que le gustara el hedor del lugar. Casi se da la vuelta cuando vimos al elefante por primera vez.

—Tiene un olor fuerte —concordó Aurora—. Pero bueno, todos los hombres lo tienen.

Lady Hurlston se rio de aquello. —Esa ha sido mi experiencia también. Lograr que se bañen regularmente es una ocupación de tiempo completo cuando son miembros de tu propia familia. ¿No es así, señorita Waters?

—No sabría decirle. Mamá se encarga de los hábitos de baño de mi padre, no yo —Charlotte sacudió la cabeza, su mente atrapada en el pasado inmediato.

Lady Hurlston había dicho que el humor de su hijo había empeorado cuando entró en esta parte de la casa de fieras. Dudaba que fuera el hedor de los animales en sus jaulas lo que causara eso, dado cómo le había hablado. Debería estar acostumbrado a los olores del ganado. Asistía al parlamento.

No, lo más probable es que se hubiera ofendido al encontrar a Charlotte allí. Algo sobre su presencia lo había irritado hoy, y se había asegurado de que ella lo supiera también.

Volvió a sacudir la cabeza. Él no era el hombre amable que ella suponía. Era malhumorado, voluble e irritante, como todos los demás. Se alegraba de que por fin se le hubieran abierto los ojos a su verdadera naturaleza.

Pero hacia su madre, el conde parecía extraordinariamente protector y gentil.

Durante la siguiente hora, Charlotte respondió lo mejor que pudo a todas las preguntas de Lady Hurlston. Aurora también hizo reír a menudo a la dama, mientras la deleitaba con historias de diversiones sociales que la mujer mayor se había perdido por quedarse en casa más a menudo que salir.

—Charlotte, por supuesto, adora los bailes más que nada —bromeó Aurora—. Y bailar con apuestos solteros como su hijo.

—Al igual que tú, mi querida amiga —le recordó Charlotte.

La mujer mayor sonrió. —Parecen muy buenas amigas. ¿Cuánto hace que se conocen?

—Solo desde esta temporada.

—Yo estaba fuera el año pasado cuando los Hillcrest vinieron por primera vez a Londres —se apresuró a explicar Charlotte—. Me habría sentido muy honrada de haberlos conocido antes.

—Ah, sí. Las dos mayores han caído de pie, sin duda. Una comprometida con un marqués y la otra ahora casada con un futuro duque. Su familia ha tomado por sorpresa a la *alta sociedad*, atrapando a los solteros más codiciados que se puedan encontrar.

—Mis primas encontraron el amor donde menos lo esperaban —aseguró Aurora—. Esperamos lo mismo para nuestra querida amiga Charlotte —dijo Aurora, dirigiéndole a Charlotte una sonrisa decidida—. Tiene que haber un hombre digno de ella en algún lugar de la sociedad.

Charlotte se sonrojó. —Te gusta pensar que hay alguien para todos menos para ti misma.

Aurora asintió. —Creo que hay alguien para cada uno. Pero las expectativas y las opciones disponibles no son tan fáciles de emparejar.

Charlotte asintió. —Ciertamente no lo son.

Lady Hurlston las miró alternativamente con una sonrisa astuta. —El mercado matrimonial es un lugar difícil. ¿Conocen por casualidad a mi otro hijo?

—He visto muy poco de él —murmuró Charlotte. Y tampoco quería verlo, si era algo parecido a su hermano.

Aurora también negó haberlo conocido.

—Esa es su pérdida, ya veo. Pero imagino que ninguna de ustedes carece de atención del

sexo opuesto. Ambas deben estar asediadas por pretendientes, ¿no es así?

Charlotte no pudo evitar reírse de eso. —Con gusto soportaría un salón desbordante.

—Yo no. Todo lo que necesito es un solo pretendiente con el matrimonio conmigo en mente —confesó Aurora, sorprendiendo completamente a Charlotte con su declaración.

La mayor parte del tiempo, Aurora actuaba como si los pretendientes fueran completamente indeseados en su vida.

Lady Hurlston se adelantó unos pasos, y Aurora le guiñó un ojo a Charlotte y se acercó. —Es lo que las mujeres mayores esperan oír de nosotras —susurró. Aurora la tomó del brazo—. ¿Continuamos hacia Wharton House para ver qué excursión por la ciudad le han reprochado hoy a Lady Wharton mi primo?

—Sí, por supuesto —dijo Charlotte. Se suponía que Lady Wharton no debía esforzarse aún después de su cirugía—. Lady Hurlston, ¿ha visto todo lo que le interesa aquí?

—Sí, todo es tan fascinante. Particularmente las historias que cuentan tan bien de sus viajes. Me encantaría escuchar más algún día. ¿Quizás durante el almuerzo de mañana?

El primer instinto de Charlotte fue aceptar, pero luego recordó el comportamiento de Hurlston hacia ella hoy, y pensó que era mejor no aceptar nada que involucrara a un miembro de su familia. —La próxima aventura nos espera.

Lady Hurlston enlazó su brazo con el de Charlotte y las tres salieron del zoológico hacia la calle, donde fue cuestión de un momento llamar a su carruaje.

Charlotte estudió sus manos una vez que estuvieron en marcha, más que un poco desanimada. Las palabras de Lord Hurlston la habían molestado más de lo que quería admitir. No podía olvidar la forma en que la había estudiado. Como una criatura que había quedado muy por debajo de sus expectativas. Su comportamiento hoy, después de la semana pasada y las críticas del Sr. McCarrick, casi la habían convencido de lavarse las manos de todos los hombres.

Parecía haber algo mal en cada hombre que conocía, incluso ahora Hurlston. ¿Cuál era el punto de tratar de impresionar a alguien actuando como si siempre fuera propia y buena? ¿No debería ser lo suficientemente buena tal como era ahora mismo?

Hurlston estaba cegado, imaginando que no podía hacer nada mal al cuidarse a sí mismo. Bueno, ella lo dejaría luchar sus propias batallas ahora. No importaba lo que pasara, cuando viniera otro ataque, él estaría por su cuenta.

Miró a Lady Hurlston. No había manera de evitar la tarde con su madre, así que haría el mejor uso del tiempo. Sonreiría, escucharía educadamente si cantaba las alabanzas de su hijo mayor, y esperaría oír de otro hombre que estuviera en busca de esposa. Pero haría todo lo posible por evitar a la mujer para siempre después de esa tarde.

Aurora la miró a los ojos. —¿Sucedo algo malo, querida?

—No —respondió, viendo que Lady Hurlston la observaba con preocupación—. Simplemente pensando en el futuro.

—Mirar hacia atrás es un pasatiempo más reconfortante —les dijo Lady Hurlston—. Pero supongo que las mujeres jóvenes deben pensar más en el futuro. Querrán un marido e hijos que las consuelen en su vejez.

—Amor —susurró Charlotte—. Quiero ser amada.

La anciana le dio unas palmaditas en la mano. —Yo también quería eso.

—¿Fue amada por su esposo, mi lady? —preguntó Aurora.

—Con el tiempo, sí. Pero supe que lo amaba desde la primera vez que lo vi pavoneándose por la sociedad. Él apenas sabía que yo existía.

Charlotte miró a la mujer mayor con sorpresa. —¿Cómo llegó a casarse con él entonces?

—Bueno, de la manera habitual, supongo. Una cosa llevó a la otra, y nos casamos.

—¿No fue un matrimonio concertado?

—Cielos, no.

Aurora se inclinó hacia adelante. —Y sin embargo, el matrimonio de Lord Hurlston fue concertado. Desde la infancia, según tengo entendido. ¿Puedo preguntar por qué?

La sonrisa de la condesa se desvaneció un poco. —Mi esposo quería una alianza con una familia vecina, y mi hijo también lo quiere ahora que es lo suficientemente mayor para entender lo que está en juego. La tierra adicional que heredará tras la muerte de su suegro, ya que este no tiene heredero, aumentará considerablemente las propiedades familiares.

—Así que la alianza es una inversión en el futuro entonces —murmuró Aurora, recostándose de nuevo.

—Supongo que lo es de cierta manera. Pero se conocen desde hace tanto tiempo que no puedo imaginar que no sean felices el uno con el otro.

Charlotte ofreció una sonrisa a la condesa que puso a prueba su capacidad para fingir felicidad. —Entonces todo saldrá bien, supongo.

Lady Hurlston sonrió rápidamente. —Estoy segura de que así será.

El último vestigio de esperanza en el corazón de Charlotte se marchitó y murió allí mismo. Ese día, Winston le había advertido que no esperara ni siquiera amistad de él. Haría bien en recordar que no todos los sueños estaban destinados a hacerse realidad.

CAPÍTULO 12



—BUENO, yo ya he terminado por esta noche —murmuró Lord Scarsdale a Winston, dando un empujón a la joven sentada en su regazo para poder levantarse de la silla—. Os veré a todos en una semana quizás, a menos que cambiéis de opinión y os unáis a mí en el campo para cazar —dijo en voz más alta a los hombres sentados más lejos.

Se oyó un murmullo de discusión, pero nadie cambió de opinión sobre ir a cazar. Winston tampoco lo había hecho.

Scarsdale tomó la mano de la joven y la acercó para susurrarle al oído. Fuera lo que fuese que le había dicho, debió ser agradable porque logró atraerla hacia la escalera del burdel. Las alcobas donde un hombre y su amante podían pasar las horas estaban justo encima de ellos.

Winston bajó la mirada hacia su copa casi vacía. Era evidente que Scarsdale planeaba pasar la noche allí, como muchos de los amigos de Winston habían anunciado en las últimas horas.

Se removió en su silla, sintiéndose fuera de lugar. La actitud despreocupada de su amigo hacia la intimidad era completamente opuesta a la suya. Hizo un gesto con una botella de brandy francés hacia Berringer—. ¿Otra ronda?

Berringer negó con la cabeza—. Me temo que no. Su Gracia quiere ir a montar al amanecer.

Winston se sintió decepcionado pero lo entendió—. Ah, bueno, es mejor irse a casa con la cabeza despejada que arriesgarse a caerse mañana del caballo.

Berringer estuvo de acuerdo y se puso de pie—. Quizás te vea mañana.

Winston asintió y echó un vistazo a sus compañeros restantes. Ambos tenían mujeres posadas en sus rodillas. Pinner y Brandestock estaban bastante acostumbrados a ese tipo de compañía. Pero Winston no lo estaba, y ser el tercero en discordia no le atraía en absoluto. Sus amigos probablemente harían uso de una de las alcobas del burdel más tarde, y él se quedaría solo sentado ahogando sus penas.

Pero por mucho que consumiera, comida y licores, Winston seguía lidiando con su conciencia culpable.

Había sido cortante con Charlotte, grosero, y ella no tenía idea de por qué.

Apenas sabía lo que había estado haciendo hasta que tuvo tiempo de reflexionar. Las duras y despectivas mentiras que había dejado salir de sus labios en su presencia ni siquiera eran remotamente ciertas.

Pero la última mujer que quería ver hoy era la mujer que no podía olvidar. Y el hecho de que el rostro de Charlotte se hubiera iluminado al verlo tampoco había ayudado a mejorar su humor. Porque sabía que estar cerca de ella sería totalmente imprudente para un hombre a punto de

casarse con otra. Charlotte no tenía idea de la confusión que causaba en él.

Y la lujuria. Maldita sea si no se preguntaba si renunciar a su celibato por una noche con ella no lo arruinaría para su largamente esperado matrimonio.

Pero no podía hacer eso. Arruinar a Charlotte. Perseguir a Charlotte. Traicionar a Elizabeth.

Nunca podría *no* casarse con Elizabeth. El precio sería demasiado alto si lo que sentía por Charlotte fuera meramente una aberración de sentimientos. Y odiaba totalmente estar dudando de sí mismo en el umbral del cambio más importante de su vida.

—Caballeros, me voy a casa —anunció. No encontraría respuestas aquí ni en una copa vacía esta noche.

—Oh, no —exclamó Brandestock—. Deberías quedarte. Búscate una mujer y termina la noche con un par de estallidos.

Se esforzó por no sonrojarse—. Solo vine por la carne y el brandy.

—Las dos fueron excelentes —concordó Pinner—. Pero las bellezas también valen la pena quedarse. ¿No crees?

—Otra vez será —respondió Winston con una risa forzada y un gesto de despedida mientras salía del burdel a zancadas, con los hombros erguidos y un paso decidido a marcharse.

El hecho de que nunca se hubiera acostado con una mujer había pasado desapercibido para sus amigos, algo por lo que estaba eternamente agradecido. Esperaba que lo provocaran sin piedad, lo cual sería absolutamente humillante. Prefería que sus amigos lo creyeran más experimentado como ellos.

Recogió su abrigo y sombrero del portero y pidió que le trajeran su carruaje de inmediato. Mientras esperaba, Pinner y Brandestock acompañaban a sus amigas por la escalera cercana.

Winston envidiaba la facilidad con la que seducían a las mujeres. Era una habilidad que temía nunca aprender.

Un lacayo regresó, con aspecto de disculpa incluso antes de hablar.

—Lo siento, mi lord. No hay ningún carruaje suyo esperando afuera.

Se puso los guantes.

—Maldita sea. Les pedí específicamente que se quedaran hasta la medianoche.

—Busqué en todos los lugares habituales, pero en realidad hay pocos carruajes esperando en la calle —el hombre se rascó la cabeza—. ¿Quiere que le consiga un coche de alquiler, mi lord, o prefiere esperar en el salón hasta que regrese el suyo?

Miró hacia atrás para ver si algún conocido se marchaba en ese momento. Debería haberse ido con Berringer cuando tuvo la oportunidad, pero esperaba que su carruaje aún estuviera allí.

—No, no me quedaré. Por favor, ve qué puedes encontrar para mí.

El lacayo salió corriendo, y Winston consideró volver al salón y tomar otra copa mientras esperaba, pero ya no quedaba nadie con quien quisiera hablar.

Y si se sentaba solo a beber, solo volvería a reprocharse por pensar de nuevo en Charlotte Waters.

Y lo peor era... que le gustaba pensar en ella.

Su vida y aventuras en el extranjero le fascinaban. No por anhelo de viajar él mismo, pues ya había hecho un gran tour de joven, sino por saber cómo se sentía ella ante las vistas que había contemplado.

Respiró hondo y exhaló lentamente.

Tenía a Elizabeth esperándole en casa. Debería desear eso más que tener a Charlotte en buenos términos con él de nuevo. Pero la había azotado con el látigo de su mal humor en la casa de fieras esa misma tarde. Estaba seguro de que era el último hombre con quien ella querría

volver a hablar.

Una ráfaga de risas masculinas estridentes le llegó desde más allá de las cortinas de terciopelo que dividían el club. Una mujer chilló de placer en respuesta. Las cosas ya se estaban poniendo alborotadas en el salón. Solía ocurrir a esta hora. Definitivamente era hora de que se dirigiera a casa y a su cama de soltero.

Como el lacayo parecía estar tardando demasiado, y no había otro sirviente a quien quejarse, Winston salió del club por su cuenta y se detuvo en la tranquila calle de enfrente para buscar al muchacho.

Mirando a izquierda y derecha a lo largo de la calle en sombras, no vio carruajes ni sirvientes pertenecientes al establecimiento de Madame Bradshaw. Era extraño para esta hora de la noche... ¿y dónde diablos se había metido el lacayo? ¿Acaso estaba intentando conseguirle un carruaje?

Winston dio unos pasos en la oscura calle e inmediatamente se percató de un sonido cercano.

Un jadeo.

Un gemido.

Puso los ojos en blanco. Harto de las payasadas amorosas dentro del establecimiento de Madame Bradshaw, no tenía ningún deseo de ser sometido al sonido de estas fuera. Probablemente era el lacayo de Bradshaw con una mujer de la noche.

Y sin embargo, *había* una sutil diferencia... Escudriñó en la oscuridad de donde parecían originarse los gruñidos y gemidos. Los jadeos se habían convertido más bien en arcadas ahora. Dio unos pasos más en esa dirección, y luego otros más.

El sonido provenía de un callejón que corría a lo largo del costado del local de Bradshaw. A mitad de camino del muro lateral del establecimiento, una pareja forcejeaba en el abrazo de una lujuria desenfrenada.

Pero entonces una corriente de inquietud lo invadió.

Algo no estaba del todo bien con la pareja y lo que estaban haciendo. Puede que él no hubiera llevado a una mujer a la cama, ni contra una pared tampoco, pero entendía lo suficiente de la intimidad para saber que la pareja no estaba teniendo sexo después de todo.

Ambos eran hombres, además.

Uno de ellos cayó al suelo de manera desordenada. ¿Exhausto?

No.

Estaba herido... o tal vez muerto.

—¡La guardia está en camino! —gritó Winston, mintiendo con la esperanza de asustar al que permanecía de pie.

El individuo se volvió lentamente para mirarlo, y la sangre de Winston se heló. Sintió que era una amenaza incluso sin ver claramente el rostro del hombre.

Winston dio un paso atrás y se giró, con la intención de volver al burdel y dar la alarma. Era solo un hombre enfrentando a un asaltante desconocido sin un arma encima para defenderse.

Ni siquiera una sombrilla.

Charlotte no estaría contenta cuando se enterara de que no había llevado consigo nada que pudiera usar como arma esta noche.

Había dado unos pasos cuando otra figura sombría apareció directamente frente a él. Bloqueando su camino de regreso a la puerta de Madame Bradshaw.

Alguien se rio entre dientes.

—Te hemos estado esperando, Lord Hurlston —dijo el hombre—. Esta vez seremos más rápidos. No hay posibilidad de escape esta noche.

Un escalofrío lo recorrió porque, a la luz de la luna, Winston pudo distinguir que el tipo

sostenía un cuchillo largo y afilado. Se giró de repente, recordando que también había un hombre en el callejón a sus espaldas.

El par estaba aquí para matarlo. Charlotte le había advertido que estaba en peligro, y *realmente* debería haberle creído.

Winston se lanzó hacia un lado, colocándose en medio de la calle, pero desafortunadamente esto lo alejó más de la puerta principal de Bradshaw. No frecuentaba ninguno de los otros negocios en esta calle, y todos los demás estaban cerrados a cal y canto por la noche.

Cuando el par lo siguió, acechándolo, Winston tragó saliva presa del pánico. Estos hombres parecían tener el mismo tamaño y forma que los que lo habían atacado sin provocación en Green Park. Entonces, su ataque había sido repentino e inesperado, y apenas había sobrevivido. Sus puños no habían sido rival para este par la última vez, y también había tenido a Charlotte. Tenían el elemento sorpresa una vez más, pero esta noche parecían querer atormentarlo primero con la amenaza de lo que estaba por venir.

Cuando vio a otros dos hombres emerger de las sombras y unirse al lento acecho, Winston supuso que no estaban aquí para ayudarlo a hacer nada más que morir más rápido. No habría razonamiento con ellos para pedir clemencia. Ningún trato que hacer. Ninguna Charlotte blandiendo su sombrilla en el último momento para golpearlos hasta someterlos y obligarlos a huir en su lugar.

No hay vergüenza en huir si estás en clara desventaja numérica.

Winston tragó saliva, recordando las palabras de Charlotte después del último ataque. Cuando las había pronunciado por primera vez, él había sentido que era cobarde huir de cualquier pelea. Pero ahora, solo en la oscuridad —con las probabilidades aún más en su contra— no estaba seguro de si no había sido estúpido al mantenerse firme y recibir una paliza que no se merecía la primera vez.

Era el maldito conde de Hurlston. Un hombre con responsabilidades hacia su familia y sus arrendatarios. Un futuro como esposo. No podía morir en el arroyo. Demasiadas personas dependían de él para mejorar sus vidas.

Si Charlotte pensaba que debería haber huido cuando lo atacaron tres en Green Park, ¿qué pensaría que debería hacer ahora que estaba rodeado por cuatro y aún sin arma?

Miró a los tipos que se acercaban, con la intención de rodearlo y evitar su escape.

¡Corre ahora y no mires atrás!

—Buen consejo —dijo en voz alta.

Winston salió disparado hacia la oscuridad, dejando atrás un estallido de gritos sorprendidos de sus presuntos atacantes. Sonó un disparo y él tropezó, pero sus piernas lo impulsaron a mayor velocidad. En la escuela, había sido uno de los velocistas más rápidos en las carreras contra sus compañeros. Como adulto, se había mantenido razonablemente en forma, pero no había corrido a ninguna parte en años. No había tenido razón para hacerlo.

Corrió con fuerza, viró a la izquierda y luego a la derecha, y luego tomó un atajo que conocía bien. St. James' Square era un borrón mientras la atravesaba a toda velocidad, tomando el camino más directo a casa. Aún no podía oír ninguna señal de persecución, pero eso no significaba que no lo estuvieran siguiendo.

Lo habían seguido hasta Bradshaw's.

Habían estado esperando a que saliera para acabar con él, habían dicho.

Sabían quién era —y probablemente también a dónde se dirigía.

Winston vio un carruaje que se acercaba en ese momento. Una gran berlina que se dirigía. Dios sabe dónde a esta hora de la noche. Rápidamente se escondió detrás, esperando que su

volumen ocultara su cambio de dirección, y una vez pasado, se lanzó por una escalera de servicio escondida bajo un par de puertas frontales mal pintadas, jadeando con fuerza.

Necesitaba un momento para pensar.

Se limpió el rostro sudoroso, terriblemente asustado de que su suerte finalmente se hubiera agotado, y tomó una profunda bocanada de aire.

Casi gimió en voz alta porque se había olvidado por completo de sus costillas magulladas en su loca carrera. Se abrazó el pecho y se obligó a respirar superficialmente para que dolieran menos.

Miró a su alrededor, tratando de orientarse. Había corrido un buen trecho hacia su casa. Tenía un batallón de sirvientes en su residencia de la ciudad, y armas también. Todo lo que tenía que hacer era seguir adelante.

Si podía.

Con cuidado, se asomó para mirar la calle de nuevo. El voluminoso carruaje se había detenido a corta distancia, y el cochero se inclinaba desde su asiento. Winston se dio cuenta de que el tipo estaba hablando con alguien que estaba de pie junto al carruaje.

¿Uno de sus perseguidores?

No, más de uno. Había media docena de hombres rodeando ese carruaje ahora.

El cochero señaló hacia una calle que Winston no había tomado. Los hombres conferenciaron y luego se apresuraron en esa dirección.

Winston se desplomó aliviado por su breve respiro, enviando un silencioso agradecimiento mientras observaba cómo el coche reanudaba su viaje por la oscura calle.

Pero su seguridad era sin duda solo temporal. Esos hombres podrían volverse más astutos y dar la vuelta cuando no encontraran ningún rastro de él más adelante.

Si lo encontraban, lo atraparían y lo matarían. Las costillas que habían sido magulladas ahora protestaban y le costaba cada vez más respirar.

Esos hombres sabían dónde vivía y podrían estar esperándolo. No podía ir a casa, ni a ningún otro lugar que frecuentara a menudo. Si lo habían esperado en Bradshaw's esta noche, una decisión de último momento de su parte para asistir, era posible que también lo siguieran a otros lugares a los que solía ir.

Sin embargo, no podía esconderse aquí en la oscuridad toda la noche. La llegada del amanecer lo revelaría, un lord con ropa fina, como un hombre fuera de lugar en esta parte de la ciudad.

Pero ¿adónde debería ir si volver a casa era un camino igual de peligroso?

Se limpió el sudor de la frente nuevamente y distraídamente se secó la mano en los pantalones. Necesitaba ir a algún lugar donde nunca hubiera estado antes. Algún sitio donde estuviera a salvo hasta que pudiera pedir ayuda. Pero ¿dónde era eso?

¿En qué parte de Londres nunca se esperaría que fuera el conde de Hurlston? Ciertamente, no podía ir a las casas de ninguno de sus amigos. Arriesgaría poner sus vidas en peligro también.

No, necesitaba un lugar para mantenerse oculto y evaluar la situación. Solo había un lugar que le vino a la mente, y estaba absolutamente seguro de que nadie imaginaría que buscaría ayuda allí.

Revisó la calle y se escabulló de su escondite, apresurándose en dirección opuesta a su casa tan rápido como pudo.

CAPÍTULO 13



CHARLOTTE ESTABA CASI dormida cuando un rasguño en su puerta la despertó.

—¿Qué pasa? —gruñó, frotándose el sueño de los ojos.

—Señorita, hay una situación abajo —susurró Davis, el mayordomo, a través de la puerta—. ¡Debe darse prisa!

Charlotte saltó de la cama, se echó una bata sobre el camisón y se metió los pies en las zapatillas.

—¿Es mamá? ¿Se ha vuelto a caer?

—Su madre aún duerme profundamente. Pensé que era mejor no despertarla —confió el mayordomo.

Charlotte se apresuró al pasillo y cerró la puerta con cuidado detrás de ella.

—¿Padre se ha vuelto a cortar con su cortaplumas y ha goteado sangre sobre sus notas? La última vez estaba fuera de sí por arruinar esas preciosas palabras.

—No, señorita, esto no concierne a su padre, pero hay sangre. Un extraño está en la puerta y exige ver solo a usted —advirtió Davis—. Solo dijo que es Winston.

—¿Winston? ¿Aquí? —Charlotte se adelantó al mayordomo y miró por la oscura escalera hacia el vestíbulo de entrada abajo. Sí, allí estaba Lord Hurlston, de pie en un charco de luz de vela, apoyado contra una pared de su casa. Casi se desmayó al verlo a esa hora de la noche, pero bajó corriendo las escaleras para recibirlo, preguntándose por qué demonios habría venido.

Cuando se acercó, vio la sangre que el mayordomo había mencionado salpicada por toda su ropa; sus manos y cara también estaban manchadas. Se acercó a él lentamente.

Él levantó la cabeza y la miró con un profundo suspiro.

—Por fin.

Ella se acercó más, extendiendo la mano, pero estaba aterrorizada de tocarlo.

—¿Qué ha pasado?

—Tenías razón —dijo él, apoyando de nuevo la cabeza contra la pared—. Alguien me disparó. Corrí.

Ella tragó saliva y puso las yemas de los dedos ligeramente sobre su pecho.

—¿Corriste? ¿Desde dónde?

—Tal vez sea mejor que sentemos al caballero primero, señorita, antes de que lo interroge.

—Me siento bien —prometió Winston. Una afirmación ridícula, dado su aspecto—. Esta vez no intenté luchar contra ellos como me advertiste que no hiciera. Te escuché en mi cabeza y corrí hasta aquí para decirte que tenías razón. Creo que ahora alguien también quiere verme muerto.

Con la ayuda del mayordomo, ella guio a Winston hasta una chaise longue cerca de un fuego mortecino y lo instó a sentarse. No podía ver ninguna herida a la luz del fuego, pero había tanta sangre por todas partes que no había duda de que estaba herido. También parecía aturdido, y cuando el mayordomo encendió velas por la habitación, vio que las pupilas de sus ojos estaban enormes.

—Yo diría que casi lo consiguieron.

—No. No. Escapé para que no pudieran atraparme —prometió, pasándose una mano por el cabello. La retiró más ensangrentada de lo que ya estaba, lo cual había sido bastante malo para empezar.

Charlotte agarró la muñeca del conde y sostuvo su mano frente a su rostro. —Winston, hay sangre y estás cubierto de ella.

Él parpadeó varias veces. —¿Cómo llegó ahí?

—Yo diría que de la herida en su cabeza —murmuró el mayordomo—. ¿Me permite echar un vistazo? —preguntó en voz baja.

Charlotte sujetó la mano ensangrentada de Winston entre las suyas para mantenerlo quieto. —Mira si puedes encontrar de dónde viene la sangre y qué tan grave es la herida. Podría necesitar un cirujano si el disparo de pistola penetró su cráneo.

Winston se sacudió en su agarre. Charlotte le apretó la mano, esperando que no fuera el caso en absoluto.

Pero cuando Davis intentó examinar el cabello de Winston, el conde se apartó del toque del mayordomo y su agarre sobre Charlotte se tensó. Ella se levantó suavemente y se deslizó alrededor del conde y la chaise longue. —¿Quizás me permitirías inspeccionar tu cabeza? Prometo ser muy gentil.

—Siempre eres gentil conmigo —murmuró Winston, pero Charlotte notó que sus palabras se arrastraban—. Más de lo que merezco.

Charlotte levantó lentamente su mano hacia el cabello de Winston, descubriendo los mechones oscuros cubiertos de una pegajosa rojez. Trabajó lentamente de adelante hacia atrás y descubrió una herida larga y afilada que corría por la superficie de su cráneo en el lado derecho, de adelante hacia atrás. —Aquí —le dijo al mayordomo, señalando la lesión.

—Ha sangrado mucho, pero me parece que la herida no es muy profunda —murmuró él.

Charlotte exhaló un suspiro contenido. Una herida superficial no mataría a Winston si no se infectaba. No necesitaría un cirujano para esto, pero habría que limpiarla y detener el sangrado. Encontró la mirada de Winston por encima de su hombro. —¿Tienes alguna otra herida además de esta? ¿Sientes dolor más abajo en las piernas?

Él se llevó la mano a la cabeza y se estremeció al tocarse. —No sabía que tenía *esta*. No sentía ningún dolor hasta que la mencionaste ahora mismo.

—Quizás el susto del peligro te distrajo de ella —murmuró—. ¿Podrías ponerte de pie para mí?

—¿Por qué?

Ella se apresuró alrededor de la chaise longue para enfrentarlo. —Quiero revisarte en busca de otras heridas.

Él puso una mano sobre el hombro de ella y otra sobre el de Davis. —De acuerdo. No quiero morir por pura ignorancia sangrienta.

—No. A mí tampoco me gustaría mucho eso —le prometió.

Parecía tomarse el disparo con calma.

Ayudó a Winston a ponerse de pie porque ahora temblaba un poco. Con la ayuda del

mayordomo, le quitaron el abrigo y el chaleco, haciendo una inspección minuciosa de cada prenda en busca de agujeros. Al no encontrar ninguno, revisó la camisa que aún llevaba puesta en busca de grandes manchas de sangre en el fino lino.

—Hay un poco aquí en el cuello y en el frente de la camisa, probablemente goteó de la herida en la cabeza.

—¿Qué hay del resto de mí?

Sus pantalones eran oscuros, y ella tuvo que frotar sus manos arriba y abajo por cada una de sus piernas y, por supuesto, por su trasero para averiguar si le habían disparado en alguna parte más abajo. Había manchas oscuras en sus habitualmente inmaculadas medias. Más gotas.

Sus dedos se mancharon de sangre al tocar sus muslos, donde rápidamente concluyó que solo se había limpiado las manos ensangrentadas.

El resto de él parecía completamente ileso.

Se apartó, aliviada, y se limpió los dedos con un paño que el mayordomo le entregó.

—Vivirás.

Winston se dejó caer en la chaise longue detrás de él.

—Parece que aún conservo un poco de suerte.

—Últimamente parece bendecido con una abundancia de ella. Excepto por tu pobre cabeza —murmuró—. Davis, ¿podrías traer agua y ropa limpia? Necesitará lavarse y cambiarse. Quizás algo de uno de los lacayos más altos le quedaría bien. La ropa de mi padre nunca serviría, y no puedo permitir que llegue a casa con prendas empapadas de sangre. Su pobre madre se desmayaría.

—Sí, señorita —Davis hizo una pausa—. ¿Debería despertar al ama de llaves o a una doncella para que la acompañe?

Eso sería lo apropiado, pero... dada su última conversación con el conde... Negó con la cabeza.

—Creo que cuantas menos personas estén al tanto de su presencia, mejor para todos los involucrados. Mejor no mencionar esto a mis padres.

El mayordomo asintió rápidamente y se apresuró a salir, dejándolos solos.

Volvió su atención a Winston, desconcertada. ¿Por qué había venido a verla esta noche? ¿Y herido? Debería haber ido directamente a casa y llamado al magistrado para iniciar una investigación.

Charlotte acercó un escabel a Winston y se sentó en él. Lo miró fijamente y forzó una sonrisa en su rostro. Odiaba verlo así, pero también era consciente de su última conversación. Le había dicho que no se preocupara por él.

Se humedeció los labios.

—¿Por qué has venido a verme?

Sus ojos se entristecieron.

—Sé que después de lo que te dije hoy temprano...

—No pienses en ello —le espetó, interrumpiéndolo—. ¿Por qué estás sangrando? ¿Dijiste que alguien te disparó?

—Estaba en Bradshaw's, saliendo, y mi carruaje no estaba por ninguna parte.

Ella sabía lo que era Bradshaw's. Una casa de mala reputación. Vino, juego y mujeres caídas disponibles por un puñado de monedas. Había pensado que un hombre comprometido habría abandonado la vida disoluta, especialmente cuando su futura novia se alojaba bajo su techo hasta el día de la boda. —¿Así que encontraste un coche de alquiler para llevarte a casa?

—Sí. No. Iba a hacerlo. Pero... —Sus ojos se tornaron serios y la miró fijamente—. El lacayo

de Bradshaw estaba muerto en el callejón junto al edificio. Me estaban esperando allí en la oscuridad.

Ella se quedó boquiabierta. —¿Esperándote específicamente a ti? ¿Estás seguro?

—Sí. Los reconocí. Me llamaron por mi nombre y se burlaron diciendo que esta vez lo harían rápido. Estaban liderados por los mismos hombres que me atacaron en Green Park.

Ella le tomó de la mano, preocupada por ese giro de los acontecimientos. Realmente había esperado estar equivocada sobre la amenaza contra su vida. —¿Cómo escapaste?

—Habían aprendido la lección después de la última vez. Esta noche trajeron más hombres.

—Y sin embargo, aquí estás conmigo —le recordó ella.

Él la miró a los ojos, entrelazando sus dedos con fuerza. —Habría muerto de no ser por ti.

Ella presionó su mano contra la frente de él, preocupada por su estado mental, pero no sintió fiebre ardiendo en su piel. —Winston, yo no estaba allí contigo.

Él se inclinó hacia su toque y luego los dedos de su otra mano se alzaron para tocar su sien. —Estabas en mi cabeza. Diciéndome que no había vergüenza en huir. Me superaban en número. No tenía arma.

Ella sonrió. —Winston, esa no era yo. Eso era simplemente sentido común. Cualquiera habría huido en tu situación.

Él negó con la cabeza, su rostro mostrando líneas obstinadas. —Eras tú. Me salvaste. Otra vez.

Ella se rió de su delirio, aun notando la pegajosidad de su frente. Su piel se estaba volviendo fría y húmeda. Ella había conocido a un hombre que entró en shock después de un susto y cayó en un estupor durante días. Alcanzó una manta y la colocó sobre las rodillas de Winston, decidida a mantenerlo hablando hasta que el mayordomo regresara. Sus heridas debían ser atendidas antes de que lo enviara a casa en su carruaje. —Cuéntame sobre Bradshaw's.

—Es un club.

Charlotte ajustó la manta a su alrededor. —Así que estabas con una mujer en un burdel y luego decidiste venir aquí.

—No. Yo... —Frunció el ceño—. Estaba bebiendo con amigos allí. Berringer se había ido a casa con su esposa, y los otros tenían mujeres. No tenía razón para quedarme.

—Estoy segura de que no —dijo ella con sequedad. Los hombres eran todos iguales. Necios, estúpidamente valientes y llenos de lujuria.

—Yo no... hago eso con las mujeres de allí.

¿Pero en todas partes era probablemente aceptable? Se levantó y fue hacia donde su padre guardaba una botella de whisky escondida en un cajón del escritorio. Sirvió una generosa cantidad al conde y se la llevó.

Él la estaba observando, y luego sonrió. —Sé lo que estás pensando, y no hago eso con *ninguna* mujer, en ningún otro lugar tampoco.

Ella se encogió de hombros. Así que quería que creyera que era casto. *Maravilloso*. Justo lo que quería oír en medio de la noche. —Bebe —le instó, empujando su mano hacia arriba. Winston no necesitó mucho estímulo. Un sorbo llevó a otro hasta que el vaso quedó casi vacío.

Observó su rostro cuidadosamente, complacida al ver que poco después su color mejoró gracias a los efectos del alcohol.

De repente, él la miró, con la mandíbula tensa. —Alguien está intentando matarme.

—¿Quién?

—No lo sé. Aún no.

—Puedo enviar a un sirviente a buscar a la guardia y al magistrado para que te escolten a

casa. Se enterarán pronto y estarás a salvo.

—No —dijo rápidamente.

Ella frunció el ceño. —¿Qué quieres decir con no?

—No hay razón para matarme.

—Seguramente la hay. —Levantó la mano y enumeró algunas—. ¿Algún lord enojado perdió dinero contigo en las cartas? ¿Despediste injustamente a un sirviente que busca venganza? ¿Tienes una amante celosa, enojada ante la idea de ser dejada de lado por tu matrimonio?

Él la miró fijamente. —No. No. Y definitivamente no.

—Entonces solo hay otra razón que se me ocurre. Eres un lord con título y en posesión de una gran fortuna en fondos y propiedades. Solo una persona realmente se beneficiaría de tu muerte.

—¿Te refieres a mi hermano menor?

—Y tú y tu hermano no se han estado llevando tan bien últimamente —observó.

Él la miró con el ceño fruncido. —¿Por qué pensarías eso?

—Yo, um... es de conocimiento bastante común.

—No. No es tan malo como eso. Él quiere apostar y perseguir faldas. Gastar buen dinero en pecado y vicio. Me negué a aumentar su asignación cuando me lo pidió la última vez, y hemos discutido sobre eso de vez en cuando durante el último año.

—Debería ser obligado a vivir dentro de sus posibilidades.

Winston asintió. —En eso estamos de acuerdo. Tengo una casa en la ciudad para ofrecerle que use ahora como su residencia principal.

—Entonces, ¿lo estás echando?

Él frunció el ceño. —Le estoy dando la oportunidad de ser verdaderamente independiente.

—¿Lo sabe él?

—Aún no. Quería sorprenderlo con la noticia en su cumpleaños, pero se ha hecho el escaso.

Suspiró. —Bueno, será mejor que te limpiemos y te enviemos de vuelta para que puedas asegurarte de que no es él.

Se puso de pie, con la intención de averiguar qué estaba retrasando a su mayordomo, pero Winston le agarró la mano de nuevo. La atrajo hacia sí, casi sobre su regazo. —No te vayas.

—Mi lord, su familia está mejor capacitada para consolarlo que yo —le reprendió, alejándose de él para que ya no se tocaran.

—Podrías pensar eso, pero estarías muy equivocada. —Winston había mantenido el agarre de su mano y ahora acariciaba sus dedos con los suyos, comparando la diferencia de tamaño.

Llevó la mano de ella a su rostro y presionó su mejilla contra su palma nuevamente. —Eres tan diferente a cualquier persona que haya conocido. —Respiró profundamente y luego fijó sus ojos en los de Charlotte—. Deseo desesperadamente saberlo todo sobre ti.

Ella se estremeció ante la expresión en sus ojos. El anhelo que vio allí también la afectó. Incluso enojada con él hoy, aún lo amaba. —Pero vas a casarte.

Una expresión de pesar apareció en su rostro. —Esa es la peor parte de estar ya comprometido con otra. No puedo tener todo lo que quiero.

Lo miró fijamente mientras su corazón casi estallaba en su pecho. ¿Tenía él *dudas*... y esa sensación que tenía cuando estaban juntos no era solo su problema?

—Yo también quiero conocerte mejor. —Sonrió ante la perspectiva de un futuro donde Winston se preocupara por ella.

Pero él negó con la cabeza. —*Demonios*. Mi hermano no podría querer matarme, Charlotte.

Charlotte retiró su mano a su regazo, apretando los dedos con fuerza mientras consideraba a

Winston y la razón por la que había venido a ella. —Si no es Peter, entonces piensa: ¿la propiedad que compraste casi fue a parar a manos de alguien más? ¿Has votado en contra de algún lord en la Cámara que te guarde rencor?

—Es posible. Pero la casa de la ciudad que compré, bueno, no tuve competencia en la venta. Fui el único interesado.

Davis finalmente apareció, con un cuenco y un paño en la mano, y ropa echada sobre un hombro. —Tuve que confiar en el lacayo a quien le pedí prestada la ropa y también en la cocinera. Ella todavía estaba en la cocina, a pesar de la hora tardía, y me pilló hurgando en sus armarios —admitió con una mueca—. Jura guardar el secreto, dado el peligro para tu amigo. —Davis mojó un paño—. Si pudieras quedarte quieto, te limpiaré la sangre de las manos y la cara.

Charlotte se apartó rápidamente y dejó que el mayordomo actuara como ayuda de cámara. Ella podría, por supuesto, atender al Lord Hurlston ella misma. No era aprensiva con la sangre y tenía interés en su recuperación. Pero necesitaba un momento para calmarse. No podía olvidar que los estados de ánimo de Winston cambiaban como el tiempo.

Mañana, cuando tuviera la oportunidad de reflexionar nuevamente, quizás se arrepentiría de todo lo que le había dicho esta noche.

Se acercó a la ventana y se asomó con cuidado para estudiar la oscuridad más allá. No se movía ninguna silueta en la tranquila calle frente a su casa, y rezó para que Lord Hurlston no hubiera sido seguido hasta aquí.

Se dio la vuelta y dejó caer la cortina. ¿Qué iba a hacer con el conde? ¿Cómo podría ayudarlo? Obviamente tenía que enviarlo lejos con tantos sirvientes como pudiera reunir a esta hora, para su protección.

Pero se preocuparía en el momento en que él saliera por su puerta. Había jurado no preocuparse más por él esa misma tarde, pero parecía que aún no podía escapar de él.

Tomó un tiempo, pero finalmente Davis logró lavar suficiente sangre del rostro y el cabello de Winston para que pareciera completamente normal de la barbilla hacia arriba. La herida en su cabeza sangraba ligeramente ahora y fue limpiada con solo alguna que otra maldición proferida por el conde.

Davis ayudó a Hurlston a quitarse la camisa en preparación para ponerse una limpia. Charlotte bebió cada momento de su desnudez. Admiró el juego de músculos a lo largo de la esbelta espalda de Winston mientras levantaba los brazos. Había moretones, casi completamente desvanecidos ahora después de su agresión en Green Park. Aunque suponía que debería haber apartado la mirada, Charlotte no sintió vergüenza, solo la continuación de su fascinación por el hombre.

Finalmente, cualquier rastro de sangre había desaparecido, y él estaba de pie en su casa recién vestido pero obviamente cansado.

El mayordomo se excusó para retirar la ropa sucia, dejándolos solos de nuevo.

Winston encontró su mirada, y su expresión era sombría. Charlotte volvió a sentarse junto al fuego cerca de él.

—¿Qué harás ahora?

Él respiró profundamente, frotándose los dedos, que tan recientemente habían llevado la mancha de su sangre.

—No lo sé. Por eso vine a ti, creo.

Charlotte juntó las manos en su regazo.

—¿Qué más imaginas que puedo hacer para ayudarte esta vez, milord?

—Eres la persona más racional que conozco en medio de una crisis.

—Tomaré eso como un cumplido.

Él asintió.

—Fue pensado como tal. Tú *eres* la única persona que conozco en quien siento que puedo confiar completamente ahora mismo.

Ella frunció el ceño.

—Me sorprende oírte decir eso.

—Me siento seguro aquí contigo —Se movió repentinamente en su asiento y puso las manos en su regazo—. Tengo miedo de salir de nuevo.

—No hay necesidad de apresurarse. Puedes quedarte todo el tiempo que quieras.

Su sonrisa regresó.

—Nunca regresaste para tu segunda temporada. ¿Dónde estabas?

Ella parpadeó sorprendida por el cambio de tema y porque él hubiera notado su ausencia. — Lugares que desearía no volver a ver jamás.

Él se aclaró la garganta. —Así que, ¿he oído que tus padres están planeando otro viaje? ¿Cuándo será?

—Partirán en unas dos semanas —asintió ella—. Aunque existe una pequeña posibilidad de que esta vez no me vaya con ellos.

—¿Qué tan pequeña?

Ella se encogió de hombros. —Si me caso, me quedaré en Inglaterra.

La expresión de Winston se tensó. —¿Hay alguien más? Es decir... ¿alguien te está cortejando?

—No. Pero siempre ha sido mi sueño casarme. La esperanza de tener un hogar que nunca tenga que dejar y una familia de la que cuidar. —Bajó la mirada, ocultando su vergüenza de que siempre había querido eso con él—. Pero no hay nadie en particular cortejándome.

Él exhaló lentamente y se recostó. —Necesito tiempo. Si voy a casa y mi madre me ve así...

—Se alterará mucho.

—Peor que la última vez —asintió él—. Y eso ha sido muy malo.

Ella notó que no había mencionado la reacción de Elizabeth a su última lesión. —Una vez que tu cabello se seque y te cambies a tu propia ropa, puede que tu madre y Elizabeth ni siquiera noten la herida. A menos que... bueno, si Elizabeth pasa sus dedos por tu cabello, podría notar que te estremeces de dolor durante unos días.

Winston la miró fijamente. —Eso no sucederá.

Charlotte asintió. —De acuerdo. Entonces puedes quedarte todo el tiempo que necesites.

Él miró a su alrededor de repente. —¿Qué hay de tus padres?

—Ya están acostados —se encogió de hombros—. Si te vas antes del amanecer, probablemente nunca se darán cuenta de que estuviste aquí.

Él miró alrededor, entrecerrando los ojos. Se quedó mirando la puerta principal durante un largo rato. —Esta habitación se siente muy expuesta. ¿Dónde más podría quedarme en la casa?

—¿Quieres dormir?

—No, creo que es poco probable que pueda cerrar los ojos después de los acontecimientos de esta noche, pero no voy a volver afuera mientras esté oscuro.

—¡Oh! —Ella lo miró boquiabierta—. ¿Quieres pasar la noche aquí?

Él tragó saliva y luego asintió. —Mucho.

—Tenemos una habitación de invitados —admitió ella—. Nadie se ha quedado en esa habitación desde hace mucho tiempo, pero puedo hacer que una criada prepare la cama para ti.

—Necesito que *tú* me escondas, Charlotte.

Ella parpadeó. Él era bienvenido a pasar la noche en una habitación de invitados, pero ¿realmente estaba sugiriendo quedarse con *ella*? ¿En su habitación, además?

—Sí, contigo, si me lo permites. Hay algunas cosas que necesito explicarte. En privado.

Todo el aire abandonó sus pulmones. Estaba sorprendida, pero también intrigada. ¿Qué le quedaba por decir? Ya había dejado clara su desaprobación por su comportamiento.

Pero se puso de pie, secándose las palmas húmedas en la bata y echando un rápido vistazo hacia abajo.

Dios mío, estoy en ropa de dormir.

¡Sentada frente al conde que amo en ropa de noche!

Cerró los ojos brevemente, horrorizada consigo misma. Ahora sí que estaba *arruinada*, y él ni siquiera la había tocado.

Pero Winston no parecía en absoluto preocupado por su falta de vestimenta. Y era posible que *pudiera* llevar al conde a escondidas a sus aposentos y ocultarlo en su vestidor durante la noche, y nadie se enteraría jamás. Sus padres rara vez la visitaban.

Davis regresó entonces, y su mirada se posó inmediatamente en el conde.

—¿Debo llamar a un carruaje ahora?

Pensando rápidamente, ella respondió:

—¿Podrías preguntarle a la cocinera si quedó algo de la cena para que él coma? Temo que mi amigo pueda entrar en shock por sus desventuras de esta noche. Algo de comida en el estómago podría hacerle sentir mucho mejor antes de que nos deje —murmuró.

—Estaré encantado de traerle algo —respondió Davis con un asentimiento antes de marcharse para cumplir el encargo.

Tan pronto como se fue, Charlotte agarró el brazo del conde y tiró de él para que se pusiera de pie.

—En silencio ahora.

Subieron de puntillas las escaleras, y Charlotte lo llevó hasta su dormitorio. Lo empujó dentro, prometiendo volver tan pronto como pudiera, y luego se apresuró a bajar. Una vez en el vestíbulo, abrió y cerró la puerta principal y luego se quedó allí, esperando el regreso del mayordomo.

Davis pareció sorprendido de verla en el vestíbulo, pero traía el plato de comida prometido.

—Es lo mejor que pude conseguir a esta hora.

—Agradezco mucho tus esfuerzos, pero desafortunadamente el caballero decidió de repente que tenía que irse —miró hacia la puerta y se mordió el labio inferior—. Espero que esté bien.

—Yo también lo espero —asintió Davis, mientras se aseguraba de que la casa quedara bien cerrada para la noche.

Charlotte percibió el aroma de la comida en la bandeja y su estómago rugió en respuesta. Extendió la mano.

—No hay que desperdiciar —dijo—. Creo que me llevaré ese plato a mi habitación y lo comeré antes de volver a dormir. Dejaré el plato fuera de mi puerta cuando termine para que lo recojan por la mañana —prometió.

El mayordomo, acostumbrado a sus ocasionales peticiones de bocadillos de medianoche, le entregó el plato de buen grado. Una rebanada de pastel frío de la cena, un poco de jamón y queso. Comida perfecta para comer solo con los dedos.

Subió las escaleras con aparente calma, pero sus sentidos estaban en llamas. Tenía un conde en sus aposentos. Ni siquiera en sus sueños más locos había imaginado que eso sucedería.

Entró en sus aposentos y cerró la puerta con llave. Winston estaba sentado cerca del fuego,

mirando las llamas fijamente.

—¿Algún problema? —susurró él.

—Ninguno —respondió ella, también en un susurro, antes de depositar el plato en su regazo. Luego se sentó a su lado y esperó lo que viniera después.

Él dejó el plato a un lado y se volvió hacia ella.

—No quise decir ni una sola cosa de lo que te dije en la casa de fieras. Nada de eso.

Ella se tensó al recordar el dolor que sus palabras le habían infligido, pero no se atrevió a mirarlo.

—Entonces, ¿por qué lo dijiste?

Él suspiró.

—No puedo explicar por qué, solo que en ese momento pensé que era importante.

—¿Y ahora has cambiado de opinión? ¿Volverás a cambiarla mañana?

—He entrado en razón.

Ella lo miró entonces y arqueó una ceja, como él había hecho con ella antes ese día, esperando una explicación o una disculpa.

Él inclinó la cabeza.

—Estoy más arrepentido de lo que puedas imaginar, Charlotte, por las cosas hirientes que dije. Fui imperdonablemente grosero, ingrato y tonto hoy.

Ella levantó la barbilla.

—Sí, lo fuiste. Pensé exactamente lo mismo de ti en ese momento, y una docena de otras descripciones poco amables también.

—Me di cuenta. Tienes todo el derecho de estar enojada conmigo y golpearme en la cabeza con tu sombrilla, si lo deseas.

Ella miró su cabeza.

—Creo que tu pobre cabeza ya ha recibido todas las palizas que puede soportar este mes.

—Charlotte, no hay una manera fácil de explicarlo, pero... —Se desplomó ligeramente—. Quiero mostrarte lo que *realmente* sentí hoy cuando te vi parada frente al elefante.

—De acuerdo.

—Quédate muy quieta —susurró, mientras su mano se alzaba bajo su barbilla y giraba su rostro hacia el suyo.

Al momento siguiente, sus labios descendieron sobre los de ella.

Ella se quedó inmóvil bajo el suave asalto de sus labios.

El conde la estaba besando, y ella quería devolverle el beso mientras la caricia de sus labios continuaba. Charlotte era solo humana, y muy débil en lo que concernía a Winston.

Entreabrió los labios y de repente se encontró envuelta en los fuertes brazos del conde, sentada en su regazo. Se aferró a él, sin aliento, sus sentidos abrumados por una pasión que parecía haber surgido de la nada.

Winston se apartó de repente con un suspiro.

—*Por eso* estaba enojado hoy. No quiero tener los pensamientos que tengo cuando te veo... pero los tengo.

—No hice nada diferente hoy —prometió ella, mirándolo con absoluto asombro.

Winston la deseaba.

—Soy yo. No puedo dejar de pensar en ti —admitió él. Una lenta sonrisa se dibujó en sus labios antes de retirarla de su regazo—. No me detuviste.

—No. Quería ese beso —Siempre había querido saber cómo sabía.

Él asintió lentamente.

—Déjame resolver esto, dulce Charlotte, y vete a la cama. Necesito pensar en lo que acabo de hacer y en lo que me sucedió antes esta noche. Finge que no estoy aquí, para que nadie sospeche que ya no estás sola.

Charlotte no quería dejarlo, pero quizás un poco de distancia podría evitar que cometiera un error fatal. Había soñado con tener a Winston solo para ella. Ahora que lo tenía, no estaba segura de estar lista.

Se puso de pie y se metió en su cama llena de esperanza conflictiva, pero más emocionada de lo que había estado en toda su vida. Winston la había besado con una pasión tan dulce que casi temblaba de esperanza de que su sueño pudiera hacerse realidad.

Un felices para siempre... con él como su esposo, quizás. Pero solo si no lo mataban primero.

CAPÍTULO 14



WINSTON TACHÓ OTRO nombre de su lista y maldijo por lo bajo ante la futilidad de su solitaria mañana. Todavía no podía comprender por qué alguien querría dispararle, atropellarlo con su caballo o golpearlo hasta dejarlo hecho una pulpa sangrienta.

Había estado en ello toda la noche y toda la mañana. Escribir los nombres de conocidos, e incluso buenos amigos, por insistencia de Charlotte, había sido un esfuerzo inútil.

En retrospectiva, había estado bajo amenaza durante algún tiempo sin darse cuenta.

Ya no podía pretender que había tenido suerte al escapar de sus roces con la muerte. Había un peligro persistente rodeándolo, y los métodos se habían vuelto más extremos en las últimas semanas.

Lo único de lo que estaba seguro era que Charlotte estaba dispuesta a hacer cualquier cosa para ayudar a mantenerlo con vida. Incluso arruinar su reputación y quizás sus posibilidades de hacer un buen matrimonio.

Echó un vistazo a las acogedoras habitaciones de ella, deseando y preocupándose ahora también por su seguridad. Había salido, decidida a averiguar si se comentaba algo sobre sus recientes desgracias en la sociedad. Le había asegurado que nadie prestaba atención a las solteronas curiosas.

Pero él sí lo había hecho.

Sus atacantes también podrían haberlo hecho.

Winston había notado a Charlotte en su primera temporada, pero ella no había vuelto para una segunda. Y ahora este año, había estado en su compañía debido a sus amigos en común, y ya no podía pasar por alto la razón de su interés en ella.

Le gustaba demasiado como para olvidarla. La había besado anoche y quería volver a hacerlo hoy cuando regresara.

Se suponía que debía casarse con Elizabeth, incluso había estado comprometido cuando notó a Charlotte por primera vez. Pero luego ella se había ido, se había perdido toda una segunda temporada, y él había pensado que su interés era una aberración.

Cuando ella había regresado, se había convencido de que la emoción de verla de nuevo era solo anticipación por las historias que compartiría de sus viajes.

Anoche, ella le había dejado besarla, y no parecía muy preocupada por ello esta mañana. Había dormido a no más de dos metros de donde él había estado sentado toda la noche, reflexionando sobre su futuro, si es que tenía uno por delante.

Echó un vistazo por la ventana de la habitación hacia la calle de abajo, observando los

carruajes que pasaban a través del filtro de las cortinas de encaje. Charlotte se había ido hacía mucho tiempo y realmente empezaba a preocuparse por lo que la mantenía lejos de él.

Se obligó a sentarse de nuevo en el escritorio de ella por enésima vez para estudiar las listas que había hecho. Demasiados nombres en ellas habían sido tachados y aún no estaba más cerca de encontrar una respuesta o razón para el ataque de anoche.

Sus sirvientes actuales llevaban mucho tiempo con él. Sus amigos más cercanos estaban por encima de toda sospecha. Seguramente no podía estar bajo amenaza de su propia madre, ni siquiera de su hermano, como Charlotte había sugerido inicialmente. No podía ser Elizabeth. Ella iba a ser su esposa.

Sin embargo, en algún lugar de Londres había una persona extremadamente enojada con un motivo que no podía comprender.

La puerta principal se cerró de golpe un piso más abajo.

Winston se puso de pie en un instante. Recogió sus notas, se aseguró de que no quedara rastro de su presencia en la habitación de Charlotte y corrió de vuelta al vestidor, su escondite para el día. Aunque había planeado irse antes del amanecer, no lo había hecho. Sin embargo, no podía ser descubierto aquí. No si quería proteger la reputación de Charlotte.

No pasó mucho tiempo antes de que se abriera la puerta de la habitación, y escuchó la voz de Charlotte, alta y clara, sonando agraviada por algo.

—Dámelos y los guardaré yo misma —ordenó.

—No es molestia, señorita Waters —respondió una criada, supuso él—. Al menos déjeme extenderlos sobre la cama para que no se arruguen. Acaban de salir de la plancha.

—Oh, está bien. Y luego realmente quiero estar sola —accedió Charlotte a regañadientes—. Mi cabeza...

Unos pasos apresurados cruzaron la habitación.

—¿Quiere que le traiga un polvo, señorita?

—No. No. Solo necesito un poco de paz y tranquilidad. Pide a todos que se mantengan alejados de mi habitación.

Astuta Charlotte.

Escuchó el susurro de la tela justo al otro lado de la puerta del vestidor y se encogió un poco más detrás de los baúles de viaje.

—¿Vio algún hombre apuesto mientras estuvo fuera hoy?

—No —respondió Charlotte secamente.

—Usted merece un pretendiente propio.

Winston agachó la cabeza avergonzado. Charlotte merecía algo mejor que un hombre comprometido que la deseaba.

—Eso es todo —espetó Charlotte a la criada con una firmeza en su tono que Winston nunca había escuchado de ella antes. No era la primera vez que se preguntaba qué tipo de vida quería Charlotte para sí misma. Ella había mencionado el matrimonio para evitar irse con sus padres, ¿pero era eso todo lo que quería de un hombre?

Pronto escuchó unos pasos abandonar la habitación, luego hubo silencio en el dormitorio durante varios largos momentos. Tanto tiempo que temió que Charlotte también se hubiera ido de nuevo.

Pero eventualmente, se escucharon los pasos de Charlotte moviéndose lentamente por la habitación antes de detenerse cerca de donde él se escondía. Ella golpeó en la puerta del vestidor antes de abrirla de golpe. Llevaba un vestido amarillo y lentamente encontró su mirada.

—¿Y bien?

Winston estudió su rostro, sintiéndose inmensamente aliviado de verla, aunque también notó que sus mejillas estaban bastante sonrojadas.

—Bueno —respondió él.

—Esperaba volver y encontrar que te habías escabullido —dijo ella mientras entraba apresuradamente en el pequeño espacio y colgaba un vestido en una percha junto a la cabeza de Winston.

—No me iría sin despedirme.

Charlotte sonrió suavemente.

—He visitado a Aurora Hillcrest, a la señora Berringer, a Sylvia Hillcrest en casa de Lord Wharton y varias tiendas de Bond Street. Cualquier lugar donde pudiera encontrarme con conocidos mutuos. Nadie está hablando de ti en particular hoy, y tampoco hay una palabra en ninguno de los periódicos de hoy sobre un asesinato cerca de Bradshaw's.

Tal vez el lacayo de los Bradshaw había sobrevivido. Eso esperaba.

—¿Viste a alguien de mi casa en tus andanzas?

—No, desafortunadamente no. Pasé por tu casa de la ciudad a pie también. Esperaba ver a tu hermano o a tu madre entrando o saliendo. Pero todo parece tranquilo allí.

—Madre apenas sale sola últimamente —dijo él, recostándose contra el marco de la puerta mientras observaba cómo el rubor subía por las mejillas de Charlotte—. A estas alturas se habrá dado cuenta de que no he vuelto a casa y estará preocupada.

—Puede que tenga una solución para eso —se detuvo frente a él y le hizo un gesto para que se apartara. Hurgó en un cajón detrás de él y sacó una pelliza cuidadosamente doblada—. He recibido otra invitación de tu madre... para tomar el té con ella esta misma tarde.

Winston siguió a Charlotte a su dormitorio para poder seguir hablando con ella en voz baja.

—Me preguntaba si volvería a pedírtelo. Estaba bastante decaída cuando enviaste tus disculpas por el almuerzo, y estoy seguro de que disfrutó más el recorrido por el zoológico que si me hubiera quedado.

—No me sentía bien la primera vez —dijo ella, tratando de ocultar que sus mejillas se estaban poniendo de un tono rosa intenso.

Si tuviera que adivinar, Charlotte estaba mintiendo sobre la razón por la que había rechazado venir. Se acercó y puso sus manos ligeramente sobre sus hombros.

—Cualesquiera que sean nuestros desacuerdos, confío en que nunca más desaires a mi madre por ellos.

Ella se encogió de hombros, apartando sus manos.

—Si voy a verla hoy, podría decirle que estás a salvo. Tranquilizarla —se dio la vuelta y lo miró—. Por supuesto, no le diría que te dispararon. Eso podría ser demasiado para cualquier madre al oírlo sobre su primogénito.

Él lo pensó por un momento.

—Se sentiría aliviada de saber que estoy a salvo y bien, pero creo que es mejor que no reveles que conoces mi ubicación. Haría demasiadas preguntas incómodas y asumiría lo peor de nosotros.

—Entiendo que los riesgos para mi reputación dependen de mantener en secreto tu presencia aquí. ¿Tienes alguna objeción a que acepte su invitación?

—No —frunció el ceño—. ¿Normalmente habrías dudado?

—No. Me siento honrada por la invitación. Tu madre es muy dulce. Pero tu futura esposa estará allí, y...

—Y yo te besé anoche —terminó él por ella.

—Exactamente. —Charlotte hizo una mueca y se apartó de él. Winston la observó mientras rebuscaba entre sus opciones de vestuario antes de sacar dos vestidos muy diferentes. Parecía que no podía decidirse entre el vestido amarillo que había traído primero o el blanco virginal que ya colgaba esperando ser usado.

Se apoyó en el marco de la puerta y su mirada recorrió a Charlotte de pies a cabeza. Charlotte era... agradablemente curvilínea, en su opinión. En el pasado, no siempre había parecido tan segura de sí misma como ahora. Especialmente no en los bailes. Solía quedarse con las jóvenes sin pareja, pero últimamente, gracias a su creciente círculo de amistades, había visto otro lado de ella, una mujer más atrevida y segura, y eso solo aumentaba su atractivo. —Si estás abierta a sugerencias, voto por el amarillo. Ese color siempre te sienta bien.

Ella frunció los labios mientras miraba de nuevo el vestido amarillo. Winston sintió el repentino impulso de cruzar la habitación corriendo y robarle un beso a esos capullos rosados.

Se dio la vuelta cuando su miembro cobró vida. Al parecer, solo Charlotte le provocaba eso. Para su pesar, nunca se había sentido así con Elizabeth. Ni una sola vez que pudiera recordar. Sacudió la cabeza ante su inoportuno descubrimiento de lujuria. Cuando descubriera quién estaba detrás de los ataques contra él, tendría que hacer algo con respecto a su atracción por Charlotte. —¿A qué hora te invitó mamá?

—A las cinco en punto. Es bastante tarde para tomar el té, ¿no?

Era tarde. La mayoría de la sociedad se dirigiría a Hyde Park para el paseo a esa hora. ¿Qué estaba haciendo mamá? ¿Intentaba mantener en secreto la visita de Charlotte? Pero, ¿de quién? ¿De él o de Elizabeth? —Mamá se ha vuelto un poco ermitaña en su vejez.

Charlotte asintió. —Debe ser difícil para ella, saber que pronto será reemplazada como la señora de la casa.

—No he notado ninguna tristeza por eso. De hecho, todo lo contrario.

—Las mujeres no siempre revelamos cada pensamiento en el momento en que lo tenemos —confesó Charlotte con una sonrisa irónica—. Podríamos estar hirviendo de rabia o tristeza, y aun así no decir nada externamente que delate nuestro tormento interior.

El corazón de Winston se afligió por la miseria en su voz. —Lamento escuchar que tus padres se van.

Ella asintió rápidamente y se acercó al escritorio, echando un vistazo a sus listas brevemente y luego dejándolas de nuevo. —Estoy haciendo todo lo posible por quedarme.

—Estoy seguro de que lo lograrás —coincidió Winston, pero ahora le preocupaban sus planes de matrimonio. No debería casarse por desesperación.

Charlotte devolvió el vestido amarillo a la percha en el armario y regresó para colocar el delicado vestido de muselina blanca sobre su cama. Él la observó nuevamente desde la puerta, mientras ella elegía cintas, chal y todas esas cosas que las mujeres necesitaban para salir al mundo.

Quería ir con ella. Protegerla y pasear con ella del brazo... pero ¿cómo podría hacer eso? Estaba comprometido para casarse con otra. Lo había estado toda su vida. No era un matrimonio por amor, y se preguntaba si alguna vez podría ser algo más.

No podría serlo si se sentía atraído por Charlotte de esta manera.

Maldijo en voz baja, inseguro de lo que se suponía que debía hacer sobre sus inesperados pies fríos.

Desear a alguien que no podías tener parecía ser doloroso.

Charlotte se volvió hacia él de repente, pero sin sonreír.

—Necesito mandar a buscar a mi doncella si voy a estar lista para reunirme con tu madre esta

tarde —le informó enérgicamente—. ¿Podrías por favor esconderte en el vestidor detrás de mis baúles otra vez y quedarte muy quieto? Mi doncella podría necesitar entrar al vestidor, aunque intentaré detenerla o advertirte de alguna manera.

Él asintió y se retiró de la habitación, cerrando la puerta casi por completo y llevándose sus papeles nuevamente. Se deslizó detrás de la alta pila de maletas de viaje. Era una protección escasa, pero suficiente para ocultarse de una mirada fugaz si se agachaba.

Cuando la doncella entró en la alcoba, se encogió lo más que pudo y decidió que no podía quedarse otra noche más aquí en la casa de Charlotte. Estaba poniendo la reputación de Charlotte en un riesgo demasiado grande. Ella no debería sufrir también porque alguien quisiera asesinarlo.

Pero no estaba seguro de adónde ir. Volver a casa estaba fuera de cuestión si su hermano quería verlo muerto. Pero no podía imaginar por qué Peter podría sentirse así. Ya debería tener todos los datos sobre su herencia y estar satisfecho de que tendría la suya propia. Aparte de estar en desacuerdo sobre el juego, las prostitutas y no haberle comprado el faetón que quería, Peter y él habían sido cercanos una vez.

Aunque ahora tenía que preguntarse si eso realmente seguía siendo cierto. Las personas cambiaban, revelando facetas de su personalidad que a veces eran desagradables o incómodas. Peter se había vuelto reservado.

Podría ir con un amigo en busca de protección. Berringer y Wharton lo acogerían con gusto. Seguramente le prestarían su ayuda y protección hasta que encontraran y aprehendieran al culpable.

Pero Winston preferiría manejar la situación por sí mismo. ¿Parecería débil admitir que no siempre podía protegerse? Ya sería bastante malo si alguien se enterara de las pequeñas pero heroicas intervenciones de Charlotte en sus problemas.

—¿Winston?

Asomó la cabeza por detrás de los baúles para ver a Charlotte ya vestida y aparentemente lista para reunirse con su madre. Parecía... increíblemente inocente cuando vestía de blanco. Tragó saliva, profundamente afectado. Quería ir hacia ella y envolverla fuertemente entre sus brazos. Abrazarla y no dejarla ir nunca. Apartó ese pensamiento egoísta. —Me equivoqué sobre el color de tu vestido. Te ves hermosa con todo lo que te pones.

Su sonrisa fue instantánea. —He pensado en una forma de hacer llegar un mensaje a tu madre sin revelar que tengo conocimiento de dónde estás.

—¿Cómo?

—Escribe una nota para ella, como si la hubieras escrito ayer. La dejaré caer en el vestíbulo de tu casa cuando entre para reunirme con tu madre. O podría descubrirla en algún lugar de la sala de estar, quizás, y entregársela allí mismo. Dile en tu carta que volverás a Londres en unos días, muy probablemente.

—Querrá saber qué estoy haciendo. ¿Qué le digo? Siempre soy honesto con ella. No puedo decirle que estoy escondido en tu vestidor.

Ella sonrió radiante. —Dile a tu madre que decidiste unírte a Lord Scarsdale por una semana en su pabellón de caza. Te invitó, ¿no es así?

—Sí, pero Scarsdale sabía que no iría porque Elizabeth estaría en Londres para la boda. Todos se habrían marchado esta mañana al amanecer.

—En efecto, lo hicieron —le aseguró Charlotte—. Pero no tan temprano como al amanecer. Scarsdale parecía un poco desmejorado cuando salió tambaleándose de su casa de la ciudad cuando yo pasaba por allí.

Pero la idea de Charlotte era una buena historia para contarle a Mamá. Podría decir que los

había seguido pero que se había perdido el desvío o se había extraviado por completo. Después de todo, solo tenía una vaga idea de hacia dónde se dirigían Scarsdale y compañía. Asintió. —Un mensaje de esa naturaleza sería suficiente para tranquilizarla por unos días más. Bien hecho.

Charlotte asintió. —¿Qué debo hacer si veo a la señorita Mayflower? Ella también debe estar preocupada.

Winston pensó largo y tendido antes de responder. —Elizabeth se contentará con lo que Mamá le comparta de mi carta.

Se escabulló alrededor de Charlotte y fue directamente a su escritorio, consciente de que Charlotte le estaba dando una mirada que gritaba curiosidad. Él no iba por ahí besando a otras mujeres o preocupándose por lo que pensarán de él por hacerlo. Ella no tenía idea de que apenas había besado a Elizabeth.

Garabateó una nota, como si hubiera tenido prisa al escribirla, explicando que volvería a la ciudad en unos días, y le pedía perdón por no habérselo dicho en persona. Firmó la carta como "su hijo amante" y la dobló imperfectamente.

Charlotte apareció a su lado y le arrebató la nota de la mano. —Me aseguraré de que la haya visto antes de salir de tu casa de la ciudad. No dejaré que se preocupe por ti más de lo necesario. También intentaré averiguar dónde podría estar tu hermano, para que sepas que él también está a salvo.

—¿No estabas ansiosa por acusarlo de intentar matarme?

Ella se mordió el labio. —Lo estaba, pero he estado pensando en por qué te están atacando. ¿Se trata solo de ti o también de tu familia?

—No se me había ocurrido que Peter también pudiera estar en peligro. Y madre y Elizabeth también.

—Es mejor discutir una sospecha incómoda que dejarla sin decir y perder una pista vital —hizo una mueca—. Hasta que descubramos un motivo y de dónde proviene la amenaza, no puedo hacer nada más que preocuparme por ti.

Él se puso de pie, agradecido por su preocupación e igualmente ansioso por noticias de casa. —Gracias por hacer esto.

—Es lo correcto —se encogió de hombros—. Bueno... hasta esta noche, milord.

—¿Ya no soy Winston?

—No. Eso fue un desliz que no debo volver a cometer nunca —susurró—. Aún te vas a casar con Elizabeth.

—Si te digo que Elizabeth solo me llama Hurlston, ¿me llamarás Winston de nuevo? —Se inclinó y le dio un beso en la mejilla. Apoyó su cabeza contra la de ella por un momento—. Ten mucho cuidado ahí fuera.

Ella giró la cabeza y sus labios se encontraron. Winston no dudó. Robó un beso, luego otro, y más aún. Cuando finalmente se detuvo, de alguna manera tenía a Charlotte sentada en sus rodillas, habiéndose sentado una vez más en su escritorio. Su mano acunando la mejilla de ella y los dedos de ella en su cabello. Ella había logrado evitar la tierna herida en su cabeza y parecía estar completamente sin aliento.

—Ese fue... el mejor beso de mi vida —le dijo.

—El mío también —Lentamente se removió de su regazo y fue hacia el espejo.

—¿Te despeiné?

—No —Su sonrisa creció—. ¿Podrías esforzarte más la próxima vez? —Y luego se cubrió los labios para reír—. Siempre he querido decirle eso a un hombre.

—Me alegro de que haya sido yo y no alguien más.

—*Nunca* ha habido nadie más —Sus ojos se empañaron momentáneamente, y una extraña sonrisa apareció en su rostro, pero luego sacudió la cabeza antes de recoger su bolso—. Volveré con noticias tan pronto como pueda.

—Estaré esperando justo aquí —prometió.

Una suave sonrisa elevó sus labios y luego desapareció por la puerta.

Winston corrió hacia la ventana y se asomó cuidadosamente. Cuando su carruaje se alejó, dejó escapar un suspiro frustrado. ¿Qué iba a hacer con su necesidad de los besos de Charlotte cuando no podía ofrecerle un futuro respetable?

CAPÍTULO 15



LADY HURLSTON FUE tan acogedora cuando Charlotte la vio que se sintió mal por su engaño al estar allí. Charlotte odiaba estar aquí con falsos pretextos, pero mantener a Winston a salvo era vital también para su propia felicidad.

—Por favor, solo hice lo que cualquier persona decente habría hecho en esa situación.

La dama mayor asintió mientras rellenaba su taza.

—Si mi hijo estuviera con nosotras hoy, estoy segura de que disputaría tu afirmación. Fuiste muy valiente, en efecto. Lo habría dicho de nuevo ayer, pero no quería avergonzarte frente a la señorita Hillcrest.

—Gracias —los interminables elogios de la dama la estaban haciendo sonrojar, y miró alrededor de la elegantemente amueblada habitación. Hurlston tenía un gusto excelente, o quizás era el gusto de su madre lo que estaba viendo a su alrededor.

La anciana frunció el ceño y miró hacia la puerta con una expresión de anhelo en su rostro.

—Mi hijo podría consentir en unirse a nosotras más tarde.

Más le valía a Winston no asomar la cara hoy, o su plan para evitar a sus atacantes se vendría abajo por completo.

Charlotte miró hacia la puerta del vestíbulo ella misma, aunque por razones propias. La razón por la que había venido era para tranquilizar a esta mujer de que su hijo estaba bien. Había dejado la nota en la mesa del vestíbulo inmediatamente después de llegar. ¿Acaso el mayordomo de Hurlston estaba ciego?

Charlotte sorbió su té, resistiendo el impulso de golpear el pie y revelar cualquier impaciencia. Su tiempo aquí pronto terminaría, sin importar cuán lentamente bebiera el té y charlara sobre sus viajes. Le había prometido a Winston que se aseguraría de que su madre hubiera leído la nota antes de irse hoy.

—Lamento mucho enterarme de la pérdida de su esposo hace dos años. Tuve el placer de una presentación en mi primera temporada.

Lady Hurlston asintió.

—Todavía espero que entre por esa puerta para contarme sobre su día.

—Estoy segura de que debe ser un momento difícil para usted.

Lady Hurlston sonrió tristemente.

—Lo es, pero tengo a mis hijos para consolarme. Al menos a uno de ellos.

—¿Uno de ellos está resultando difícil? —preguntó cuidadosamente, sin querer revelar su gran interés por el más joven. No lo conocía bien, pero había aprendido que estaba en camino a

la ruina si estaba acumulando deudas que no podía pagar. Debería decírselo a Winston. Lo haría, si él cumplía su promesa y la esperaba en su casa.

—Mi hijo menor —murmuró—. Winston dice que se ha vuelto demasiado mayor para preocuparse por pasar tiempo con la familia.

—Estoy segura de que eso no es cierto. Pero ¿acaso no todo joven escenifica una rebelión contra su deber a cierta edad?

—Winston no lo hizo. Ahora que Peter ha alcanzado la mayoría de edad, apenas lo he visto para desearle lo mejor.

Charlotte hizo una mueca. Esperaba que la rebelión de Peter nunca llegara a más que estar demasiado ocupado para pasar tiempo con su madre. Todos superan a sus padres en cierto punto. Algunos antes que otros.

—Pero tiene invitados importantes alojándose con usted. Eso debe ser una maravillosa distracción.

—Sí, tenemos invitados —pero la sonrisa de Lady Hurlston se desvaneció, y la curiosidad carcomió a Charlotte. Echó un vistazo alrededor. La casa había parecido inquietantemente silenciosa cuando llegó. Aún lo estaba. ¿Estaría la futura esposa de Winston siquiera en casa o revoloteando por Londres con su hombre misterioso? Lady Hurlston apenas había mencionado a la mujer. Se humedeció los labios y decidió ser más directa—. ¿Cree que la señorita Mayflower se unirá a nosotras hoy?

Charlotte no pasó por alto la decepción en el tono de Lady Hurlston cuando respondió:

—No. Ha salido con su padre otra vez, creo.

Charlotte miró el reloj sobre la mesa, justo al lado del codo de Lady Hurlston. Faltaban diez minutos para las seis. Ya casi era hora de regresar a casa. Se demoró un poco más y le preguntó a la condesa sobre sus planes para el día siguiente, y cuando el reloj del vestíbulo dio la hora, un sonido mágico resonó por toda la casa. Cuando terminó, el silencio que dejó la hizo estremecerse deliciosamente.

—Mi esposo me regaló muchos relojes para nuestros aniversarios de boda. Ese en particular el día que nos casamos. Me hace recordar la vida que compartimos.

—Me encanta el sonido —Charlotte dejó su taza—. Bueno, odio decirlo, pero debo irme. Le agradezco mucho el té y la conversación, mi lady. No debo entretenerla más.

—He disfrutado enormemente de tu compañía y las historias que cuentas —asintió la anciana—. Gracias por complacer a una vieja hoy uniéndote a mí. Dale mis mejores deseos a tu madre y tu padre. Quizás la próxima vez, tu madre pueda ser persuadida de dejar a un lado sus libros y unirse a nosotras.

¿La próxima vez? Dudaba que tuviera razón o tiempo para volver a visitar.

—Haré todo lo posible por persuadirla para que venga.

La anciana pareció encantada con su promesa. Charlotte se puso de pie, hizo una reverencia y caminó lentamente hacia las puertas del salón. Habían permanecido entreabiertas mientras tomaba el té, y cuando salió, allí en el suelo seguía la nota que había dejado caer a su llegada.

¡El mayordomo ni siquiera la había visto!

La recogió y volvió con Lady Hurlston.

—Perdóneme, mi lady. Pero encontré una nota en el suelo del vestíbulo. Pensé que debería verla. Podría ser importante.

Lady Hurlston frunció el ceño ante el papel, pero lo aceptó de su mano y lo desdobló lentamente para leerlo.

La sonrisa más feliz apareció en su rostro, y la postura de Lady Hurlston cambió a una de

alivio.

—Vaya, vaya. Esto lo explica todo. Gracias, señorita Waters. Esto es justo lo que necesitaba ver.

—Me alegro de haber sido de ayuda —Charlotte hizo otra reverencia y luego salió por la puerta principal. Con su misión cumplida, apresuró sus pasos hacia casa y Winston.

En casa, era evidente que sus padres no tenían idea de que había salido porque le preguntaron adónde iba como si realmente les importara. Charlotte no se molestó en corregir su error hoy. ¿Cuál era el punto? Preferiría que no se interesaran por ella en este momento. Pero les preguntó si ya habían comido, y cuando prometieron que no tenían hambre en absoluto, les deseó buenas noches y los dejó con su estudio de asuntos más aburridos de lo que las palabras podían describir.

Subió las escaleras hacia su habitación, luchando contra la misma tristeza y enojo que había sentido toda su vida por su desatención. Sus padres nunca le prestarían suficiente atención. Incluso de niña, la habían olvidado y entregado a los sirvientes.

Charlotte entró en su habitación y cerró la puerta con llave, apoyándose contra ella mientras ordenaba sus pensamientos. No podía soportar otro año viviendo así con sus padres. Y con Winston aquí, no podía concentrarse en buscar un matrimonio con otro hombre.

Cuando alzó la mirada, Winston salía del vestidor con una enorme sonrisa de bienvenida en su rostro.

—Por fin has vuelto.

—Sí —se apresuró hacia él para poder susurrar—. Tu madre parece estar bien, pero también triste. ¿Siempre es propensa a estados de ánimo bajos prolongados?

—Sí —Winston le quitó el ridículo de las manos y el chal de los hombros—. Desde que murió mi padre, ha sido difícil animarla.

—Tenías razón en que había notado tu ausencia. Leyó tu nota y fue fácil ver su alivio —sonrió—. ¿Eres su favorito, por casualidad?

—Sí, pero no debería tener favoritos —dijo Winston mientras le tomaba las puntas de los dedos.

—Al menos tienes un padre que se preocupa por ti —observó, sintiendo que un toque de amargura se colaba de nuevo en su alma, incluso con la mano de Winston deslizándose por su brazo.

Su mano se detuvo en su hombro y lo apretó.

—¿Qué ha pasado?

—Nada que no haya pasado mil veces antes —se alejó de su toque, sin querer hablar de sus padres—. No vi señales de tu hermano. Tu madre no lo ha visto en absoluto.

Charlotte recuperó su ridículo y pateó sus zapatillas bajo la cama, como siempre hacía al regresar a casa.

Arrugó los dedos de los pies sobre la alfombra y luego se estiró de puntillas. Terminado el ritual de regreso a casa, se acercó a su escritorio y dejó el ridículo sobre él.

Hurlston había ocupado su escritorio en su ausencia otra vez y parecía haber usado todas sus páginas en blanco también. Tendría que buscar más en el estudio de sus padres más tarde si quería escribir alguna carta propia.

—¿Algún nuevo descubrimiento mientras estuve fuera?

—Tengo muchos conocidos y no puedo recordar cada conversación que he tenido con todos ellos.

Se sentó en el asiento de la ventana, estudiando los nombres que él había garabateado.

—¿Son todos estos potenciales enemigos?

—No. Es una lista de todos con quienes he hablado en las últimas semanas.

—La crema de la sociedad, sin duda. No es tan sorprendente ya que eres el favorito de todos.

—Suenas como mi hermano, aunque no tengo idea de por qué piensa tal cosa.

—Porque eres fácil de hablar y tu madre se lo dice a todo el mundo.

—¿Has oído chismes sobre mí?

Se encogió de hombros.

—Las flores de pared chismean todo el tiempo.

—Los solteros también.

Ella lo miró.

—Oh, soy muy consciente de la devastación que puede causar la lengua de un pícaro.

Él sonrió y se inclinó para besarla. —Nadie chismosea sobre ti. Yo nunca lo haría — prometió cuando se apartó.

—¿Incluso después de esto? —Hizo un gesto entre ellos con una sonrisa. No lamentaba haberlo dejado besarla. Fue agradable. Él era delicioso.

—Nadie sabrá jamás sobre esto —prometió, y ella creyó que lo decía en serio.

Además, nadie creería nunca que Charlotte Waters había besado a un pícaro tan distinguido. —Me temo que no puedo prometerte lo mismo. A veces hablo sin considerar primero a mi audiencia.

Él sonrió. —¿Como la noche que anunciaste que estabas desesperada por ser arruinada en un baile?

Charlotte se cubrió la cara con la mano. —Esperaba que no me hubieras oído decir eso.

Él alargó la mano y le apartó un mechón de pelo de la cara. —Ha estado en mi mente desde entonces.

—¿De verdad?

Asintió y deslizó los dedos para acariciarle la garganta, luego se movió hacia su hombro, antes de sujetarla con fuerza con ambas manos. —Prométeme que no te entregarás a alguien que no sea digno de ti.

—¿A quién debería entregarme, entonces? ¿A ti?

Su mirada se apartó de la de ella inmediatamente.

—Eso pensé. —Charlotte se dio la vuelta—. Nadie me quiere.

—Eso no es cierto.

—Soy demasiado baja y redonda para que me vean, la mayoría de las noches.

—Yo te veo. Y lo que podría decir sobre tus encantadoras curvas incluso merecería una bofetada —le advirtió.

Ella se rio. —Oh, eso fue dicho con astucia. Ahora me muero por saber lo que podrías haber dicho, y me has impedido abofetearte si lo encontrara ofensivo.

Él sonrió. —Nunca diría nada sobre una dama que no fuera completamente halagador.

—Quizás ese sea nuestro problema. Tú eres demasiado amable y yo demasiado atrevida. —Negó con la cabeza. Él estaba aquí por una sola razón. Para salvar su vida. Volvió a coger su lista—. Cuéntame sobre Lord Montrose. Rodeaste su nombre con un círculo y luego lo tachaste.

—Una vez estuve en una cena con él y fue el blanco de una broma de mal gusto. —Se acercó más, con su muslo presionado contra el de ella en el asiento de la ventana—. ¿De verdad crees que soy amable?

Charlotte ignoró su pregunta. —Tienes otro nombre rodeado y tachado. Lord Belmont. Cuéntame sobre eso.

—Su actual esposa coqueteó conmigo antes de que se casaran. —Se encogió de hombros—. Pensé en ese momento que estaba tratando de poner celoso a su difunto marido. Pero Belmont también estaba allí esa noche. Ahora que está casada con Belmont, me preguntaba...

—Las mujeres casadas a menudo son descuidadas —observó Charlotte—. El difunto Lord Barnes mantenía una serie de amantes por toda la ciudad. Pero se rumorea que Belmont consoló a Lady Barnes durante los años infelices de su matrimonio.

—Seguramente ese incidente no es suficiente para matarme. No fue más que un beso incómodo que nunca busqué.

—Bueno, un beso no significa nada para muchos, pero para un amante que se pone celoso fácilmente significa algo mucho peor. Belmont parece un tipo de hombre posesivo.

—No tenía idea de que fueran amantes.

—Solo son sospechas y rumores. Lo más probable es que sean infundados —encontró un espacio libre en una hoja de papel y escribió los nombres de Lord y Lady Belmont en la parte superior de una nueva lista—. Lady Belmont también ofrece un baile de máscaras esta noche, aunque no me invitaron a ese.

—A mí sí.

—Bien. Espero que eso signifique que ambos hayan olvidado aquel beso. ¿A quién más anotaste y tienes dudas?

—¿Vas a interrogarme sobre todos ellos, verdad?

—¿Acaso planeabas esconderte en el dormitorio de alguna otra mujer esta noche?

Él se mordió el labio y luego se rio.

—Tal vez.

—Te vas a casa con Elizabeth —lo enfrentó, con el corazón hundiéndose. Era hora de separarse—. Lo entiendo.

—No —prometió él, tomándola de nuevo. Jugueteó un poco con sus dedos antes de suspirar—. Pero me pregunto si es prudente que me quede aquí. Hay algo que me gustaría hacer de nuevo. Y otra vez. Contigo... así que quizás debería marcharme.

Ella lo miró con los ojos entrecerrados, preguntándose por qué Winston estaba tan vacilante con ella. Cuando se besaron, pareció seguro de que lo había disfrutado. Pero luego se detuvo y pareció estar en conflicto. ¿Lo atormentaba la culpa y sentía que traicionaba a Elizabeth?

—¿Qué querías de mí?

—Lo que quiero —comenzó, pero luego se apartó—. Es una mala idea para ti.

Charlotte le agarró el brazo y lo hizo volverse hacia ella.

—¿Winston?

Él le alcanzó el rostro. Su mano estaba cálida y suave cuando le acunó la mejilla.

—Quiero besarte.

El rostro de Charlotte ardió. Se estiró para tocarle la cara también, pasando suavemente las yemas de los dedos por la barba incipiente de su mejilla.

—No hay nada que desee más que eso también.

Él se inclinó, acortando la distancia entre ellos. Su beso fue vacilante al principio, pero pronto ella se encontró envuelta firmemente en sus brazos. Charlotte rodeó su cabeza con ambos brazos, disfrutando de la presión de su cuerpo más grande contra el suyo. El calor y la emoción. Aquí era donde siempre quería estar.

De repente, él la levantó y la llevó a la chaise longue junto al fuego, donde la sentó en su regazo.

—No te arruinaré.

Ella se sintió casi decepcionada por esa declaración.

—Entonces será mejor que empieces a besarme y que sea un buen beso.

Él se rio.

—Haré lo mejor que pueda, querida.

Sus manos se cerraron suavemente alrededor de su cabeza mientras la atraía para otro sabor de sus labios. Charlotte lo besó y luego deslizó su lengua entre sus labios. Winston gimió y Charlotte aprovechó su reacción para lanzar un apasionado asalto propio. Mientras llovía besos sobre sus labios dispuestos, enredó sus dedos en su cabello, evitando su herida, pero manteniéndolo cerca para que no se detuviera. Amándolo de la única manera que podía. Completa y sin reservas.

Winston la apartó de repente, su respiración fuerte y agitada. La miró fijamente, y Charlotte se encogió de hombros. Luego se levantó, se subió el vestido y se sentó a horcajadas sobre su regazo.

Winston se recostó en la silla y le sonrió.

—Valiente Charlotte —murmuró.

—Solo para ti —prometió mientras se inclinaba para besarla de nuevo.

Las manos de Winston vagaron, atraparon su vestido y la acercaron más, luego se movieron para acariciar sus muslos. Observó lo que hacía, dónde tocaba y, cuando llegó a su rodilla desnuda, la miró con una pregunta en los ojos.

—Sí —jadeó ella, esperando haber entendido su intención.

Sus dedos se deslizaron bajo el vestido, provocando, explorando la piel sensible de sus muslos. Charlotte miró al techo de su habitación mientras la caricia de sus dedos se acercaba a su sexo, anhelando más de su toque. Mucho más. Estaba más excitada de lo que jamás había estado con su propia mano por las noches cuando pensaba en él. Con Winston tocándola, temía no durar mucho antes de gritar de placer.

Sus dedos rozaron sus rizos y su sexo se estremeció de anticipación. Se hundió hacia su mano, buscando más de su toque.

—Charlotte —susurró.

—Winston —respondió ella, moviéndose inquieta hacia sus dedos—, no me importaría que me arruinaras.

—No puedes hablar en serio. —De repente, le acunó el rostro—. No puedo. El compromiso...

Charlotte se quedó helada, herida por el recordatorio justo en ese momento. Por un instante había olvidado que en poco tiempo, otra dama tendría el placer de sus besos y caricias. Elizabeth probablemente ya había sido bendecida con sus atenciones en la cama. La mujer era actualmente su invitada.

Se bajó de su regazo inmediatamente, y aunque Winston intentó atrapar su mano, Charlotte evadió su agarre para poner distancia entre ellos mientras luchaba por controlar sus deseos. Había estado tan cerca de lo que siempre había soñado que era difícil dejar esos sentimientos a un lado.

—Sí te deseo, Charlotte —prometió él, acercándose sigilosamente por detrás—. Lo sabes. Pero no así. No ahora.

—Entiendo. —Caminó hacia su escritorio y tomó su lista. Podría haber sido ahora, pero probablemente nunca. Estaban destinados a otras personas—. Viniste a mí en busca de ayuda.

—Vine a ti porque te necesitaba —susurró, inclinándose para rozar su mejilla con la nariz. Lentamente la rodeó con sus brazos y, a pesar de saber que no serviría de nada, ella le permitió abrazarla una vez más—. Mi vida es un poco complicada en este momento —susurró.

Ella se tensó. La suya también lo era, solo por tenerlo aquí y seguir amándolo únicamente a él.

—Nunca deberías haber sido una complicación en mi vida, Charlotte. Encontraré la manera de compensártelo pronto...

No había forma de hacer eso. Se apartó de sus brazos.

—Tus listas. Deberíamos repasarlas de nuevo.

Se sentó sin mirarlo y tomó sus páginas, fingiendo encontrar fascinante su caligrafía. Lo era. Tenía una excelente letra.

Winston finalmente se sentó a su lado para revisar sus listas de nuevo con ella, pero la pasión que acababan de compartir ardía justo debajo de su piel y hacía que estar con él ahora fuera mucho más difícil.

CAPÍTULO 16



WINSTON SE INCLINÓ PARA SUSURRAR:

—¿Estás segura de que esto es necesario?

—Absolutamente —susurró ella en respuesta.

Winston miró a su alrededor mientras se dirigían hacia el abarrotado salón de baile.

—Admito que Lord Belmont no es un hombre con quien se deba jugar, pero aún dudo que alguien que conozco esté dispuesto a matarme por alguna ofensa imaginaria que ocurrió hace años.

—La gente es capaz de hacer cualquier cosa por amor. Los rumores dicen que Whittle está en apuros. *Financieramente*. Si la recompensa fuera lo suficientemente grande, ciertamente podrían considerar asesinar a alguien para resolver sus propios problemas. Alguien podría haberlos incitado a hacerlo. Y Lord Bain no es lo que parece. Por eso estamos aquí esta noche. Para descubrir si el intento de dispararte ha cambiado en algo su comportamiento.

Él miró a Charlotte con asombro.

—No tenía idea de que fueras tan cínica.

—Apenas me conoces —le recordó ella.

Pero estaba aprendiendo más sobre Charlotte cada día, gracias a su acuerdo de mantenerlo a salvo en sus aposentos privados. Había estado con ella durante dos días, completamente oculto.

Era un poco extraño, se dio cuenta, confiar en la sabiduría de una dama poco popular. Depender de alguien tan desconectado de su hogar o familia. Pero estaba llegando a apreciar a Charlotte de decenas de formas nuevas. Era la mujer más ingeniosa que jamás había conocido, y confiaba en ella completamente. Cómo había logrado alimentarlo, vestirlo y alojarlo sin ser descubierta era un logro espectacular. Ella había puesto en riesgo su persona y su reputación para mantenerlo a salvo. Le había instado a ser cauteloso en todo momento, y él tenía la intención de hacer precisamente eso.

El cuero cabelludo le picaba bajo el turbante, y comenzó a levantar su mano derecha.

—Ni se te ocurra intentar rascarte la cabeza —le advirtió ella—. Mantén tu disfraz.

Ni siquiera su propia madre lo reconocería esta noche. El brazo derecho de Winston estaba oculto bajo sus largas y ondulantes túnicas, cerca de un arma que Charlotte insistió en que llevara atada al muslo. Para los demás, podría parecer que era zurdo y quizás carecía de brazo derecho. También llevaba una larga hoja afilada en su cadera izquierda, también al alcance de la mano. Ella había insistido en que llevara armas reales como parte de su disfraz, solo por si acaso los atacaban.

El momento más incómodo de su vida había sido cuando ella se arrodilló a sus pies para ayudar a atarlas. Había obtenido una clara vista de la generosidad de sus pechos abundantes, y su erección había sido rápida y duradera.

Deseaba haber podido continuar haciendo el amor con Charlotte anoche, en sus aposentos. Pero su conciencia no le permitía arruinarla por completo.

Estaba comprometido. Había dado su palabra de casarse con otra hace mucho tiempo. Era una situación y una promesa que no podía evitar.

Se vio reflejado en un espejo y se maravilló del cambio externo. Era su rostro el que más había cambiado. Charlotte era una maravilla con el pincel, la esponja y una barra de kohl oscuro. Había aplicado una variedad de cosméticos oscuros alrededor de sus ojos y piel para hacerlo parecer mayor.

Curtido.

Estaba vestido para hacer juego con su rostro. Esta noche, pretendía ser un extranjero con un aire decididamente peligroso, adoptando la personalidad de alguien que Charlotte había conocido por casualidad en sus viajes. Winston no se había reconocido cuando ella lo giró hacia el espejo y declaró que era lo suficientemente bueno como para engañar a cualquier miembro de su familia, si llegaran a cruzarse.

—Allá vamos —susurró Charlotte, echando hacia atrás los lados de su capa para revelar el disfraz debajo.

La *más* cambiada era Charlotte.

Llevaba una creación de seda negra, algo que acentuaba sus curvas y revelaba más de sus pálidos y abundantes senos de lo que él creía prudente. También se había aplicado cosméticos en el rostro, kohl alrededor de los ojos y colorete para enrojecer sus labios. Pero no eran solo el maquillaje y la ropa los que la habían cambiado. También se movía diferente esta noche. Confiada, seductora. Le resultaba difícil ignorarlo.

La tímida que había conocido durante tanto tiempo se había ido y una misteriosa seductora había ocupado su lugar. *Su* seductora secreta.

Los hombres cercanos notaron a Charlotte mientras se movía audazmente entre la multitud delante de él. Aunque se suponía que debía seguirla, se desplazó a su lado, con la intención de protegerla de cualquier avance lascivo que pudiera recibir. Pero él era casi tan malo como ellos podrían ser. Mirarla despertaba en Winston un deseo en completa oposición a las promesas que seguía diciéndose que eran más importantes.

Apartó la mirada de Charlotte, deseando haber conocido este lado de ella antes de haber fijado la fecha para casarse con Elizabeth.

Quizás no habría fijado una fecha en absoluto.

Winston de repente imaginó otra vida que aún podría vivir. Una donde las alianzas y obligaciones pudieran dejarse de lado. Donde pudiera casarse para complacerse a sí mismo.

Miró a Charlotte y supo que podría haberla cortejado si hubiera tenido la libertad de hacerlo.

Podría haber sido feliz con ella

—Recuerda no reaccionar si mencionan tu nombre —le advirtió Charlotte—. No queremos llamar la atención innecesariamente.

Maldita sea, ¿por qué debería ocultar el deseo que sentía por Charlotte? Innumerables lores exhibían abiertamente sus aventuras amorosas. Deslizó su mano alrededor de la de ella y la atrajo más cerca de su costado. Pero justo entonces divisó a una dama que conocía bien, una mujer de ojos agudos y lengua afilada, y apartó a Charlotte de inmediato.

Nadie podía saber que Charlotte era su casi amante.

Y, sin embargo, eso se sentía mal. ¿Por qué no debería estar con Charlotte? No había nada en Charlotte que la hiciera indigna de sus atenciones. Nada en absoluto. Era encantadora y suave y audaz y deliciosa de besar.

Charlotte, sin embargo, tenía otras ideas sobre mantener un perfil bajo aquí, y lo arrastró con audacia hacia donde ella quería ir, emitiendo una serie de órdenes en voz baja sobre cómo debería comportarse. Ella era más hábil que él para identificar a los miembros del *ton* bajo sus disfraces, y finalmente encontraron a alguien que buscaban entre la multitud después de casi diez minutos de bordear la fiesta.

—Recuerda, no debes mirarlos directamente ni dirigirte a ellos por su nombre. Tu voz es demasiado conocida para pasar desapercibida por encima de un susurro.

Él cuadró los hombros y bajó la mirada hacia Charlotte.

—De acuerdo. Allá vamos.

Charlotte rio de repente y agitó su abanico frente a su rostro.

—Inclínate para que parezca que me estás susurrando al oído.

Él lo hizo.

—¿Qué se supone que debo decir?

—Lo que quieras. Dulces palabras o quejas amargas —respondió ella, y luego posó una mano en su pecho—. Pero no importa lo que digas esta noche, voy a actuar como si estuvieras coqueteando conmigo —dijo en un susurro mientras se estiraba hacia arriba.

Él *quería* coquetear con ella. Sus dedos rozaron su mejilla recién afeitada y se estremeció. Un susurro de emoción recorrió todo el cuerpo de Winston ante el breve contacto coqueto.

Casi gimió en voz alta cuando su dedo rozó su labio inferior.

—¿Por qué fue eso?

—Parte de nuestra actuación —susurró ella, bajando la mirada tímidamente—. Ahora empieza a guiarme hacia ese rincón oscuro de allí. Lentamente.

Pasaron por detrás de su objetivo, Lord Wittle estaba entre amigos comunes, y aunque el instinto de Winston habría sido saludar, no pudo hacerlo. Charlotte lo llevó resueltamente un poco más allá y luego se detuvo.

—Por esta noche, intenta recordar que estás fuera mirando hacia adentro, o que no tienes ningún interés. Mírame a mí en su lugar.

Ya que habían alcanzado las sombras, él no estaba seguro de cómo colocarse. —¿Qué debería hacer?

—Ahora harías lo que le sale natural a un pícaro.

Él la miró boquiabierto.

—Te prometo que tampoco te abofetearé tu hermoso rostro esta noche, así que puedes rodearme con tu brazo. Al menos *finge* interés en seducirme.

Winston podría no tener experiencia en seducción, pero por supuesto había visto cómo se hacía a su alrededor muchas veces. Y no tenía que fingir que la hermosa mujer que estaba suavemente entre sus brazos no ocupaba constantemente sus pensamientos desde que casi hicieron el amor.

Así que, con la más mínima vacilación, Winston se acercó a Charlotte y movió su mano libre para posarla sobre su cintura, luego la dejó deslizarse más abajo. Por su parte, Charlotte pareció complacida con su audaz movimiento e hizo sonidos apropiados y alentadores. Presionó su cuerpo contra el de él, con sus manos acuñadas entre ellos sobre su pecho, mirándolo con una sonrisa coqueta mientras sus dedos se deslizaban hacia abajo. Incluyó un poco la cabeza hacia un lado. —Eso es interesante.

—¿Qué es? —preguntó él rápidamente, esperando que ella no hubiera notado que estaba teniendo otra erección, gracias a su cuerpo rozándolo inocentemente.

—Alguien en el grupo detrás de nosotros acaba de mencionarte por tu nombre. Él, y no estoy segura de quién, no puede creer que no estés aquí.

—Al menos me echan de menos —murmuró Winston, acercándose más a ella. Dejó que sus dedos vagaran hasta posarse en la parte baja de la espalda de Charlotte y descendieran más. Ella era tan suave en todos los lugares correctos... y muchos más que quería explorar si tuviera más tiempo y oportunidad.

De repente, los dedos de ella se elevaron para acariciar su mejilla nuevamente, y luego sus labios, cerrados, presionaron con fuerza contra los suyos. Él se encontró con su mirada brillante, tan impactantemente cerca.

Winston la acercó más, presionando instintivamente contra su cuerpo y revelando su excitación. Los labios bajo los suyos se separaron, y el beso casto se volvió apasionado en un instante mientras sus lenguas se entrelazaban.

Pero pronto ella apartó la cabeza. —¿Oíste eso? —le preguntó—. ¿Ya están haciendo planes para irse?

—Tu oído es obviamente mejor que el mío —admitió. No había escuchado nada, no había sido consciente de nadie más en la habitación excepto Charlotte y sus deliciosos labios. Quería más contacto con ellos, y estaba demasiado distraído por su cuerpo presionado contra él en ese momento para preocuparse por cualquier otra cosa.

De repente, Charlotte se apartó completamente y agitó su abanico frente a su rostro coquetamente mientras reía. —Estoy bastante segura de que la mayoría ha decidido dirigirse a su club, incluyendo a Lord Wittle, lo que significa... que Lord Wittle no te está buscando esta noche.

—Podría habértelo dicho —Se giró finalmente y vio un espacio vacío donde sus conocidos habían estado tan recientemente—. ¿Qué hacemos ahora?

—Continuamos aquí hasta que Lord Bain se digne a aparecer —Charlotte le tomó los dedos y le sonrió—. ¡Oh, eres un pícaro! Ven conmigo, cariño.

Cariño. Podría acostumbrarse a escuchar ese apelativo cariñoso en los labios de su amante.

Ella tiró de él y Winston la siguió tropezando, bastante sorprendido de lo mucho que deseaba ser seducido. Durante la siguiente media hora, continuaron con su pequeña farsa, deteniéndose cerca de sus amigos, escuchándolos quejarse y criticar a la sociedad, todo el tiempo actuando como amantes. Descubrió que era asombrosamente fácil hacerlo con Charlotte.

Charlotte, por su parte, no dudaba en prodigarle sus afectos como parte de la farsa. Durante todo su coqueteo, Winston sufrió prolongados episodios de excitación sostenida, afortunadamente ocultos por sus largas vestiduras.

Finalmente, apareció Lord Bain. Borracho y desordenado, se tambaleaba inestablemente desde la puerta principal hasta la biblioteca, solo para desplomarse en un sillón bien acolchado.

Se posicionaron en una sola silla detrás de él, Charlotte sobre el regazo de Winston.

Él puso su mano en la pantorrilla de ella y lentamente la fue subiendo. El vestido de Charlotte, atrapado bajo sus dedos, también se elevó.

Llevaba zapatillas de seda negra y medias de seda blanca. Cuando llegó a su rodilla, encontró ligas rojas. Winston atrajo los labios de ella hacia los suyos y le dio un beso apropiado. Un beso que pretendía reclamarla como suya. Quería a Charlotte y solo a Charlotte sentada en su regazo, con sus brazos enroscados alrededor de sus hombros, su lengua danzando con la suya.

Haría cualquier cosa para hacer suya a Charlotte. Para hacerla gemir y gritar de nuevo.

Deslizó su mano más arriba, introduciéndola entre sus cálidos muslos.

Pero no pudo llegar más alto. Charlotte apretó sus piernas, atrapándolo a unos centímetros de su sexo.

Encontró su mirada y vio el deseo ardiendo en ella. —No —susurró—. No con público a nuestro alrededor.

Asintió a regañadientes, reprendido por su presunción de que podía hacer cualquier cosa con ella, en cualquier lugar. Charlotte se relajó y apoyó su cabeza en el hombro de él, acurrucándose.

Después de merodear cerca de Lord Bain durante un buen rato y no escuchar nada de valor porque todo lo que hacía era pedir más vino, Winston ya había oído suficiente. Llevó a Charlotte a otro rincón sombrío en el pasillo.

Había terminado de jugar a ser investigador.

También quería terminar con todo lo que pudiera mantenerlo separado de Charlotte.

Siguió con la farsa de ser su amante y, una vez que estuvieron más o menos a solas, empujó a Charlotte contra la pared más cercana. La enjauló con sus brazos y miró hacia abajo, a sus ojos sorprendidos. —Esos son todos de los que tenías dudas.

—Sí. Me temo que sí —Apoyó la cabeza en su pecho y exhaló un suspiro frustrado.

Winston le acunó la nuca, enredando sus dedos en su cabello. —¿No es bueno que mis conocidos no sean unos demonios asesinos?

—No es bueno, porque si no son ellos, entonces vuelvo a mi temor original de que tu hermano te desea algún mal —Alzó la mirada hacia él con lágrimas en los ojos—. Si te hace daño de nuevo, me sentiré muy desdichada. Necesitamos encontrarlo. ¿Tienes alguna idea de a qué compromiso planeaba asistir Peter esta noche?

—A ningún lugar al que pueda llevarte, me temo —Winston le acarició la mejilla, conmovido por sus lágrimas por su seguridad—. Mi hermano ha hecho de su misión de vida evitar eventos sociales como este. Estará apostando o de putas con sus amigos otra vez esta noche.

Charlotte se mordió el labio inferior por un momento. —Necesito contarte algo que escuché... pero puede que no te guste cómo obtuve la información.

—Mi querida mujer, dada mi situación actual, estoy completamente a tu merced. No voy a discutir sobre dónde obtienes tu información. Las mujeres y los hombres chismorrear. Eso es un hecho.

—No es un chisme. No todavía —Se mordió el labio—. Hace unos días, tuve la absurda idea de renovar mi amistad con Lord Bain. Lo que escuché...

Frunció el ceño al saber que había buscado a un borracho. —¿Dónde?

Ella bajó la mirada y sus dedos jugaron con el disfraz de él. —Tu hermano estaba con Lord Bain en un carruaje, discutiendo sobre una deuda impaga. Basta decir que Peter debe dinero más allá de lo que creo que puede pagar.

Winston se apartó. —Peter no me ha contado sobre ninguna deuda grande.

—No me sorprende. Lord Bain oculta una naturaleza sumamente desagradable de la sociedad. No querría que nadie a quien ame, aunque sea un poco, estuviera en deuda con él.

Winston se rio. —El hombre no es más que un borracho. Lo viste esta noche. Apenas puede hilvanar dos palabras.

—No está tan borracho como para olvidar una deuda. Suena peligroso, y temo que Peter pueda verse empujado a hacer lo que sea necesario para pagar esa deuda. Si tú murieras, tendría tu fortuna al alcance de la mano.

—Si mi hermano está en problemas, solo tiene que hablar conmigo. Lo resolveríamos juntos.

Siempre lo hemos hecho antes.

—Espero que él acuda a ti —asintió ella—. Desafortunadamente, si permaneces escondido, eso no será posible.

—Tendré que encontrarlo —susurró él, flexionando los dedos sobre la cadera bien redondeada de Charlotte. Notó que los estaban observando, así que hizo girar a Charlotte fuera del nicho y la llevó por un pasillo oscuro.

Le rodeó la espalda con un brazo. —Deberíamos dar otra vuelta por la fiesta.

—No, Winston —discrepó Charlotte—. Ya hemos estado aquí el tiempo suficiente. Si nos quedáramos, y siguiéramos interpretando nuestros papeles, probablemente se esperaría que me arrastraras a algún rincón apartado o armario para terminar de seducirme.

Él quería hacer eso, pero en una cama suave y durante horas, no meros minutos. Winston la respetaba demasiado como para aprovecharse de su confianza. Este no era el lugar para que terminaran de hacer el amor.

—Supongo que será mejor que nos escabullamos y consigamos un carruaje que nos lleve a casa —Winston tomó su mano y la colocó alrededor de su brazo. Charlotte exhaló un suspiro de descontento, pero se acurrucó contra él mientras se dirigían hacia la puerta principal.

Winston sonrió. Por fin había encontrado a una mujer que le atraía. Y ella también se sentía atraída por él. No podía convertirse en su amante. Una mujer caída en desgracia sería despreciada por la sociedad.

Eso solo le dejaba dos opciones: renunciar a ella... o romper su compromiso.

Todo lo que podía tener con Charlotte eran momentos robados, a menos que estuviera preparado para luchar por su libertad frente a su matrimonio concertado.

Quería estar con Charlotte, y no solo como amante o querida. Se metió el dedo bajo el cuello de la camisa. Quería a Charlotte como su esposa. —Me alegraré cuando esto termine.

Se abrieron paso hacia las puertas principales, serpenteando entre los invitados y continuando con su farsa de pareja amorosa.

Bajó apresuradamente los escalones de la entrada antes de que los vieran, confundido por el conflicto interno que sentía.

Un lacayo se acercó. —¿Su nombre?

—Señora Fielding —murmuró Charlotte con una voz aguda y sin aliento.

El hombre miró a Winston.

Charlotte se rio. —Lo enviaré de vuelta para mi marido enseguida.

El mayordomo asintió secamente y se apresuró calle abajo.

—¿Por qué hablas así y te llevas el carruaje de la señora Fielding?

—Porque se sabe que ella abandona todos los bailes de máscaras con un hombre que no es su marido —le confió—. Y él está demasiado ocupado persiguiendo a la esposa de otro.

—Eso explica por qué el lacayo no se sorprendió con mi presencia —reflexionó—. Sin duda ha visto innumerables ocasiones en las que una esposa aburrida abandona una mascarada con un desconocido. —Se inclinó hacia Charlotte—. Pero, ¿cómo sabes *tú* lo que ocurre?

—Las flores de pared ven y oyen todo. Y compartimos para protegernos unas a otras.

Él rio suavemente.

—Tendré que convertirme en una flor de pared, entonces.

—¿Por qué lo necesitarías? Son las damas las que suelen estar en desventaja. Los pícaros ya saben cómo romper las reglas y salirse con la suya. Nosotras aprendemos las técnicas de seducción empleadas por los sinvergüenzas mediante la observación.

—Este pícaro aún no lo ha hecho —prometió—. Aunque podría usar algunos consejos para

entender a cierta dama.

En realidad, dos. Elizabeth y Charlotte ocupaban sus pensamientos en ese momento.

Llegó un carruaje y Charlotte se apresuró a subir. Él anhelaba quitarse el disfraz y rascarse la cabeza una vez dentro. Pero sabía que aún no podía. No hasta que estuviera a salvo de nuevo en la alcoba de Charlotte.

No habían aprendido nada útil esa noche.

—¿Y ahora qué?

—Ahora te llevaremos a donde necesitas estar.

A casa. ¿A la alcoba de Charlotte, para continuar lo que habían empezado? Ciertamente podría ser persuadido si eso era lo que ella realmente quería. Sin embargo, el carruaje tomó la dirección equivocada.

—Vamos en la dirección incorrecta.

—No, no es así. Vamos a donde quiero que estés.

—La señora Fielding vive en Grosvenor Square.

—Cerca de la casa de Londres del Duque de Exeter. Sí, lo sé. Exeter sabrá qué hacer.

Winston se quedó boquiabierto.

—¿Te estás rindiendo conmigo?

—No. No quiero hacerlo. —Bajó la mirada a sus manos—. Pero ya no soy lo que necesitas.

—Eso no es cierto. —Sus pies lo habían llevado exactamente a donde su corazón anhelaba estar. Con Charlotte, quien parecía preocuparse por él por encima de todo lo demás—. ¿Qué más puedo necesitar además de ti, Charlotte?

Ella lo miró, y su sonrisa fue forzada.

—Necesitas guardias, aliados, y ya los tienes en tus verdaderos amigos. Necesitas sobrevivir. —Asintió—. El Duque de Exeter aún está en Londres, y tú eres el mejor amigo de su heredero. Él sabrá qué hacer y cómo protegerte mejor.

—Habría pensado que el Marqués de Wharton sería un salvador más apropiado —murmuró Winston—. Estará destrozado de que no lo hayas sugerido primero.

Charlotte resopló.

—Fue mi primer pensamiento, pero eso también pudo haber sido obvio para otros. Quien te atacó en Bradshaw's conoce tus lugares favoritos.

—No diría que Bradshaw's sea exactamente un favorito.

Ella hizo una mueca.

—No deberías ir a lugares que frecuentas a menudo hasta que alguien sea detenido y acusado.

—¿Acusado?

Ella lo estudió con la cabeza ladeada.

—Bueno, ¿cómo creías que terminaría esto si Peter está involucrado? ¿Una palmadita en la muñeca y amenazarlo con enviarlo a su habitación?

Él negó con la cabeza lentamente.

—Supongo que no había pensado tan lejos.

—Eres demasiado importante como para perderte —susurró ella.

Winston se sonrojó.

—Tú también eres importante para mí.

—Entonces, por favor, haz lo que te pido.

—De acuerdo. Hablaré con Exeter si está disponible esta noche —aceptó—. Pero solo si te quedas conmigo.

Ella lo miró fijamente durante un largo rato y luego asintió.

—De acuerdo. Entraré contigo.

—Bien. —Él le abrió los brazos y Charlotte se acomodó contra su pecho. Le besó la coronilla, y cuando ella levantó el rostro, le llenó los suaves labios de besos. Habría continuado si hubieran tenido más tiempo juntos, pero la casa de Exeter no estaba nada lejos. La seducción tendría que esperar hasta mañana.

CAPÍTULO 17



HIZO FALTA MUCHA palabrería rápida para conseguir una audiencia con el Duque de Exeter. Afortunadamente, Exeter estaba en casa con la duquesa, pero el ingenioso disfraz que Winston llevaba resultó ser *demasiado* convincente para el sirviente que abrió la puerta. El hombre dudó de su afirmación de ser un conde, y mucho menos el Conde de Hurlston, incluso cuando se quitó las yardas de tela que le envolvían la cabeza.

Charlotte tuvo más suerte cuando interrumpió para pedir hablar con la duquesa en su lugar. Al menos, ella reconoció a Charlotte a primera vista.

—Señorita Waters, ¿qué hace usted aquí a estas horas tan tardías? ¿Ocurre algo malo?

—Lamento haberla molestado, pero tengo un gran favor que pedirle —señaló hacia Winston—. Este es el Conde de Hurlston, y necesita hablar con su esposo con cierta urgencia.

Su Gracia se quedó boquiabierta mirando a Winston.

Él hizo una reverencia.

—Un placer volver a verla.

La duquesa volvió su atención a Charlotte, frunciendo el ceño.

—El duque está en la cama y profundamente dormido.

—Es imperativo que él hable con Exeter lo antes posible. Por favor, ayúdelo. Está en grave peligro. No sabemos qué más hacer.

—Está bien. Lo despertaré —la duquesa subió corriendo la escalera principal mientras el mayordomo les indicaba que esperaran en una sala cercana hasta que el duque estuviera listo para recibirlos.

Llegó con su ropa de dormir y bata unos momentos después.

—Exeter. Lamento molestarlo —dijo Winston, dando un paso adelante para ofrecerle la mano.

—¿Eres realmente tú bajo todo eso, Hurlston? Debo decir que es un disfraz excelente.

—Asistí a un baile de máscaras antes de venir aquí —le explicó Winston.

El duque posó momentáneamente su mirada en Charlotte, parpadeó sin reconocerla, pero fue la duquesa quien habló.

—Y esta es la señorita Charlotte Waters.

La expresión del duque se volvió severa.

—Se me dio la impresión de que el asunto era serio, no de naturaleza romántica.

—La vida del conde está en peligro —le dijo Charlotte, luchando contra un rubor porque para ella, la velada con Winston había sido ciertamente muy romántica—. ¿Está usted al tanto de

que el conde y su madre casi fueron atropellados en Hyde Park por unos jinetes?

—Thaddeus mencionó algo sobre jinetes peligrosos en el parque.

—Ahora creemos que los jinetes lo estaban buscando específicamente a él.

El duque hizo un gesto con la mano.

—Un solo incidente difícilmente...

—Fui atacado por tres matones en Green Park unos días después —añadió Winston.

—No supe nada de eso —dijo Exeter, mirando entre ellos con los ojos entrecerrados.

—Me quedé en casa hasta que los moretones desaparecieron —Winston se tocó las costillas

—. Aún siento algo de dolor.

Charlotte miró a Winston con brusquedad.

—Nunca me dijiste eso.

—No quería preocuparte.

Charlotte puso los ojos en blanco.

—Ahora nunca dejaré de preocuparme por ti, Winston.

—Ah, bueno. Ahora dos veces es preocupante, en efecto —concordó el duque.

—Hay más —añadió Charlotte—. Alguien le disparó. Lo persiguió durante la noche.

La mirada del duque cayó sobre Winston, con los ojos abiertos de par en par. —Debería haber venido a mí inmediatamente —le reprendió—. Usted es amigo de mi heredero, y él estará furioso de que alguien se atreva a amenazarle. Yo también lo estoy ahora. ¡Qué descaro!

—Quería llegar al fondo del asunto por mí mismo —explicó Winston—. Todavía me cuesta creer que alguien quiera verme muerto. Incluso ahora, no puedo explicar por qué podrían desearlo.

—Sucedé tarde o temprano —el duque negó con la cabeza—. Pero creo que lo mejor será que discutamos cómo manejar esta situación en mi estudio. Venga, Hurlston.

Winston le tendió la mano. —Charlotte.

Charlotte comenzó a avanzar, pero la duquesa negó con la cabeza.

—Ella se quedará conmigo —murmuró su excelencia, poniendo su brazo alrededor de los hombros de Charlotte y deteniendo su partida—. Estoy segura de que la señorita Waters podría usar una taza de té. Yo ciertamente la necesito.

Charlotte asintió de mala gana. No conocía bien a la duquesa, pero era una mujer demasiado importante para rechazarla. Lo único que importaba era que Winston recibiera la ayuda que necesitaba desesperadamente. —Podemos hablar de nuevo después de que su excelencia haya ideado un plan para protegerlo.

Winston no parecía feliz de dejarla atrás. —De acuerdo. Volveré por ti pronto.

Ella asintió, y él se apresuró a consultar con Exeter.

Charlotte siguió obedientemente a la duquesa a un pequeño salón. —Lamento haber interrumpido su sueño, su excelencia, pero estoy segura de que su esposo es el único que puede ayudarlo ahora.

La duquesa se volvió. —¿Fuiste tú quien persuadió a Hurlston para que finalmente viniera aquí?

—Sí, temía que lo descubrieran —reunió valor antes de continuar con la verdad sin adornos—. Cuando vino a mi casa hace unas noches, sangrando por una herida en la cabeza, dijo que había hombres esperándolo fuera de su club. Intentaron capturarlo y lo persiguieron cuando huyó. Temía que pudiera haber otros esperando fuera de su casa o de las casas de sus amigos. No fue un encuentro aleatorio. Tampoco creo que los anteriores lo fueran. Le habría contado al duque todo lo que sé y sospecho si me hubiera dejado ir con ellos.

La duquesa sonrió lentamente y le indicó a Charlotte que se sentara. —A Exeter le gusta fingir que sabe lo que está haciendo en todo momento. También prefiere protegerme de escuchar cosas desagradables. Hurlston seguramente es igual. Es la costumbre de la aristocracia. Así que tomarán sus decisiones sin nosotras, y podremos señalar sus descuidos más tarde —le aseguró la duquesa con un guiño—. Pero por ahora, tú y yo tomaremos el té y hablaremos un poco más. ¿No has mencionado que ocurriera un ataque esta noche?

—No. Estábamos intentando descubrir quién podría ser una amenaza para él. Los dos lores más probables con una reputación cuestionable fueron vigilados y descartados como sospechosos.

La duquesa acercó un escabel con borlas y apoyó sus pies. —Cuéntame cómo has llegado a ser la confidente de Lord Hurlston.

—Vino a mí en busca de ayuda, y no pude rechazarlo.

—Pero eso fue hace días, ¿verdad?

—Sí —admitió ella, tragando saliva al pensar cómo eso podría dañar su reputación a los ojos de la duquesa—. Dijo que nadie lo buscaría en un lugar donde no debería estar. La primera noche... estaba herido y comprensiblemente alterado. Tiene una herida en la cabeza, el roce de un disparo de pistola que había sangrado copiosamente. Lo atendimos; mi mayordomo limpió la herida y le consiguió ropa limpia de nuestros sirvientes para que pudiera irse a casa. Pero pidió quedarse, creyendo que sus atacantes podrían estar al acecho fuera de su casa esperándolo. Y si hubiera llegado a casa herido, habría alterado a su madre, cuyos nervios ya estaban afectados por su encuentro cercano en Hyde Park.

—Sin mencionar que su prometida también se habría preocupado por él —añadió la duquesa—. Deben estar fuera de sí preguntándose qué ha sido de él.

—Me encargué de eso cuando entregué una nota en su casa, así que su madre piensa que está fuera de la ciudad por unos días con amigos.

La duquesa se inclinó hacia adelante.

—¿Cuántos días se ha quedado contigo?

Charlotte tragó saliva y no se atrevió a hablar. La respuesta no complacería a su excelencia.

La duquesa negó con la cabeza.

—Pensé mejor de él. ¿No le importa nada tu reputación?

—Sí le importa. Ha sido un perfecto caballero y solo pidió permanecer oculto. Nadie sabe que ha estado conmigo. Ni siquiera mis padres o los sirvientes. Todo lo que hemos hecho es hablar e intentar decidir quién quiere hacerle daño.

La duquesa alzó una ceja y luego miró a Charlotte de arriba abajo.

—¿Saliste con él esta noche, vestida así, sin carabina?

Charlotte se cerró la capa un poco más sobre el pecho.

—Es el único disfraz que tenía. Nunca antes había tenido ocasión de usarlo.

—Si lo hubieras hecho, quizás ya estarías casada —la duquesa sonrió de repente—. No es de extrañar que no pudiera quitarte los ojos de encima hace un momento.

Charlotte bajó la mirada hacia sus dedos.

—No estábamos de acuerdo en venir aquí, pero es lo correcto. La mentira que contó, sobre estar fuera con amigos, no podía mantenerse por mucho más tiempo.

—¿Qué amigos eran?

—Scarsdale llevó a unos amigos a un pabellón de caza por unos días. Winston estaba originalmente invitado, y lo hizo parecer como si hubiera cambiado de opinión y los hubiera seguido.

—Creo que regresaron a la ciudad esta noche, antes de lo planeado. Pasaron por aquí antes para beber el vino del duque con el señor Berringer. Pero Hurlston realmente debería haber acudido al duque mucho antes de esta noche.

—No ha querido creer que no es universalmente amado, y la idea de la traición ha sido difícil de aceptar para él —hizo una mueca al decir eso—. Temo que sea su hermano quien está detrás de todo esto. No hay otro sospechoso con un motivo lo suficientemente fuerte.

—El duque no dejará que le pase nada ahora —prometió la duquesa—. Pero ¿qué voy a hacer *contigo*?

—¿Conmigo?

Sonrió tristemente.

—Él va a casarse, Charlotte.

—Lo sé. Le juro que no ha pasado nada entre nosotros.

—¿Estás segura?

Charlotte se inquietó. —Él nunca lo haría.

La mujer mayor se inclinó hacia adelante y le apretó las manos. —¿Pero tú querías que lo hiciera?

Charlotte tampoco debería responder a esa pregunta. Revelaría su amor desesperado por Hurlston. Él no renunciaría a su matrimonio arreglado por ella. Tenía demasiado que perder.

La duquesa le dio un último apretón de manos y se puso de pie. —Te buscaré un vestido para que te cambies antes de ir a casa.

—¿A casa?

—Hiciste lo correcto al darle refugio, Charlotte. Mantuviste a Hurlston a salvo, y por eso siempre te estará agradecido. Pero ahora debes pensar en ti misma. Las mujeres debemos protegernos de los chismes escandalosos. Puedo ayudarte con eso. Si alguien pregunta, estuviste aquí conmigo toda la noche. No siendo cautivada por él.

—Gracias. —Charlotte se sonrojó, recordando la noche que acababa de pasar. Tener a Winston tan cerca, besarlo tan a menudo, había sido como un sueño. Pero el sueño había terminado. La realidad era que ella era desesperadamente innecesaria en su vida.

—Volveré en breve. —La duquesa salió de la habitación, dejando a Charlotte sola con sus pensamientos inquietantes.

Tenía que dejar a Winston esta noche.

Pero era difícil imaginar un día sin que Winston formara parte de él. Más difícil ahora que habían pasado tanto tiempo a solas juntos. ¿Cómo iba a casarse con otro hombre y quedarse en Inglaterra, observando y preocupándose por Winston desde la distancia? Sería insoportable si alguna vez volviera a resultar herido.

—¿Un penique por tus pensamientos?

Levantó la mirada para encontrar al hombre de sus sueños de pie en la puerta. Se había quitado el turbante cuando llegaron y también se había lavado la cara desde que se separaron. Sonrió rápidamente. —Estaba pensando en tu situación y esperando que todo salga bien.

Él cerró la puerta tras de sí y se dirigió hacia ella. —Exeter ha ofrecido su protección personal y enviará a buscar a los Bow Street Runners al amanecer.

Charlotte lo encontró a medio camino. —Eso aún está a unas horas de distancia.

Winston asintió. —Está haciendo preparar habitaciones para invitados mientras tanto. Pareces tan cansada como yo me siento.

—No estoy cansada —aseguró. Estar con Winston la hacía sentir viva y vital.

Él sonrió y la condujo a un sofá lejos de la puerta. —Charlotte, quiero que sepas algo

importante. Siempre te estaré agradecido por tu ayuda. Has ido más allá de los límites de cualquier amistad que haya tenido jamás. Te debo mi vida y no hay manera de que pueda pagarte.

Eso sonaba como una despedida.

—No esperaba ninguna recompensa —prometió mientras bajaba la mirada hacia sus manos—. Estaba feliz de ayudar, feliz de que acudieras a mí en tu momento de necesidad.

Winston deslizó un dedo bajo su barbilla, haciéndola mirarlo de nuevo. —No debería haberlo hecho. He puesto en riesgo tu reputación. He desviado tu atención de tu propia vida. Me he impuesto. Eso fue egoísta de mi parte.

Ella suspiró. —Conocía los riesgos.

—Deberías haberme echado.

—No podía.

—¿Por qué?

Ella hizo una mueca. ¿Acaso él aún no comprendía lo que ella sentía por él? Quizás nunca lo sabría a menos que ella le confesara sus sentimientos. Pronto se marcharía de este lugar y tal vez nunca volvería a tener la oportunidad de hablar con él en privado. Esta era su única oportunidad de ser completamente honesta con él, aunque no cambiara nada.

—No tienes idea, ¿verdad? Verás... has sido mi pretendiente ideal desde el momento en que nos conocimos. Eres inteligente, apuesto y tan divertido. Amable con las tímidas y con tu madre —Bajó la mirada nuevamente—. Eres todo lo que siempre quise en un esposo. Te amo, pero te casarás con Elizabeth, y ahí termina todo.

El sonido de su asombro fue muy fuerte.

—Oh, Charlotte.

—No me tengas lástima. Tienes una hermosa novia con quien esperas casarte cuando estés a salvo de nuevo. Yo nunca tuve oportunidad.

—Oh, soy un tonto... —comenzó Winston, reclinándose en su silla.

Ella podía sentir sus ojos sobre ella, y Charlotte le devolvió la mirada, finalmente llena de comprensión. Sonrió rápidamente para ocultar su vergüenza.

—Así que ya ves, no puedo arrepentirme de nada del tiempo que hemos pasado juntos. Fue robado y siempre lo atesoraré.

—¿Charlotte? ¿Por qué no dijiste algo antes?

Ella se encogió de hombros.

—Estabas comprometido, por supuesto. Nunca importó lo que yo quisiera.

—Por supuesto que importa —prometió él.

Charlotte se puso de pie de un salto cuando se abrió una puerta y apareció un lacayo.

—Perdone la interrupción, milord. Su gracia desea hablar con usted de nuevo.

—Dile que estaré con él en un momento.

—Dijo que inmediatamente, milord —dijo el lacayo con una mueca de disculpa.

—Será mejor que vayas —le susurró ella—. Ten cuidado, milord, y cuídate mucho.

Winston la miró con el ceño fruncido.

—No hemos terminado de discutir esto. Creo que...

Pero sí habían terminado. En unas horas quizás, él estaría de vuelta en casa a salvo con su madre y su futura novia, y Charlotte estaría con sus padres, preparándose para partir en otra aventura. Ya no había tiempo suficiente para encontrar un marido. Nunca habría suficiente para amar a alguien además de Winston.

—No deberías hacer esperar al duque —lo interrumpió.

—Charlotte —gruñó él, sonando decidido a continuar su conversación—. Necesitamos discutir esto.

—Por favor, ve —susurró ella, incapaz de mirarlo a los ojos ahora—. Tienes un momento difícil por delante.

—Hablaemos de nuevo después de que hayas descansado —Winston se volvió hacia el lacayo—. ¿Me dijeron que una habitación estaría lista para la señorita Waters?

—Sí, milord —prometió el sirviente—. Espero que alguien venga por ella en cualquier momento.

—Bien —Hurlston presionó algo en la palma del sirviente—. Asegúrate de que la cuiden bien —advirtió—. Ella merece toda consideración.

El pecho de Charlotte se apretó de gratitud, pero sin importar cómo la halagara, ella conocía la verdad. Era una complicación que solo lo distraería del deber que sentía. Y ahora estaba en guardia y tenía protección. Estaría bien sin su ayuda.

—Debes irte —susurró ella.

—Te veré pronto —prometió él antes de alejarse con paso firme.

Charlotte mantuvo la barbilla en alto hasta que él se hubo marchado y ya no se le podía oír. Y entonces vinieron las lágrimas. Se sentó y enterró el rostro entre las manos hasta que logró controlarse, y luego se puso de pie nuevamente. Después de verificar que no hubiera sirvientes en el pasillo, Charlotte se escabulló de la habitación y escapó por completo de Grafton House. No estaba demasiado lejos de allí para caminar sola hasta su casa si se daba prisa.

CAPÍTULO 18



ENCONTRAR A PETER NO llevó mucho tiempo en realidad. Winston conocía muy bien el carácter y los hábitos de su hermano. Así que se deleitó al descubrir a su hermano, sentado en una mesa en uno de los peores antros de juego de Londres. Exactamente donde pensaba que lo encontraría.

El amanecer se acercaba afuera, pero los clientes en el interior no tenían forma de saberlo. La iluminación en los antros de juego se mantenía baja a propósito para asegurar que las apuestas continuaran hasta bien entrado el nuevo día. No querían que los clientes se fueran.

La oscuridad también ocultaba la identidad de Winston en las sombras. Peter, sin embargo, estaba sentado en un charco de luz de velas rodeado de tipos poco recomendables. Era exactamente el tipo de lugar donde un hombre desesperado podría contratar a otros para cometer un asesinato.

A su lado estaba Thaddeus Berringer, y detrás de ellos, tres de los sirvientes más leales del Duque de Exeter. Hombres fornidos listos para ensuciarse las manos si fuera necesario.

Todo lo que Winston necesitaba que hicieran en ese momento era arrastrar a su hermano al carruaje que esperaba para que pudiera comenzar a interrogarlo.

—¿Ahora? —murmuró a Berringer.

—Entrar y salir lo más rápido posible —confirmó Berringer, dejando su lado para rodear por detrás de Peter en caso de que intentara huir por otra salida.

Peter, concentrado en sus cartas, nunca levantó la vista el tiempo suficiente para darse cuenta de que estaba siendo rodeado.

Winston sintió una punzada de remordimiento por su hermano. Nunca debería haber llegado a esto. Sacudió la cabeza y se movió hacia su hermano justo cuando el juego terminó y este se puso de pie.

Winston inmediatamente agarró el brazo de Peter y lo hizo girar para que lo mirara.

Peter pareció totalmente conmocionado al verlo. —Win —tragó saliva—. ¿Qué haces aquí?

—Podría preguntarte lo mismo —replicó Winston.

—¡Sé que prometí mantenerme alejado de los antros, pero fue solo por esta vez!

—No te hagas el inocente conmigo. Podría estrangularte donde estás —respondió Winston, sacudiendo la cabeza—. Como está la situación, me conformaré con arrastrar tu inútil pellejo a la calle.

Peter se quedó boquiabierto. —Pero *gané*.

—No, yo gané, y ahora vienes conmigo y enfrentas las consecuencias de tu comportamiento reciente. —Agarró con más fuerza el brazo de Peter justo cuando uno de los hombres de Exeter

agarraba el otro.

Peter forcejeó entre ellos. —¿Qué estás haciendo? Suéltame.

—Afuera —ladró, y juntos arrastraron a un Peter que se resistía hacia la puerta principal, atrayendo la atención de casi todos los clientes presentes. El encargado del antro los siguió, pero un puñado de monedas de Berringer calmó sus ánimos para dejarlos salir sin interferencia.

—No tan silencioso como me hubiera gustado —lamentó Berringer, mientras Winston y el hombre del duque llevaban a su cautivo fuera de la puerta hacia la calle.

—Ya no se puede hacer nada al respecto. —Arrojó a Peter contra la puerta del carruaje, y su hermano rebotó contra ella. Pero con los hombres de Exeter cerca, no tenía esperanza de escapar. Lo registraron en busca de armas, murmurando que era seguro para Winston acercarse de nuevo.

—¡Maldita sea! ¡Quitadme las manos de encima! ¿No sabéis quién soy?

—Lo saben —aseguró Winston—. Créeme, todos lo sabemos.

—¿Qué te ha pasado esta noche? ¿Madre te ha estado metiendo ideas en la cabeza otra vez? Me has arrastrado lejos de la única racha de buena suerte que he tenido en mi vida, solo para tratarme como a un delincuente común. ¡Necesito ese dinero!

Winston agarró a su hermano por la corbata y lo mantuvo quieto. No sabía si su hermano estaba detrás de los ataques contra él, pero actuaría como si lo supiera y vería qué pasaba después. —¿Qué demonios te ha pasado, Peter?

Peter parpadeó. —Sé que estás decepcionado de encontrarme apostando de nuevo, pero tengo una buena razón.

—¡No puedo esperar a oírla!

—Bueno, yo... Al principio era solo un poco de diversión.

Eso no sonaba nada bien. Especialmente cuando acababa de recibir su herencia. —¿Cuánto habías perdido antes de empezar a ganar?

Peter tragó saliva y luego cerró los ojos.

Winston se echó hacia atrás. ¿Había apostado todo su dinero? —¿Todo?

Peter intentó marcharse, pero los hombres del duque fueron más rápidos. Lo empujaron de vuelta hacia la puerta del carruaje.

—Podrías haber acudido a mí —se quejó Winston.

—No te necesito. Pronto tendré una fortuna.

—¿De dónde?

La mirada de Peter se elevó hasta encontrarse con la suya, y la fría calma de su mirada heló a Winston hasta los huesos. —¿De dónde crees?

Dio un paso atrás, alejándose de su hermano, horrorizado al ver confirmados los temores de Charlotte. Su hermano estaba detrás de los ataques. —¿Cómo has podido?

Peter frunció el ceño. —Todo el mundo lo hace, ¿sabes? Todos mis amigos lo han intentado una o dos veces.

La idea de que cada segundo hijo hubiera intentado asesinar a un hermano mayor que le precedía en la sucesión era una locura.

Winston apretó los puños a los costados. —Según mis cálculos, lo has hecho tres veces aquí en Londres, pero ¿siempre fue así?

Peter sonrió con suficiencia. —¿Cómo podría resistirme?

—Cualquier hombre decente lo habría hecho —murmuró Berringer, negando con la cabeza.

Winston se apartó asqueado. Su hermano no sentía ningún amor por él. —Meted a esta escoria en el carruaje.

Detrás de él, Peter luchó contra sus captores, pero finalmente fue sometido y convencido de

entrar por su propia voluntad.

Berringer se acercó a su lado.

—Temía que lo golpearas.

—Estuve cerca, pero nunca en mi vida he levantado la mano contra mi hermano, y no voy a caer a su nivel ahora.

—Deberíamos irnos.

—Iré en la parte de atrás, si no te importa —Winston negó con la cabeza—. No puedo soportar mirarlo ahora mismo.

—Lo entiendo perfectamente —murmuró Berringer—. Lo vigilaré por ti.

—Gracias. —Winston desplazó a un mozo en la parte trasera y, después de un momento, Berringer subió al carruaje con Peter. Winston no le envidiaba la vista ni la conversación que pudiera tener que soportar.

El viento era fresco en su rostro mientras avanzaban por las calles de Londres. La llegada del amanecer revelaba una ciudad tranquila.

Su temperamento se fue calmando lentamente mientras reflexionaba sobre qué había hecho para merecer tal traición. ¿Se trataba solo del dinero? ¿Acaso no había cubierto siempre las pérdidas de su hermano, lo había tratado bien y había hecho la vista gorda ante sus breves aventuras con mujeres de dudosa reputación? Desaprobaba, sí, pero nunca le había exigido a Peter que cambiara sus costumbres o, Dios no lo quisiera, se casara con una de sus amantes desechadas y descontentas.

—Necesito saber por qué —dijo en voz alta.

—¿Perdón, milord? —preguntó el mozo a su lado.

—Nada. —Miró alrededor. El interrogatorio podía esperar un poco más—. No es mala la vista desde aquí arriba, ¿verdad?

—Es magnífica, milord, excepto en los días fríos y lluviosos. Vemos y oímos todo tipo de cosas desde este punto de vista.

Desde el interior del carruaje se oyó un gran alboroto, y Peter empezó a gritar el nombre de Winston.

Winston miró por el costado hacia el interior del carruaje y a través de la ventana, para ver que Peter intentaba salir mientras el vehículo estaba en movimiento.

—¡Detengan el carruaje! —gritó, bajando rápidamente para llegar a la puerta y evitar la salida de Peter—. Y sujétenlo bien.

—¡Suéltame! —gritó Peter.

—Debería haberte atado, mocosito —le respondió Winston a gritos.

—¡Ni se te ocurra! No he hecho nada malo —afirmó Peter.

Los hombres del duque habían obligado a Peter a volver a su asiento y, como ahora estaban entrando en la parte más opulenta de la ciudad, Winston entró en el carruaje y se sentó frente a su hermano. Hizo que el carruaje continuara y se encontró con la mirada furiosa de su hermano.

—Es demasiado tarde para retractarte de tu admisión de culpabilidad, hermano.

Su hermano intentó inclinarse hacia adelante, acercándose a Winston, pero lo sujetaron.

—Pensé que desaprobabas lo mío con Celeste —siseó Peter entre dientes apretados.

Él arqueó una ceja.

—¿Celeste?

—Lady Birch —susurró Berringer.

Winston parpadeó.

—¿Qué pasa con Lady Birch?

—Bueno, sí. Me ha estado invitando de vez en cuando.

—No puedo imaginar de qué querría hablar Lady Birch contigo.

—No es tanto hablar como hacer —su hermano sonrió de repente—. Y hay buenas monedas en ello.

Winston se atragantó mientras que a su lado, Berringer se cubrió la boca para ahogar una repentina carcajada.

Peter se encogió de hombros.

—Podría darte una lista de sus peticiones íntimas, pero soy demasiado caballero. Baste decir que me gano cada centavo.

Winston no veía nada gracioso en la vergonzosa insinuación de su hermano de que estaba teniendo sexo por dinero. Estaba manchando la reputación de una de las mujeres mayores más respetadas y rectas de la sociedad.

—¿Te has acostado con Lady Birch?

—Dormir no es para lo que estoy allí —se jactó Peter.

De repente, la risa de Berringer retumbó en el carruaje. Pataleó y golpeó el costado del coche con el puño.

—¡Lo siento! ¡Lo siento! —logró decir, pero claramente estaba muy divertido con este desarrollo.

—Ella fue una amiga cercana de madre una vez —se quejó Winston.

—Sí, lo sé. Todavía me da palmaditas en la cabeza —Peter se encogió de hombros—. No me avergüenzo, y no veo cómo es asunto tuyo de todos modos. Cómo me gano la vida no es de tu incumbencia. Pero salgo por la puerta en cuanto termina la diversión, y sé ser discreto si quiero que me inviten de nuevo.

Berringer ya había controlado su alegría y sonreía abiertamente a Peter.

—¿Y lo eres?

—Veintiséis veces hasta ahora —admitió Peter—. La mujer tiene un apetito voraz por ese tipo de cosas. De hecho, la vi antes esta noche. La veré de nuevo mañana.

Dejando de lado los escandalosos amoríos, Winston tenía una necesidad más apremiante de su hermano.

—El único lugar al que vas a ir es a una celda muy pequeña.

Berringer puso una mano restrictiva sobre Winston.

—Te perdiste una parte de nuestra conversación. Escúchalo antes de que esto vaya más lejos.

—Puede explicarse frente al magistrado —respondió Winston, cruzando los brazos sobre el pecho.

—Eso podría ser vergonzoso para la familia, y para Lady Birch también. Ha sido su perrito faldero durante algún tiempo, y el de otras notables esposas de la sociedad.

—Eso no lo absuelve de sus otros crímenes. No ha pasado cada momento de vigilia en algún sórdido encuentro. Podría haber pagado a alguien.

Berringer entrecerró los ojos mirando a Peter.

—Bueno, ¿dónde has pasado tus últimos días?

—Duelmo en casa de un amigo para evitar a los invitados en casa —Peter se encogió de hombros—. Mis amigos no hacen preguntas. Son buenos en ese sentido. A diferencia de otros que podría nombrar, que creen que el sexo antes del matrimonio está mal —se quejó Peter, mirando de tal manera que Winston se dio cuenta de que su hermano conocía su inocencia con las mujeres.

Winston se inclinó hacia adelante y gruñó:

—¿Podrías dejar de hablar de actividades amorosas?

—Podría, pero entonces no quedaría nada de qué hablar. ¿Qué te ha puesto de tan mal humor de repente? Hace años que no me meto con ninguna criada a tu servicio.

—Esto no tiene nada que ver con tus conquistas amorosas.

—Tiene que ver con que intentaste cometer un asesinato —añadió Berringer, con los ojos fijos en Peter.

Peter parpadeó.

—¿Qué demonios? ¿A quién querría yo matar?

—A mí —Winston negó con la cabeza y se recostó, agotado por la conversación—. ¿Qué hice para que me odiaras tanto?

Peter parpadeó y lo miró con los ojos muy abiertos.

—No te odio. ¡Eres mi hermano! Te quiero.

—Bonita forma de demostrarlo disparándome también —dijo Winston, bajando la mirada. No podía mirar a su hermano.

Peter volvió a hablar.

—¿De qué está hablando... alguien le disparó también?

—Unos jinetes intentaron atropellarle a él y a tu madre en Hyde Park —Berringer se inclinó hacia adelante—. Fue atacado por matones en Green Park. Le dispararon al salir de Bradshaw's hace dos noches.

—¡No! —exclamó Peter, abriendo mucho los ojos—. ¿Quién te disparó?

—Tú, supongo —respondió Winston con cansancio.

—Hace dos noches, estaba atado con las medias de seda de Celeste mientras ella me tomaba toda la noche.

Berringer se atragantó con otra risa que rápidamente intentó sofocar cuando Winston le lanzó una mirada fulminante.

—Entonces fueron hombres que contrataste para hacer el trabajo.

—¿Estás loco? *Estás loco* —decidió Peter, mirando alrededor del carruaje a las caras pétreas de sus guardias—. ¿Para qué querría dispararte?

—A mí también me gustaría saberlo, pero supongo que hay un título y una buena herencia que heredar cuando yo esté muerto y enterrado. Dijiste que ibas a recibir algo de dinero.

—¡No quiero tu título! No quiero ser Hurlston. Ese es *tu* deber. Solo tuyo. Puedes quedarte con toda esa restrictiva tradición familiar y ese deber para ti, muchas gracias.

Winston intercambió una larga mirada con Berringer.

Peter realmente no era tan buen actor. Volvió a estudiar a su hermano. Peter se había sobresaltado al verlo en la casa de juego, pero no había tenido miedo de que lo pillara. Al menos no hasta que había intentado llevárselo de la mesa, donde había afirmado estar por fin en racha.

Quizás, después de todo, no había sido Peter. Sin embargo, sería prudente no liberarlo aún y no precipitarse en tomar una decisión de la que luego pudiera arrepentirse. Dio un golpecito en el techo del carruaje. —A Grafton House.

—¿No a Bow Street?

—Creo que mi hermano puede responder algunas preguntas más antes de que lo entregue a las autoridades por intento de asesinato.

—¡Por última vez, no fui yo! —Peter entrecerró los ojos mirando a Winston de arriba abajo—. ¿Resultaste gravemente herido?

—Viste la paliza que me dieron esos hombres —le recordó Winston.

Su hermano palideció. —¿Dijiste que te dispararon...?

—Sí —respondió secamente.

Los ojos de Peter volvieron a recorrerlo de pies a cabeza. —¿Cómo es que nunca me enteré de nada de esto?

—¿Suponiendo que no lo organizaste tú? —Miró fijamente a su hermano—. Tuve ayuda para evadir la persecución.

Peter se desplomó. —Mamá debe estar fuera de sí por esto. Que le disparen a su hijo favorito no es algo que se tomaría bien.

—Tú también eres su favorito.

Peter negó con la cabeza. —Te quiere más a ti. Siempre ha sido así. Siempre lo será. Mejor tú que yo. Es mucho más divertido ser un pecador que un santo.

—¿Qué te hace pensar que soy un santo?

—Oh, vamos. Esperar tanto para casarte con Elizabeth todos estos años. Honrar la ridícula ambición de padre de expandir la finca familiar mediante un matrimonio con esa arpía de lengua afilada. No me dirás que valía la pena la espera. Había muchas otras mujeres que se hubieran acostado contigo con las faldas en la cintura antes del matrimonio para asegurar una alianza. Incluso las solteras babeaban por él —le dijo a Berringer, ignorando por completo a Winston—. Hay una en particular...

Winston agarró a su hermano por la corbata y lo sacudió. —Elige con cuidado tus próximas palabras, hermano.

Berringer rápidamente los separó. —Tranquilo.

Peter sonrió con suficiencia. —¿Qué pasa, Win? ¿Teniendo dudas sobre atarte la soga al cuello? Ese es mi hermano, sin duda. *Tranquilo*, confiable y por encima del pecado inexcusable de disfrutar de un revolcón. El hijo y heredero perfecto. Casándose con una mujer que no siente nada por él, pero mucho por el título. Y el dinero, no lo olvidemos.

—No sabes nada sobre Elizabeth ni sobre mí.

—Sé lo suficiente para saber que no quiero lo que tú tienes. Lo único bueno que puedo ver en tu próximo matrimonio es que pronto tendrás un hijo que tome mi lugar en la sucesión. Una lástima que tengas que acostarte con Elizabeth para lograrlo, sin embargo. De nuevo, mejor tú que yo. Dios mío, es un témpano de hielo. —Peter se inclinó hacia adelante otra vez—. ¿Por qué querría que estuvieras muerto cuando, si lo estuvieras, yo tendría que casarme con Elizabeth en tu lugar?

—No puedes casarte con la viuda de tu hermano —murmuró Berringer—. Eso es asqueroso.

—Oh, estoy de acuerdo, especialmente en su caso. Normalmente —respondió Peter y luego inclinó la cabeza hacia un lado, estudiando a Winston—. ¿Lo has olvidado?

—No olvido nada.

Peter se rio.

—Sí que lo has hecho. Deberías leer de nuevo el contrato matrimonial que nuestro padre hizo con los padres de Elizabeth. Si tú mueres, la obligación de casarme con ella recae en mí.

Winston frunció el ceño.

—Eso es...

—Fue una desagradable sorpresa para mí —explicó Peter—. Los abogados empezaron a señalar algunas disposiciones en el testamento de Padre relacionadas con tu muerte, y me entró mucha curiosidad por saber por qué seguían insistiendo en ello.

—¿Qué disposición?

—El abogado fue muy claro: el hijo de Elizabeth debe heredar Hurlston, o la finca Mayflower pasará a la corona.

Winston se quedó helado. Había pasado algún tiempo desde que había leído el contrato matrimonial de principio a fin y su recuerdo de todas las numerosas cláusulas y condiciones era, en el mejor de los casos, borroso ahora. Pero seguramente no era como Peter afirmaba. Elizabeth solo debería casarse con él, sin duda.

—Tendré que volver a examinar eso.

—Por favor, hazlo, porque yo ciertamente no la quiero —prometió Peter.

Winston tampoco.

Respiró hondo y supo que no podía seguir adelante con el matrimonio.

Ya no.

Pero romper un compromiso después de que se hubieran publicado las amonestaciones sería cruel para Elizabeth después de todo este tiempo que había estado prometida a él. Pondría en duda su reputación y le dificultaría hacer un buen matrimonio. La sociedad la culparía a ella, y Madre se sentiría terriblemente avergonzada por el escándalo resultante.

Habría que pagar un alto precio para conseguir su libertad. Su padre seguramente exigiría una compensación, y mucha, para suavizar las cosas, si es que alguna vez pudiera haber suficiente para eso.

Todo eso, sin embargo, dependía de que no lo mataran.

Y entonces podría volver a casa.

Pero primero a Charlotte. Ella estaba en Grafton House incluso ahora, esperándolo, y era aún más importante que hablaran de nuevo para que pudiera decirle lo que pretendía.

Cuando Grafton House se alzó ante él, nunca había estado tan ansioso por salir de un carruaje en toda su vida. El saber que Charlotte estaba allí envolvía su corazón con una cálida sensación. Podría decirle lo que sentía por ella. Lo que haría para tenerla siempre a su lado.

Aunque no sería justo darle esperanzas de un matrimonio rápido hasta que estuviera seguro de que podría romper el compromiso.

Peter fue llevado a la residencia del duque y conducido al estudio del duque por Berringer para ser interrogado.

Winston cruzó la mirada con el mayordomo.

—Me gustaría hablar con la señorita Waters.

—Lo siento, milord, pero la señorita Waters ya no está aquí.

La decepción lo aplastó. —Ah, ya veo.

Tendría que buscarla más tarde. Y sería pronto. Hoy. Esta noche. Su conversación era demasiado importante para posponerla. No podía arriesgarse a perderla.

CAPÍTULO 19



CHARLOTTE HABÍA LOGRADO escabullirse en la casa de sus padres justo cuando el sol estaba saliendo. Solo el mayordomo la vio regresar, y era lo suficientemente inteligente como para recordar quién se aseguraba de que los salarios del personal se pagaran puntualmente cada trimestre. Él reconoció su regreso con una pequeña sonrisa de bienvenida y Charlotte siguió con sus asuntos, confiando en que él haría lo mismo.

Se dirigió inmediatamente a su habitación, se quitó su disfraz y se esforzó por lavarse la cara para eliminar todo el maquillaje. Comenzó a cepillarse su largo cabello antes de entrar en su vestidor para encontrar un vestido de día para ponerse.

Habían sucedido tantas cosas en el último día. Tantos momentos exquisitos en los que había dejado de lado sus dudas sobre sí misma y había actuado según sus deseos. Y Winston había respondido. Quizás no como ella había esperado, pero era suficiente saber que la encontraba deseable. Charlotte se pasó los dedos suavemente por la mandíbula, recordando la ternura de ser tocada por el hombre que amaba.

Charlotte también le había confesado a Winston sus sentimientos por él. No se sentía ni un poco avergonzada por esa admisión. Él necesitaba entender por qué había puesto las necesidades de él por encima de las suyas propias para mantenerlo a salvo. Por qué su buena salud y felicidad eran tan importantes para ella.

Él lo era todo.

Examinó el contenido de su armario, seleccionando y descartando cada vestido por turno hasta que sacó el vestido perfecto. El vestido que Winston afirmaba que le quedaba mejor. Amarillo. Lo usaría hoy, imaginando que el vestido eran los brazos de él envueltos alrededor de su cuerpo. Desafortunadamente, tal vez nunca volvería a suceder. Su tiempo juntos había llegado a su fin.

Acababa de terminar de vestirse cuando escuchó un ruido proveniente de su dormitorio. Charlotte no recordaba haber oído que llamaran a su puerta. Curiosa por saber quién estaba invadiendo su privacidad a esta hora temprana, Charlotte asomó la cabeza por la puerta. Su madre estaba de pie frente a la chimenea, recogiendo y dejando a un lado su colección de adornos, y luego pasó a inspeccionar el nuevo bordado que Charlotte había comenzado recientemente.

Mamá no creía que hubiera mucho valor en pasatiempos poco prácticos como coleccionar adornos, bordar o bailar. Decía que eran pasatiempos frívolos que era mejor dejar para aquellos que no tenían nada importante que hacer.

A Charlotte le gustaba la frivolidad de vez en cuando, pero la historia era todo lo que le importaba a su madre. Discutían mucho sobre eso.

Entró en su habitación con los hombros cuadrados, preparada para otra conversación poco satisfactoria.

—Mamá, ¿qué estás haciendo en mis aposentos sin anunciarte?

La madre giró sobre sí misma, mirándola de una manera que puso a Charlotte inmediatamente en guardia.

—He venido a ver qué progreso has hecho con el equipaje para el viaje —anunció Mamá.

—Yo, eh... —respondió Charlotte con cautela. Pero, ¿de qué servía mentir? Si Mamá abría cualquiera de los baúles de Charlotte, descubriría que estaban completamente vacíos—. Ninguno.

Su madre suspiró profundamente.

—Ya hablamos de esto.

—No, tú y Papá hablaron. Ustedes decidieron sobre el viaje juntos y me informaron solo después de hacerlo. Mi objeción a irme fue completamente ignorada, al igual que mi petición de retrasar el viaje para poder casarme.

La madre levantó las manos al aire.

—Apenas puedo creer que hablabas en serio sobre quedarte y casarte. Si así fuera, ¿por qué no ha habido caballeros de visita, o flores entregadas abarrotando nuestra sala?

—He estado tratando de encontrar un marido —prometió entre dientes. Pero no durante los últimos días. Se había envuelto tanto en su preocupación por la seguridad de Winston que no había asistido a un solo baile ni se había reunido con nadie más que él en días.

La madre entrecerró los ojos.

—Mi querida niña, es hora de enfrentar los hechos. Algunas mujeres nunca se casan. No hay vergüenza en quedarse solterona.

Ella se puso las manos en las caderas.

—Y algunas mujeres tienen el apoyo de padres cariñosos cuando salen a la sociedad. Otras mujeres solteras tienen personas en sus vidas que quieren ayudarlas a hacer un buen matrimonio. Tú y Padre me abandonan cada noche que salimos juntos. Tan pronto como alguien menciona las palabras *nuevo libro y biblioteca*, se van a pasar la noche sumergidos en páginas polvorientas.

—¿No puedes apreciar cuánto confiamos en ti para que cuides tu propia reputación? Recuerdo a mis padres como un obstáculo para mis intereses hasta que me casé con tu padre —protestó la madre, desestimando su queja válida como una tontería—. Eran bastante estrictos, en realidad. Cuando conocí y me casé con tu padre, juramos que nunca interferiríamos en las vidas de nuestros hijos.

—Solo tienes una hija, y llevarme lejos de Londres otra vez es interferir.

—Por el amor de Dios. ¿Te escuchas a ti misma? Siempre quejándote. ¿Qué se supone que debíamos hacer? Te dimos la vida, pero esperas que renunciemos a todo por ti. Que dejemos de lado la carrera de tu padre mientras te vemos bailar toda la noche con bufones en salones de baile sobrecalentados. No estamos rejuveneciendo. Tenemos este precioso tiempo para perseguir nuestras ambiciones, y eso es todo. Estamos tan cerca de un avance en la comprensión de una cultura casi olvidada por el mundo.

Miró a su madre con consternación. —Ese avance ha estado a un día de distancia toda mi vida. Se niegan a darme unos meses más de su tiempo para perseguir mi sueño de encontrar pareja, pero usted y papá no han dudado en trabajar durante veinte años y más, toda mi vida, para entender alguna cultura oscura que el tiempo olvidó.

—Los muertos merecen ser recordados —protestó mamá.

—¡Los vivos también! —exclamó Charlotte—. Necesitaba que me ayudaras. Siempre he necesitado a mis dos padres, pero apenas recuerdan que existo, ¿verdad?

—Por supuesto que sabemos que existes. Los niños son ruidosos y fragantes. Tu padre y yo sabemos exactamente cuándo te lavas el pelo por el aroma a romero que impregna las habitaciones superiores, y cuando visitas una confitería en Bond Street, el olor a caramelos está en tu aliento. ¿Alguna vez piensas en ofrecernos algunos?

Estuvo a punto de sugerir que mamá se moviera para buscar sus propios malditos dulces si quería algunos, pero *los había* acaparado. Se había dado un capricho. Se había consolado con los muchos consuelos que se pueden encontrar en Londres porque no podía tener el amor y el apoyo de sus obtusos padres. —¿Compraré algunos para usted la próxima semana?

Madre ignoró su pregunta y paseó por la habitación, deteniéndose junto a la pequeña colección de baratijas de Charlotte. —¿Alguna vez te hemos mencionado el creciente costo de nuestros gastos viviendo en Londres? Nos cuestan mucho menos cuando viajamos. Tal vez podrías prestar atención a las consideraciones prácticas de vez en cuando mientras gastas el dinero de tu padre en tonterías como estas.

Había permanecido dentro de su asignación toda su vida, pero claramente madre solo estaba aquí para encontrar faltas en ella hoy. —Haré todo lo posible de ahora en adelante para comer solo queso y pan duro, ¿de acuerdo? —dijo entre dientes.

Madre se sentó de repente y pasó una mano por su cabello plateado. Charlotte notó que habían aparecido unas cuantas hebras grises más de las que solía haber. Padre, también, había comenzado a encorvarse un poco más cada vez que caminaba por la casa de la ciudad. Lo había atribuido a las largas horas pasadas en el estudio, pero ambos estaban envejeciendo, supuso. Podría llegar un momento en que viajar se volviera difícil para ellos.

Pero Charlotte temía que sería demasiado mayor para casarse cuando eso sucediera. —Todavía creo que la expedición podría posponerse hasta el próximo año. Después de que pasen las tormentas de invierno, el viaje será mucho más suave para todos nosotros.

—Hemos viajado a través de tormentas muchas veces antes —le reprendió madre. Pero luego miró a Charlotte con agudeza—. ¿Has perdido tu valor después de pasar tanto tiempo codeándote con la aristocracia quejumbrosa?

—No. Por supuesto que no.

—Lo has hecho. —Madre se puso de pie nuevamente y rodeó a Charlotte, con una mirada de desaprobación en sus ojos—. Las mujeres en Londres se comportan como si no tuvieran fuerza ni inteligencia. Viven solo de astucia y engaño. Cualquier cosa más notable se considera una debilidad de carácter y poco halagadora, en lugar de una fortaleza. Nunca debí haberte traído de vuelta a Londres después de tu primera temporada. Has cambiado.

—Todos cambian —dijo Charlotte, sentándose en el borde de su cama—. Prefiero la sociedad londinense y los bailes, y las cenas y los picnics también. No quiero ser como tú, nunca manteniendo viejas amistades, nunca echando raíces.

—Entonces, ¿quieres convertirte en un árbol?

Charlotte no pudo evitar reír. Madre tenía un sentido del humor seco cuando decidía emplearlo. —Tal vez sí. Quiero un hogar al que pueda llamar mío, y no es una choza en medio de una selva tropical. Hijos. Hijas a las que orgullosamente guiar en la sociedad algún día. Un marido que me adore.

—Y acceso a tiendas que vendan dedales aún más poco prácticos para añadir a tu colección también, supongo.

—Sí, quiero visitar tiendas que vendan cualquier cantidad de cosas poco prácticas. Me gusta lucir lo mejor posible, y te agradezco que me permitas comprar vestidos nuevos y cosas cada vez que estamos en Londres. Me ayudan a sentirme cómoda aquí en la sociedad. Este es el lugar donde anhelo quedarme, mamá. Seguramente puedes entender que tenemos sueños muy diferentes para nuestras vidas, ¿verdad?

Madre suspiró. —Tu padre no considerará la idea de dejarte atrás, a menos que estés casada.

—Puede que no sea posible encontrar un marido en dos semanas —admitió Charlotte.

—Dos días, no dos semanas, Charlotte —corrigió Madre—. Vine a tu habitación para decirte que nuestra fecha de partida ha cambiado.

Charlotte jadeó. —¡No!

—Sí, pasado mañana nuestro carruaje parte hacia los muelles. ¿Puedes estar lista?

Miró a su alrededor con consternación. —No.

—Charlotte —reprendió Madre—. Te tomó una noche estar lista para dejar nuestro último alojamiento antes de que empezáramos el viaje a Inglaterra.

—Odiaba ese lugar.

—Aprenderás a disfrutar de nuevos lugares otra vez, una vez que te quitemos esa infatuación con los supuestos deleites de Londres.

Nada disminuiría su amor por su hogar.

Sin embargo, tragó saliva. Sus padres tenían control total sobre su vida hasta que cumpliera veinticinco años, y no sería la primera vez que le imponían la ley sobre su deber hacia ellos. Ya la habían arrastrado una vez antes, pataleando y gritando, desde sus residencias temporales hasta los muelles. Suspiró. Prefería no avergonzarse así al dejar Londres. Quería dejar una buena impresión porque algún día esperaba volver a la sociedad, y quizás también volver a ver a Winston.

Charlotte miró a su alrededor en su habitación actual con un creciente sentimiento de desesperanza. Le había gustado su vida aquí, especialmente en los últimos tiempos, aun sabiendo que no podía seguir escondiendo indefinidamente a un conde en sus aposentos.

Tenía tantas cosas que resultaban poco prácticas para la vida que sus padres querían que llevara más allá de las costas de Inglaterra. Tendría que dejar mucho atrás. Regalar sus vestidos más bonitos y delicados, porque Charlotte probablemente nunca los volvería a usar en ningún otro lugar. Y si los llevaba, lo más seguro es que los perdería a manos de un ladrón en algún puerto lejano la primera vez que se diera la vuelta. Prefería repartir sus posesiones como *ella* quisiera a que se las robaran. —No puedo estar lista para mañana por la noche, pero quizás para pasado mañana.

—Tu padre no tolerará retrasos. Nos vamos pasado mañana. Ahora, tienes mucho que hacer antes de que nos despidamos de Londres. Ponte manos a la obra. Enviaré a una doncella para que te ayude a hacer las maletas.

—No será necesario —murmuró, cediendo a un breve ataque de llanto—. Sé cómo hacer un equipaje ligero.

—Bien. Esta noche cenaremos todos juntos y planearemos nuestras visitas para despedirnos de los amigos mañana. No tiene sentido prolongar lo inevitable.

—Sí —respondió, aturdida—. Siempre es lo mismo, ¿verdad? Una rápida despedida de amigos que quizás nunca volvamos a ver.

—Las lágrimas son un desperdicio de emociones. Alégrate, Charlotte. Tu padre nos lleva en un barco nuevo, y pronto estaremos en un lugar que nunca antes habíamos imaginado que existiera.

La madre salió de la habitación sin decir una palabra más, dejando a Charlotte de pie en el centro de su cuarto. Tenía hoy y mañana, y luego dejaría atrás todo y a todos los que amaba.

Incluyendo a Winston.

Pero no podía dejar Londres sin saber que Winston estaría bien. Nunca debería haberlo dejado, ni haber abandonado Grafton House esa mañana. Debería haberse quedado para escuchar lo que había sucedido. Winston incluso podría haber regresado ya con noticias de la captura de Peter Bell.

Decidida a descubrir qué tenía que decir el hermano de Winston, Charlotte agarró un chal y un sombrero. Después de hablar con Winston una vez más, regalaría sus mejores vestidos, empacando sus baúles ligeramente para el viaje que ya no podía evitar. Se despediría de la duquesa al mismo tiempo que viera a Winston, si es que aún estaba allí.

Madre estaba dando órdenes a los sirvientes en algún lugar fuera de la vista mientras Charlotte bajaba sigilosamente por la escalera principal, aferrándose a su ridículo, con el chal apretado sobre los hombros. Ya había cajas de libros apiladas en el vestíbulo y, debido a su mayor altura y volumen, Madre no la vio pasar.

La puerta principal se abrió silenciosamente bajo su mano. Se detuvo en el escalón superior para comprobar si había observadores. El día era soleado y no pasaba nadie, no podría haber elegido un mejor momento para salir. Su único pensamiento fue que debería haber traído su sombrilla para proteger su tez del sol.

Pero ya era demasiado tarde para dar marcha atrás. Madre podría darse cuenta. Charlotte bajó apresuradamente las escaleras y se dirigió hacia la casa del Duque de Exeter, y una vez que dobló la esquina de su calle, redujo sus pasos a un suave paseo.

Londres era realmente su lugar favorito en todo el mundo. Tan lleno de maravillas y avances cada día. Madre y Padre podrían pasar sus días desentrañando el pasado, pero Charlotte siempre había estado más interesada en el futuro y en cómo sería parte de él.

Dado que hoy iba sin la compañía de un sirviente o doncella, Charlotte mantuvo la barbilla baja y sus pasos sin prisa para no llamar la atención. La residencia del Duque de Exeter estaba exactamente donde la había dejado, por supuesto, y estaba a la vista cuando un reluciente carruaje de viaje negro, con la mayoría de las cortinas de las ventanas bajadas, se detuvo justo frente a ella.

Lo miró con fastidio y estaba a punto de rodearlo cuando una mano enguantada le hizo señas desde las sombras del interior.

—Date prisa.

Miró la mano, luego sus ojos se posaron en el escudo pintado en la puerta. El reconocimiento se convirtió en emoción.

—¿Winston?

—Ven.

Charlotte se apresuró a entrar antes de que alguien la viera hablando con el conde. La sociedad se escandalizaría, y los chismes podrían extenderse al unirse a él, pero no se dejaría disuadir. Habían pasado horas desde que lo había visto, y lo había extrañado terriblemente.

Antes de que pudiera siquiera vislumbrar su rostro, él la atrajo directamente a su lado cuando la puerta se cerró de golpe, de modo que la oscuridad los rodeó por completo. Sus brazos se envolvieron con fuerza alrededor de su cuerpo mientras el carruaje arrancaba, alejándose de la residencia del Duque de Exeter.

—¿Adónde vamos? —Charlotte se acurrucó en el abrazo de Winston mientras dejaban la plaza atrás—. Justo ahora iba a verte. ¿Ya encontraste a tu hermano?

—Me ocuparé de él más tarde, pero ciertamente me has ahorrado la molestia de encontrarte a ti —dijo el hombre que la sostenía.

Un hombre al que no reconocía en absoluto.

Charlotte luchó por girarse, por escapar de los brazos del desconocido y abrió la boca para gritar pidiendo ayuda, pero rápidamente le presionaron un paño perfumado sobre la nariz y la boca.

Charlotte luchó con más fuerza para liberarse. Pero fue en vano. El hombre detrás de ella era demasiado fuerte y el paño empapado en drogas debilitaba sus fuerzas con cada respiración que daba hasta que no recordó la siguiente.

CAPÍTULO 20



WINSTON SUBIÓ CORRIENDO las escaleras de la entrada de la casa de Charlotte y golpeó con fuerza la puerta principal, esperando entrar rápidamente antes de que alguien que pasara por la casa lo reconociera. Los dos guardias que Exeter le había impuesto lo seguían.

Era ya tarde en la tarde, y el mayordomo parecía tan sorprendido de verlo en la puerta principal como lo había estado la noche en que Winston llegó cubierto de sangre.

—¿Puedo ayudarlo? —preguntó.

—Necesito hablar con la señorita Waters. Inmediatamente —murmuró Winston, manteniendo la voz baja en caso de que sus padres lo escucharan preguntar. Podían ser ciegos y despistados con respecto a las idas y venidas de la casa, pero seguía siendo un hombre comprometido llamando a la puerta de su hija solterona. Podrían malinterpretar la naturaleza de su visita. Aunque ahora suponía que sería la interpretación correcta.

Le pasó al mayordomo —Davis, si recordaba correctamente— un puñado de monedas.

—Estoy seguro de que querrá escuchar lo que he venido a decirle.

Al menos eso esperaba, porque necesitaba desesperadamente la compañía y el consejo de Charlotte. Interrogar a Peter no había proporcionado nueva información más allá de que su hermano admitiera estar endeudado y participar en un sórdido plan para ganar dinero.

Pero a cada pregunta sobre intentar matar a Winston, Peter alegaba total inocencia. Incluso había amenazado con violencia a la persona que estaba tratando de atraparlo.

Winston quería creer a su hermano con todo su corazón, pero aún no podía bajar la guardia. Siempre había sentido que podía contar con su hermano para estar a su lado en las buenas y en las malas. Para contarle cualquier cosa. Qué aplastante era darse cuenta de que podría haber sido ingenuo al creer en la fantasía de que existía un vínculo familiar estrecho entre ellos. Apenas podía creer que su hermano pudiera caer tan bajo como para participar en relaciones sexuales por dinero.

Después de que el mayordomo lo hiciera pasar, Davis se apresuró a cerrar la puerta. Winston descubrió que mucho había cambiado desde su última visita. Estaba rodeado de cajas de embalaje y baúles de todos los tamaños posibles en el pasillo. Apenas había espacio suficiente para que dos hombres adultos conversaran, y mucho menos para que entraran otros dos.

El mayordomo de Charlotte tomó un profundo respiro y luego enderezó los hombros, moviéndose para poner la puerta principal a su espalda.

—Me temo que la señorita Waters no está en casa.

Winston frunció el ceño a Davis mientras guardaba las monedas que le habían permitido

entrar a Winston, y luego miró la puerta cerrada a espaldas del hombre. Luchó por no estremecerse, buscando a su alrededor otras personas que pudieran estar al acecho. Pero el pasillo solo albergaba cajas y cajones, y se relajó ligeramente.

—¿Por qué dejarme entrar cuando la persona que he venido a ver no está aquí?

El mayordomo se humedeció los labios y luego tragó saliva.

—La señorita Waters confiaba en usted, y me temo que debo hacer lo mismo ahora. Debo decirle... ella *no* se encuentra esta noche.

Winston se burló.

—¿Que no se la encuentra? Seguramente está visitando a sus amigas. Quizás esté asistiendo a un concierto o a un baile —echó un vistazo a su alrededor—. O tal vez esté atrapada detrás de algún baúl por aquí. ¿Qué es todo esto, por cierto?

—La familia ha comenzado a empacar para su partida.

Frunció el ceño.

—¿Tan pronto?

—En efecto, pero ahora parece que la señorita Waters se ha fugado de casa en un intento de retrasar o evitar irse con sus padres pasado mañana.

Winston se quedó boquiabierto.

—¿Qué?

—Se enviaron sirvientes para traerla de vuelta de cualquier amigo o conocido que pudiera haberla acogido, pero ahora estamos seguros de que nadie que conocemos la tiene. De hecho, todos estamos muy preocupados.

Un escalofrío le recorrió la espalda. Charlotte no debería estar desaparecida, y ciertamente no debería haberse fugado sin decírselo a nadie. Ella podría haber acudido a él si quería esconderse de sus padres. Él le debía el favor de darle refugio, sin duda. Pero, ¿qué bien podría hacer fugarse? Tal comportamiento podría significar la ruina de su reputación.

—¿Cuándo fue la última vez que vieron a Charlotte? ¿Quién la vio?

—Su madre habló con ella esta mañana, arriba en sus aposentos, creo. No fue una conversación agradable, me temo. Se dijeron palabras duras. La señora Waters está muy disgustada por eso.

—¿Es así?

—Todos los sirvientes han sido interrogados y se han dado cuenta de sus movimientos —prometió el mayordomo—. Todos estamos devastados por la desaparición de la señorita Waters y muy preocupados por su bienestar. Sus padres incluso ofrecieron una recompensa, aunque nadie se ha presentado para reclamar que conoce su paradero.

—Al menos sus padres notaron que se había ido —murmuró entre dientes. Winston se frotó la mandíbula con la mano—. ¿Me estás diciendo que Charlotte ha estado sin la protección de ni siquiera un sirviente durante las últimas horas?

—Eso parece.

Miró a los hombres que lo flanqueaban.

—Uno de ustedes regrese a Grafton House e informe a la duquesa de este acontecimiento. Si la señorita Waters está allí, vuelva inmediatamente con la noticia.

El hombre asintió y se escabulló por la puerta de nuevo.

—Necesito hablar con sus padres ahora —decidió Winston, con el estómago revuelto de preocupación—. No me conocen bien, pero le aseguro que llegaré al fondo de la supuesta desaparición de Charlotte.

—Muy contento de tenerlo aquí, señor. Haré todo lo posible para conseguirle una audiencia

inmediata con ellos —prometió el mayordomo.

—Quizás esto ayude —Winston ofreció rápidamente su tarjeta, y los ojos del mayordomo se agrandaron.

—Perdóneme, *milord* —Davis parecía decididamente nervioso ahora. ¿Nunca había conocido la identidad de Winston? Tendría que agradecersele a Charlotte más tarde—. Si me permite un momento, milord, los interrumpiré de inmediato.

Winston sonrió.

—Gracias, Davis.

El mayordomo se deslizó alrededor de una alta pila de baúles y entró en el salón del otro lado. Cuando la puerta se abrió, oyó que la conversación se interrumpía bruscamente al anunciar su llegada.

No se había dado cuenta de que alguien más estaba con los padres de Charlotte, pero por supuesto que alguien debía haber venido a consolarlos. Charlotte tenía muchos amigos que estarían preocupados por su paradero.

El mayordomo regresó por él de inmediato, y entró en el silencioso salón.

Se encontró frente a las amigas de Charlotte: la señora Berringer y la señorita Aurora Hillcrest. Esto iba a ser un poco más público de lo que le hubiera gustado, pero su preocupación por Charlotte era mayor que cualquier incomodidad.

Todas las miradas se fijaron en él mientras saludaba a los padres de Charlotte, quienes lo miraron sin un atisbo de reconocimiento.

—Me he enterado de que ha ocurrido un desagradable incidente. Creo que su hija está desaparecida.

La señora Waters se retorció las manos en el regazo.

—¿Tiene usted alguna noticia de ella?

—No, me temo que no.

Los padres de Charlotte parecían demasiado distraídos para ofrecerle una silla, así que eligió su propio lugar. Saludó con la cabeza a la señora Berringer y volvió a dirigir su atención a los padres de Charlotte. La pareja se veía muy preocupada, desmintiendo la afirmación de Charlotte de que no les importaba en absoluto su bienestar.

—Su mayordomo me dice que no se ha visto a Charlotte desde hace horas.

Todos miraron alrededor de Winston con los ojos entrecerrados. Winston miró por encima del hombro y se dio cuenta de que el mayordomo lo había seguido a la habitación, quedándose detrás de él. El hombre se retorció las manos. Al parecer, Davis era muy leal a Charlotte, y Winston pensó que no merecía ser despedido por chismorrear con él.

Winston se encogió de hombros.

—Le hice contármelo todo, por supuesto.

Parte de la tensión en la habitación desapareció, y Davis susurró su agradecimiento. Winston volvió a centrar la atención en los padres de Charlotte.

—Creo que usted fue la última en verla, en hablar con ella, ¿no es así, señora Waters?

—Sí, tuvimos una horrible discusión —admitió finalmente la señora Waters, frotándose la frente—. La dejé en su habitación para que empezara a hacer las maletas y cuando fuimos a cenar, tardó en reunirse con nosotros. Envié a un sirviente arriba, solo para que me dijera que no se la podía encontrar.

Winston miró su reloj de bolsillo. Eran casi las siete en punto y las calles estaban oscuras.

—¿A qué hora se sentaron a cenar?

—A las cuatro.

—¿Y su discusión ocurrió a...?

—Alrededor de las nueve de la mañana —respondió el señor Waters, dando unas palmaditas en la mano de su esposa—. Acabábamos de levantarnos. Mi esposa quería hablar con Charlotte antes de que hiciera planes para salir.

Así que, pocas horas después de haber dejado la casa del duque de Exeter, también había abandonado la protección de sus padres.

—Y su conversación terminó en una discusión. ¿De qué se trataba?

—Es tan terca —se quejó la señora Waters—. Prometió empacar para el viaje, pero todos sus baúles seguían vacíos. Nos dijimos cosas horribles. ¡Nunca me lo perdonaré si se ha escapado por eso!

Charlotte tenía derecho a estar enojada por el descuido de sus padres. Su obsesión era bien conocida y quizás la discusión fue la gota que colmó el vaso. —¿Falta alguno de sus baúles?

—No.

—¿Ha desaparecido alguna de sus posesiones favoritas?

—Solo su bolso, creo.

Charlotte llevaba algo de dinero encima, al menos. —¿Podría haber ido de compras a Bond Street con amigas y haber sido atraída a casa de alguna de ellas?

—Le gustan las cosas bonitas. Dedales y cosas así. —La señora Waters hizo un gesto hacia las dos mujeres sentadas juntas en una chaise longue—. Y ahí están, sus mejores amigas sentadas justo frente a usted, y ninguna la ha visto en todo el día.

Winston estudió a las mujeres alineadas al otro lado de la habitación. Charlotte era muy cercana a estas damas. Pero había más. Y cualquier buena amiga podría haber ocultado a Charlotte de sus padres y mentido al respecto. Venir aquí a retorcerse las manos podría asegurar que parecieran creíblemente preocupadas. Había una docena de formas en que Charlotte podría permanecer en Londres si ese fuera realmente su deseo. —¿Dónde están Harriet Long y la señorita Draven hoy?

—En Bristol —respondió Eugenia Berringer—. Harriet había dejado Londres antes de que Charlotte supiera que le quedaba tan poco tiempo con nosotras. La señorita Draven fue llevada al campo por su tutor más o menos al mismo tiempo.

Cruzó miradas con la señora Berringer. Como mujer casada, casada con un hombre que algún día se convertiría en duque, tendría los mejores recursos a su disposición que las otras no tenían. —¿Está usted ocultando a Charlotte y no quiere admitirlo? Está muy equivocada si me la está ocultando.

Las cejas de la señora Berringer se alzaron. —No. Por supuesto que no estoy ocultando a Charlotte. Es nuestra amiga más querida. Le he ofrecido abiertamente alojarse con nosotros, y son sus padres quienes han hecho imposible aceptar la oferta. Exigen que se case para quedarse en Londres.

Miró a la pareja mayor. —¿Exigen?

—O se casa o viene con nosotros. Ese fue nuestro acuerdo —dijo su padre, cruzando los brazos sobre el pecho.

—Quizás nos equivocamos al hacer eso —susurró la señora Waters a su marido.

—¿Cómo iba a sospechar que se escaparía por este asunto? Siempre había sido completamente dócil antes.

Aurora Hillcrest se puso de pie de golpe. —¡Le dieron solo unas semanas para encontrar marido, y luego anunciaron la intención de marcharse una semana antes justo esta mañana! ¡Injusto y cruel, haciendo imposible que tuviera éxito! Yo también me habría escapado en las

mismas circunstancias.

Winston se reclinó, horrorizado por la falta de sentimientos de los padres de Charlotte. Podía creer fácilmente que ella hubiera entrado en pánico por una partida anticipada y hubiera hecho algo imprudente, pero seguramente habría acudido a una amiga para contarle lo sucedido *antes* de desaparecer por completo.

A él mismo le hubiera gustado saber qué estaba pasando. Le gustaría saber dónde podría encontrarla de nuevo. Tenían asuntos importantes que discutir. Ella afirmaba amarlo, y él sentía lo mismo por ella. También había que hacer algo con respecto a su boda con Elizabeth antes de que el día se acercara más. Pero ahora estaba comprometido a descubrir adónde había ido Charlotte. —Esto es ciertamente extraño.

Levantó la mirada cuando alguien se aclaró la garganta ruidosamente y se encontró con Aurora Hillcrest mirándolo fijamente. —¿Por qué está tan interesado en el paradero de Charlotte?

Una pregunta justa, y una que no podía responder honestamente todavía. Sonrió rápidamente. —Es amiga de mis amigos, y no me gusta verlos a todos ustedes preocupados.

Aurora entrecerró los ojos. —Sí, pero ¿por qué *usted* cuando ningún otro caballero ha venido a mostrar preocupación?

—Probablemente esté aquí en nombre de su madre para tranquilizarla —apaciguó Eugenia Berringer—. No importa por qué ha venido, solo que está dispuesto a ayudar con la búsqueda. ¿No es así?

—En efecto, lo estoy. —Se volvió hacia los padres de Charlotte, que ahora estaban acurrucados juntos, con una mirada perdida en sus ojos—. ¿Qué se ha hecho hasta ahora para encontrarla?

El señor Waters exhaló un pesado suspiro. —Enviamos a nuestros sirvientes y buscaron por las calles cercanas. Ella conoce los peligros que hay allí fuera y sabe cómo defenderse.

—Por supuesto —respondió, temiendo que podría estrangular al señor Waters si se le diera la oportunidad. Charlotte nunca *debería* haber tenido que protegerse a sí misma. Estaba orgulloso de que pudiera hacerlo, pero su padre había sido negligente en proteger a su única hija del peligro. Ella necesitaba a alguien en su vida que la pusiera en primer lugar.

El corazón de Winston comenzó a latir muy rápido. Él podría ser eso para ella, y lo sería algún día. Miró por encima de su hombro. —Si la señorita Waters salió por la mañana y se cayó o resultó herida, alguien debería haberla encontrado. Envíen a un sirviente a cualquier médico local, boticario o facultativo que viva cerca y hagan averiguaciones.

—Sí, milord —prometió Davis sin esperar el acuerdo de los Waters—. Se hará de inmediato.

—Usted puede ir con él también y ayudar con las averiguaciones —le dijo al hombre del duque.

—Pero me dijeron...

—Hágalo. Le aseguro que estoy bastante seguro aquí.

El sujeto no parecía muy contento con la orden, pero finalmente asintió. —Muy bien, milord. Volveré tan pronto como pueda.

Winston asintió y se volvió hacia los padres de Charlotte. —¿Por casualidad se llevó su sombrilla?

La señora Waters frunció el ceño. —No lo sé.

—Normalmente lleva uno —murmuró Aurora.

Cuando el mayordomo regresó diciendo que se habían enviado sirvientes, Winston pidió ver la alcoba de Charlotte.

La señora Waters abrió la boca para protestar, pero la señora Berringer asintió.

—Quizás vea algo que todos hemos pasado por alto.

Consciente de que lo observaban de cerca, salió de la habitación a grandes zancadas. A mitad de camino por las escaleras, oyó pasos apresurados tras él. Miró por encima del hombro y vio a Aurora Hillcrest subiendo las escaleras.

—¿Ocurre algo?

—Todavía no, pero se lo haré saber en un momento —respondió ella.

Él se adelantó y entró directamente en la habitación de Charlotte, mirando a su alrededor. Todo estaba más o menos como Winston recordaba haberlo visto la última vez. Su colección de dedales había sido revuelta, pero aún quedaban trece de la colección original en exhibición.

—¿Dónde está? —murmuró Winston, registrando la habitación.

—Quizás se lo haya llevado —sugirió Aurora.

Pero lo encontró un momento después, apoyado contra la pared en su vestidor detrás de la puerta.

Echó un vistazo a la calle desde la ventana. Si Charlotte hubiera decidido huir para siempre, podría haber dejado algunas pertenencias, pero no creía probable que se olvidara de su sombrilla. Llevaba ese objeto a todas partes. Se habría llevado algo más de su habitación también. Vestidos, abrigo, etc. Al menos un pequeño baúl. Un dedal. Gracias a su prolongada estancia en el vestidor y la alcoba de Charlotte, Winston conocía bien todo lo que ella poseía.

Aunque era inútil, revisó detrás de sus baúles por si estuviera escondida allí. Al no encontrarla, examinó el contenido de su armario, vestido por vestido. Faltaba el vestido amarillo que tanto le gustaba. Su favorito de todos los que ella tenía. En la esquina estaba cuidadosamente doblado el disfraz que había llevado la noche anterior.

Se dio la vuelta lentamente, tratando de imaginar su rutina diaria.

Llegaba a casa, dejaba caer su bolsito sobre la cama, se quitaba las zapatillas bajo ella y luego iba al vestidor a cambiarse.

Allí es donde había estado el vestido amarillo de día la última vez que él estuvo aquí. Así que era posible que lo llevara puesto ahora. Y una vez vestida, se sentaría en su tocador y se cepillaría su largo cabello oscuro.

Se acercó a su tocador y encontró las peinetas que había usado la noche anterior, y luego vio un paño húmedo manchado de kohl hecho una bola en la palangana. Dios, se había sentido más vivo con ella anoche que con cualquier otra mujer que hubiera conocido. Más él mismo y no el Conde de Hurlston.

Solo Winston.

El hombre que ella amaba, y él quería ser ese hombre para siempre.

—Me parece que ya has estado en esta habitación antes —murmuró Aurora.

Winston ignoró eso. —Lleva un vestido de día amarillo. No es un color fácil de olvidar o pasar por alto.

—¿Amarillo? ¿Cómo puedes estar seguro?

—Si aprecias a tu amiga, no me preguntes eso.

Aurora se alejó de la puerta y se acercó. —¿Estás escondiendo a Charlotte? ¿Impidiendo que sus padres se la lleven de Londres?

—No seas ridícula. Nunca sería tan deshonesto. —Winston se acercó a la mujer y la miró desde arriba. Ella sospechaba con certeza que él estaba involucrado con Charlotte, a juzgar por el brillo desafiante en sus ojos—. Si supiera dónde está Charlotte, estaría allí ahora mismo.

Un atisbo de sonrisa tocó los labios de Aurora, pero desapareció rápidamente. —¿Adónde

podría haber ido?

—No lo sé, pero pondré Londres patas arriba para encontrarla.

Aurora sonrió ampliamente entonces. —Ahora eso sí suena como un hombre que por fin reconoce el verdadero valor de mi amiga.

Invaluable. Sin embargo, frunció el ceño. Si le habían hecho daño a Charlotte, alguien lo pagaría caro. —Discúlpeme.

—Por supuesto, ve a buscarla. Envía un mensaje cuando sepas que está a salvo y bien. Ella significa el mundo para nosotros.

Y para él también. No descansaría hasta tener a Charlotte en sus brazos de nuevo.

Bajó las escaleras apresuradamente y salió a la calle sin despedirse de nadie más. Levantó la mano para detener un coche de alquiler que se acercaba, pero vio que su propio carruaje venía por la calle. Rechazó el coche de alquiler y esperó a que su propio vehículo se detuviera. Cuando se detuvo, le habló al cochero. —Podría jurar que te envié a casa sin mí.

—Cambio de planes, milord.

Miró hacia arriba al escuchar una voz desconocida desde el pescante, solo para ver a un extraño vistiendo la librea de su cochero. —¿Quién demonios eres tú?

—Mejor pregunta quiénes son *ellos* —dijo el hombre, señalando detrás de Winston—. Yo no me resistiría si fuera usted.

Winston intentó darse la vuelta para mirar, pero todo lo que vio fue la culata de una pistola descendiendo hacia su cabeza.

CAPÍTULO 21



CHARLOTTE SE INCORPORÓ y de inmediato se llevó una mano a la cabeza dolorida, donde le latía al ritmo de su propio corazón. —¡Ay, cielos!

El sonido de su voz rebotó a su alrededor y resonó horriblemente. Se tomó un momento para mirar a su alrededor con cuidado. No tenía ni idea de cómo había llegado allí ni cuánto tiempo había estado tendida sobre el áspero suelo de madera. Lo último que recordaba era que estaba en la calle, de camino a Grafton House en pleno día, cuando el carruaje de Winston se detuvo frente a ella y una mano le hizo señas desde el interior.

En ese momento, creyó que Winston estaba dentro del carruaje. Un hombre en quien confiaba. Un hombre que nunca le haría daño.

Qué tonta. Qué tonta, Charlotte.

Había estado tan consumida por su deseo de estar cerca de Winston otra vez que no se le ocurrió que podría ser otra persona. Alguien que había intentado engañarla para que se uniera a él en ese oscuro carruaje, aunque por qué motivo no podía imaginarlo en ese momento.

Nada bueno, sin duda.

Con cuidado, se puso de pie, buscando apoyo en una pared mientras sus sentidos daban vueltas hasta que se estabilizó. La habían drogado y un sabor amargo persistía en su boca y nariz. Rápidamente se pasó las manos por el cuerpo para comprobar si sentía dolor o si su vestido había sufrido algún daño durante el secuestro. Había luchado con fiereza por su libertad, pero había perdido la batalla.

De repente, Charlotte recordó que llevaba su bolso y un chal cuando salió de casa. Una rápida búsqueda por el suelo a su alrededor reveló que ambos habían desaparecido. — ¡Maldición!

Tenía unas pequeñas tijeras de bordar en su bolso. No era mucho, pero podría haberlas usado como arma cuando su secuestrador regresara.

Si es que no lo había hecho ya.

Escuchó atentamente, pero no oyó nada. Hacía frío dondequiera que la tuvieran retenida y, al mirar de nuevo a su alrededor, llegó a la conclusión de que muy probablemente estaba en las entrañas de una gran casa. Tal vez un sótano o un almacén en desuso.

Sin embargo, parecía no haber nadie cerca en ese momento. Charlotte no podía oír nada más que el latido de su corazón y el apresuramiento de su respiración, ambos demasiado acelerados. Se esforzó por calmarse. Aún estaba viva y eso era prometedor. Quien la había secuestrado podría haberla asesinado fácilmente en lugar de encarcelarla.

Su estómago rugió sonoramente, pero no había olores provenientes de ninguna cocina que pudieran haber causado esa reacción. Pero el tiempo podría haberlo hecho. ¿Había estado dormida todo el día? Dada la oscuridad que la rodeaba ahora, sospechaba que eran altas horas de la noche.

Se llevó la mano a la boca para contener un jadeo. ¿Alguien se habría dado cuenta siquiera de que había desaparecido? ¿Cómo podría alguien encontrarla aquí? Dondequiera que fuese *aquí*.

Nadie en casa la había visto salir. Ella misma se había asegurado de ello.

¿Se habrían dado cuenta sus padres?

Por supuesto que no.

Charlotte se lanzó contra la puerta y, cuando esta no cedió fácilmente, empujó con toda su fuerza. Finalmente, la puerta se movió, con las bisagras chirriando en protesta bajo su peso. Se escurrió por la estrecha abertura hacia un pasillo tan oscuro como la habitación que acababa de dejar, e igualmente vacío.

¿Acaso alguien la había traído aquí y ni siquiera se había molestado en encerrarla? Qué extraño. ¿Y por qué lo habrían hecho?

Miró arriba y abajo del pasillo, tratando de orientarse y ver algo que identificara su ubicación. No había luz, ni sonidos más allá del ruido de su propia respiración. ¿Por qué traerla a un lugar como este, solo para abandonarla?

Tal vez aún no lo habían hecho.

Charlotte se deslizó por el pasillo con una mano extendida, sus dedos rozando la pared para guiarse más allá de otras cámaras vacías. Sus ojos se estaban adaptando a la penumbra ahora, y podía distinguir un espacio que en algún momento debió haber sido el hogar de los sirvientes.

El lugar no estaba en ruinas, pero estaba completamente abandonado. Nadie debía haber vivido allí durante algún tiempo, a juzgar por el polvo que cubría el suelo, lo que significaba que cuando y si alguien regresaba, ella estaría completamente a su merced a menos que estuviera mejor preparada para defenderse.

Se sintió aliviada al encontrar la cocina, con una sólida estufa ubicada en un extremo de la habitación, ordenada y moderadamente limpia, aunque no ardía ningún fuego en la rejilla para proporcionar calor. Las altas ventanas de la habitación parecían estar tapiadas desde el exterior. Solo un poco de luz de luna se filtraba por los bordes, confirmando que era de noche afuera, pero esa débil luz le permitía una mejor visión de la que había tenido desde que despertó.

Miró alrededor de la estancia, esperando encontrar algo que pudiera usar como arma en caso de que sus secuestradores regresaran. En una esquina, había una forma sombría.

Charlotte se apresuró hacia ella, pero solo encontró un saco de patatas sucio cubriendo un único trozo de madera lisa, posiblemente la pata de una silla o una mesa baja. —Bueno, al menos puedo golpear a alguien con esto si vuelven por mí —murmuró, sintiéndose mejor al tener de nuevo un peso sólido en la mano.

Qué no daría por su sombrilla, aunque se había olvidado de ese artículo cuando salió apresuradamente para ver a Winston de nuevo.

Se apoyó contra la pared para pensar un momento. Podría gritar, pero eso solo podría invitar a sus secuestradores a venir a revisarla. Y si no lo hacían, ¿quién la oiría? Las paredes parecían bastante gruesas.

Miró el palo en su mano y lo balanceó unas cuantas veces, familiarizándose con él. Colocó la punta del palo contra las piedras más ásperas alrededor del hogar y lo arrastró de un lado a otro varias veces, intentando afilarlo hasta formar una punta como había visto hacer a los nativos en innumerables ocasiones durante sus viajes.

Alguien tosió.

El sonido asustó a Charlotte hasta lo indecible y giró sobre sí misma, con el palo en alto, solo para encontrarse aún sola en la cocina abandonada.

Pero la tos volvió a ocurrir, y resonó por toda la cámara, sin darle ninguna idea de la dirección de la que provenía. Por más que escuchaba y miraba atentamente, no podía decir de dónde había venido ni ver a nadie acercándose sigilosamente por detrás.

Esperar a ser atacada no serviría de nada.

Charlotte blandió su arma y salió lentamente de la cocina, dando un paso silencioso tras otro, en busca del origen de la tos. Pero quienquiera que fuese, no estaba haciendo ningún intento por mantenerse en silencio. De hecho, entre toses, él —un hombre— parecía estar maldiciendo en un flujo constante.

Charlotte llegó a la cámara donde había despertado, segura de que quienquiera que fuese aún estaba delante de ella. Por el sonido, era un hombre bastante infeliz.

Se arriesgó a asomarse por una esquina a una habitación que no había notado antes y apenas pudo distinguir una figura agachada al otro lado. Él tropezó y gimió, y luego se enderezó completamente. Era alto, bastante más que ella, con brazos largos y manos que se aferraban a su cabeza. Pero Charlotte no percibió ninguna amenaza de él. Ninguna en absoluto.

De repente, él se chocó contra una pared y le quemó los oídos con otra maldición grosera.

—¿Qué estás haciendo? —susurró ella.

El tipo casi se cayó sobre sus propios pies en su prisa por darse la vuelta. Levantó los puños frente a él y adoptó una postura de boxeo.

—¿Qué quieres de mí? —exigió, mirando hacia todos lados menos hacia donde estaba Charlotte—. ¡Muéstrate!

Ella se quedó boquiabierta, finalmente reconociendo la voz y la forma.

—¿Winston?

—¿Charlotte? —llegó su incrédula respuesta mientras sus manos caían a los costados.

—¡Oh, me encontraste! —exclamó ella y corrió hacia él, aliviada más allá de toda medida de no estar sola nunca más—. Estoy tan contenta de que estés aquí.

Las manos de Winston tantearon torpemente sobre su cuerpo, y luego ella fue casi aplastada por su abrazo.

—Créeme, yo no estoy feliz de haberte encontrado.

Ella se apartó de él.

—¿No lo estás?

Incluso en la oscuridad, podía sentir que algo no estaba bien con él. Él se pasó los dedos por el pelo.

—Bueno, no. En realidad, parece que he sido encarcelado junto contigo.

No debería reírse de su decepción, pero no pudo evitarlo. Había estado tan asustada de que nunca la encontraran. Pero si Winston estaba aquí, se sentía mejor acerca de su encarcelamiento. Si iba a estar atrapada, se alegraba de que fuera con él y no con alguien más. Lo abrazó con fuerza, deseando no tener que soltarlo nunca.

—Oh, Winston. ¿Qué está pasando? ¿Por qué estoy aquí? ¿Por qué estás tú?

—No lo sé. Pero me alegro de saber dónde estás. No tienes idea de lo preocupado que estaba cuando Davis confesó que no estabas en casa y nadie podía encontrarte. —Sus labios se presionaron contra su frente—. No parece haber nadie contra quien luchar ahora mismo.

—No. No hay nadie aquí más que nosotros —le dijo ella, apoyando su mejilla sobre su corazón.

Los dedos de él acariciaron la parte posterior de su cuello.

—Por más agradable que parezca este desarrollo, será mejor que salgamos de aquí.

Ella lo miró rápidamente.

—No he encontrado una salida. ¿Y tú?

—No. Pero tampoco recuerdo siquiera haber llegado. ¿Cómo vamos a escapar de este desastre, querida Charlotte?

—No tengo la más mínima idea, Winston. Ni siquiera tengo mi sombrilla.

—Te compraré una docena si logramos salir de aquí de una pieza —prometió. De repente se rio y la meció en sus brazos—. Oh, qué bueno es poder hablar contigo de nuevo.

A ella también le gustaba hablar con él, pero ambos habían sido encarcelados. Con Winston aquí ahora, la situación no podía ser buena para ninguno de los dos.

—¿Crees que volverán pronto?

—Espero que sí y espero que no.

—Winston, tengo miedo.

—Yo también, te lo aseguro —respondió, besando su frente de nuevo—. Pero estaremos bien ahora que estamos juntos. Dioses, te eché de menos hoy.

Ella lo miró sorprendida, asombrada de que repitiera el sentimiento.

—¿De verdad me echaste de menos?

—Por supuesto. Acababa de empezar a buscarte cuando me engañaron para que tomara mi propio carruaje. Lo conducían mis secuestradores, verás, y me obligaron a entrar después de golpearme en la cabeza. No recuerdo mucho después de eso porque me drogaron.

Ella levantó la mano para acariciar suavemente su cráneo con los dedos. Encontró un bulto, pero como estaba oscuro, no podía decir si estaba sangrando o no.

—A mí me pasó lo mismo, pero sin la parte del golpe en la cabeza. Pensé que estabas dentro del carruaje en el que entré, pero era alguien haciéndose pasar por ti. Winston, creo que era Peter.

—Imposible —insistió él, llevando los dedos de ella a sus labios para besarlos.

—No puedes ignorar mis sospechas para siempre —le advirtió, colocando firmemente los dedos sobre sus labios para que no la interrumpiera—. Es un trago amargo, lo sé.

Él apartó sus dedos.

—La verdad es que mi hermano es un invitado involuntario del Duque de Exeter en este momento. Lo encontré en una casa de juego temprano esta mañana, poco después de dejarte. Lo he interrogado durante todo el día. No podría haber estado en ese carruaje y organizado tu secuestro. ¿Sabes a qué hora te llevaron?

—Un poco antes de las diez, creo que debió ser —respondió ella, frunciendo el ceño ante un pensamiento desagradable—. No estaba muy lejos de casa. Debe ser alguien que trabaja para él, entonces. Un matón a sueldo.

—Es una posibilidad, pero no ha revelado nada hoy.

—Si no es Peter, ¿entonces quién puede ser, y por qué? Dijeron que les había ahorrado la molestia de esperar a que saliera. Tenían la intención de secuestrarme. Sabían dónde vivía.

—Eso no es difícil. Tu dirección es ampliamente conocida en la sociedad —Exhaló un suspiro—. Deben sospechar de mi relación contigo, y tal vez se dieron cuenta del alcance de la ayuda que me habías dado para evitarlos antes. Maldición —Winston la apartó suavemente, pero rápidamente tomó su mano—. ¿Dónde crees que estamos?

—Una casa vacía. No sé dónde. No hay muebles ni pertenencias en ninguna de las habitaciones que he revisado. Nada que identifique a los dueños.

—Creo que seguimos en Londres, pero quiero estar seguro —comenzó a guiarla fuera de la

habitación, solo para detenerse en el pasillo—. ¿No hay ni una pizca de luz en este maldito lugar?

—Hay un poco de luz de luna en las cocinas. Aunque todas las ventanas están tapiadas allí. ¿Por qué?

—Quiero saber la hora para calcular qué tan lejos nos han traído de casa.

Charlotte lo condujo directamente a la cocina, donde al menos había algo de luz. Él sacó rápidamente su reloj de bolsillo, girándolo y volteándolo de un lado a otro, y luego anunció que eran solo las ocho de la noche.

—Solo ha pasado una hora desde que me secuestraron.

—Creo que he estado aquí todo el día. Mi estómago está vacío.

Él tomó sus manos.

—¿Te hicieron daño?

—No. Estoy bien.

—Bien —Winston la atrajo a su lado de nuevo—. Me tomaron por sorpresa.

—Al menos no te dispararon otra vez —Charlotte se estremeció al ocurrírsele una idea—. ¿Fui yo el cebo destinado a atraerte, Winston?

—No lo sé —dijo antes de besarle la coronilla—. Aunque un cebo irresistible. Tenemos que salir de aquí. Ahora, antes de...

—Antes de que vuelvan para acabar con nosotros —completó ella—. Acababa de empezar a buscar una salida cuando te oí estornudar.

—Maldito polvo —Winston entrelazó sus dedos con más fuerza—. Sigamos buscando una salida. Tus padres creen que huiste de ellos.

Ella soltó una risa burlona y luego se cubrió la cara cuando su nariz se crispó.

—Me sorprende que siquiera notaran que me había ido.

—Lo notaron —suspiró él—. No apareciste para la cena.

Ella negó con la cabeza.

—¿Entonces les tomó más de seis horas darse cuenta de que faltaba?

—Bueno, yo te eché de menos desde el momento en que nos separamos —prometió, y eso la hizo sentir infinitamente mejor—. Supongo que te escabulliste de la casa mientras ellos estaban distraídos. ¿Realmente estabas huyendo?

—No, corría hacia *ti*. Para averiguar si habían atrapado a Peter y saber si estabas a salvo. Pero no lo estás. Winston, debes saber que madre y padre han cambiado sus planes sobre marcharse.

—Estoy al tanto. Tus amigas se quejaron de la sorpresa que anunciaron tus padres esta mañana cuando me enteré de tu desaparición. Bastante injusto de su parte. No dudo que estés enojada.

—Lo estoy, pero ¿qué puedo hacer? Hice una promesa y no romperé mi palabra. Era casarme o irme con ellos. No quiero irme, pero...

—Crees que no tienes opción.

Llegaron a la parte de la casa donde se habían encontrado de nuevo, y adelante en la penumbra vio un arco. Un arco que conducía a algún lugar. Tal vez a unas escaleras.

—Por aquí —murmuró, tomando la delantera.

Winston tiró de su mano.

—Charlotte, cuando salgamos de aquí, será mejor que hablemos sobre el futuro.

Ella lo arrastró hacia adelante.

—¿Qué queda por hablar, Winston? Debemos irnos.

Él la atrajo hacia sí.

—Hay bastante. Nunca antes he hablado tanto con una mujer que me gusta. Y aún no he terminado de hablar contigo.

Se inclinó y le dio un sonoro beso.

—Ahí.

—¿Ahí qué?

Le robó tres besos más, susurrando entre cada uno:

—Ahí, y ahí, y ahí.

Ella puso una mano en su pecho.

—Winston. Para.

—¿Qué pasa?

—Me voy.

—Ah —se quejó él, deslizándolo su brazo alrededor de su cintura—. ¿Y si supiera una manera en que pudieras hacer tus maletas pero quedarte aquí en Londres?

—No quiero ser dama de compañía ni un caso de caridad de nadie —dijo lentamente, entrecerrando los ojos hacia él en la oscuridad—. Ni tu amante.

—Te aseguro que yo tampoco querría eso para ti. Pero si mal no recuerdo, fue apenas anoche cuando fingimos ser amantes... y nuestra actuación fue muy convincente. No renunciaré a nosotros tan fácilmente. Pero tendría que ser nuestro secreto.

CAPÍTULO 22



CHARLOTTE APARTÓ A WINSTON de un empujón.

—Charlotte, ¿te he malinterpretado? ¿Acaso no me amas?

—Por supuesto que te amo. Nada cambiará eso jamás.

El corazón de Winston dio un brinco de innegable alegría. Si Charlotte lo amaba y él la amaba a ella, no podía casarse con Elizabeth.

Podría tener esto: compañía y amistad con Charlotte.

Para siempre.

Y amor.

Por supuesto que haría de Charlotte su esposa, aunque probablemente no tan pronto como quisiera.

Winston no deseaba que se hablara de Charlotte como *la otra mujer* en su vida. Ella merecía ser la única, así que tendrían que mantener en secreto lo que sentían el uno por el otro durante un tiempo. Romper su compromiso iba a ser un asunto endiabladamente complicado. Pero valdría la pena.

Le acunó el rostro entre las manos. —Es todo lo que necesito oír —susurró, antes de aplastar sus labios contra los de ella.

Winston no iba a negarse el placer de los besos de Charlotte.

La rodeó con sus brazos. —Te amo —susurró en la oscuridad—. Te amo, Charlotte, con todo mi corazón. Pase lo que pase, tú eres la elegida.

Charlotte sollozó. —Habría esperado toda mi vida para escuchar eso.

—Yo también —prometió él—. Pero hay algo que debo decirte. Te he estado ocultando un secreto.

Ella se estremeció. —Puedes contarme lo que sea.

—Nunca he hecho el amor con una mujer —admitió lentamente. Avergonzado pero extrañamente contento de que ella supiera la verdad sobre sus vacilaciones.

—Supongo que pocos hombres aman a sus amantes.

—No es eso lo que quería decir. —Se acercó a su oído para susurrar—. Soy inocente. Tan inocente como tú.

Hubo una larga pausa, durante la cual Charlotte pareció congelarse. Pero antes de que el silencio se volviera embarazoso para él, ella finalmente susurró: —¿*Nunca*?

—Nunca. Supongo que por eso nos sonrojamos tan a menudo el uno con el otro. Ambos sentimos curiosidad, pero no estamos seguros de nuestra bienvenida.

—Eres bienvenido —susurró ella—. Siempre me he preguntado qué tipo de mujeres te atraían.

—Charlotte —alcanzó su rostro—. Solo tú.

Ella retrocedió. —¿Y Elizabeth? Seguramente...

—Nunca. Solo nos hemos besado unas pocas veces, y jamás con una décima parte de la pasión de mi primer beso contigo.

—Entonces, ¿por qué casarte con ella?

—Era el último deseo de mi padre —admitió—. Tenía la intención de honrar su acuerdo, pero ahora no puedo. Será costoso y probablemente cause un escándalo del que la sociedad hablará durante años, pero con el tiempo suficiente, espero ser libre para casarme contigo algún día.

—Pero no me lo has pedido.

—Lo haré, tan pronto como sepa que puedo cumplir mi promesa contigo —dijo—. Pero necesitareé contratar abogados y probablemente devolver los fondos que el patrimonio recibió del padre de Elizabeth cuando se firmó el acuerdo cuando yo era un niño. Será mejor que le dé la noticia a mi madre primero y que luego me ocupe de mi hermano. Será complicado. Pero estoy seguro de que con paciencia, lo lograré. Por eso debemos mantener lo nuestro en secreto. Por supuesto, le hablaré a mi madre sobre ti.

—Ella me echará la culpa. ¡Le *cae bien* Elizabeth!

—Madre lo entenderá, estoy bastante seguro.

—Desplazar a una mujer que tu madre considera una hija desde hace tantos años no me hará quedar bien con nadie —advirtió Charlotte.

Él la atrajo hacia sí. —Me ocuparé de todo.

—De lo que deberías ocuparte es de averiguar con certeza quién quiere verte muerto, y a mí tan humillada y avergonzada que tal vez nunca vuelva a mostrar mi cara en sociedad. ¿Qué pensará tu futura esposa cuando se entere de que fuimos secuestrados más o menos juntos? Pensará que lo hice solo para robarte de su lado o causar un escándalo para avergonzarla.

—Considérame robado —dijo él con una risa entrecortada.

—Esto no es gracioso, milord —Charlotte de repente se marchó en la oscuridad hasta que él ya no pudo ver su espalda.

—¡Charlotte! —gritó, temeroso de quedarse atrás—. ¿Adónde vas? No lo dije con mala intención. Sabes que lo que pasó entre nosotros no fue planeado, y también fue maravilloso.

Hubo una larga pausa y luego un suspiro igualmente largo antes de que dijera: —Sigue el sonido de mi voz, milord. He encontrado una escalera que sube.

—Tienes mucha mejor visión nocturna que yo —se maravilló Winston mientras se apresuraba hacia la voz de Charlotte en la oscuridad, solo para descubrirla a mitad de camino en una estrecha escalera, con las faldas levantadas por encima de los tobillos para evitar tropezar con ellas en los peldaños. Winston se apresuró y rápidamente puso su mano en la parte baja de su espalda para estabilizarla y continuaron juntos por la polvorienta escalera.

Charlotte se detuvo abruptamente, dejó caer sus faldas y golpeó la pared con los puños. —Solo sube, pero no hay puerta ni manija donde debería haber una a estas alturas. ¿Qué clase de casa es esta?

Winston se inclinó hacia adelante y pasó las manos por la pared frente a ellos. Percibió una pequeña rendija que, al empujarla, deslizó una puerta corrediza hacia el interior de la pared. Desafortunadamente, eso no les otorgó la libertad. —Una que ha sido renovada desde su construcción original —La escalera había sido bloqueada del resto de la casa en algún momento

del pasado y la entrada había sido cubierta con yeso del otro lado—. Eso es desafortunado.

—¿Solo desafortunado?

—Voy a tener que hacer algo de ruido para sacarnos de aquí —murmuró—. Quédate atrás.

Winston retrocedió unos pasos y luego embistió la puerta, lanzando su cuerpo contra la nueva renovación, con el hombro por delante. Rebotó la primera vez. En el segundo intento, una tabla se agrietó, y en el tercero, irrumpió en otro espacio.

Winston parpadeó mientras miraba a su alrededor en el nuevo entorno. Se encontraba de pie en una habitación iluminada por la luna. La luz que entraba por las ventanas delanteras era suficiente para mostrarle claramente sus alrededores. Charlotte se abrió paso entre los escombros para unirse a él, apartando con la mano el polvo que él había levantado.

Ahora estaban de pie en una casa amueblada, aunque todo estaba oculto bajo fundas protectoras contra el polvo. Se alejó de Charlotte, observándolo todo, escuchando atentamente por si hubiera personas que no debieran estar allí...

En la casa que había comprado recientemente para que viviera su hermano.

—Dios mío.

—Parece que nadie vive aquí en este momento —murmuró Charlotte, echando un vistazo bajo la funda más cercana para ver la silla tapizada que había debajo—. Me pregunto de quién será esta casa.

—No hace falta preguntárselo. —Tragó saliva—. Es mía, o debería decir, de Peter.

—Peter vive contigo —le recordó ella.

—Le compré una casa en la ciudad, ¿recuerdas? Planeaba regalársela por su cumpleaños, para que tuviera un lugar propio. Él y Elizabeth no se llevan bien, así que...

—Entonces, él sabe de este lugar.

—¿De la casa? Sí, vio los papeles en mi escritorio una vez antes de que los guardara. No sabía entonces que sería suya pronto. —Winston miró alrededor—. Quería hacer algunas reparaciones primero y que se realizara una limpieza a fondo y se abasteciera la cocina antes de que la viera por primera vez. Pensó que era para mi amante, hasta que lo disuadí de esa absurda idea.

—Así que, sabiendo que la casa estaba vacía, Peter o alguien más pudo haber ordenado a sus secuaces que nos trajeran aquí a los dos. ¿Estarían intentando involucrarte en un escándalo ahora también?

—A ti también. —Winston negó con la cabeza—. La única razón para hacer eso sería causar problemas a mi familia y entre Elizabeth y yo. ¿Sabes? Peter casi me engañó. Siempre ha afirmado que no le agrada Elizabeth, pero ¿y si eso fuera una mentira desde el principio? ¿Y si la quiere para él?

—Ella es muy hermosa —murmuró Charlotte.

—No de la manera en que tú lo eres —prometió Winston, diciendo cada palabra en serio. Charlotte era hermosa por dentro y por fuera—. Consideré dejarlo ir esta tarde, pero quería hablar contigo primero. Creo que deberíamos tener otra conversación sobre Elizabeth.

—Todos somos tontos cuando confiamos ciegamente en alguien que amamos. —Charlotte le frotó el brazo arriba y abajo y luego se adentró en una de las habitaciones, sacudiéndose el polvo del vestido—. Es un lugar bonito.

Winston se sacudió los brazos y las piernas, levantando nubes de ese maldito polvo a su alrededor. —Y no es un lugar donde debemos quedarnos en caso de que nuestros secuestradores regresen. Ven, Charlotte. Es un corto paseo hasta mi casa desde aquí.

Pero Charlotte no se movió. —No voy a ir a tu casa contigo. Voy a hablar con Peter, quizás

le rompa algo duro en la cabeza, y luego iré a casa a hacer las maletas para el viaje.

—No.

—¡Alguien me secuestró, Winston! Pienso averiguar quién fue. Si me amas aunque sea un poco, no me lo impedirás. Si él está involucrado de alguna manera, quiero escucharlo con mis propios oídos.

Por mucho que Winston quisiera proteger a Charlotte de situaciones desagradables, no tenía derecho a negárselo.

Winston tomó la mano de Charlotte entre la suya y luego la colocó firmemente sobre su brazo. Afuera estaba lo suficientemente oscuro como para que pudieran pasar desapercibidos al salir de la casa, y si caminaba rápidamente con ella, quizás lograría superar esta prueba sin manchar su reputación.

Para su sorpresa, la puerta principal no estaba cerrada con llave y la llave descansaba en la cerradura. El último lugar donde había visto esa llave era guardada bajo llave en el cajón de su escritorio en su estudio en casa. Peter, por supuesto, sabía dónde guardaba todos los documentos y llaves importantes... pero también lo sabían algunos otros en casa. Se guardó sus sospechas mientras volvía a cerrar la casa con llave al salir y se metió la llave en el bolsillo.

Consciente de no llamar la atención, llevó a Charlotte calle abajo tan rápido como pudo sin ser brusco.

Aun así, sintió como si casi corrieran todo el camino hasta la residencia del Duque de Exeter. Era tan emocionante como aterrador pensar que alguien podría estar observándolos. Siguiéndolos.

—Mantén la cabeza baja —susurró.

—Si la bajo más, besaré el suelo —se quejó ella.

No pudo evitar sonreír. El ingenio de Charlotte bajo presión era invaluable y lo tranquilizaba. Todo estaría bien eventualmente. Quizás no fácilmente, pero al final todo se arreglaría.

Se había enamorado de Charlotte, la mujer equivocada, y cada momento en su compañía se sentía fácil y correcto. Se alegraba de haberla conocido mejor antes de que fuera demasiado tarde, porque estar con ella todos los días era lo que quería hacer por el resto de su vida.

Elizabeth nunca se había preocupado por él como lo hacía Charlotte. Nunca se afanaba por él ni le confiaba sus secretos. Nunca cuestionaba lo que estaba pensando solo porque su expresión cambiaba sutilmente.

Ahora solo podía imaginar un matrimonio con Charlotte y nadie más. Su madre simplemente tendría que aceptar su cambio de lealtad si le explicaba cuánto había hecho Charlotte por él ya. Su madre hablaba de amor y esperanza.

Eso solo podía encontrarse con Charlotte ahora.

Haría que eso sucediera o moriría en el intento.

CAPÍTULO 23



CHARLOTTE ALZÓ LA barbilla mientras caminaba delante de Winston hacia la habitación donde Peter Bell había estado retenido durante el último día. Aunque el duque no parecía contento con su petición de hablar con Peter en privado, al ser informado de su secuestro por Winston, había accedido muy sabiamente.

Lord Peter Bell tenía un aspecto decididamente desaliñado mientras yacía sobre una cama, atado a ella, además. Se alegró de saber que sufría un poco después de todo lo que Winston había pasado.

Desafortunadamente, a pesar de necesitar ropa limpia y un afeitado, parecía extrañamente alegre. La miró solo brevemente antes de dirigirse a Winston con una sonrisa.

—Espero que hayas vuelto para liberarme, hermano.

Winston se detuvo y se quedó mirando al hermano que decía amar con tanta tristeza en su expresión que dolía presenciarlo. Charlotte se interpuso entre ellos. Al igual que Winston había hecho, ella también tenía la intención de hablarle como si fuera culpable de querer muerto a su hermano.

—Él no puede liberarte. No después de hoy.

La sonrisa en el rostro de Peter se desvaneció en un instante mientras fulminaba con la mirada a su hermano.

—¿Sabías que hoy no tuve más remedio que orinar en un orinal que sostenía un sirviente? —espetó—. ¿Qué quieres que diga para probar mi inocencia? ¡Lo diré! Dejaré de beber y apostar. Dejaré a esas mujeres.

Charlotte ignoró las ofertas y continuó con su propio interrogatorio.

—¿Por qué lo hiciste?

—¿Hacer qué? ¿Y quién eres tú para hablarme? Sigue con tus quehaceres y lárgate.

Ella estudió a Peter, desconcertada por sus palabras.

—Soy Charlotte.

—Maravilloso. Me alegro por ti. Quienquiera que seas no puede ser de consecuencia para mí. Date prisa y vete. Mi hermano y yo tenemos asuntos pendientes.

Winston se movió hacia adelante, pero Charlotte lo detuvo.

—No tan rápido —miró fijamente a Peter—. El encarcelamiento en una casa vacía fue una elección extraña después de tus otros intentos contra la vida de Winston. Pero, ¿qué pretendías hacer *conmigo*?

¿No debería Peter estar al menos molesto al ver sus planes frustrados y Charlotte caminando

libre después de todo lo que había hecho para secuestrarla?

—Fue inteligente de tu parte llevarme a un lugar que nadie sabía que tu hermano poseía. Mi familia y amigos nunca me buscarían allí y seguramente estaré arruinada si la sociedad se entera alguna vez de que estuve a solas con Winston.

—¿De qué sigues parlotando? Mi hermano nunca seduciría a una simple criada. ¿Y dónde está la duquesa para reprender a esta criada por cuestionar a sus superiores? Échala, Winston, o que Dios me ayude, sentirá el látigo de mi lengua.

Charlotte miró por encima del hombro a Winston.

—No me conoce.

Los ojos de Winston se estrecharon.

—Ha demostrado ser un buen actor.

—No, no está actuando en absoluto... pero entonces, los sinvergüenzas y pícaros realmente no prestan mucha atención al rostro o al nombre de una chica tímida, ¿verdad? —murmuró.

—Yo sí —prometió Winston.

Eso la hizo sonreír.

Charlotte se sentó en el borde de la cama, frente a Peter Bell. Ahora, cuando lo miraba, veía un tipo de carácter diferente al de Winston. Un pícaro y un sinvergüenza del que había que cuidarse. Un hombre que conocía bien a las mujeres. Un hombre al que una mujer no podía confiarle su reputación, y mucho menos su virtud. Pero, ¿podía confiarle a Peter la vida de su hermano? Se inclinaba a creer que él no había participado en su secuestro. Pero eso no lo absolvía de tener una ambición mortal. —Háblame de tu hermano mayor.

—¿Por qué? Está justo ahí.

Winston se acercó al lado de Charlotte. —Complácela.

—¿Qué hay que decir? —comenzó Peter—. Win es la niña de los ojos de mi madre, el favorito de la sociedad.

—Eso te molesta —murmuró ella—. Dime algo verdadero. Algo que solo tú y él sabrían el uno del otro.

Peter miró a su hermano y desvió la mirada, frunciendo los labios. Finalmente, volvió a mirarla. —El día que murió nuestro padre, fingió no estar molesto, pero estaba devastado. Creo que salió a cabalgar para ocultar sus lágrimas... y cuando regresó, ya no era mi hermano, sino el conde.

Winston suspiró. —Tuve que hacerme cargo de la familia.

—Yo podría haber hecho algo para ayudarte. Pero me enviaste lejos un mes después de que lo enterramos. Ya ves, él no me quería cerca.

Charlotte chasqueó la lengua. —Es probable que no fuera ese el motivo.

—No, no lo fue. Te envié lejos para ahorrarte las lágrimas de madre —murmuró Winston—. Ella lloraba día y noche desde que enterramos a papá.

Peter apartó la mirada. —¿Pensaste que tampoco podría ayudarla?

—Sabía que podrías, pero entonces ambos habríamos seguido sufriendo con ella demasiado tiempo. Tú eras el favorito de papá. Quería que tuvieras la oportunidad de recordar cómo ser feliz de nuevo. A ti y a padre les encantaba visitar el mar juntos. Por eso te envié allí.

Charlotte sonrió y bajó la mirada a sus manos. —Admitidlo. Os queréis mucho. Cualquiera puede verlo cuando habláis de aquellos momentos difíciles. Tus instintos eran correctos, Winston. No es él quien intenta hacerte daño. Pero debe ser alguien de tu casa quien tiene la llave de tu nueva propiedad.

—Tal vez sea tu amante quien te la tiene jurada.

—Nunca ha habido, ni habrá jamás, una amante mantenida por mí —dijo Winston mientras liberaba a su hermano—. A menos que *tú* hayas puesto una allí.

Peter se frotó las muñecas y luego fijó su mirada en Charlotte. —¿Quién eres tú, de nuevo?

—Solo una flor de pared.

Winston la señaló. —Esta es la mujer con la que me voy a casar algún día, hermano.

Peter pareció tan sorprendido como Charlotte ante ese audaz anuncio. ¿No había dicho Winston que ella debía ser un secreto?

Peter sonrió con sorna. —Vaya, vaya, vaya. Una esposa no es suficiente, así que ¿vas a complicarte la vida con dos? Mala jugada, hermano.

—Solo habrá una. Hermano, me gustaría presentarte a la señorita Charlotte Waters.

—¿Waters? ¿Waters? ¿De dónde me suena ese nombre?

Charlotte hizo una mueca. —Tengo unos padres excéntricos que prefieren el silencio de las bibliotecas ajenas a cenar como invitados.

—Ah, sí. Ahora lo recuerdo —Peter se puso de pie y se estiró—. Una vez intenté hablar con tu padre y me dijo que necesitaba ampliar mis horizontes. Ver el mundo antes de que no quedara nada nuevo por descubrir en él. Debo admitir que últimamente he pensado mucho en eso.

—Eso suena a algo que mi padre le diría a un joven, pero ¿por qué solo últimamente?

—Sospecho que necesito una mejor profesión. Una que no escandalice a mi pobre hermano mayor —Peter miró a ambos—. ¿Debería felicitarlos a los dos ahora o más tarde?

—La última vez no lo hiciste.

Peter hizo una mueca.

—Ofrecer mis condolencias sería más apropiado en ese caso, creo. Estaría muy agradecido de que Elizabeth no se convirtiera en parte de la familia. Demasiado mandona para mi gusto. Cátese con él, señorita Waters, aunque me temo que se casará con el Bell menor.

Winston abrazó a su hermano.

—No cambies nunca.

Charlotte se aclaró la garganta para llamar su atención.

—Lord Peter, siento que debo pedir su opinión. Su hermano casi fue atropellado por un par de caballos, golpeado por varios hombres, le dispararon y fue perseguido por aún más hombres, y ayer fue secuestrado y abandonado en una casa destinada a que *usted* viviera. ¿Puede imaginar a alguien con motivos para mostrarle tanto desprecio violento en las últimas semanas?

—Yo no, ni nadie de la familia. El tío Percy es peculiar, pero no ha salido de su finca en años. Ciertamente no lo he visto merodeando por ahí. El primo Albert podría querer el trabajo, pero es demasiado tonto para cometer un asesinato por él. La única razón real que se me ocurre para deshacerse de Winston sería impedir que su boda se llevara a cabo, lo cual está a punto de hacer por usted, creo. Soy demasiado joven para estar encadenado a esa arpía. Prométeme que te mantendrás vivo el tiempo suficiente para que no tenga que casarme con ella.

—¿Por qué la muerte de Winston significaría que tendrías que casarte con Elizabeth?

—Bueno, sí. Entonces yo sería Hurlston, ¿no? Siempre ha sido el destino del Conde de Hurlston casarse con Elizabeth.

Ella miró rápidamente a Winston.

—¿Eso es cierto?

Winston se frotó la mandíbula.

—Supongo que podría serlo, en cierto modo.

—No lo entiendo. Es el contrato matrimonial de Winston.

—Ahora bien, me temo que ahí se equivoca, señorita Waters. Nuestro padre fue astuto

cuando quiso expandir sus propiedades mediante el matrimonio. Prometió a su heredero en matrimonio con la pariente femenina de su vecino.

—Eso es de conocimiento común.

—Su *heredero*, no Winston por nombre. Si Winston muere, soy yo quien está en la picota.

Charlotte frunció el ceño.

—Entonces, tendrías que casarte con Elizabeth en su lugar. Después de un período de luto, espero.

—Exactamente. Realmente no tengo nada que ganar si mi hermano cayera muerto de repente. Heredaría la finca y a Elizabeth también. Y eso significaría Hunt también, ya que siempre está rondando como un mal olor.

—Deja a nuestro amigo fuera de esto. Se ha vuelto al campo, así que no tienes motivos para quejarte de él más.

Peter negó con la cabeza.

—Oh, no, no lo ha hecho. Todavía está en Londres.

—Tonterías. Aceptó el uso de un carruaje en lugar de tomar la diligencia a casa.

Charlotte se volvió hacia Winston.

—Me subí a tu carruaje. Tenía tu escudo en la puerta.

—Sí, tenía dos en la ciudad con escudos. Hunt tomó el más viejo.

—Nunca supe que tenías más de uno aquí. Por eso me uní a ti, o mejor dicho, a *él*.

Winston la miró fijamente por un momento, pero ella estaba segura de que no la veía. Se giró ligeramente para dirigirse a su hermano:

—¿Dónde y cuándo viste a Lucien Hunt?

—Antes de que me encerraras, por supuesto. Estoy seguro de que él no me vio a *mí*, sin embargo. Salía del infierno con amigos en ese momento, y como no quería hablar con él, mantuve mi distancia.

—Hunt no tiene amigos en Londres aparte de nosotros.

—Ahora los tiene. Eran tres tipos de aspecto duro. Ahora que lo pienso, no recibí el saludo habitual del cochero.

—O es un nuevo empleado de Hunt —susurró Charlotte a Winston—. No conozco a tu cochero, pero ¿algún mozo intentó evitar tu secuestro?

Winston apretó la mandíbula.

—No.

—No —Charlotte puso su mano en el brazo de Winston—. ¿Crees que...

—...mi mejor amigo está intentando impedir mi boda?

—Sí. Hunt podría querer a Elizabeth —murmuró Peter, uniéndose a sus susurros—. Y buena suerte para él si es así.

Winston se alejó de ambos, con la mano sobre su boca. Charlotte, que nunca había conocido a Hunt, miró a Peter.

—¿Cómo es él?

—¿Quién, Hunt? No sé si puedo describirlo lo suficientemente bien. Tan alto como Winston. No tan guapo. Es soltero y siempre se ha considerado amigo de Elizabeth también. Ahora que lo pienso mejor, siempre lleva una sonrisa cuando ella está cerca —Peter miró hacia su pecho y tiró de su camisa arrugada—. ¿No supongo que mi hermano me secuestró con un juego de ropa limpia?

—Lo dudo —le advirtió ella.

—Bueno, supongo que tendré que arriesgarme a ofender a mi madre de nuevo cuando vuelva

a casa. Tiene una cosa con mantener las apariencias.

—No se equivoca. Apestas a ginebra y cigarro —susurró ella—. Discúlpame.

Charlotte se movió al lado de Winston, y cuando él no la reconoció inmediatamente, le tomó la mano. Su piel estaba helada.

—¿Winston?

—Es cierto. Todo ello —Se balanceó sobre sus talones—. Hunt va a por mí. Pero apenas puedo creer que llegara tan lejos.

—La gente hará cualquier cosa para conseguir lo que quiere.

—Por eso vino a Londres. No para asistir a la boda sino para impedirla.

Se cubrió el rostro con las manos, y el corazón de Charlotte se dolió por él.

—¿No podías haberlo sabido? ¿No tenías motivos para sospechar de él?

Winston levantó la cabeza de golpe.

—No.

—¿Qué hay de Elizabeth?

—Elizabeth no sabe nada sobre las amenazas contra mi vida. No quería que se preocupara, ni mi madre tampoco.

—Ella tendrá a Hunt para consolarla si él logra deshacerse de ti —murmuró Peter, abotonándose el abrigo—. Nunca sospecharía de él.

—¡Yo no sospechaba de él!

—¿Por dónde deberíamos empezar a buscar al señor Hunt? —preguntó Charlotte.

—Primero vamos a casa. Hay que advertir a madre y a Elizabeth para que estén en guardia. Tú también estás en peligro ahora, Peter, así que vendrás con nosotros —le dijo Winston a su hermano.

—No pensaba quedarme atrás. Estaré justo a tu lado.

—¿Crees que podría hacerle daño a tu madre o a Elizabeth? Están solas en esa casa.

—Dios mío, si les hace algo a alguna de ellas... —Puede que ya no quisiera casarse con Elizabeth, pero se preocupaba por ella. Solo esperaba que su padre estuviera en casa para protegerla de Hunt—. Los sirvientes saben que Hunt es bienvenido. Lo dejarán entrar.

—Necesitaremos armas —sugirió Charlotte a Peter, enviándolo hacia la puerta para poder hablar a solas con Winston un momento—. Debes prometerme que tendrás mucho cuidado cuando lleguemos a tu casa. Mantén siempre la espalda contra la pared.

Winston sonrió con gravedad.

—Supongo que vienes conmigo a casa, ¿no?

—Sí, por supuesto que iré. Estoy preocupada por tu madre.

Winston se dirigió directamente hacia la puerta, gritando:

—¡Peter, dile a Exeter que también necesitaremos una sombrilla!

CAPÍTULO 24



EL MAYORDOMO DE Winston lo miró con expresión pétrea por encima del sombrero y los guantes de su señor. —Me alegra ver que ha vuelto, milord.

—¿De verdad? ¿Por qué?

Maldita sea si ahora no dudaba de la sinceridad de cada palabra que le habían dicho hoy.

El mayordomo parpadeó sorprendido ante la extraña pregunta. —Yo, eh... A Lady Hurlston le complacerá tenerlo de vuelta en casa. Ha estado preguntando si había regresado cada hora desde que se levantó.

—Te dije que eras su favorito —murmuró Peter, dándole un codazo a Winston en las costillas—. ¿Apuesto a que no preguntó por mí?

—No lo hizo, Lord Peter, porque siempre informo a su señoría sobre su paradero a primera hora de la mañana.

Charlotte era la siguiente en recibir atención y le ofreció al mayordomo una cálida sonrisa. —Es un placer volver a verlo, señor.

—¿Puedo tomar su sombrilla? —preguntó el hombre.

—Si no le importa, la conservaré conmigo —Ella golpeó ligeramente la punta de su sombrilla prestada contra el parqué—. Nunca se sabe cuándo puede ser útil.

—Y el señor Berringer también —El mayordomo examinó a su amigo—. ¿Puedo tomar su sombrero y abrigo?

Berringer se palmeó el costado donde había ocultado una pistola, por si acaso fuera necesaria antes de llegar al estudio de Winston, donde guardaba la suya. —Me quedaré con el abrigo si no le importa. Definitivamente hay una brisa fresca hoy.

—Puede tomar el mío —ofreció Exeter, entregando su sombrero, guantes y abrigo.

La decisión del duque de unirse a ellos había sido una sorpresa.

—Encontraremos a mi madre y luego iremos a mi estudio —anunció Winston, entrando a zancadas en la habitación más cercana.

Winston apenas dio dos pasos antes de ver a Elizabeth. Estaba sentada, con un bordado en las manos. Ella sonrió. —Aquí estás.

Él se apresuró hacia ella. —¿Estás bien?

—Por supuesto. ¿Qué podría estar mal?

La tomó por el codo y la puso de pie. —Hay una situación. Estoy seguro de que no corres peligro, pero deberás mantenerte cerca.

—Milord, me estás asustando.

—No hay nada que temer, estoy seguro. Solo mantente cerca y haz lo que te diga. ¿Dónde está tu padre?

—Arriba.

—Bien. ¿Y mi madre?

—Durmiendo, supongo —Miró más allá de él hacia sus acompañantes—. ¿Qué está pasando?

Charlotte se adelantó. —Iré a ver a tu madre.

—Está descansando —advirtió Elizabeth. Pero entonces sus ojos se estrecharon al ver a Charlotte y él vio reflejada la ira en ellos—. Milord, ¿qué hace ella aquí?

—Ella es... ah... —Winston titubeó. No había pensado en las consecuencias de traer a Charlotte a casa con él—. Hablaremos más tarde. Supongo que recuerdas al señor Berringer y al duque de Exeter.

El duque se abrió paso hasta el frente.

—Señorita Mayflower, un placer volver a verla.

Elizabeth le hizo una profunda reverencia.

—Su Gracia. Nos honra con su visita.

—Iré a buscar a Lady Hurlston y la traeré —susurró Charlotte, escabulléndose antes de que él pudiera detenerla. Ambos habían sido secuestrados, y aún no sabía qué propósito había servido eso a nadie.

Winston quería llamarla de vuelta. Pero lo primero que necesitaba hacer era hablar con su madre y explicarle la situación. El peligro. Sus sospechas sobre Hunt. Su enamoramiento de Charlotte en lugar de Elizabeth y sus planes de cancelar la boda hoy.

Esto último podía esperar.

—Nos reuniremos con ustedes en mi estudio en breve.

Tomó a Elizabeth por el codo y la guió a su lado.

—¿Has visto a Lucien Hunt?

—Regresó a casa.

—¿Sabes si podría tener motivos para volver? ¿Conoces algún nuevo amigo que pudiera haber hecho durante su reciente visita a la ciudad? ¿Dónde podría hospedarse?

—No estoy segura de por qué me preguntas a mí.

—Tengo buena información de que Hunt ha regresado a la ciudad. ¿Ha venido por aquí en los últimos días?

—Estoy segura de que no.

Winston encontró a Charlotte inclinada sobre su madre, sacudiéndola.

—Winston, no puedo despertarla.

Winston se apresuró a ver. Su madre estaba completamente inmóvil, y por más que Charlotte la llamara o la sacudiera, ni una pestaña se movía. Charlotte se volvió hacia él y susurró:

—¿Se sabe que tome láudano durante el día?

—No, nunca.

Charlotte de repente olfateó el aire alrededor de su madre.

—Es el mismo aroma de cuando me secuestraron.

Winston inhaló bruscamente, captando un rastro del mismo olor que él también recordaba.

—Hunt ya ha estado aquí.

—Hunt nunca se fue, bastardo arrogante —respondió Lucien Hunt, emergiendo de detrás de las cortinas que colgaban tras la madre inconsciente de Winston. También sostenía una pistola con negligencia en su mano. La pistola que debería haber estado en el cajón del escritorio del

estudio de Winston, si no se equivocaba. Elizabeth jadeó y retrocedió a una distancia más segura.

Peter le dio un codazo a Winston en las costillas.

—Te dije que esto era una mala idea.

—No recuerdo que hayas dicho eso —murmuró Winston.

—Por supuesto que lo dije. La señorita Waters me escuchó, estoy seguro.

—Solo recuerdo que me preguntaste si tenías tiempo para cambiarte de ropa —murmuró Charlotte, dando un paso adelante. Sus ojos estaban fijos en Hunt, y su agarre en la sombrilla era firme—. Buenos días, señor. No creo que nos hayan presentado, pero nos hemos conocido, ¿verdad?

Hunt ignoró completamente a Charlotte.

—Fue a usted a quien vi cabalgando en Hyde Park con un acompañante —dijo ella, intentando provocar una reacción en el adversario de Winston—. Seguramente recuerda la ocasión, señor. ¿No fue su primer intento de deshacerse de su rival?

Los labios de Hunt se crisparon.

—¿No fue el primero, ni tampoco el último, verdad? —observó Charlotte con una inclinación de cabeza—. Es difícil comprometerse con su causa cuando intenta ocultar su identidad de esa manera.

Hunt miró entonces a Charlotte. —Él nunca me vio venir hasta que tú arruinaste mi diversión, zorra.

Los labios de Charlotte se curvaron en una sonrisa peligrosa. —Yo también podría llamarte nombres... ¿o es que tu deseo sigue siendo un sueño incumplido como el mío?

Winston dio un paso adelante cuando la mandíbula de Hunt se tensó. Pero al momento siguiente, este colocó calmadamente la punta de la pistola en la base del cráneo de Madre. —Ella es mía.

La sonrisa de Charlotte se ensanchó. —¿Quiere a Lady Hurlston?

—No.

—Ah, entonces te refieres a la señorita Mayflower —murmuró Charlotte, y luego sonrió de nuevo—. Tu amante. ¿Dónde está ella ahora?

Hunt miró a su alrededor y una expresión preocupada cruzó su rostro brevemente cuando quedó claro que Elizabeth había huido de la escena. —Volverá. Ella siempre vuelve a mí.

Charlotte chasqueó la lengua. —¿Estás seguro de que lo hará esta vez? El intento de asesinato de un conde conlleva una pena severa. La horca, creo, si te condenan.

—Entonces será mejor que me asegure de acabar con todos ustedes mientras pueda —dijo Hunt mientras apuntaba el arma hacia Charlotte.

Todo sucedió muy rápido.

Charlotte desplegó su sombrilla y la levantó frente a ella mientras se lanzaba de lado para aterrizar en el suelo a los pies de Madre, arrastrándola consigo sobre la alfombra.

Winston se abalanzó sobre Lucien Hunt, pero fue apartado por otro cuerpo que volaba por el aire cuando sonó un disparo.

Peter aterrizó encima de Winston, dejándolo sin aliento momentáneamente. Se quitó a su hermano de encima y se apresuró tras Hunt, atrapándolo mientras intentaba alcanzar una segunda pistola escondida detrás de su espalda.

Winston se lanzó y derribó a su antiguo amigo, enviando la pistola volando de la mano de Hunt hasta el otro lado de la habitación. Winston lo inmovilizó contra el suelo y lo golpeó, y luego lo golpeó unas cuantas veces más para asegurarse, hasta que dejó de resistirse.

Echó un vistazo rápido alrededor para ver cómo estaban todos.

El duque y Berringer irrumpieron en la habitación, ambos sosteniendo una variedad de armas.

—La maldita puerta estaba atascada. Tuvimos que romper el cristal. ¿Qué nos perdimos?

Winston se rio.

—Una hazaña heroica nunca antes realizada, y espero que nunca más se repita.

Peter gruñó.

—Golpéalo otra vez, pero por mí, hermano.

Winston lo consideró y luego se encogió de hombros.

—Tengo las respuestas que necesitaba. Hunt estaba detrás de todo.

Sin embargo, Hunt comenzó a sonreír maliciosamente.

—¿Crees que lo sabes todo? No sabes nada de la verdad. Si tienes algo importante que decirle a tu hermano, yo no perdería el tiempo.

—¡Winston! —exclamó Charlotte, luego se arrastró a gatas por la habitación hasta el lado de Peter—. ¡Peter está herido!

Winston echó el brazo hacia atrás y borró la sonrisa de la cara de Hunt de una vez por todas.

Berringer lo apartó, prometiendo que él y el duque atarían a Hunt de forma segura y mandarían a buscar a la guardia —y a un médico— mientras él atendía a su hermano.

Winston se apresuró a cruzar la habitación, quitándose la corbata por el camino.

—¡Idiota! ¿En qué estabas pensando al saltar frente a mí de esa manera?

—Fue un brinco, hermano.

—Mantenlo distraído —murmuró Charlotte mientras le arrebatava la corbata de las manos a Winston y echaba un vistazo bajo el chaleco de Peter.

Winston negó con la cabeza.

—¿Por qué tuviste que hacer esto?

—Pensé en ti y en el feliz matrimonio que vas a tener con ella —susurró Peter, señalando a Charlotte—. Tened mucho sexo cuando yo me haya ido.

Winston frunció el ceño.

—No hables así. Nunca más te dejaré fuera de mi vista.

Charlotte chasqueó la lengua, empujando la corbata bajo la camisa y contra el costado de Peter.

—No sirve de nada.

—No digas eso —suplicó Winston—. ¡El médico viene en camino ahora mismo!

—No importará. Aun así vivirá, y tendrá una cicatriz para presumir ante las damas —susurró ella, guiñándole un ojo—. Pon tu mano contra su costado y sujeta la corbata en su lugar durante un minuto o dos. Quiero volver a revisar a tu madre.

Se puso de pie y los dejó en el suelo.

Peter intentó mirar su costado herido, luego miró a Charlotte mientras ella volvía a sentar a su madre en una posición más cómoda.

—Parece que está tomando tu pequeño drama con calma. No necesitó sales aromáticas ni nada. Ni siquiera pude impresionarla.

—Ella es una en un millón, *mi Charlotte*.

Peter sonrió.

—Eso está mejor. Ahora lo dices en serio.

Winston se levantó y ayudó a su hermano a sentarse en una silla. Lo dejó allí, sosteniendo su costado, y se dirigió hacia Charlotte y su madre.

—Está empezando a recobrar el conocimiento —susurró—. ¿Qué le decimos?

—Todo, cuando esté lo suficientemente lúcida para entender. —Winston echó un vistazo a la habitación y vio que Elizabeth había regresado. Pero estaba inmóvil contra la pared del fondo. Su mirada estaba fija en Lucien Hunt, con una expresión de asombro en el rostro.

Charlotte notó la dirección de su mirada.

—Deberías explicarle a Elizabeth lo que ha estado pasando. Ella confiaba en Hunt y los traicionó a ambos.

Winston se ajustó el chaleco.

—Ciertamente, le explicaré todo ahora mismo.

Atravesó la habitación a grandes zancadas, pasando junto a Hunt en el camino. Berringer lo había atado a una silla y ya no representaba un peligro para nadie. Winston recogió la pistola descartada y se acercó a Elizabeth.

—¿Estás bien?

Sus ojos estaban enormes. Asustada y atemorizada.

—Sí.

—¿Entiendes que Hunt intentó matarme hoy?

—Sí.

—No es la primera vez.

—Sí —respondió con el mismo tono plano que en todas sus respuestas anteriores.

Preocupado de que estuviera a punto de desmayarse, Winston intentó tomarla del codo. Elizabeth se apartó bruscamente.

—Está bien, querida. Ahora estás completamente a salvo. —Dejó la pistola a un lado, encima del piano junto a ella—. Hunt será sacado de la casa pronto y el magistrado y los tribunales se encargarán de él. Ya no tienes que tener miedo. Nunca más lo volverás a ver.

El señor Mayflower apareció entonces en la puerta, con la peluca torcida, la camisa por fuera y el pelo de punta en todos los ángulos.

—¿Qué diablos está pasando aquí abajo? ¡No toleraré que me despierten con alborotos a esta hora en ningún día!

Winston se volvió hacia él.

—Ha habido un incidente. Nada de qué preocuparse ahora. Hunt intentó matarme.

Mayflower se metió el dedo en la oreja y lo movió.

—¿Qué fue lo que dijiste?

—Hunt intentó matarme —repitió más lentamente.

Mayflower se quedó boquiabierto.

—¿Hablas en serio?

—Nunca he hablado más en serio.

Dejó a Mayflower tambaleándose y se volvió hacia Elizabeth. Mientras hablaba con su padre, ella se había acercado a Hunt.

—Elizabeth, aléjate de él.

—No.

—Winston —dijo Charlotte con urgencia, poniéndose de pie—. Ten cuidado.

Winston se dirigió hacia Elizabeth, con la intención de apartarla.

—Está atado, ¿qué más daño puede hacerme?

—Elizabeth tiene una pistola ahora —susurró ella.

Winston se quedó helado y miró hacia atrás. La segunda pistola que había dejado sobre el piano ya no estaba allí.

—No le hagas daño —gritó, temeroso de lo que pudiera pretender.

—Ya le he hecho daño. —Elizabeth extendió la mano y acarició el rostro de Hunt—. Lo siento mucho.

—Rompí mi promesa.

—No, no lo hiciste. ¿Juntos?

—Por siempre —le prometió Hunt, con una mirada de amor que no podía confundirse con otra cosa que no fuera devoción absoluta.

—Dios mío. Lo planearon juntos —susurró Charlotte, con el horror escrito en todo su rostro. Elizabeth dirigió entonces su mirada a Charlotte.

—No tienes idea de lo que es no tener voz en la elección de con quién te casas.

—Pero ahora tienes una elección —comenzó Charlotte, dando un paso hacia Elizabeth.

Elizabeth apuntó la pistola a Charlotte, luego bajó el cañón hacia donde su madre dormía, ajena al peligro.

—No te acerques más.

—Por favor, no le hagas daño —suplicó Charlotte—. Ella te quiere como a la hija que nunca tuvo.

—¡Ella es tan mala como todos los demás! —se quejó Elizabeth—. Siempre diciéndome lo que quiero, como si alguna vez hubiera conocido a la verdadera yo. *Hunt* sabe lo que quiero.

—Libertad —murmuró Hunt—. Hazlo ahora, mi amor. Te veré pronto.

Elizabeth le sonrió y esa sonrisa le heló hasta los huesos.

Entonces Elizabeth movió la pistola, apuntando no a nadie en la habitación, sino a su propia cabeza. Winston se abalanzó sobre ella, agarrando su muñeca y forzando el cañón del arma hacia el techo.

La pistola ladró y el yeso llovió sobre ambos. Elizabeth chilló, un sonido agudo y demente por haber sido frustrada. Winston la envolvió con sus brazos mientras ella luchaba por liberarse.

—¡Lucien! —gritó.

Winston la arrastró lejos de Hunt, quien no había hecho nada para evitar que intentara suicidarse. De hecho, la había alentado. Incluso ahora, mientras miraba a Elizabeth, una luz de felicidad demente brillaba en sus ojos susurrando, *mi amor, mi amor por siempre*.

Winston se estremeció, asqueado. Hunt había querido verla quitarse la vida. Ese no era un amor que él pudiera entender.

Con la ayuda de los lacayos, Elizabeth fue llevada a otra habitación, pataleando y gritando por Hunt y deseando que Winston se fuera al infierno. Finalmente fue sometida, drogada con láudano por su padre para que no pudiera hacerse daño a sí misma ni a nadie más.

—Está loca —murmuraba Mayflower, una y otra vez.

—Sí, tal vez —coincidió Winston, sintiendo que quizás había jugado un papel involuntario en ello. La había presionado para que dijera sí o no al matrimonio, y luego inmediatamente anunció la fecha de la boda. Pero si hubiera sabido lo de ella y Hunt, nunca lo habría hecho—. Señor, no puedo casarme con Elizabeth ahora, dado todo lo que ha sucedido hoy. E incluso antes de saber esto sobre ella, iba a hablar con usted para terminar el compromiso.

Mayflower lo miró con sorpresa.

—Estoy enamorado, y pensé que no sería justo casarme con Elizabeth en esas circunstancias. Ojalá ella hubiera pensado lo mismo y me lo hubiera dicho... porque la habría dejado ir fácilmente.

Mayflower sacudió la cabeza y apartó la mirada. —Entiendo. Siempre quisiste hacer lo correcto por ella. Esto me arruinará cuando todos se enteren de lo que intentó hacer.

Mayflower había sido parte de su vida tanto tiempo como Elizabeth. Su reputación quedaría

destrozada si se difundía que ella había formado parte de un complot para matar a Winston y escapar del matrimonio que ninguno de los dos quería, y que luego había intentado suicidarse. Tampoco le gustaría que su propia familia se viera envuelta en semejante escándalo.

—Podemos intentar mantener en secreto su participación en el asunto —ofreció.

Mayflower lo miró con tanta gratitud que Winston se sintió avergonzado. —¿Cómo podré disculparme alguna vez por...?

—No lo hagas. Solo asegúrate de que esté cómoda y a salvo de sí misma. Llévala a Bath. Es donde ella quería estar, y prometo no volver allí nunca más. Haré los arreglos para que ambos salgan de Londres hoy con una escolta armada para su protección y sirvientes que ayuden en caso de que ella se angustie durante el viaje. Lo que le suceda después de eso no es asunto de nadie más que tuyo. Cuídala. Puede que no la haya amado, pero me importaba.

—¿Qué hay de Hunt?

Winston frunció los labios. Su amigo lo había traicionado y pretendía hacerle daño a él y a Charlotte. Nunca podría perdonarlo por eso. —Me temo que eso está fuera de mis manos ahora. El duque ha mandado llamar al magistrado. Todo podría haberse evitado si cualquiera de los dos me hubiera dicho la verdad sobre sus sentimientos mutuos.

—Hunt habló conmigo el año pasado. Intentó convencerme de que abandonara la alianza con tu familia para que él pudiera quedarse con Elizabeth y su dote. Me negué, por supuesto. Había dado mi palabra y eso era todo.

—Habría sido sensato informarme de que tenía un rival por su mano —le reprochó Winston, y luego suspiró. ¿Qué importaba eso ahora? Había perdido a un mejor amigo y a una novia hoy. Tenía un acuerdo de caballeros para cancelar la boda con Elizabeth. Y lo tendría por escrito antes de que Mayflower se la llevara también.

Tenía suerte de conservar aún su salud.

Y a Charlotte.

Giró sobre sus talones cuando oyó voces en el pasillo y dejó a Mayflower retorciéndose las manos por su hija. Hunt estaba siendo arrastrado, aún atado a una silla, hacia el vestíbulo.

—¡Elizabeth! —gritó.

Pero, por supuesto, Elizabeth, en su estado actual, ya no podía oírlo.

Exeter lo interceptó. —Yo me encargaré de esto al principio, pero te llamarán como testigo de mi casi asesinato.

—¿*Tu* asesinato?

—Bueno, yo también estaba en la casa, ¿no? —Exeter se colocó el sombrero en un ángulo desenfadado sobre la cabeza—. Me aseguraré de que sea condenado y castigado hasta el límite de la ley. Te dejaré que nos sigas tan pronto como hayas arreglado todo aquí. Hasta luego, Hurlston.

Cuando se marchó, Berringer lo siguió, pero se detuvo frente a Winston, sonriendo—. No hay quien lo detenga una vez que decide tomar el control. De esta manera, si está involucrado en el juicio, cree que no te distraerás de casarte con Charlotte.

Winston también sonrió—. Nada podría distraerme jamás de eso.

Berringer asintió—. Le contaré a mi esposa lo que ha sucedido aquí hoy, y ella le dirá a quien necesite escuchar la verdad sobre todo esto. Te recomiendo Gretna Green para una boda rápida, y hazlo pronto. He oído que los caminos solo empeoran en esta época del año.

—Lo tendré en cuenta —prometió, despidiendo al hombre.

Winston dejó escapar un largo suspiro tembloroso. Estaba a salvo y libre de una boda que nunca debería haber sido.

Ahora solo tenía que organizar otra, y nada le impediría salirse con la suya.

Se apresuró a volver al salón, solo para encontrarlo vacío. Pero podía oír voces que venían de más allá en el pasillo. Siguió el sonido y encontró a Mamá, Peter y Charlotte tomando el té juntos. Rápidamente se unió a ellos.

La madre le tendió la mano de inmediato—. Hurlston, tuve el sueño más desagradable, y tu hermano promete que todo era cierto —murmuró—. Tú estabas allí, Peter y la señorita Waters. Elizabeth, por supuesto, y el Duque de Exeter también estaba allí. Pero Hunt... Alguien gritó, y un disparo de pistola resonó por toda la casa. Estaba bastante asustada hasta que Charlotte prometió que todo estaba bien de nuevo ahora.

Se agachó junto a la silla de su madre, sonriendo a su confundida madre, y tomó su pequeña mano. Notó que por fin lo había llamado por su título también. Había temido que nunca lo hiciera—. Mamá, tengo tanto que contarte y algunas cosas son desagradables, y otras increíblemente buenas. Me temo que voy a necesitar tu paciencia y comprensión en el próximo año. Probablemente habrá un escándalo. Pero el detalle más importante, por ahora, es que entiendas que ya no me casaré con Elizabeth.

La madre tragó saliva y sus manos revolotearon, revelando su angustia—. ¿Pero por qué?

Winston tomó asiento y comenzó su larga historia, empezando por aquel día en el parque hasta los acontecimientos más recientes. Todo lo que le había ocultado, los peligros, las delicias y el altercado que se había perdido mientras estaba drogada. Ella lloró cuando escuchó sobre el amor de Elizabeth por Hunt y lo que había conspirado para que sucediera—. Ella te habría amado si no fuera por Hunt.

—Nunca sabremos si eso es cierto o no. Dado su comportamiento hoy, es probable que nunca la volvamos a ver. Me gustaría que me prometaras no buscarla. Es más astuta de lo que crees.

—Pero yo pensaba que ella *quería* casarse contigo —logró decir finalmente—. Estaba tan ciega.

—Como yo, pero ya no más —prometió él.

De repente, la madre miró a Charlotte, quien parecía decididamente nerviosa mientras estaba sentada frente a ellos.

Charlotte era la mejor parte de su historia. Esperaba que su madre aceptara que eventualmente se casarían.

—Ahora me temo que debo irme. Quiero asegurarme de que Elizabeth sea sacada de la casa y luego debo cumplir mi papel en el asunto con Hunt —Winston sonrió a su madre—. ¿Puedo dejar que tú y Peter acompañen a Charlotte a su casa por mí ahora? Sus padres estarán muertos de preocupación.

—Sí, sí, por supuesto —prometió la madre, pero luego frunció el ceño—. ¿De verdad la amas?

—Más que a mi propia vida —Besó la cabeza de su madre y tomó la mano de Charlotte. La llevó aparte—. Iré a verte tan pronto como pueda mañana.

Charlotte asintió. —Estaré esperando.

—Es todo lo que pido —murmuró antes de apresurarse a salir.

CAPÍTULO 25



LO ÚLTIMO QUE Charlotte hubiera esperado era que su madre acogiera con agrado la oportunidad de agasajar a una condesa. Pero ahí estaban todos al día siguiente, Madre y Lady Hurlston, y Lord Peter, tomando té y charlando como si lo hicieran todos los días.

—¿Puedo ofrecerte más té, Sophia?

—Sí, te lo agradecería mucho, Olivia. Han sido momentos muy angustiantes —confesó Lady Hurlston.

—Una traición tan impactante —Madre miró a Charlotte—. Los jóvenes siempre lo complican todo.

Charlotte se hundió un poco más en su silla. También notó que Lord Peter hizo lo mismo.

Madre no le había pedido muchas explicaciones a su regreso la noche anterior. Tanto Madre como Padre la habían recibido en la puerta, preguntándole si estaba bien y si padre necesitaba desempolvar sus pistolas de duelo. Charlotte les había asegurado que más violencia era lo último que necesitaba.

Y luego, esa mañana, los había sentado y les había explicado lo que había estado haciendo durante la última semana. Consideró prudente omitir detalles clave que pudieran incriminarla y hacer que padre buscara sus pistolas de duelo. No podía permitir que le dispararan a Winston de nuevo.

—Imagínese la insensatez de mi hijo al casi dejar escapar a esta chica tan inteligente —reprendió Lady Hurlston—. Él sabía que yo tenía debilidad por las jóvenes sensatas.

Madre arqueó una ceja.

—No siempre tan sensatas.

Lady Hurlston se inclinó hacia adelante y tocó ligeramente la mano de Madre.

—Perdónala, Olivia, actuó por amor a mi hijo. No podemos culparla por eso.

Mamá le sonrió a Lady Hurlston por encima de su taza de té.

—Los jóvenes siempre son tan impulsivos y testarudos.

—En efecto, lo son. Mire a mi hijo menor aquí. Si alguna vez se hubiera dedicado a sus estudios, podría haber hecho cualquier cosa con su vida.

Charlotte ocultó una sonrisa mientras Peter se hundía aún más en su silla. Estaba aquí a petición de Winston, no porque quisiera estar.

—Al menos mi hijo mayor tiene la cabeza bien puesta sobre los hombros. Seguro que se unirá a nosotros pronto.

Mamá comenzaba a contarle a la condesa sobre su próxima aventura justo cuando el aldabón

de la puerta principal resonó por toda la casa.

Charlotte esperó con ansiedad hasta que se abrió la puerta. Eran Eugenia Berringer y Aurora Hillcrest que venían a verla. Se abrazaron e intercambiaron saludos antes de sentarse de nuevo para tomar aún más té.

—No te preocupes, estará aquí pronto —le susurró Peter.

—No dudo de él.

—Por eso me caes tan bien. Prácticamente estás saltando de la piel por las ganas de verlo —volvió a susurrar—. Ella nunca lo hizo.

Charlotte hizo una mueca. Era cierto que apenas podía quedarse quieta hoy. Había estado mirando por la ventana desde que se despertó hasta la llegada de la condesa. Esperando ver a Winston caminando por la calle hacia su puerta.

—¿Alguien quiere más té?

Aurora la miró a los ojos.

—Me pregunto si tienes tiempo ahora para devolverme ese libro, el que te presté el mes pasado.

—Oh, sí —prometió Charlotte, agradecida por cualquier excusa para salir de la habitación—. Sí, por supuesto. Voy a buscarlo ahora mismo.

Aurora y Eugenia se pusieron de pie.

—Te acompañamos, si no te importa.

—En absoluto —aceptó Charlotte mientras salían apresuradamente de la habitación como niñas traviesas. Una vez fuera, Charlotte sonrió y las llevó rápidamente escaleras arriba. Cuando llegaron a su habitación, cerró la puerta. Charlotte corrió hacia la ventana para mirar afuera, pero aún no había señales de Winston.

La mirada de Aurora brillaba de emoción.

—Sabemos lo que ha estado pasando entre ustedes dos —susurró Aurora—. ¿Lo amas mucho, Charlotte?

—Sí. Lo amo completamente —confesó a sus amigas. Amaba a Winston, pero existía la posibilidad de que nunca lo volviera a ver después de mañana si él no venía hoy. Madre y Padre aún se iban de viaje.

—Estoy tan feliz por ustedes dos. Nunca pensamos que él sería feliz con un matrimonio arreglado —aseguró Eugenia.

—Sí, y yo estaba completamente de acuerdo con ustedes en ese momento por razones enteramente personales.

Aurora se rio.

—Qué feliz sorpresa será esta para todos los que te quieren.

Sorpresa o conmoción.

Charlotte se dirigió hacia sus baúles y comenzó a abrirllos. No tenía sentido posponer lo inevitable. Sin importar lo que sucediera a continuación, tenía que empacar sus pertenencias.

—Madre y Padre se van mañana por la mañana, al amanecer. Seguramente hará un poco de frío al zarpar en esta época del año.

Colocó su primera prenda de ropa en un baúl. Volvió apresuradamente a su armario y sacó todos los vestidos que quizás nunca volvería a necesitar.

—Si él no llega a tiempo, estos son para que ustedes elijan y compartan con otras. Espero que puedan encontrar una nueva amiga de mi estatura que pueda usarlos.

Las manos de Aurora se cerraron sobre las suyas.

—Él vendrá.

—Eso espero.

—Si no lo hace, tengo un armario bastante grande para esconderte —ofreció Aurora.

Charlotte se rio.

—Realmente espero que venga entonces. Tu armario está tan repleto de vestidos que apenas habría espacio para mí también.

—Él vendrá y todos bailaremos en tu boda y pasaremos todas las Navidades juntos —prometió Eugenia.

Charlotte también se emocionó entonces y abrazó a las mujeres que se habían hecho amigas de una desesperanzada florero. La Navidad era su temporada favorita.

—Estoy segura de que será la mejor Navidad de todas.

Eugenia se aclaró la garganta y tiró de Charlotte para que se sentara a su lado.

—Hay algo que necesito decirte.

—¿Qué es? ¿Qué pasa?

—Estoy embarazada —admitió Eugenia.

—¡No!

—En efecto, es cierto, y queríamos que lo supieras antes de que te fueras.

Charlotte se quedó boquiabierta y luego abrazó a su amiga. ¡Esto era tan emocionante!

—¿Quién más lo sabe?

—Shh, no tan alto. Solo nosotras tres, y Teddy, por supuesto. Queremos que seas la madrina. Sus ojos se llenaron de lágrimas nuevamente.

—Oh. Me encantaría mucho, pero ¿y si no estoy aquí cuando llegue el bebé?

—Lo estarás, y se le pedirá a Hurlston que sea el padrino —murmuró—. Pero recuerda, debes mantener esto en secreto.

—¿Lo saben? Me refiero al duque y a la duquesa.

Eugenia negó con la cabeza.

—Thaddeus dice que Exeter no sería capaz de mantenerlo en secreto, así que decírselo es lo último que planeamos hacer.

Eso hizo que Charlotte se sintiera muy honrada. Se volvió hacia Aurora.

—¿Tienes algún secreto oscuro que quieras confesarme antes de que me vaya?

—Sí —se inclinó hacia adelante—. Odio ser yo quien te lo diga, pero estoy enamorada de... ese último trozo de pastel que queda abajo.

Charlotte se echó a reír. Nunca había tenido mejores amigas en toda su vida. Siempre intentaban animarla con tonterías. Había sido parte de algo tan especial. No quería renunciar a eso.

Echó un vistazo alrededor de la habitación y continuó empacando hasta que terminó con lo esencial. En general, no llevaría mucho consigo en el viaje, realmente.

—Bueno, eso es todo por ahora. Puedo decirles a mis padres que he empezado.

Aurora se puso de pie.

—Queremos quedarnos contigo hoy.

—Probablemente lloraré.

Y entonces estaba llorando. No podía evitarlo. Había sido la semana más emocionante, preocupante y aterradora.

—No te dejaremos sola.

—No estará sola, y no se va —anunció Winston, entrando en la habitación—. Se va a casar conmigo mediante una licencia especial antes de que termine la semana.

—Quizás deberíamos hacernos escasas —murmuró Eugenia Berringer mientras agarraba el

brazo de su prima y la arrastraba hacia la puerta.

Charlotte observó el rostro de Winston mientras se acercaba. Cuando llegó a ella, le secó las lágrimas con el pulgar.

—Tú me salvaste, y ahora yo te estoy salvando a ti.

Su frente se arrugó, pero él la rodeó con sus brazos y la abrazó con fuerza.

—Tu padre ha accedido a quedarse hasta la boda si se hace mediante licencia especial. Mi madre se ha ofrecido a ayudar a tu madre con lo que necesite para que pueda continuar empacando sin interrupciones. Se quedarán para la boda y luego se irán en uno de mis carruajes. Sin ti, como querías.

—¿Winston?

—Sé que estoy precipitando las cosas al acelerar la boda, pero no voy a dejar que el amor de mi vida se me escape de las manos. La idea de no verte durante dos largos años es completamente insoportable.

Charlotte lo miró, incapaz de contener su felicidad. Él había hecho todo lo que había prometido y más de lo que jamás necesitó hacer.

—¿Puede ser tan fácil que mi sueño se haga realidad?

—Mi sueño también, recuerda —la atrajo de nuevo a sus brazos y exhaló un profundo suspiro.

—Podríamos esperar. Esperar a que todo se asiente.

—¿Y dónde podrías estar entonces? Lejos de mi alcance, amenazando a elefantes con solo una sombrilla. Actúas con valentía, pero sé que te asustan terriblemente.

—¿Qué hay de la señorita Mayflower?

—Elizabeth y su padre se han ido. Mi compromiso ha terminado por fin. Lo tengo todo por escrito. Ya no hay nada que nos detenga.

—¿Parecerá frío y calculado casarnos tan rápido?

—Charlotte... Elizabeth quería verme muerto. La habría dejado ir si hubiera revelado una preferencia por otra persona. No puedo perdonarla por eso.

—¿Cómo está tomando tu madre la noticia? Aún no he tenido la oportunidad de hablar a solas con ella.

—Sorprendentemente bien. Hablé brevemente con ella antes de subir. Me ama y prefiere que no esté casado con una aspirante a asesina, sino con quien hizo todo lo posible por salvarme. Repetidamente. Aunque no habrá manera de evitar que el escándalo familiar se airee en público durante el juicio de Hunt.

Ella pasó suavemente las manos por su pecho.

—Pero algún día te librarás de todo esto, y estarás vivo, que es lo único que realmente me importa.

Él sonrió.

—Esperaba que vieras el lado positivo.

—Estoy verdaderamente asombrada por todo lo que ha sucedido. ¿Por qué demonios Elizabeth no pudo amarte?

—Tú me amas, y eso es suficiente —Winston tomó su mano—. No estaría aquí ahora, vivo hoy, si no fuera por ti.

Ella se sonrojó.

—Te las habrías arreglado para sobrevivir sin mí.

—No, realmente no lo creo —le besó el dorso de la mano—. Eres lo mejor que me ha pasado en toda mi vida. No puedo soportar que estemos separados.

Charlotte miró hacia la puerta y luego de vuelta a él.

—¿Saben mis padres que subiste?

—Como me estoy declarando, fue fácil convencerlos de que dejaran pasar las formalidades solo por esta vez. Prometí volver con buenas noticias.

Charlotte lo miró fijamente, y luego arqueó una ceja.

—Bueno, ¿a qué esperas?

Winston se rio y luego se arrodilló. Charlotte casi bailó en el sitio mientras él le acariciaba la mano, y él levantó la mirada hacia su rostro. Ella le pertenecía, incluso antes de que él pronunciara las palabras que ella había esperado toda su vida escuchar de él.

Tragó saliva y la miró durante un largo rato.

—Tengo tanto que decir, y quiero que nuestro matrimonio comience de la manera correcta. Con total honestidad, compromiso y esperanza en un futuro mejor. Quiero decir las palabras justas para transmitir cuánto he llegado a quererte. He estado en agonía, pensando en lo cerca que estuve de evitar una vida miserable sin ti a mi lado.

Sus palabras provocaron un rubor de calor en sus mejillas.

—Me enamoré de ti gradualmente desde aquel día en Green Park, y quizás incluso antes. Seducido en secreto por una mujer en quien confío mi vida. Eres la mujer que me sedujo sin que yo me diera cuenta de que podría suceder. Amo tu valentía, tu bondad, tu paciencia y...

Ella extendió la mano y puso sus dedos sobre sus labios para silenciarlo. Un poco más y su rostro estallaría en llamas de vergüenza.

—Está bien, Winston. No necesito oír más. Sí, sería la más feliz de las mujeres al convertirme en tu esposa.

Lo besó y fue como si siempre hubieran estado destinados el uno para el otro.

EPÍLOGO



WINSTON LEVANTÓ EL rostro hacia el cielo despejado, notando que las gaviotas que revoloteaban sobre los barcos en el muelle habían aumentado en número. Era un día perfecto para un regreso a casa, pero esperar a que los pasajeros desembarcaran era un asunto tedioso.

Bajó la mirada hacia la mujer acurrucada en sus brazos.

—¿Puedes verlos ya?

—No desde aquí. Hay demasiada gente esperando delante de nosotros. Y sigo siendo demasiado baja —se quejó Charlotte.

—La altura perfecta para mí —le aseguró. Winston apoyó la barbilla en la cabeza de Charlotte, sin importarle que estuvieran dando un espectáculo con su abrazo. No le importaba quién los viera así juntos y luego cotilleara. Lo peor que podían decir ahora era mucho menos condenatorio que lo que se había dicho durante el juicio de su presunto asesino y antiguo mejor amigo, Lucien Hunt. Un hombre que había sido ahorcado por sus crímenes contra dos pares.

Había sido un asunto realmente feo, y Charlotte, desafortunadamente, se había visto arrastrada a esa pesadilla de acusaciones cuando salió a la luz la implicación de Elizabeth. Hunt había acusado a Winston de mantener a Charlotte como amante y de haberlo llevado a actuar en nombre de Elizabeth.

Los susurros y los cotilleos se habían vuelto frenéticos entonces, y hirientes. Charlotte había sido una vez una chica tímida, y muchos pensaban que se había beneficiado injustamente de alguna manera.

Pero Charlotte había sido su verdadero amor desde el principio. Con el tiempo, la gente había dejado de lado sus prejuicios, pero él había perdido el respeto por algunos miembros de la sociedad en el proceso.

Llevaban dos años de feliz matrimonio ahora, y Winston nunca dejaba de colmarla de amor, afecto y atención constante.

Fijó la mirada en el alcázar del barco frente a él y soltó un suspiro exasperado por lo largo que se hacía el desembarco. Una semana después de su boda, los padres de Charlotte habían partido en su viaje. Peter había sido invitado a unirse a los Waters en sus travesías, y de hecho había aprovechado la oportunidad de ir. Eso había aliviado a Charlotte, pero preocupado mucho a Winston. Nunca había pasado tanto tiempo sin ver a su hermano menor.

Miró hacia abajo, al rostro tenso de Charlotte. Estaba increíblemente ansiosa por ver a sus padres de nuevo. Los había echado de menos, a pesar de sus afirmaciones iniciales de que no lo haría.

—Podemos acercarnos más si quieres.

Charlotte se aferró con más fuerza a su brazo. —No. Esto es lo más cerca que necesito estar de cualquier barco.

Él se rio suavemente. —No te dejaría subir a bordo.

—No te permitiré a ti tampoco, sin importar cuán inocente sea la oferta.

Él volvió a reír suavemente. —Es poco probable que tus padres quieran mi compañía. Ya han soportado la de Peter durante dos largos años.

—Esperemos que no lo hayan dejado atrás en su último puerto como me hicieron a mí una vez.

—¿Te dejaron atrás?

—Abordaron el barco equivocado. Tuve que esperar un mes antes de que se dieran cuenta de su error y regresaran por sus libros.

—Estoy seguro de que regresaron por ti también.

Charlotte resopló, y Winston la atrajo más hacia él. Dos años de matrimonio y el tiempo juntos había volado. Ni siquiera la llegada de sus hijos se había interpuesto entre ellos.

Echó un vistazo por encima del hombro hacia el carruaje y sonrió al ver el par de rostros jóvenes presionados contra el cristal, y el mayor asomándose justo detrás. Charlotte nunca pensaría en dejar atrás a sus hijos. Ni a su madre tampoco. A Winston no le importaba el equipaje extra. Los niños hacían a Mamá más feliz de lo que había sido desde que su padre falleció.

—¡Allí! —exclamó Charlotte.

Allí estaba Peter, que parecía ser una cabeza más alto que la multitud reunida. Winston levantó la mano para saludar y recibió un saludo en respuesta. Sin embargo, le tomó una eternidad a Peter guiar a la pareja mayor entre la multitud hacia ellos. Parecía realmente agobiado cuando finalmente llegó a su lugar.

Winston abrazó a su hermano, a quien no había visto desde su matrimonio con Charlotte. —Hermano.

—¡Hermano! —exclamó Peter, luego se apartó y sonrió mientras lo miraba de arriba abajo—. ¿Siempre has sido tan bajo?

Winston tuvo que admitir que parecía que ahora necesitaba mirar hacia arriba a su hermano. —Sí, supongo que debo haberlo sido. ¿Es eso todo lo que tienes que decir por ti mismo entonces?

—También te ves más feliz. —Se volvió hacia Charlotte, quien se había girado primero para saludar a sus padres—. Hermana.

Ella hizo una reverencia a Peter. —Bienvenido a casa.

Peter echó un vistazo alrededor y luego miró hacia sus pies. Los pisoteó. —Qué bueno es estar de vuelta en tierra firme por fin —. Entonces su mirada se fijó en el carruaje detrás de Winston, y sus ojos se abrieron lentamente. —¿Gemelos? Podrías haberme avisado —se quejó Peter, llevándose una mano al corazón—. Si son ambos varones, eso me deja fuera de la sucesión por fin.

—Tienes un par de sobrinos —rio Winston—. ¿Y por qué debería haberte ahorrado la sorpresa de descubrir que eran dos de golpe? Imagina *mi* sorpresa. Nadie me preparó para eso.

—Felicidades, viejo amigo.

—Basta de esas tonterías de "viejo amigo" —reprendió Charlotte a Peter—. Tu hermano tiene exactamente la edad adecuada para tener esposa e hijos.

—Si tú lo dices —aceptó Peter a regañadientes—. Será mejor que salude a Mamá, ya que

claramente no va a salir a recibirme.

—Son los niños —murmuró Winston—. Han cambiado su vida para mejor.

Peter los dejó para ir a saludar a su madre y ser presentado a sus sobrinos: James y Peter. Parecía bastante conmovido al escuchar que al gemelo menor le habían puesto su nombre.

El señor y la señora Waters asintieron a Winston. —Bueno, supongo que nos iremos ya.

—Pero pensé que vendrían a casa con nosotros —se lamentó Charlotte en un tono exasperado.

—Mi querida niña, ¿qué necesidad podrías tener de un par de historiadores anticuados estorbando?

—Son mis padres —les recordó—. Ahora tienen nietos a quienes contar sus historias.

La pareja intercambió una larga mirada. —Eso es cierto.

Winston se inclinó hacia adelante. —Tengo una biblioteca de libros raros en casa que aún no han visto, y más en la casa de la ciudad en Londres también. Charlotte ha ampliado la colección en preparación para su regreso, comprando todo lo que pensó que aún no habían leído.

Los ojos de la pareja se iluminaron de emoción. —Bueno, ¿por qué no dijiste que tenías una bienvenida tan perfecta? De hecho, estaríamos encantados de echar un vistazo a tu colección.

—Sí, por supuesto —se entusiasmó su suegra—. Guíenos a su biblioteca, milord.

Winston se encogió de hombros mirando a Charlotte y los guio hacia el carruaje de viaje, donde Madre, una doncella y los niños esperaban para recibirlos. Los ayudó a subir y cerró la puerta firmemente. Regresó al lado de Charlotte y le rodeó la cintura con un brazo. —Bueno, fue relativamente fácil meterlos en el carruaje.

—Los libros definitivamente los convencieron —ella lo miró—. ¿Ya lo ha visto?

—No creo. ¡Oh, Peter! —llamó Winston—. Tu carruaje está allí.

Peter miró, volteó hacia ellos con cara de asombro y luego volvió su mirada al faetón de asiento alto que sostenía un sirviente de Hurlston. —¡No lo hiciste!

—Feliz cumpleaños, hermano —llevó a su hermano aparte—. Vendí la casa de Londres y obtuve un buen beneficio. Te quedarás con nosotros ahora que has vuelto, hasta que te resulte inconveniente y quieras un lugar propio.

—No lo querría de otra manera —Peter cruzó los adoquines y rodeó el vehículo, saludando a los caballos enganchados, y le dio los buenos días al joven lacayo que esperaba en el asiento trasero—. Ahora sí que es un regreso apropiado —saltó al asiento y tomó las riendas, los sirvientes no perdieron tiempo en apartarse del camino—. ¡Adiós!

—Quiero verte en casa este mes. Charlotte tiene planeada una cena.

—Estaré allí, quizás antes que tú cuando conduzca esto —advirtió—. Pero primero...

Golpeó las riendas y partió tan rápido como la multitud arremolinada se lo permitió.

Charlotte deslizó su brazo bajo el de él. —Lo volveremos a ver, ¿verdad?

—Estoy seguro de ello. Se le acabará el dinero tarde o temprano —advirtió Winston.

—Esperemos que no.

Winston envió el carruaje familiar de regreso y llevó a Charlotte al más pequeño que había hecho seguirlos desde la finca.

Charlotte se acomodó en sus brazos tan pronto como se pusieron en marcha. —Me alegro de que todos estén de vuelta en Inglaterra sanos y salvos.

Él le besó la frente. —Dentro de un mes, quizás deseemos que estén lejos.

—Madre y Padre se adueñarán de la biblioteca, y probablemente coman allí todas sus comidas. Tu madre supervisará el cuidado de los niños como siempre lo hace. Peter irá y vendrá.

—¿Qué nos deja eso para hacer?

Sus dedos se deslizaron por su muslo. —Tenemos mucho tiempo para explorarnos mutuamente... y quizás hacer una hija para que la mimemos.

—Haré todo lo posible por complacerte —prometió Winston mientras bajaba las cortinas del carruaje y sin perder tiempo siguió el camino al que siempre los llevaba su amor mutuo.

Fin

ACERCA DEL AUTOR

La autora de best sellers de USA Today, Heather Boyd, cree que cada personaje que crea merece su propio final feliz, sin importar los problemas que les haga pasar. Con ese objetivo en mente, escribe romances apasionantes que bordean los límites del decoro para mantener cautivados a los lectores hasta altas horas de la madrugada. Heather ha publicado más de cincuenta novelas románticas de regencia y obras más breves llenas de atrevidas seducciones y distinguidos pícaros. Vive al norte de Sydney, Australia, con su marido, sus hijos y un señor supremo de cuatro patas.

Obtenga más información sobre Heather en:

www.Heather-Boyd.com

